VICTOR DURUY

HISTORIA ROMANA

TOMO SEGUNDO

HISTORIA ROMANA

HASTA

LA INVASION DE LOS BARBAROS.

HISTORIA ROMANA

HASTA

LA INVASION DE LOS BARBAROS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR V. DURUY.

TRADUCCION

de D. J. F. Saenz de Urraca.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
LIBRERÍA ESPAÑOLA
calle de Relatores, 14.

BARCELONA
EN EL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 45.

1858.

HISTORIA ROMANA.

CAPÍTULO XXII.

Primer triunvirato (58—49).

FORMA CÉSAR EL PRIMER TRIUNVIRATO.—CONSULADO DE CESAR (59).—CLODIO; CICERON ES DESTERRADO (58).—GUERRA DE LAS GALIAS (58-50).—LOS HELVECIOS Y ARIOVISTO; SUMISION DE LOS PUEBLOS DEL VALLE DEL SAONA (58).—CONQUISTA DE LA BÉLGICA (57), DE LA ARMÓRICA Y DE LA AQUITANIA (56).—EXPEDICION ALLENDE EL RHIN Y Á LA BRETAÑA (55-54); SUBLEVACIONES PARCIALES EN GALIA (54-53).—REBELION GENERAL, SITIO DE ALESIA (52).—ULTIMOS MOVIMIENTOS (51); MEDIDAS ADOPTADAS PARA PACIFICAR LA GALIA (50).—SITUACION INTERIOR DE ROMA DURANTE EL PROCONSULADO DE CÉSAR; CLODIO Y MILON.—CONFERENCIAS DE LUCA (56); EXPEDICION DE CRASO CONTRA LOS PARTOS (54).—INTERREGNO (53-52); POMPEYO CÓNSUL ÚNICO; DESTIERRO DE MILON (52).—ATAQUES CONTRA CÉSAR; CURION (51-49).

Forma César el primer triunvirato.

Durante estos acontecimientos, César se hallaba en el fondo de España (61). Se apresuró á reunir allí dinero para verificar expediciones contra los Lusitanos de las montañas y los Galaicos, volver con el título de *Imperator* (60), y solicitar el triunfo y el consulado. Estas dos peticiones no eran conciliables. César, entre un asunto de vanidad y una cuestion de poder, hizo su eleccion muy pronto; renunció al triunfo, despidió á sus lictores, y entrando en seguida en la ciudad corrió presuroso al foro con el trage blanco de los

candidatos; Craso y Pompeyo le acompañaban y pretendian para él. ¿Cómo se habia formado esta triple alianza?

Vencido Catilina, desarmado y humillado Pompeyo, derrotados por dos veces el pueblo y sus tribunos, César, en fin, relegado como á un destierro á 400 leguas de Roma, tantos triunfos habian inspirado á la oligarquía una confianza ciega. Ya no escuchaba á Caton, quien, con la mejor intencion, echaba á perder todos los negocios. «Opina, escribia Ciceron, como en la república de Platon, y somos la hez de Rómulo.» Él era quien habia expulsado de Roma á Metelo, promovido la destitucion de César, la acusacion de Clodio y la rotunda negativa opuesta á Pompeyo. Tambien acababa de privar al senado del apoyo del órden ecuestre, mostrando contra los publicanos una severidad inoportuna. Así pues, muy á tiempo regresaba César de su provincia; el senado estaba á la vez débil y amenazador, Pompeyo irritado, Ciceron descontento, y Craso en abierta oposicion.

Su primer cuidado fué el de reconciliar á su antiguo y á su nuevo amigo, á Pompeyo y á Craso: al uno le prometió hacer que el pueblo le diese lo que no habia podido obtener del senado; al otro, enviar de nuevo á sus quintas á aquellos agitadores de la oligarquía que le habian relegado al segundo rango, y restituirle en el Estado la influencia debida á sus servicios y á su importancia personal. Los tres se juraron mútuamente mancomunar su crédito y sus recursos, y no hablar ni obrar en asunto alguno sino con arreglo á los intereses de la asociacion. Pero César fué quien recogió el fruto primero y mas seguro de la alianza: sus dos cólegas se comprometieron á encumbrarle al consulado.

Consulado de César (59).

Lo único que los grandes pudieron hacer fué darle por cólega á Bibulo, quien hacia mucho tiempo que era enemigo suyo. César, en los primeros dias en que comenzó á desempeñar su cargo (59), leyó en el senado la ley siguiente: «Para

proteger á la agricultura y poblar de nuevo las comarcas desiertas de Italia, se distribuirán á los pobres las tierras del Estado. Las de la Campania no se darán sino á los que tengan por lo menos tres hijos, y por estas concesiones se pagará al tesoro un censo. Si no bastan las tierras públicas, con el dinero que ha traido Pompeyo se comprarán tierras de particulares al precio en que estén señaladas en los registros del último censo, y solo con el consentimiento del propietario. Veinte comisarios velarán para la ejecucion de la presente ley.» Nada habia que tachar en esta proposicion, cuya prudencia y oportunidad recordaba la primera ley de Tiberio. «No es la ley lo que temo, esclamó Caton, sino el precio á que habrá de pagarla el pueblo;» y habló con tal vehemencia que César, cediendo á un arranque de impaciencia, hizo que le cogiesen y le condujesen á la cárcel. Desde entonces cesó de consultar al senado, haciendo ostentacion, á pesar de ser cónsul, de someterlo todo al pueblo.

El dia en que presentó su ley preguntó á Craso y á Pompeyo qué pensaban de la proposicion. Ambos la ensalzaron mucho. «Pero, en el caso de que la rechacen por la fuerza, ¿qué harás? dijo á Pompeyo.—Si la atacan con la espada, la defenderé con la espada y la rodela.» Al oirle hablar así, los grandes comprendieron por qué habian visto á la ciudad llenarse de veteranos pompeyos. En el dia de la votacion, no obstante el aspecto amenazador del foro cubierto de hombres armados, Bibulo fué con Caton y con Lúculo á colocarse al lado de su cólega para declarar que observaba el cielo, y que por consiguiente debian suspenderse todos los asuntos. Pero tan luego como quiso hablar se echaron sobre él. Fué precipitado desde lo alto de las gradas del templo de Castor, y se vió obligado á buscar un asilo en un edificio inmediato. Tambien Lúculo estuvo próximo á perecer. Dos tribunos fueron heridos; Caton, echado dos veces de la tribuna, volvió á subir á ella otras dos veces; al fin le arrastraron fuera de allí: la ley fué aprobada, y un plebiscito obligó á los senadores, á

los magistrados y á cuantos en lo sucesivo aspirasen á un cargo, á jurar su literal observancia bajo pena de muerte. Se recordará que Metelo y todos juraron, hasta Caton.

En el espacio de 60 años, esta ley agraria era la primera que lograba ser aprobada. César, heredero del poder de Mario, iba á serlo tambien del de los Gracos. Y sin embargo, los otros dos triunvíros no tenian derecho para alarmarse, porque parecia que solo obraba en favor del interés comun. Cuando disminuyó una tercera parte del precio de los arriendos, era, segun decia, para conciliar á los triunviros, despues del pueblo que todo estaba ya en su favor, el afecto del órden ecuestre. Cuando mandó confirmar los actos de Pompeyo en Asia, cumplia la palabra dada por su cólega á los reyes y á los pueblos del Oriente, así como con la ley agraria acababa de cumplir sus promesas á sus veteranos. Por último, cuando vendia al precio de 6,000 talentos, á Tolomeo Auleto, la alianza de Roma, tambien era para que aquel príncipe debiese su corona al triunvirato. Así pues, no era sino fiel ejecutor del tratado de alianza; pero César, cumpliendo lo que su cólega no habia podido hacer, se grangeaba la gratitud y crecia en la opinion pública. Pompeyo solo era el favorecido de César.

En cuanto al senado, parecia que no existia, pues uno de los cónsules nunca le convocaba, y el otro le habia prohibido que se reuniese para la proclamacion de un *justitium*. En efecto, Bibulo, para tachar de ilegalidad los actos de su cólega, habia declarado feriados todos los dias de su consulado; pero la religion era un instrumento muy gastado; esta oposicion hecha en nombre de las antiguas costumbres excitó sonrisas, y los chuscos denominaron á aquel año el consulado de Julio y de César.

Su poder iba á concluir con su consulado; pero el pueblo, cuyo afecto habia conservado por medio de una sucesion no interrumpida de juegos, espectáculos y liberalidades, menospreciando al senado-consulto relativo á las provincias consulares, le dió por cinco años el gobierno de la Galia Ci-

salpina y de la Iliria, con tres legiones. En vano exclamó Catón con voz profética: «A la tiranía es á la que dais armas y la poneis en un fuerte sobre vuestras cabezas;» el senado, atemorizado, se apresuró á añadir á aquel donativo, como prenda de reconciliacion, una cuarta legion y una cuarta provincia, la Galia Transalpina, en la que era inminente la guerra. Acaso esperaba apartar sus miradas de Roma dando un objeto á su actividad, ó que la espada de un bárbaro le desembarazase de aquel ambicioso temible. César calculaba de distinto modo. Dos ejemplos opuestos, el triste fin de los Gracos y el triunfo de Sila, habian demostrado que nada podia hacerse en Roma sin un ejército. Para tener un ejército suyo, se necesitaba una provincia, una guerra afortunada, botin; ahora bien, la Galia era rica por el saqueo del mundo entero, era temida y se batiaba á las puertas de Italia. Desde Roma casi se veria, se oiria aquella guerra, y los triunfos irian á retumbar como á dos pasos del campo de batalla.

Clodio; Ciceron es desterrado (58).

En la aristocracia consternada solo habia dos hombres que inspirasen alguna inquietud. Catón estorbaba porque le escuchaban con curiosidad: su traje, su lenguaje, toda su vida era un espectáculo que agradaba. Esta oposicion, sin ser peligrosa, comenzaba á ser molesta; resolvieron desembarazarse de él. Ciceron era mas temible, porque, viviendo mas que Catón en la época presente, á la que conocia mejor, exigia menos y podia obtener mas. Tambien su elocuencia era capaz de producir resultados imprevistos. Por otra parte, Clodio le reclamaba como una víctima que le era debida, y con Clodio era con quien César contaba para mantener sujetos, durante su ausencia, al Senado y á Pompeyo. Clodio, para llegar al tribunado, acababa de hacer que le adoptase un plebeyo. Segun costumbre, el tesoro costeó los gastos de la popularidad del nuevo tribuno; una ley frumentaria su-

primió el módico precio que pagaban los pobres por el trigo que suministraban los graneros públicos. Otra ley prohibió á todo magistrado que disolviese los comicios bajo el pretesto de que observaba el cielo, á fin de que á nadie le diese la tentacion de renovar la proposicion singular de Bibulo. Una tercera ley restableció las antiguas corporaciones que el senado habia suprimido recientemente (en 68), y á las que con razon esperaba el tribuno aprovechar como instrumento político. Se grangeó tambien el afecto de los libertos proponiendo que se les repartiese entre las tribus rústicas, y el de todos los del órden ecuestre ó del senado que tenian algo que temer, disminuyendo los derechos de la censura.

Estos preliminares solo un objeto tenian: hacer al tribuno dueño del campo de batalla en que iba á resolverse la verdadera cuestion, el destierro de los jefes del partido aristocrático. Comenzó por Ciceron, y propuso la ley siguiente: Se prohibirá el fuego y el agua á todo el que haga dar muerte á un ciudadano sin sentencia. Ciceron, se vistió trage de luto; imploró la asistencia de los triunviros y de los cónsules; aun antes de que se procediese á la votacion salió de la ciudad, esperando aplacar á sus enemigos con aquel destierro voluntario; pero al dia siguiente hizo Clodio que se dictase la sentencia. No habia de acercarse á Roma á una distancia de menos de 400 millas (abril 59). A Caton no se le podia aplicar aquella acusacion. Clodio hizo que le mandasen ir á reducir á Chipre al estado de provincia, y que llevase á Roma los tesoros de Tolomeo que reinaba allí. Para hacer que durase mas este destierro, á la mision que habia de desempeñar en Chipre añadió la de trasladarse al fondo de la Tracia para restablecer á los desterrados de Bizancio. Caton obedeció. Entonces ya podia marcharse César.

Guerra de las Galias (58—50); los Helvecios y Ariovisto; sumision de los pueblos del valle del Saona (58).

Dos mares, dos cordilleras de montañas elevadas y un rio

caudaloso señalaban antiguamente los límites de la Galia. Cinco ó seis millones de hombres, divididos en tres grandes familias, cubrian aquel extenso territorio: al Sudoeste, los Aquitanos; en el centro, desde el Garona al Sena, los Celtas ó Gaels; al Norte, del Sena al Rhin, los Belgas ó Kimris (1).

(1) GEOGRAFÍA DE LA GALIA, DE LA BRETAÑA Y DE LA GERMANIA (60 años antes de nuestra era).

La Gália estaba dividida en cuatro partes:

1.° NARBONESA ó Galia romana, entre la Aquitania, la Céltica, los Alpes y el mar. Sus pueblos principales eran: al Oeste del Ródano, los Bébricos ó Sardones (en el Rosellon: ciudades, *Iliberi* y *Ruscino*, Elne y la Torre de Rosellon), los Volkos Tectosagos (ciudades, *Narbo Martius* y *Tolosa*, Narbonne y Toulouse); los Volkos Arecómicos (ciudad, *Nemausus*, Nimes); al Este del Ródano, los Alóbrogos (ciudades, *Vienna*, Vienne); pero los pequeños pueblos de los *Tricastinos* (Aoust en Diois), *Nantuates* (Saint-Maurice), *Veragres* (Martigny), *Centrones* (el Val Tarentaise), etc., habian quedado fuera de la provincia; los Cávaros (ciudad, *Avenio*, Avignon), y los Voconcios (ciudad *Vasio*, Vaison), con los *Segalaunos* (Valence), los Tricores (*Vapincum*, Gap), y los *Calúrigos* (en los valles de Chorges y de Embrun); los Salyes (ciudad, *Aquæ Sextiæ*, Aix), con los *Oxibios* (entre Frejus y Antibes), los *Nerusos* (en los Alpes marítimos), etc., Marsella quedaba libre y conservaba sus factorías de Niza, Antibes, Agde, etc

2.° La Aquitania, entre el Garona, los Pirineos y el Océano, habitada por veinte ó treinta tribus: los Tarbelles (Dax), los Biturigios libres (*Burdigalia*, Burdeos), los Ausces (Auch), los Lacturales (Lectoure), y los Sociates (Sos).

3.° La Céltica, entre el Garona y el Sena, contenia: los Helvecios, entre el Jura y los Alpes (la Suiza); los Secuanos, entre el Saona y el Jura (ciudad, *Vesontio*, Besanzon); los Eduos, entre el Loira y el Saona (ciudad, *Bibracte*, Autun), con sus clientes los Biturigios (ciudad, *Avaricum*, Bourges); los Avernios (ciudad *Gergovia*, cerca de Clermont), con sus clientes los *Vellaunos*, (el Puy en Velay), los *Gabalos*, (la Lozère), los *Rutenios*, (la Rouergue); los Cadurcos (ciudades, *Cadurci*, Cahors, y *Uxellodunum*, Cap de Nac); los Santonios (Saintes), los Petrocoros (Perigeux), y los Pictones (Poitiers) al Oeste de los precedentes; los Armóricos entre las bocas del Loira y del Sena, es decir, los *Namnetes* (*Corbilo*, Coueron), los *Venetos* (ciudad, *Venetia*, Vannes), los Unelios (el Cóteutin), los *Baiocesces* (Bayeux), los *Lexovios* (Lisieux) y los *Redonios* (Rennes); al Este ó al Sur de los Armóricos: los Andegavos (Anjou), los Cenómanos (el Maine), los Turones (Tours), los Eburovicios (Evreux); los Carnutas (ciudades, *Autricum*, Chartres, y *Genabum*, Orleans). En el centro del Sena, los Parisios (ciudad *Lutetia*, Paris), y los Senones (ciudad, *Agendicum*, Provins).

4.° La Bélgica, entre el Sena y el Rhin, que comprendia: los Belovacos

Entre la resistencia de los Aquitanios y los contínuos ataques de los Belgas, que estrechaban á su vez á las tribus germánicas, los Celtas, que muy luego se habian encontrado abrumados, buscaron al Este, allende los Alpes y la selva Hercinia, tierras nuevas para sus tribus harto numerosas. Así pues, se vieron dos á manera de corrientes de pueblos, paralelas pero en sentido contrario, una por el Norte de la

(Beauvais); los *Veliocasios* (Vexin); los *Caletos* (país de Caux); los *Ambianos* (Amiens); los *Veramanduos* (Saint-Quentin); los Suesiones (Soissons); los Remios (Reims), con los *Catalaunos* (chalons) y los *Mediomatricios* (Metz); los *Lingones* (Langres); los *Trevéricos* (Treveris) con los *Segnios* y los *Condrusos* en el gran bosque *Arduenna* (los Ardennes); los *Eburones* (Limburgo); los Nervienios (Hainaut); los *Atuaticos* (Brabante meridional); los *Atrebates* (Artas); los *Morinos* (en el Paso de Calais) y los *Menapios* (Brabante septentrional). Por último, á orillas del Rhin, del Sur al Norte, los *Triboceos* (Alsacia), los *Vangiorios*, los *Nemetes*, y los *Caracates*. Mas tarde se encuentran los *Ubios* (hácia Colonia), los *Bátavos* y los *Caninefatos* (en Holanda).

La Bretaña en la que César desembarcó dos veces estaba habitada: 1.º Al Norte por Gaels, divididos en tres confederaciones, los *Mayates* en las llanuras, los *Albanos* en las montañas, y los *Caledonios* en los bosques al Norte de los montes Grampianos; 2.º al Sur por los Bretones (Belgas y Kimris) que formaban un gran número de pueblos. Eran, desde el Támesis al extremo del Cornoualles, los *Cantianos*, los *Regnos*, los *Belgas*, los *Damnonios*, entre el Támesis y el Ouse, los *Atrebates*, los *Trinobandos*, los *Icenos*, los *Catuchlaut*, los *Ordovices* en frente de la isla Mona y los *Silures* sobre el Severn; al Norte del Ouse, los *Origantes* y los *Parisios*.

La Germania entre el Rhin, el Danubio y el Vístula y los montes Carpacios, estaba ocupada al Noroeste por los pueblos del Oeste, Istevenos (*Bructeros*, *Marsios*, *Tubantes*, *Usipios*, *Amsibaros*, *Chamanos*, *Tenecteros*, *Sicambrios*, y *Matiacos*), y por las tribus marítimas, Ingevones (del Oeste al Este *Frisones*, *Chaucos*, *Grivarios*, *Sajones*, *Ambrios*, y *Teutones*). Detrás de estas tribus se extendian, al Este y al Sur, desde el curso superior del Rhin y del Danubio hasta el Báltico, la extensa confederacion de los Suevos, cuyos dos pueblos principales se encontraban en el extremo de la línea inmensa que formaba, los *Semnones* al Norte entre el Elba y el Oder, los *Marcomanos* al Sudoeste, entre el Mein y el Danubio. Desde allí amenazaban los Suevos á la Galia. Al lado de ellos, en la parte central y montañesa, se encontraban tambien los *Celtos*, los Queruscos y los *Hermonduros*. Al Oriente de estos pueblos vivian los bárbaros que habian de ser los primeros que heredasen el imperio romano; á orillas del Báltico los *Burgundios*, los *Gutones* ó *Godos*, los *Rugienos*, los *Hérulos*, y en las orillas del Elba, los *Longobardos* y los *Anglos*. Por último, al Este de Bohemia (en la Moravia), los *Cuados*.

Germania, que arrastraba á los pueblos bárbaros del Este al Oeste; la otra por el valle del Danubio y la Italia, que llevaba el sobrante de los pueblos romanos acumulados en la Galia. De estos dos movimientos, el segundo habia sido detenido por las victorias de la república, y para cerrar mejor los Alpes galos, el senado los habia rodeado con una provincia romana. Pero el otro aun duraba. Los Cimbros despues de algunos siglos de descanso, habian vuelto á abrir á las tribus germánicas los caminos del Oeste y del Mediodía. En aquel mismo momento, 120,000 guerreros, vanguardia de la gran nacion de los Suevos, habian pasado el Rhin bajo el mando de Ariovisto. A esta nueva invasion de las tribus del Norte era á la que el sobrino de Mario iba á vencer, y á hacerla imposible durante cuatro siglos, llevando hasta el Rhin las fronteras del imperio.

Ya sabemos que hacia 60 años que se habia principiado esta conquista de la Galia, y los pueblos establecidos en el territorio que se extendia desde Ginebra hasta Tolosa, reconocian la autoridad del senado. Desde Narbona y Aix, que eran sus dos colonias, vigilaban los romanos á la Galia Cabelluda en la que á la sazon se verificaban grandes cambios. César dice que en cada ciudad, en cada aldea, y aun casi en cada familia habia dos partidos. En efecto, los druidas y los nobles se habian visto precisados á conceder al pueblo una participacion en el gobierno; pero estas nuevas repúblicas se hallaban entregadas á todas las tormentas que promovian las ambiciones de los rivales ó descontentos. Hácia el tiempo del consulado de César, un galo arverno pereció en una hoguera por haber querido restablecer la dignidad real proscrita, y en aquellos momentos tres nobles entre los Helvecios, los Secuanos y los Eduos conspiraban para conseguir la caida del gobierno democrático. Además, todos estos pueblos eran rivales; cada año estallaba la guerra en mil puntos. Los Eduos, envanecidos con el título de aliados de Roma, oprimian á sus vecinos. Habíase formado contra ellos una liga entre los Arvernos y los Secuanos, quienes, confiando

poco en sus propias fuerzas, tomaron á sueldo á 15,000 Suevos, con su gefe Ariovisto. Los Eduos habian sido derrotados; pero los Secuanos no pudieron decidir á Ariovisto á que pasase de nuevo el Rhin. Bajo diferentes pretextos atrajo ocho veces á tantos guerreros como habia prometido, y exigió para ellos una tercera parte del territorio secuano. Los dos pueblos galos, reunidos por una opresion comun, se habian levantado en masa contra el rey germano, y sufrieron una derrota sangrienta que hizo que Ariovisto fuese mas codicioso y mas cruel. Entonces exigia ya otra tercera parte de las tierras secuanas para 25,000 Hárudes aliados suyos. Los Eduos reclamaron entonces el auxilio de Roma. Al propio tiempo se supo que los Helvecios, cansados de las continuas incursiones de los Suevos, querian emigrar á las orillas del gran Océano. Habian invertido tres años en terminar sus preparativos; el tercer año correspondia justamente al proconsulado de César. Corrió presuroso á Ginebra, cortó el puente de esta ciudad, y en pocos dias levantó en la orilla izquierda del Ródano una muralla de 16 piés de alta y 19,000 pasos de larga. Los Helvecios, obligados á dirigirse por el Jura, atravesaron el país de los Secuanos; pero en las orillas del Saona volvieron á encontrar á César, quien destrozó su retaguardia, y luego, en una gran batalla, á todo su ejército; los bárbaros que sobrevivieron entregaron sus armas, y por órden del procónsul regresaron á sus montañas.

Terminada esta guerra, César se halló enfrente de Ariovisto. Hizo que le propusiesen una entrevista. «Si yo necesitase á César, contestó el Germano, hubiera ido á buscarle; César me necesita, que venga.» Habiendo replicado el procónsul con amenazas, el bárbaro dijo: «Nadie me ha atacado todavía, que no se haya arrepentido. Cuando César quiera mediremos nuestras fuerzas, y sabrá lo que son cien guerreros que, de catorce años á esta parte, no han dormido bajo techado.» Al propio tiempo, los Eduos anunciaban que los Hérudes invadian sus tierras, y los Trevirios que nuevas tropas suministradas por los cien cantones de Suevos se acerca-

ban al Rhin. La Germania entera se conmovia, y no se podia perder un solo instante para rechazar aquella invasion de la que Arioviste solo era la vanguardia.

César avanzó hasta corta distancia del Rhin, no obstante el terror que se apoderó de sus soldados al oir las narraciones de los habitantes acerca de la elevada estatura y valor indomable de los Germanos. Una batalla encarnizada hizo huir á los bárbaros. Arioviste, herido, volvió á pasar el rio con algunos de los suyos, y los Suevos, al saber aquella noticia fatal que difundió el júbilo por la Galia, volvieron á refugiarse en sus bosques. En una sola campaña se habian terminado dos guerras terribles (58).

Conquista de la Bélgica (57), **de la Armórica y de la Aquitania** (56).

Durante el invierno, los Belgas, alarmados con la inmediacion de las legiones, se reunieron en junta general y votaron un levantamiento en masa: 290,000 hombres habian de hallarse dispuestos en la primavera. César armó en Italia dos nuevas legiones, y las dirigió sobre la Bélgica, cuyos caminos todos le abrieron los Remos. A orillas del Aisne encontró á 300,000 hombres que tenian fama de ser los mas valientes de la Galia. Una diversion ó movimiento estratégico ejecutado por el ejército eduo decidió á los Belovacuos á acudir á defender sus hogares, los demás pueblos imitaron este ejemplo fatal, y César solo tuvo que mandar que su caballería diese cargas para convertir aquella retirada en una fuga desordenada. Durante un dia entero estuvieron los romanos matando enemigos sin correr peligro alguno (57).

Disuelta la coalicion, era preciso dominar uno despues de otro á todos aquellos pueblos; los Suesios, los Bellovacuos y los Ambios, ni siquiera opusieron resistencia, pero los Nerviones, reunidos con los Atrebates y los Veromanduos, aguardaron á las legiones detrás del Sambre y estuvieron muy cerca de exterminarlas. Todo el ejército nervio pereció. «De nuestros 600 senadores, decian los ancianos á César, quedan

3; de 60,000 combatientes, solo 500 se han salvado.» Este dia, que fué uno de aquellos en que César peleó por su vida, puso á la Bélgica á sus piés. Solo los Atuáticos estaban armados todavía, pero se apoderó de su ciudad principal y fueron vendidos 53,000 hombres.

Durante esta expedicion, el jóven Craso, destacado con una legion, recorria el territorio comprendido entre el Sena y el Loira sin encontrar resistencia alguna. En la segunda campaña (57), la Galia parecia estar ya sometida, y varias hordas germánicas de la orilla derecha del Rhin enviaban al vencedor humildes diputaciones. Sin embargo, César dejó siete legiones en cuarteles de invierno al norte del Loira, para vigilar á la Armórica; la octava, enviada con el teniente Galba al país de los Veragrios, en el Valais, habia de abrir por los Alpes Peninos un camino fácil y corto, entre la Céltica y la Italia.

César estaba en Iliria cuando supo que la legion de Galba, atacada por los montañeses, se habia hallado próxima á ser exterminada, y que toda la Armórica se encontraba sublevada. Acudió presuroso y atacó por sí mismo á los Vénetos, quienes, contando con sus 200 buques, aceptaron una batalla naval en la que fué destruida toda su flota. Este desastre, en el cual sucumbieron las fuerzas mas escogidas de la nacion, produjo la paz. Para los Vénetos fué cruel; lo que quedaba de su senado pereció en los suplicios, y el resto de la poblacion fué vendido. Sabino, al Norte, habia dispersado el ejército de los Aulercuos, de los Eburovicos, de los Unelios y de los Lexovios. Al Sur, Craso habia penetrado sin obstáculo hasta el Garona, pasado este rio, derrotado á 50,000 hombres conducidos por oficiales españoles formados en la escuela de Sertorio, y recibido la sumision de casi toda la Aquitania. Por último, en la Bélgica nadie se movia; solo los Morinos y los Ambios habian tomado las armas; César fué á buscarlos por sí mismo, pero sin poderlos alcanzar. En aquel año, la Galia entera, desde los Pirineos hasta el mar del Norte, habia visto á las legiones victoriosas.

Expediciones allende el Rhin y á Bretaña (55—54); sublevaciones parciales en Galia (54—53).

Durante el invierno, 450,000 Usupios y Tencteros, rechazados por los Suevos, pasaron el Rhin. No obstante las nieves, César volvió á atravesar precipitadamente los Alpes. Los Germanos, engañados por una tregua, fueron sorprendidos, y la horda, acorralada en la lengua de tierra que rodean en su confluencia el Rhin y el Mosa, pereció casi en su totalidad. Esta invasion y los auxilios que en el año anterior habian recibido de la Bretaña los Armóricos, demostraron á César que, para no ser turbado en su conquista, era preciso aislar á la Galia de la Bretaña y de la Germania. Así pues, pasó el Rhin, aterró á las tribus vecinas, y volvió á dar otro golpe á la Bretaña. El desembarque fué difícil; sin embargo, saltaron en tierra despues de un combate sostenido en medio de las aguas. Pero entonces se hallaban en la época del plenilunio y cerca del equinoccio; la marea, favorecida por un huracan violento, dispersó una escuadra que llevaba á César su caballería, y destrozó sus buques de trasporte. Este desastre restituyó el valor á los isleños; atacaron á una legion que iba á forragear, y muy luego, tambien, al mismo campamento. Duramente recibidos y dispersados por una salida, volvieron á caer en el desaliento. César aprovechó esta circunstancia para hablar como dueño, exigir rehenes, y volver á trasladarse apresuradamente al continente. «Desaparecieron, dice un antiguo cronista, cual desaparece la nieve en la orilla del mar al contacto del viento del Mediodía.»

Esta retirada se parecia demasiado á una fuga para que César, que acababa de ver prorogado su mando por otros cinco años, no sintiese vivísimo deseo de emprender nuevamente aquella expedicion. El ejército desembarcó en el mismo parage é hizo sufrir á los bárbaros una primera derróta, pero una borrasca volvió á destruir una parte de las naves. César se ocupó ante todo en reparar el desastre, y en poner á su

flota en tierra en su campamento. Adoptadas estas precauciones, volvió hácia el enemigo, forzó el paso del Támesis, no obstante la oposicion de Cassivellon, y con la toma de la ciudad le obligó á entrar en tratos. Los bretones entregaron rehenes, prometieron un tributo anual, y el procónsul, que no pedia otra cosa, volvió á pasar al continente.

César, en su primera campaña, habia rechazado á los Helvecios á sus montañas, á los Suevos mas allá del Rhin, es decir, habia dominado el este de la Galia; en la segunda, habia conquistado el Norte; en la tercera, el Oeste; en la cuarta demostró á los Galos, con sus dos expediciones á Bretaña y á Germania, que nada tenian que esperar de sus vecinos; y en la quinta, acababa de renovar esta leccion llevando de nuevo á la Bretaña sus águilas victoriosas. Así pues, se consideraba la guerra de las Galias como terminada; aun no habia comenzado. Hasta entonces habian peleado separadamente algunos pueblos; muy luego se alzaron todos á la vez. César, para mantenerlos dominados, apeló, sin embargo, á la experiencia de los generales romanos en materia de dominacion. En todas partes habia favorecido la elevacion de algunos ambiciosos que le entregaban la independencia de sus ciudades, ó formado un partido romano que, dominando la asamblea pública y el senado, embarazaba su accion y revelaba sus secretos. Otro medio de influencia de que se apoderó hábilmente fué la celebracion de los Estados de la Galia, reunion anual de los diputados de todos los pueblos. Por lo tanto, parecia que reinaba la paz mas profunda. Esta calma engañosa y la resignacion aparente de los gefes galos, en la reunion de los Estados que celebró en Samarobriva, entre los Ambios, le inspiraron una confianza completa, y habiendo llegado á escasear los víveres, dispersó á sus ocho legiones en un espacio de mas de cien leguas.

Sin embargo, existia una conspiracion extensa de la que eran el alma un jefe eburon llamado Ambiorix, y el Trevirio Indutiomaro. Habian de tomar las armas tan luego como César hubiese marchado á Italia, llamar á los Germanos, y ata-

car á las legiones en sus acantonamientos, cortándoles rigurosamente las comunicaciones establecidas entre unas y otras. El secreto fué bien guardado; pero un movimiento prematuro de los Carnutas detuvo á César en la Galia. Ambiorix, que le creia al lado opuesto de los Alpes, estalló, por su parte, con la matanza de una legion entera y el ataque del campo de Q. Ciceron. Al propio tiempo, Indutiomaro en el país de los Trevirios, sublevaba al pueblo y amenazaba al campo de Labieno. Al Norte y al Este del Loira se hizo general el movimiento. Los Eduos y los Remos eran los únicos que se mantenian traidores á la causa nacional.

César, no obstante su vigilancia, nada sabia. Hacia doce dias que una de sus legiones estaba destruida, una semana que Q. Ciceron estaba sitiado, y ni un mensagero habia podido llegar hasta el cuartel general, en Samarobriva. Sin embargo, un esclavo galo pasó, y participó al procónsul el extremo á que se hallaba reducido su lugar-teniente. César solo tenia disponibles 7.000 hombres, y los sitiadores ascendian lo menos á 60.000; sin embargo, atacó y desembarazó el campamento de Ciceron, en donde apenas habia un soldado, de cada diez, que no estuviese herido.

El ruido de este triunfo detuvo por un instante la rebelion, pero muy pronto Indutiomaro hizo que los Treviros tomasen de nuevo las armas, y atacó el campo de Labieno; este dejó que le insultasen durante varios dias. Luego, una tarde en que Indutiomaro se retiraba con algunos de los suyos, sin órden, Labieno mandó abrir las puertas y lanzó su caballería; el Trevirio cayó acribillado de heridas, y su muerte dispersó á su ejército. Los Senones, los Carnutas y los Trevirios se negaron á enviar sus diputados á la asamblea general que celebró el procónsul en Samarobriva. César invadió sus tierras; la intervencion de los Eduos salvó á los Senones. Los Carnutas debieron tambien su salvacion á la mediacion de los Remos. Toda la cólera del pro-cónsul iba á caer sobre Ambiorix y los Eburones. Para completar mejor su venganza los cercó. Los Menapios, que eran sus vecinos al Norte, fueron

arrollados enmedio de sus pantanos. Los Treviries, que confinaban con ellos por el Sur, fueron destrozados por Labieno. Luego, volviendo por el Este para cerrar la Germania al pueblo al cual queria proscribir, César echó un puente sobre el Rhin, esploró á lo léjos la orilla opuesta, y prohibió á las tribus que la habitaban toda relacion con la Galia; y seguro entonces de que los Eburones no podian escapársele, volvió á caer sobre ellos y los exterminó. Ambiorix, acorralado como una fiera, fué perseguido de guarida en guarida; sin embargo, el intrépido jefe se escapó. Cuando César se halló de vuelta en el territorio remo, reunió la asamblea general y mandó ejecutar al Senonio Accon con los autores de la sublevacion de los Carnutas.

Rebelion general, sitio de Alesia (52).

Estas ejecuciones aumentaron el odio contra los Romanos, y durante el invierno que César pasó en Italia, se preparó una nueva sublevacion. Para que el compromiso fuese irrevocable, se llevaron las banderas militares á un sitio apartado, y sobre ellas juraron los diputados de todos los pueblos coaligados tomar las armas tan luego como se diese la señal. Partió esta del país de los Carnutas. Todos los Romanos establecidos en *Genabum* (Orleans), gran ciudad mercantil situada á orillas del Loira, fueron degollados; en el mismo dia fué trasmitida la noticia por emisarios apostados en los caminos hasta Gergovia, á 150 millas de distancia. Allí vivia un Arverno jóven y noble, cuyo padre habia querido usurpar en otro tiempo la dignidad real. Tan luego como supo la matanza de Genabum, sublevó á su pueblo, hizo que le confiriesen el mando militar, bajo el título de *vercingetorix*, y desplegando la actividad que exigian las circunstancias, provocó la reunion de un consejo supremo de las ciudades confederadas. Desde el Garona al Saona, todos los pueblos respondieron á su llamamiento, y le confiaron la direccion de la guerra. De este modo, los Arvernos y el centro de la Galia, que

hasta entonces habian permanecido extraños á la lucha, iban á desempeñar en ella el papel principal.

El vercingetorix activaba en extremo los preparativos, y daba á la liga una organizacion de que hasta entonces habian carecido todas las tentativas de los Galos. Tambien su plan de ataque fué hábil: uno de sus lugar-tenientes, Lucterio, bajó al Sur para invadir la Provenza, mientras que el mismo vercingetorix marchaba al Norte contra las legiones; pero en el camino se detuvo para sublevar á los Biturigios, clientes de los Eduos, y este retraso permitió á César que llegase de Italia. En pocos dias organizó su defensa de la Provenza, expulsó al enemigo, atravesó los Cevennes no obstante haber en ellos seis piés de nieve, y llevó la asolacion al territorio arverno. Luego, volviendo á pasar las montañas, costeó el Ródano y el Saona á marchas forzadas, atravesó, sin darse á conocer, todo el país de los Eduos, y llegó al centro de sus legiones. La audacia y la prodigiosa actividad del procónsul habian frustrado en pocos dias el doble proyecto del general galo.

Los primeros golpes de César se dirigieron contra Genabum. Un ataque impetuoso dado por las legiones en mitad de la noche, logró buen éxito; todos fueron muertos ó vendidos; César pasó el Loira por el puente de Genabum y se apoderó tambien de la primera ciudad de los Biturigios que encontró, *Noviodunum* (Neuvy-sur-Barangeon). El vercingetorix que habia acudido para salvarle, vió su caida; comprendió que con tal adversario se necesitaba otra guerra. En un solo dia, veinte aldeas de los Biturigios fueron entregadas á las llamas por ellos mismos; los demás pueblos imitaron esta resolucion heróica. Querian hacer sufrir el hambre al enemigo, pero no llegaron hasta el último extremo; la capital del país, Avaricum, fué perdonada; César corrió presuroso á ella. En veinte y cinco dias se construyeron torres de ataque y un terrado de 330 piés de longitud por 80 de altura. César refiere que en una tentativa de los sitiados para destruir sus obras, un Galo, colocado á vanguardia, arrojaba á una torre que es-

taba ardiendo bolas de sebo y de pez para activar el incendio. Una saeta, lanzada por una máquina de guerra, le hirió y cayó: otro ocupó su puesto en seguida, un tercero sucedió á este que tambien habia caido mortalmente herido, y mientras duró la accion no se vió vacío ni un solo instante aquel puesto tan peligroso. Sin embargo, la plaza fué tomada y de 40.000 soldados y habitantes que encerraba apenas pudieron escaparse 800.

Las provisiones que César encontró en Avaricum le sirvieron para el resto del invierno; cuando llegó la primavera, destacó á Labieno con cuatro legiones contra los Senones y los Parisios, mientras que él mismo conducia el resto del ejército contra los Arvernos. Pero el vercingetorix cubria la plaza, y un ataque tuvo mal éxito. A no ser por la décima legion, el ejército se hubiera perdido: perecieron cuarenta centuriones. César se decidió á reunirse con Labieno, pero esta marcha se parecia á una fuga. Los Eduos, creyendo que César no lograria rehacer sus tropas, asesinaron en todas sus ciudades á sus reclutas y á los mercaderes italianos. Esta defeccion ponia al ejército en tan inminente peligro que muchos aconsejaban al procónsul regresar á la Provenza. Pero si era vencido en Galia seria proscrito en Roma. Así pues, rechazó todo proyecto de retirada, y se internó atrevidamente hácia el Norte, dejando á 100.000 galos entre él y la Narbonesa.

La liga del Norte tomó por jefe al Aulerco Camulogenes, antiguo gerrero hábil y activo que habia llevado á Lutecia su cuartel general. Esta ciudad, que á la sazon se hallaba completamente encerrada en una isla del Sena, estaba defendida al Sur por los pantanos del Bievre. Cuando Labieno quiso atacar por aquella parte, ni siquiera pudo acercarse á la plaza. Retrocedió hasta *Melodunum* (Melun), se apoderó de todas las barcas que encontró en el rio, tomó el pueblo y pasó á la orilla opuesta para atacar á Lutecia por el Norte. Camulogeno, temiendo ver forzadas sus líneas, quemó las ciudades y los puentes, y en seguida se retiró á las alturas

de la orilla izquierda. Sabia que los Belovacos estaban tomando las armas á retaguardia de Labieno, y queria obligar á este general á que aceptase la batalla rodeado por dos ejércitos y teniendo á su espalda un rio caudaloso. Pero Labieno burló su vigilancia, y pasó el Sena por un puente en el que Camulogeno no podia oponerle sino una tercera parte de sus fuerzas. El antiguo jefe intentó rechazar á los romanos hácia el rio; se empeñó una accion sangrienta, y Camulogeno pereció en ella con casi todos sus guerreros. En este triunfo no ganaba Labieno sino su retirada, y se apresuró á trasladarse al territorio Senon. César habia llegado ya á él.

Una nueva asamblea de todos los diputados de la Galia confirmó el mando supremo al vercingetorix. Solo tres pueblos dejaron de concurrir á aquella reunion: los Lingones, los Remos y los Trevirios. Por medio de ellos, César, que carecia de caballería, asalarió á varias partidas de Germanos á quienes montó en los caballos de sus tribunos y de los caballeros. Encontró al vercingetorix cerca del Saona. Los ginetes galos habian jurado que nunca volverian á ver á sus mujeres ni á sus hijos si no atravesaban por lo menos dos veces las líneas enemigas. César corrió los mayores peligros, y aun dejó su espada en manos del enemigo. Pero sus legionarios recibieron valerosamente aquella carga furiosa, y persiguieron á su vez al enemigo que huyó en completo desórden hasta al pié de los muros de Alesia.

Esta ciudad, situada sobre la meseta de una colina escarpada, pasaba por ser una de las plazas mas fuertes de la Galia. A vanguardia de sus murallas, en la falda de la colina, trazó el vercingetorix un campamento para su ejército, que contaba todavía 80.000 infantes y 10.000 ginetes. César concibió el pensamiento audaz de terminar con un golpe la guerra, sitiando á la vez á la ciudad y al ejército. Entonces comenzaron trabajos prodigiosos. En primer lugar, un foso de 20 piés de ancho por 11.000 pasos de extension; detrás de éste, un segundo foso de 15 piés de profundidad; y por último, otro foso en el cual hizo entrar las aguas del rio. Este

corria á lo largo de un terrado de 20 piés de elevacion, con almenas, en todo su contorno empalizadas de troncos de árbol en forma de horcas, y en los flancos torres situadas á 80 piés de distancia unas de otras. Por delante de los fosos puso 5 hileras de caballos de frisa, y 8 líneas de estacas hincadas en el suelo, y cuyas puntas estaban ocultas con ramas; mas cerca aun del campo enemigo, sembró trampas armadas con puntas de acero. Todas estas obras fueron ejecutadas tambien por la parte de la campiña, en donde la contravalacion tenía un circuito de 16 millas. Cinco semanas y menos de 60.000 hombres bastaron para llevar á cabo aquella empresa.

El vercingetorix mandó fuera de allí á su caballería; se reunieron 60.000 guerreros escogidos, procedentes de todos los puntos de la Galia para libertar á sus hermanos, pero fueron á estrellarse en el inexpugnable baluarte de las legiones. César, despues de haber resistido á varios asaltos inútiles, atacó á su vez, rechazó á los Galos, destrozó su retaguardia, y difundió en sus filas un terror pánico que los dispersó. Esta vez estaba ya la Galia verdaderamente vencida y para siempre.

A la guarnicion de Alesia solo le restaba aceptar la capitulacion que al vencedor le pluguiese conceder. El vercingetorix, esperando ablandar al procónsul en favor de sus hermanos, fué á entregarse por sí mismo. Montado en su caballo de batalla y cubierto con su mas rica armadura, salió solo de la ciudad, llegó á galope hasta en frente del tribunal de César, y apeándose de su corcel, arrojó á los piés del romano impasible y duro, su lanza, su espada y su casco. Los lictores se le llevaron. César le hizo aguardar durante seis años su triunfo y la muerte.

Ultimos movimientos (51); medidas adoptadas para pacificar la Galia (50).

Sin embargo, César no se atrevió á ir á invernar allende

los Alpes: era preciso vigilar á los Galos del Norte y del Oeste que no habian temido mas que una participacion muy insignificante en la lucha, y que tomaban las armas secretamente. En mitad del invierno cayó sobre los Bituriges, y recorriendo todo el país á sangre y fuego, obligó á aquel pueblo á huir al territorio de las naciones vecinas. Los Carnutas, que se alborotaban, tambien fueron castigados severamente. Los Belovacos se habian levantado en masa. En el paso de un rio destrozó el procónsul á su mejor infantería y les obligó á implorar su clemencia; lo mismo que ellos, todas las ciudades del Nordeste entregaron rehenes. César recorrió la Bélgica, y rechazó de nuevo á Ambiorix al lado opuesto del Rhin; en seguida volvió á pedir rehenes á las ciudades armóricas, y á sofocar la insurreccion entre el Loira y el Garona. Muy luego no hubo ya guerra sino con los Cadurcos en Uxelodunum; cortando el agua á los sitiados fué como se les obligó á rendirse. Cesar, á quien con el tiempo hubiera arruinado tal guerra, quiso dar un ejemplo terrible: mandó cortar las manos á cuantos halló en Uxelodunum.

Esta ejecucion odiosa fué el último acto de la guerra terrible que cerraba de una manera tan gloriosa la lista de las conquistas de la república romana. César habia invertido en ella ocho años, empleando diez legiones y los recursos inagotables de la disciplina romana, de su genio militar y de su actividad incomparable. Vencida y dominada la Galia por las armas, aun invirtió César un año (50) en grangearse su afecto y hacerla olvidar su derrota. Nada de confiscaciones ni impuestos gravosos; ninguna de esas medidas violentas y vejatorias de que habian dado ejemplo tantos procónsules. La Galia Cabelluda fué reducida á provincia, pero las ciudades conservaron sus leyes y su gobierno; la única señal de la conquista fué un tributo de 40 millones de sextercios. Siguiendo las tradiciones de la política romana, concedió á ciertas ciudades la exencion, otras tomaron su nombre y entraron en su clientela. Por medio de estas con-

sideraciones hábiles, asoció á la Provenza á sus miras personales de ambicion, y en sus enemigos de la víspera se creó instrumentos interesados en la opresion de su patria.

Veo perfectamente lo que en esta guerra ganó César; pero la Galia, ¿no perdió en ella? Aquel gran país encerraba en su seno numerosos gérmenes de una civilizacion original y vivaz; Roma los ahogó bajo sus plantas. No hay derecho suficiente para afirmar que, si se les hubiera dejado entregados á su libre desarrollo, no hubiesen podido fortificarse y crecer, y que los frutos de la cultura llevados por el extrangero fueron mejores que los que habrian madurado al sol de la independencia nacional. Los Galos eran un pueblo nuevo, y no un pueblo gastado.

Interior de Roma durante el proconsulado de César. Clodio y Milon

Mientras que César, á los medios de influencia que ya le conocemos, añadia el mas peligroso de todos para la libertad, cual era el prestigio de la gloria, ¿qué se hacia la república? Dejamos á Clodio dueño del foro, por confesion de los triunviros. Pero aquel personaje era sobrado ambicioso para que pudiera contentarse por mucho tiempo con servir de instrumento á la ambicion de otro. En primer lugar para saciar su venganza, se puso al frente de una partida armada, derribó la casa de Ciceron en el Palatino, y consagró el solar que ocupaba á la diosa de la libertad. Vatinio, el agente principal de César durante su consulado, estaba citado ante el pretor. Clodio echó abajo el tribunal y expulsó á los jueces. Pompeyo habia confiado á uno de sus amigos la custodia del jóven Tigrano, prisionero suyo; el príncipe sedujo á fuerza de dinero al tribuno, quien le hizo evadirse, y para proteger su fuga mató a los que le perseguian. Era una ofensa directa al triunviro, y á esta siguieron otras. El mismo Pompeyo, que de continuo estaba siendo objeto de burlas y sarcasmos, llegó á desear el regreso del desterrado. Algunos tribunos

formularon la proposicion al efecto; todo el senado y el cónsul Gabino les apoyaban, pero Clodio lanzó á su gente; el cónsul fué herido, la asamblea disuelta, y el asunto aplazado. Este triunfo le deslumbró; creyó poder atacar impunemente al otro triunviro, y pidió al senado que derogase las leyes julianas por haber sido hechas contrariamente á los auspicios. Sin embargo, habia sobrada audacia en el hecho de querer luchar á la vez contra César y contra Pompeyo. Desde aquel dia dejó César de oponerse al regreso de Ciceron, y todos los magistrados nombrados para el año siguiente fueron adversarios de Clodio, escepto el pretor Apio, hermano suyo.

En 1.° de enero de 57, los nuevos cónsules pidieron que se llamase de nuevo á Ciceron, y el senado espidió el decreto mas honroso para el desterrado. Pero Clodio, aunque reducido al estado de simple particular, lo entorpecia todo con el auxilio de los suyos; Ciceron aconsejó que le batiesen con sus propias armas, y un tribuno, Milon, hombre de accion, regimentó, como Clodio, varios gladiadores y soldados. Tal era la impotencia de las leyes y de los magistrados que nada se hizo ya sino bajo la proteccion de una ú otra de aquellas dos partidas de bandidos armados. Varias veces llegaron á las manos, y el foro fué ensangrentado. En uno de estos encuentros, Quintio, hermano de Ciceron, fué dejado por muerto, y un tribuno se halló muy próximo á perecer. Los amigos de Clodio, con el fin de hacer que recayese sobre sus adversarios toda la odiosidad de aquel atentado, querian degollar á un tribuno, partidario suyo, y luego acusar á Milon de aquel asesinato. Al fin prevaleció este; la ley fué aceptada (4 de agosto), y Ciceron, despues de 17 meses de ausencia, volvió á entrar en Roma, llevado, segun dice, por los brazos de la Italia entera.

Algunos dias despues de su regreso, una escasez momentánea produjo un motin. Ciceron se apresuró á pagar á Pompeyo su deuda de gratitud pidiendo al senado que le confiase durante cinco años la intendencia de los víveres, con la vi-

gilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Para sí, apremiaba á los pontífices á fin de que declarasen nula la consagracion hecha por Clodio del solar de su casa. El senado, á consecuencia del dictámen favorable del colegio, ordenó la reedificacion de su casa y de sus quintas, y le concedió indemnizaciones. Pero Clodio dispersó á los trabajadores y estuvo próximo á dar muerte á Ciceron. Otra vez intentó incendiar la casa de Quintio y la de Milon. Acusado por este de cometer violencias, las continuó, al paso que se presentaba como candidato para el cargo de edil. Cuando le tuvo, acusó á Milon á su vez. Pompeyo le defendió; pero Clodio amotinó á la multitud al rededor del tribunal, y dirigió al grave personage las burlas mas sangrientas. Otro asunto aumentó la mortificacion de Pompeyo. Conociendo que cada dia iba bajando mas en la opinion pública, queria salir por medio de alguna espedicion brillante de la situacion ingrata y peligrosa á que César le habia conducido gradualmente. Por consiguiente, deseaba con vehemencia que le encargasen de restablecer á Tolomeo Auleto, á quien los Alejandrinos habian expulsado. Confiaron esta mision al gobernador de la Cilicia. Al propio tiempo, Clodio continuaba la guerra contra Ciceron, quien, sostenido por Milon, rompió en el Capitolio las actas de su tribunado. Así pues, el antiguo cónsul recurria tambien, por su parte, á la violencia y merecia las reconvenciones severas de Caton, que entonces volvió de Chipre con 7,000 talentos para el tesoro.

Conferencia de Luca (56); expedicion de Craso contra los Partos (54).

Mientras que la capital del mundo romano se hallaba entregada á estas intrigas miserables, César proseguia su carrera gloriosa. Parecia que no tenia otro anhelo que el de combatir á los Belgas, á los Suevos y á los Bretones, y sin embargo, sin que nadie lo sospechase, estaba en la ciudad, en medio del pueblo. El oro, la plata, los despojos conquistados, todo iba

á Roma para ser repartido entre los ediles, los pretores, y aun los cónsules y sus mujeres. Por eso, qué concurrencia en sus cuarteles de invierno, que continuaban establecidos en el extremo de la frontera de su provincia! En 56 fué á Luca, en donde invernaba, tal multitud de elevados personages, que cada dia se veian en su puerta 120 haces. Tambien fueron Craso y Pompeyo. El triunvirato fué renovado. Como aun no habia concluido la guerra de las Galias, César necesitaba que alguien vigilase por él en Roma, durante un poco de tiempo todavía; Pompeyo se encargó de ello; César no tuvo motivo alguno para rehusar.

Muy luego se vieron los resultados de esta conferencia. Cuando los triunviros estuvieron de regreso, ambos aspiraron al consulado. Todos los demás candidatos se retiraron, escepto Domicio. Pero en el dia de la votacion cuando se presentó en la plaza, mataron al esclavo que le precedia, y él mismo se vió obligado á huir con Caton herido. Pompeyo y Craso fueron elegidos; llenaron todos los demás cargos con hechuras suyas, y por medio de un plebiscito que provocó el Tribuno Trebonio, hicieron que por cinco años les diesen la España á Pompeyo, y la Siria á Craso. César veía prorogado su mando por el mismo espacio de tiempo.

Repartida así la república entre sus tres dueños, trascurrió el año 55 sin acontecimientos importantes. Craso no aguardó su término para dirigirse á su gobierno. Hacia diez y seis años que no habia parecido en los campamentos, y durante ellos, Pompeyo sometiera el Asia, y César la Galia; tenia vivo deseo de renovar el recuerdo de sus antiguos triunfos y de igualar en gloria á sus dos rivales. El procónsul de las Galias habia penetrado en los extremos del Occidente; él queria ir mas allá del Ganges, á buscar los últimos límites del Oriente. Una oposicion inesperada estalló contra aquella nueva guerra. En las puertas de la ciudad encontró Craso al feroz Ateyo, uno de los tribunos, quien, sobre un brasero ardiente, pronunciaba las imprecaciones mas terribles contra él, contra su ejército, y aun contra la misma Roma.

Desde la administracion de Pompeyo, no habia variado en el Oriente el aspecto de las cosas; pero Gabinio habia demostrado el partido que un gobernador podia sacar de la Siria. Se habia dedicado á servir á Tolomeo Auleto por el precio de 10.000 talentos, y despues de haberle restablecido en el trono de Egipto, le vendió la mitad de su ejército. En Roma le acusaron de haber atentado á la magestad del pueblo romano; él compró su absolucion. Pero en una segunda causa, en la que Ciceron tuvo la debilidad de defenderle por complacer á Pompeyo, anduvo escatimando con sus jueces, y fué sentenciado á destierro. A él era á quien sustituia Craso. El triunviro habia marchado con el firme propósito de atacar á los Partos. Sin tomarse el tiempo necesario para adquirir conocimientos acerca del país, preparar intrigas útiles con los descontentos, y con los pueblos vecinos que le hubieran suministrado guias y una caballería numerosa, Craso se apresuró á pasar el Eufrates, tomó algunas ciudades, dispersó algunas tropas sin grande esfuerzo, é hizo que le proclamasen *imperator* por sus leves triunfos. Luego, en vez de avanzar atrevidamente sobre Babilonia y Seleucia, dos ciudades que odiaban la dominacion de los Partos, volvió á invernar á Siria, en donde dejó á su ejército perder su disciplina y su valor en la molicie y la licencia. El mismo, no obstante sus 61 años, solo se ocupaba en visitar los templos para apoderarse de sus tesoros; el de Jerusalen fué saqueado como lo habia sido el de Hierapolis. Artavasdo, rey de Armenia, ofrecia el paso por su reino, en donde el ejército romano encontraria víveres, caminos seguros y un terreno favorable para su táctica; Craso lo rehusó. Pasó por segunda vez el Eufrates por Zeugma, con 7 legiones y 4.000 ginetes, y engañado por un gefe árabe, se internó por la Mesopotomia en un mar de arena en donde muy luego carecieron los soldados de todo, y especialmente de confianza en su gefe (53).

Los Partos habian dividido sus fuerzas; el rey Orodes marchó al Norte para detener al rey de Armenia, y el Su-

rena ó generalísimo reunia al Oeste su inmensa caballería para envolver á la pesada infantería romana. Cuando aquellos ginetes se precipitaron sobre las legiones, las filas cerradas resistieron al choque; pero las armas de los romanos llegaron á serles inútiles. Si avanzaban, los Partos huian; si se paraban, los escuadrones daban vueltas en torno de aquella masa inmovil y la acribillaban con saetas. La infantería ligera, lanzada contra ellos, se refugió muy luego en desórden detrás de las legiones. El jóven Craso cargó entonces á la cabeza de 1.300 caballos, de los cuales 1.000 eran galos. Los enemigos cedieron y le atrajeron léjos del campo de batalla con una parte de la infantería que le seguia, al ver que aquellos huían; luego los Partos volvieron frente á retaguardia y envolvieron á Craso y á sus tropas. Despues de una lucha heróica, el romano, acribillado de heridas, hizo que su escudero le matase para que no le cogiesen vivo. Los Partos le cortaron la cabeza, y fueron á pasearla en frente de las legiones, ante la vista de su desgraciado padre. El combate comenzó de nuevo y duró hasta la noche con las mismas vicisitudes; ambos ejércitos acamparon uno en frente de otro. Craso, echado en el suelo y sepultado en lúgubre abatimiento, sondeaba el abismo á que le habia precipitado su ambicion. En vano procuró Casio reanimar su valor, fué preciso que el mismo diese la órden de retirada. Abandonaron 4.000 heridos, y se dirigieron á la ciudad de Carres, de donde partió el ejército sigilosamente cuando hubo llegado la noche. Pero engañado el triunviro por sus guias, fué alcanzado muy luego por los Partos, y sus soldados, llenos de terror, le obligaron á que aceptase una entrevista con el surena. Esta no era sino un lazo que tendian al gefe romano, y Craso y su escolta fueron asesinados. Algunos restos escasos de aquella fuerza pudieron pasar el Eufrates, y los Partos le cruzaron tambien en seguimiento suyo. Pero Casio, que habia salido de Carres antes que su general, y llegado con toda felicidad á Siria, habia tenido tiempo suficiente para organizar la

defensa, y los rechazó (53). Otra tentativa que hicieron los Partos bajo el mando de Pacorus, hijo de su rey, no obtuvo mejor éxito (52). Pero Bibulo, sucesor de Casio, se dejó sitiar en Antioquía (51), y los Partos amenazaron á la Cilicia, que se hallaba gobernada por Ciceron.

Interregno (53 y 52); Pompeyo cónsul único; destierro de Milon (52).

Durante esta expedicion desastrosa, Pompeyo habia permanecido en Roma, y procurado grangearse de nuevo el afecto del pueblo por la magnificencia de los juegos que dió con motivo de la conclusion de su teatro, en el que podian tener cabida 40.000 espectadores. Luego, cuando hubo trascurrido su año consular, se habia quedado á las puertas de Roma, con el intento, si hemos de creer lo que dice Caton, de prepararse por medio de la anarquía para ascender á la dignidad real. Verdad es que la república se hallaba en la situacion mas deplorable. Todo se tasaba de un modo evidente, á peso de oro, tanto el mérito de los candidatos, como la inocencia de los acusados. Pero un Estado no puede durar mucho tiempo cuando no hay justicia en los tribunales, ni verdad en las elecciones. Aquella depravacion de la conciencia pública y de la moral privada habia llegado á su colmo. Acababa de leerse en el senado un tratado escandaloso por el cual dos candidatos al consulado habian prometido á los cónsules que se hallaban próximos á salir que buscarian tres augures que afirmasen haber asistido á la promulgacion de una ley curiada que no se habia promulgado, y dos consulares que declarasen haber concurrido á una sesion del arreglo de estado de las provincias consulares, sesion que nunca se habia celebrado. Por una doble falsificacion tan audaz se daban 400.000 sextercios, lo cual era suponer que los augures y los consulares vendian muy barata su conciencia!

Figúrese el lector, en medio de tal sociedad, á Caton, que

entonces era pretor, yendo descalzo y sin toga á su tribunal, ó haciendo distribuir al populacho rábanos, higos y lechugas, en vez de la fastuosa profusion á que estaba acostumbrado; y se comprenderá que aquella oposicion, que llegaba hasta el extremo de ser ridícula, fué del todo impotente. Ciceron casi habia roto sus relaciones con Caton, y despues de haber hecho cierta oposicion á los triunviros, concluyó por unirse definitivamente á ellos. La conferencia de Luca y la renovacion del triunvirato, en el momento en que iba á pasarse al lado de aquellos que atacaban á la ley agraria de César, le habia asustado, y se dedicó á hacer el elogio de César, escribiendo un poema en honor suyo, y aceptando para su hermano un título de lugar-teniente en el ejército de las Galias. Ni siquiera le asustaba la dictadura inminente de Pompeyo, y hablaba de ella sin indignacion. «¿La quiere Pompeyo? ¿No la quiere? ¿Quien puede decirlo? Sin embargo, todos hablan de ello.»

En efecto, las elecciones consulares no habian podido verificarse, y en el año 53 hubo un interregno de seis meses, y se reprodujo de nuevo en el año siguiente (52). Milon, Escipion é Hipseo pedian el consulado con las armas en la mano; cada dia habia un motin y corria la sangre. Habiéndose encontrado Milon y Clodio en la vía Apia, se empeñó un combate y Clodio fué degollado. Sus amigos fueron á buscar su cadáver y levantaron la hoguera en un templo en que se reunia el senado; el templo fué incendiado. Intentaron quemar la casa de Milon, y luego la del interrey, pero acudieron muchos caballeros y senadores armados, y aun siguieron degollándose en los dias siguientes. El mismo Caton apoyó la proposicion que presentó Bibulo para nombrar á Pompeyo cónsul único (25 de febrero 52).

Este acontecimiento era grave, porque consumaba la reunion de Pompeyo con el senado y su rompimiento con César. Hacia dos años que se estaba previendo este resultado. La muerte de Julia (54) habia roto un vínculo que ambos

hubieran respetado, y la de Craso (53) los habia puesto frente á frente sin intermediario alguno que detuviese los choques. Una rivalidad entre tres puede durar, porque hay equilibrio; una rivalidad entre dos produce muy luego la guerra. Si César tenia sus legiones, Pompeyo era cónsul único, al paso que conservaba su proconsulado de España. La fórmula *caveat cónsul* le daba una autoridad absoluta, y un decreto le prescribia que levantase tropas; si queria un cólega, podia escojerle por sí mismo, y solo al cabo de cinco meses, en 1.º de agosto, fué cuando se asoció á Metelo Escipion. Así pues era dueño por fin, y como él lo deseaba, salvando las apariencias por las vías legales; se consagró á justificar esta confianza del senado.

Para desembarazarse de Milon y de su jente, promulgó nuevas leyes contra la violencia y la intriga, é hizo juzgar al asesino de Clodio; los soldados que puso en torno del tribunal infundieron miedo al defensor, Ciceron, quien no se atrevió á hablar en favor del acusado, el cual emigró á Marsella. Cuando recibió la Miloniana sábiamente compuesta y corregida por el orador en el silencio de su casa, el epicúreo dijo: «Si hubiese hablado como sabe escribir, no estaria yo comiendo tan buen pescado.»

Muerto Clodio, emigrado Milon y dispersa la gente de ambos, se restableció la tranquilidad. La justicia parecia menos venal; el foro ya no se cubria de sangre; la censura recobraba sus derechos; el senado volvia á creer en su poder. Sin embargo, Pompeyo hacia que le prorogasen por cinco años mas su proconsulado de España, con el derecho de tomar en cada año 1.000 talentos del tesoro, y como aun no se hallaba en estado de romper abiertamente con César, hacia que le autorizasen para pretender, ausente, un segundo consulado; pero antes de salir él de su cargo, hizo que diesen el consulado á Marcelo, quien en seguida comenzó la guerra contra el procónsul de las Galias (57).

Ataques contra César; Curion (59—49).

César habia dado el derecho de latinidad á los habitantes de Novocomo en la Transpadania. Marcelo, para mostrar que no hacia caso alguno de sus actos, mandó azotar á un magistrado de aquella ciudad, y como este invocase los derechos que César le habia conferido, el cónsul le dijo: «Los golpes son la señal que deja marcado al extrangero; vé á enseñar á tu protector tus espaldas desgarradas.» Pompeyo, siempre débil, vacilaba y perdia un tiempo precioso. Mientras que su rival terminaba en aquella campaña su prolongada guerra, él se iba cerca de Tarento á cuidar de su salud y á filosofar con Ciceron; pero permaneciendo en la inaccion y en el silencio, dejó al senado que se adelantase y se apoderase del papel mas importante, de modo que ya no se ventiló la cuestion entre él y César, sino entre este y la aristocracia, de la que Pompeyo no era sino el general. Las elecciones para el año 50 no fueron ya favorables para Pompeyo; los cónsules designados eran partidários celosos del senado. El nombramiento de tribuno que recayó en el jóven Curion, cuya audacia igualaba á su elocuencia, les pareció tambien una victoria á los enemigos de César: pero Curion estaba acribillado de deudas, y César compró secretamente al futuro tribuno.

Los poderes de César concluian en el último dia de diciembre del año 49; los grandes no quisieron aguardar cerca de dos años todavía, y el 1.º de marzo del año 50, el cónsul Marcelo puso á votacion su llamamiento. La mayoría iba á adoptar este dictamen, cuando Curion, alabando la prudencia de Marcelo, añadió que la justicia y el interés público exigian que se aplicase igual medida á Pompeyo. Si se negaban á hacerlo, opondria su veto. Este medio estaba habilmente escogido. Enmedio de los partidos, solo Curion parecia que pensaba en la república y en la libertad. Pompeyo, continuando el papel de falsedad y de hipócrita

lealtad que representaba hacia tanto tiempo, ofreció al senado dimitir sus poderes; pero cuando Curion le apremió para qué cumpliese aquella promesa, halló pretextos y retrasos, y el resultado de aquella sesion, á la que habia llevado tan bellas palabras de abnegacion, fué la órden enviada á César para que entregase dos legiones suyas á disposicion del senado. A la verdad, el decreto prevenia que cada uno de los dos procónsules suministrase una legion para la Siria en donde se temia una invasion de los Partos, pero Pompeyo habia prestado una en otro tiempo á César, y le pidió que la restituyese. Así pues, el procónsul de las Galias fué quien envió las dos legiones. En vez de enviarlas en seguida al Asia, cuando hubieron llegado, el cónsul Marcelo hizo que se acantonasen en Cápua.

Cada dia se hacia mas inminente la lucha; sin embargo, en aquel lado de los Alpes, ningun preparativo, ninguna medida de defensa se adoptaba, y cuando preguntaban á Pompeyo con qué ejército detendria á su rival si pasaba los montes, decia: «Me basta sacudir con el pié la tierra para hacer que broten legiones.» Los cónsules participaban de su quietud. Marcelo, que era el mas animado contra César sometió de nuevo al senado la cuestion de su llamamiento, que Curion, en nombre del interés público, convirtió en esta: «Los dos generales deben abdicar al mismo tiempo.» Fué aprobada por 370 votos contra 22, y fuera, los aplausos mas entusiastas acogieron al valeroso tribuno. «Venceis, esclamó Marcelo, pero tendreis á César por dueño.» Algunos dias despues, á consecuencia del rumor de que el ejército de las Galias pasaba los Alpes, fué á ver á Pompeyo, le entregó su espada, y le ordenó que, para la defensa de la república, tomase el mando de todas las tropas acantonadas en Italia. Curion trató este paso inaudito como lo merecia, y se opuso al levantamiento de tropas. Merced á esta táctica, César parecia ser, á la sazon, una víctima de Pompeyo y de la faccion oligárquica. Otros dos partidarios del procónsul, Casio Longino y su antiguo cuestor Marco Antonio, iban

á tomar posesion del tribunado. Su veto no impidió que en 1.º de enero del año 94 decretase el senado que, si en un dia determinado, César no habia abandonado su ejército y su provincia, seria tratado como á enmigo público. Algunos soldados pompeyanos se acercaban y ambos tribunos, seguidos de Curion, disfrazados los tres con trajes de esclavos, huyeron al campamento de César. Con ellos parecia que pasaba á él la legalidad.

CAPÍTULO XXIII.

La guerra civil y la dictadura de César.

TENDENCIA DE LOS ÁNIMOS AL REALISMO; CÉSAR PASA EL RUBICON (49) Y CONQUISTA LA ITALIA.—GUERRA DE ESPAÑA Y SITIO DE MARSELLA; CÉSAR DICTADOR.—COMBATES EN TORNO DE DIRRAQUIO; FARSALIA (48); MUERTE DE POMPEYO.—CÉSAR SITIADO EN ALEJANDRÍA (48); VICTORIA DEL NILO (47).—CLEOPATRA; EXPEDICION CONTRA FARNACIO; REGRESO DE CÉSAR Á ROMA (47).—GUERRA DE AFRICA (46); BATALLA DE THAPSUS; MUERTE DE CATON.—DECRETOS DEL SENADO EN FAVOR DE CÉSAR; SU TRIUNFO; MODERACION DE SU GOBIERNO.—LOS HIJOS DE POMPEYO SUBLEVAN LA ESPAÑA; BATALLA DE MUNDA (45).—CONCENTRACION DE TODOS LOS PODERES EN MANOS DE CÉSAR; SUS PROYECTOS.—LOS CONJURADOS; MUERTE DE CÉSAR (44).

Tendencia de los ánimos al realismo; César pasa el Rubicon (49) y conquista la Italia.

Lo que convirtió á César en dueño de Roma no fué el favor del pueblo, ni su ejército, ni su genio. La causa principal, irresistible, fué la necesidad que tenia el imperio de un gobierno estable y regular. Todo tendia á la monarquía, y hacia mucho tiempo que la pérdida de las costumbres y de la igualdad, la desorganizacion del imperio y los deseos de las clases pacíficas, la hacian ser inevitable. ¿Qué habian sido el tribunado de Cayo, los repetidos consulados de Mario y de Cinna, la dictadura de Sila, los mandos de Pompeyo, sino otras tantas monarquías temporales? Hacia un siglo que esta idea habia progresado mucho y conquistado, sin que lo

supiesen ellos mismos, á muchos personages, aun de los mas ilustrados. Aquella paz que pedia Lucrecio, aquel descanso que buscaba Atico en el alejamiento de los negocios y en la amistad de todos los rivales, las vacilaciones del mismo Ciceron, ¿no son indicios del disgusto que se habia apoderado de aquellos varones ilustres, ante aquella anarquía aflictiva llamada aun la república romana? «¡La república! decia Curion, abandonad ya esa vana quimera.» «Uníos á nosotros, escribia Ciceron á su yerno Dolabella; uníos á César, si no quereis esponeros, persiguiendo no sé qué república añeja, á correr tan solo en pos de una sombra.» Esta era, tambien, la frase de César: «Nombre vano, sombra sin cuerpo.» La humanidad progresa, segun las épocas, tanto por el despotismo como por la libertad: en aquel momento, como el buque que durante la borrasca arroja al mar sus riquezas mas preciosas, era preciso aun á costa de la libertad salvar el órden, la paz, y la civilizacion, comprometidas en tan prolongadas tormentas.

Pompeyo habia logrado su objeto. Los cónsules abdicaban en sus manos y solo debia derribar á César, que era el último obstáculo, lo que pensaba conseguir á poca costa. Pero de improviso llegó la noticia de que César habia pasado el Rubicon, límite de su provincia, y apoderádose de Ariminum; que todas sus fuerzas estaban en movimiento; que la Galia le ofrecia 10,000 infantes y 6,000 ginetes; y por último, que los pueblos le acogian con entusiasmo. «¿Donde está tu ejército?» preguntó Volcacio á Pompeyo. «Dá un golpe en el suelo, le dijo irónicamente Favonio, que ya es tiempo.» Y Pompeyo, privado de sus legiones de España, se hallaba reducido á confesar que no podia defender la ciudad de Roma contra César. Retiráronse pues á Cápua mientras que Pisauro, Iguvium y Ancona eran tomadas; hubo un momento en que la defeccion de Labieno, uno de los mejores lugar-tenientes del procónsul, alentó los abatidos ánimos; pero ni un soldado le siguió, y César ni siquiera se dignó retener el dinero y el equipage del traidor. Esta generosidad

política y la dulzura que manifestaba respeto de sus prisioneros, hicieron que vacilase el celo de muchos. Citábanse sus cartas á Oppio y á Balbo: «Sí, emplearé dulzura, y haré todo lo posible para atraer de nuevo á Pompeyo... El terror solo ha servido para hacer que fuesen aborrecidos los que me han precedido... Sila forma escepcion, pero nunca le tomaré por modelo. Busquemos en lo sucesivo, como puntos de apoyo, los beneficios y la clemencia.» Es preciso perdonar mucho al hombre que renunció de un modo tan evidente á las costumbres políticas de su tiempo, ante un partido que sin duda alguna, hubiera hecho un uso muy distinto de la victoria. Sin embargo, no por eso dejaba César de activar la guerra. La resistencia de Domicio en Corfinium le detuvo durante siete dias; y cuando llegó á la vista de Brindes, los cónsules y el ejército se hallaban ya al opuesto lado del Adriático, en Dirraquio. Durante estas operaciones, Valerio habia expulsado á los Pompeyos de Cerdeña, y Curion habia sometido la Sicilia, bastando 60 dias para la conquista de la Italia y de las islas.

Guerra de España y sitio de Marsella; César dictador.

César, por falta de buques, no podia perseguir á su rival; así pues, volvió á Roma, en donde encontró suficiente número de senadores para reconstituir un senado que opuso al que celebraba sus sesiones en el campamento de Pompeyo. Como carecia de dinero, quiso apoderarse del que habia en el tesoro depositado en el templo de Saturno, oro reservado para los casos apurados, y al cual prohibia una ley que se tocase á no ser en el caso de una invasion gala. Un tribuno, L. Metelo, se opuso á ello. «He domado la Galia, dijo César, y esa razon ya no existe; además, el tiempo de las armas no es el de las leyes;» y como el tribuno se colocase delante de la puerta para impedir que la abriesen, César le amenazó con mandarle dar muerte. «Sábete, jóven, que me es mas difícil decirlo que hacerlo.» Metelo, asustado, se retiró.

Despues de haber confiado el gobierno de la ciudad á Lépido, y el de todas sus tropas en Italia á Marco Antonio, marchó á España. «Voy, decia, á combatir contra un ejército sin general; en seguida atacaré á un general sin ejército.» Esta frase esplica toda la guerra. Marsella, que era verdadera partidaria de Pompeyo, le detuvo al pasar; hizo que Trebonio y Bruto la sitiasen, y pasó los Pirineos. Al pronto se halló en una posicion difícil, acampado en un espacio estrecho, entre el Segre y el Cinca, cercado y con escasos víveres. En aquel mismo tiempo, Curion, que habia pasado de Sicilia al Africa, era derrotado y muerto por Varo y Juba. Dolabella, á quien César habia encargado que le construyese una flota en el Adriático, habia sido derrotado y hecho prisionero en Iliria. Al saber estas noticias, Ciceron, que hasta aquel momento habia permanecido en Italia, se pasó á las filas de Pompeyo. Apenas hubo llegado á ellas cuando los asuntos tomaron en España un giro inesperado. César habia construido barcas, pasado el Segre y atacado á su vez. Petreyo y Afranio, los dos generales de Pompeyo, quisieron verificar su retirada, pero el caudillo adivinó todos sus planes, se adelantó á ellos en cuantas posiciones quisieron ocupar, y los cercó, y ambos generales, obligados por sus soldados, entregaron las armas sin empeñar el combate (2 de agosto de 49). Varron, que mandaba en la Ulterior, no podia oponer resistencia alguna. Apareció en Córdoba delante de César, quien le arrebató su caja militar, aumentada por sus numerosas exacciones.

Despues de conquistada y pacificada aquella provincia, esencialmente pompeyana, partió presuroso para Marsella, cuyos habitantes, encerrados dentro de sus muros por dos derrotas sufridas en el mar, se hallaban reducidos al último extremo. Cuando llegó César se decidieron á entrar en tratos, y entregaron sus armas, sus buques y todo el dinero del tesoro público. Tambien allí usó César de una clemencia que le honra. Hallábase bajo los muros de Marsella cuando supo que el pueblo, á propuesta de Lépido, le habia proclamado

dictador. Despues de haber apaciguado un motin de la novena legion en Plasencia, tomó posesion de aquel cargo, que solo conservó durante once dias, el tiempo justamente necesario para llevar á cabo algunas medidas indispensables No abolió las deudas, sino que solo hizo deducir del capital los intereses pagados, y que los acreedores aceptasen los muebles y los inmuebles al precio á que estaban antes de la guerra. Al pueblo le hizo una gran distribucion de trigo. Llamó á los desterrados, escepto á Milon, y suprimió la única ley política de Sila que aun subsistia, la que imponia la pena de incapacidad política á los hijos de los proscritos; por último, recompensó á los Cisalpinos por su prolongada fidelidad concediéndoles el derecho de ciudadanía. Antes de abdicar presidió los comicios consulares, é hizo que le nombrasen con Servilio Isáurico.

Combates en torno de Dirraquio; Farsalia (48); muerte de Pompeyo.

A fines de diciembre de 49 se trasladó César á Brindes con el objeto de pasar desde allí al Epiro. «Pompeyo habia tenido un año entero para hacer sus preparativos. Por eso habia reunido una flota considerable, mucho dinero y víveres abundantes. Tenia 9 legiones compuestas de ciudadanos romanos, 3,000 arqueros cretenses, 2 cohortes de honderos de á 600 hombres cada una, y 7,000 caballos. Su intento era pasar el invierno en Dirraquio, en Apolonia y en todas las demás ciudades marítimas.» César no tenia flota, dinero, ni almacenes, y sus tropas eran menos numerosas; pero hacia diez años que estaban viviendo en tiendas de campaña; su adhesion á su gefe era ilimitada, como su confianza en su fortuna. Si el ejército de Pompeyo era mas fuerte, tambien tenia menos disciplina en los soldados, menos obediencia en los gefes. Al ver en el campamento aquellos trages extraños, al oir aquellas voces de mando dadas en veinte lenguas distintas, cualquiera habria creido que las legiones pompeyanas eran uno

de aquellos ejércitos asiáticos para los que siempre fué fatal el suelo de Europa. En el pretorio era otro espectáculo. Tantos magistrados y senadores estorbaban al gefe, aunque le hubiesen dado facultades para decidir soberanamente todos los asuntos. Puesto que se peleaba por la república, decian, era preciso que el generalísimo mostrase hácia los padres conscriptos, constituidos en consejo en Tesalia, una deferencia que no siempre se avenia con las necesidades de la guerra.

César, segun su costumbre, y no obstante su inferioridad numérica y la estacion contraria, tomó la ofensiva; el 4 de enero de 48 embarcó en buques de trasporte 7 legiones, que solo formaban un contingente de 15,000 infantes y 600 caballos. Si hubiese encontrado á la flota de Bibulo, perecia su ejército; pero Bibulo acudió demasiado tarde. Para expiar su descuido no quiso volver á desembarcar de su buque, y en tal manera se molestó vigilando la costa y el mar, que muy luego se apoderó de él una enfermedad que le hizo sucumbir. Oricum y Apolonia abrieron sus puertas á César; pero habiéndosele anticipado Pompeyo para llegar á Dirraquio, mandó á Antonio que se apresurase á pasar el estrecho con el resto de sus fuerzas, aprovechando el primer viento favorable. Pero trascurrian los dias y Antonio no llegaba. César, poco acostumbrado á tal lentitud, quiso ir á buscar por sí mismo sus legiones. Una noche salió solo de su campamento, se embarcó en una lancha del rio y mandó al piloto que hiciese rumbo á alta mar. Un viento contrario que se levantó casi al momento, encrespaba las olas, y el piloto, asustado por la tormenta, se negaba á seguir adelante. «¿Qué temes? le dijo su pasajero desconocido, llevas á César y á su fortuna.» Sin embargo, fué preciso regresar á la costa, pero en otra ocasion le sirvió de mucho la borrasca. Un dia en que soplaba con fuerza el viento del Mediodía, Antonio llegó en breves horas á la vista de Apolonia.

Un movimiento que hizo Pompeyo para impedir su union, le alejó de Dirraquio. César le burló por medio de una marcha y fué á apostarse entre él y aquella plaza en la que se

hallaban todos sus almacenes. Su adversario le siguió y fué á acampar al Sur de la ciudad, en el monte Petra, desde donde conservaba libres sus comunicaciones con el mar. Entonces, comenzó una lucha que duró cuatro meses. César, viendo que no podia inducir á su rival á que sostuviese contra él una accion decisiva, concibió el pensamiento atrevido de encerrar en una línea de puestos atrincherados á un ejército muy superior en número al suyo, y al que no podia sitiar por hambre en razon á que era dueño del mar, maniobra sobrado audaz y por la que esta vez fué castigado. Todos los dias habia escaramuzas entre los trabajadores de ambos ejércitos. En uno de estos ataques diarios fué sitiado un fuerte; el enemigo lanzó á él tantos proyectiles que ni un solo soldado dejó de ser herido, y mostraron con orgullo á César 30,000 saetas que habian recogido, y la rodela de uno de sus centuriones atravesada por 120 partes. Los soldados de César estaban acostumbrados á la escasez de víveres, pero en ninguna parte la sufrieron tan completa como en Dirraquio; llegaron al estremo de moler raices para hacer una especie de pasta, y cuando los Pompeyanos se burlaban de ellos por el hambre que estaban pasando, les tiraban panes de aquellos, gritándoles que «antes se comerian la corteza de los árboles que dejar escapar á Pompeyo.»

Sin embargo, un ataque desgraciado contra las líneas de los pompeyanos estuvo próximo á producir un desastre. César conoció, por fin, que su posicion ya no era sostenible: los víveres iban á faltarle por completo, y Escipion, que llegaba de Oriente con dos legiones, hacia en Tesalia progresos amenazadores. César, dirigiéndose á atacar á aquel gefe, pensaba arrastrar en seguimiento suyo á los pompeyanos que se habian tornado harto confiados, y acaso encontraria ocasion para darles una batalla. En todo caso ganaria espacio, reuniria víveres, y alejaría al enemigo de su flota. Segun lo habia previsto, Pompeyo le siguió, y los dos ejércitos se encontraron frente á frente cerca de Farsalia. Pompeyo queria evitar todavía una accion decisiva; pero los nobles jó-

venes que le rodeaban encontraban que aquella campaña era demasiado larga, y juzgaban sospechosa tanta circunspeccion. Le llamaban Agamenon, rey de los reyes, y Favonio exclamaba que en aquel año no se comerian higos en Túscula, porque Pompeyo no queria abdicar tan pronto. Ya se disputaban las dignidades como si hubiesen estado en Roma, y algunos encargaron que alquilasen para ellos las casas que estuviesen mas á la vista alrededor del foro, para desde allí intrigar mejor. Faunio queria los bienes de Atico, Léntulo los de Hortensio y los jardines de César. Domicio, Escipion y Léntulo Espinter se disputaban diariamente el pontificado máximo de César. «De este modo, dice el que hizo desvanecer todos aquellos sueños, en vez de ocuparse en los medios de vencer, solo pensaban todos en la manera en que habian de explotar la victoria.»

Pompeyo, apremiado por aquellos clamores, se decidió á dar una batalla. César no tenia mas que 22,000 legionarios y solo 1,000 caballos, contra una infantería doble en número, y una caballería siete veces mayor. Formó con su ejército cuatro líneas: las dos primeras habian de atacar al enemigo, la tercera servir de reserva, y la cuarta dar frente á retaguardia contra la caballería. Advirtió á los veteranos á quienes colocó en esta última parte, que de su valor y su sangre fria dependeria la victoria. «Soldados, les gritó, herid en el rostro!» Sabia que los jóvenes de la nobleza que iban á dar la carga temerian mas la deformidad de una herida que la deshonra de la fuga. Él mismo se colocó enmedio de su segunda legion, á la que los ginetes de Pompeyo le habian prometido aplastar bajo las patas de sus caballos. La accion se empeñó primero en el frente de la línea de batalla; cuando la caballería pompeyana hubo roto la línea de la enemiga, y dado vuelta al flanco derecho, César dió la señal á la cuarta línea, la cual cargó con tanto vigor y habilidad que los ginetes, sorprendidos por aquel ataque imprevisto, volvieron riendas y huyeron. En el mismo momento las cohortes se dirigieron sobre el ala izquierda y la envolvieron: César apro-

vechó presuroso aquel instante para lanzar su reserva de refresco. Los pompeyanos no pudieron sostener el choque y se desbandaron. Pompeyo, desde el momento en que vió á su caballería dispersa, se retiró á su tienda desesperado é inactivo. De improviso oyó unos clamores que se acercaban, y exclamó: «Cómo! hasta en mi campo!» Y tirando las insignias de mando, montó presuroso en un caballo y huyó por la puerta decumana hasta la embocadura del Peneo, desde donde dió á la vela para Mitilene (9 agosto de 48).

No obstante los esfuerzos de César, para detener la matanza, 15,000 hombres habian muerto. «Ellos lo han querido, decia al atravesar por el campo de tan terrible carniceria; era yo perdido si hubiese cedido.» Tan luego como quedó asegurado el triunfo, prohibió que diesen muerte ni á un solo ciudadano, y concedió el perdon á cuantos imploraron su piedad: 24,000 hombres cayeron prisioneros. Pompeyo, despues de algunos dias de incertidumbre, se habia decidido á ir á buscar un asilo en Egipto, país fácil de defender, y desde el cual podria comunicar con los Partos, si era necesario, y con Varo y Juba, dueños de la Numidia y del Africa romana.

Cuando Pompeyo llegó á la vista de Pelusa con unos 2,000 hombres, el eunuco Fotin y el general Aquilas opinaron que se le debia recibir de una manera honrosa, en memoria de los servicios que en otro tiempo habia prestado al padre del jóven rey; pero otro ministro, Teodoro, rechazó el pensamiento de unir la suerte de Egipto á la de un fugitivo, y enviaron una barca al costado del buque bajo el pretexto de conducir al general á la presencia del rey. Pompeyo se embarcó en ella. Con Aquilas se hallaban dos centuriones romanos, soldados de fortuna, que estaban al servicio de Tolomeo. Cornelia, desde el puente de su galera, seguia con la vista á la barca, que estaba ya cerca de la playa; de pronto lanzó un grito terrible. Septimio, pasando detrás de su esposo, acababa de herirle con su espada; Salvio y Aquilas completaban el asesinato. Cuando Pompeyo cayó, le cortaron la cabeza y arrojaron á

la playa el cadáver despojado. Al dia siguiente, su liberto Filipo y un pobre anciano recogieron los restos de un barco de pesca para hacerle una hoguera. Desde alta mar vió Léntulo la llama. «¿Quién es, dijo, el que ha ido ahí á terminar su destino y á descansar de sus trabajos?» Algunos momentos despues desembarcaba y sufria la misma suerte.

César sitiado en Alejandría (48); victoria del Nilo (47).

César sabia completar sus victorias. Dejando á Cornificio en Iliria para vigilar á Caton y á la flota pompeyana, y á Caleno en Grecia para someter á los pueblos, siguió tenazmente á Pompeyo con el fin de no darle tiempo para reformar un ejército. Cuando atravesaba el Helesponto en una barca, encontró á Casio al frente de 10 galeras pompeyanas y le mandó que se rindiese. Casio, turbado, se sometió, sin pensar que de un solo golpe podia concluir allí la guerra. Cuando César llegó delante de Alejandría, con solo 4.000 hombres, Teodoro le presentó la cabeza de Pompeyo, pero apartó la vista horrorizado y mandó que se diese piadosa sepultura á tan tristes despojos. Los ministros egipcios se sintieron lastimados por aquellos honores tributados á su víctima, y al ver á César tan mal acompañado, olvidaron que tenian delante de sí al dueño del mundo. Gradualmente se encontró César como sitiado en su palacio. Por fortuna tenia consigo al rey, y supo hacer entrar allí á su hermana, á la famosa Cleopatra, á quien los ministros habian expulsado. Luego, en virtud del testamento del último rey, declaró que el hermano y la hermana reinarian juntos. Los ministros del rey vieron su ruina en esta reconciliacion, y Fotin, llamando secretamente á Aquilas que mandaba en Pelusa un ejército, hizo que 4.000 romanos tuviesen que defenderse contra 20.000 soldados ejercitados y un pueblo irritado de 300.000 almas. Los romanos se encerraron en uno de los barrios, y muy luego obligaron á Aquilas á perder la esperanza de apoderarse de ellos. Quiso cortarles las comunicaciones con el mar atacando á la flota sur-

ta en el puerto, y consiguió obligarles á que por sí mismos la prendiesen fuego. Desgraciadamente el incendio se extendió al arsenal y destruyó la biblioteca.

César habia pedido socorros al gobernador de Asia. Domicio le envió una legion por tierra y otra por mar. Esta desembarcó al Oeste de Alejandría. César fué á buscarla, y á la vuelta derrotó á la flota egipcia que le cerraba el paso; pero en un ataque dado contra la isla de Pharos fueron rechazadas sus tropas, y aun él solo logró escaparse arrojándose al mar. Dícese que con una mano llevaba fuera del agua sus Comentarios, mientras que con la otra nadaba. Afortunadamente, un amigo del cónsul, Mitridates el Pergámeo, reunió en Siria un ejército que se aumentó en el camino con Judios y Arabes. Se apoderó de Pelusa, forzó el paso del Nilo y verificó su reunion con los sitiados. César tomó enseguida la ofensiva y atacó al campo egipcio, al que se habia fugado el jóven Tolomeo. Una victoria brillante recompensó á los legionarios por su prolongada paciencia. El rey pereció en el Nilo cuando iba huyendo. El Egipto aceptó por reina á Cleopatra, quien se casó con el hermano menor del rey Tolomeo Neoteros; mientras que su hermana Arsinoe era enviada cautiva á Roma.

Cleopatra; expedicion contra Farnacio; regreso de César á Roma (47).

César, despues de haber salido gloriosamente de tan ruda prueba, cometió la falta imperdonable de permanecer todavía en Egipto, en donde Cleopatra le detuvo durante tres meses. Sin embargo, partió en el mes de abril de 47 para detener los progresos amenazadores de Farnacio. Este, hijo de Mitridates, rey del Bósforo, habia aprovechado la guerra civil para expulsar de la pequeña Armenia y de la Capadocia á Deyotaro y á Ariobarzano. Domicio, que quiso restablecer á estos dos príncipes, fué derrotado; y Farnacio, dueño ya de la mayor parte del antiguo reino de su padre, ejecutaba allí espantosas crueldades. César terminó aquella guerra en cinco

dias. «Llegué, ví, vencí,» escribia á un amigo suyo de Roma. Esto era reparar gloriosamente los retrasos de Alejandría. El vencedor dió el Bósforo á Mitridates el Pergámeo; Ariobarzano y Deyotaro fueron restablecidos. «Feliz Pompeyo, esclamaba comparando estas guerras fáciles de Asia con su lucha de las Galias, feliz Pompeyo por haber adquirido á tan poca costa el sobrenombre de Grande.» Despues de haber arreglado todos los asuntos de la provincia, partió presuroso para Italia, en donde el pretor Celio habia propuesto en el año anterior una abolicion de las deudas. Afortunadamente, el senado de César habia mostrado mucha energía. Célio, rechazado de la tribuna, habia salido de Roma y llamado á Milon, y luego ambos procuraron excitar una sublevacion en la Campania. Bastaba con que dos grandes ambiciones se disputasen el imperio, y no se hizo caso alguno de aquellos aventureros oscuros que perecieron de una manera casi ignorada. Cuando llegó la noticia de la muerte de Pompeyo, el entusiasmo, indeciso hasta entonces, estalló por fin en favor de César. Le eligieron por segunda vez dictador, y le dieron el consulado por cinco años, con el poder tribunicio de por vida. Tomó posesion de la dictadura en Alejandría, y confió á Antonio el gobierno de la ciudad. Antonio, valiente, pero violento y disoluto, no tenia la energía y la prudencia que exigian las circunstancias. Muy luego comenzaron de nuevo los desórdenes. Afortunadamente llegaba César; habia desembarcado en Tarento en setiembre de 47.

Contra lo que muchos creian, su llegada no fué señalada con proscripcion alguna. Unicamente confiscó los bienes de aquellos que aun empuñaban las armas contra él, é hizo vender á pública subasta los de Pompeyo. Para desprestigiar los cargos los multiplicó; para quitar al senado la consideracion que aun disfrutaba, llamó á formar parte de él á centuriones, y aun á soldados y bárbaros. Habian trascurrido las tres cuartas partes del año, mas no por eso dejó de crear cónsules. Algunos dias despues se designó cónsul á sí mismo para el año siguiente, y tomó de nuevo la dictadura.

Despues de recompensar á sus partidarios, pagó á los pobres sus alquileres de un año y concedió á los deudores la supresion de los intereses de los tres últimos plazos. Los soldados reclamaban tambien el cumplimiento de las promesas tantas veces renovadas. Los de la décima llegaron hasta el extremo de declararse en abierta rebelion; César lo supo y los convocó en el campo de Marte: se trasladó á él solo, subió á su tribuna y les mandó que hablasen. Al verle callaron los murmullos; los soldados, indecisos y avergonzados, pidieron con voz sorda su licencia. «Os licencio, les dijo; andad quirites.» César habia encontrado para ellos la ofensa mas viva; llamaba ciudadanos á sus compañeros de armas, á unos soldados! Hacerles ciudadanos era degradarlos; preferian que los castigase, que los diezmase, y le apremiaron para que retirase aquella palabra humillante. Se ha encontrado esta frase elocuente; nos parece que derrama una luz muy triste sobre aquella época; todo cuanto hemos dicho acerca de la trasformacion de las costumbres políticas se halla esplicado por el sentido que se atribuía á estas dos palabras, soldados y ciudadanos, *quirites* y *commilitones*; ya nada era el hombre civil, el hombre de guerra lo era todo; el reinado de los ejércitos se acercaba.

Apaciguada aquella sedicion, César partió para destrozar en Africa los restos de Farsalia.

Guerra de Africa (46); batalla de Thapsus; muerte de Caton.

Curion, despues de haber expulsado á Caton de Sicilia, habia pasado á Africa; pero derrotado por Juba, rey de Numidia y por Varo, se atravesó con su espada. Así pues, el Africa era pompeyana, escepto la Mauritania cuyo rey acababa de llevar un ejército á socorrer al lugar-teniente de César en España. Los gefes reunidos en Corcira, Labieno, Escipion, Afranio, Caton, etc., resolvieron apoderarse de aquella provincia. Su flota formaba todavía un total de trescientas velas. Reconocieron por gefe á Escipion, nombre de buen agüe-

ro en una guerra de Africa; eleccion desacertada, sin embargo, porque Escipion no era hombre capaz de dirigir enérgicamente aquella guerra; casi se constituia en lugar-teniente de Juba, le dejaba la preeminencia sobre él, y á no ser por Caton le hubiera entregado Utica y toda la provincia.

César, fiel á su costumbre, no aguardó á sus tropas; desembarcó cerca de Andrumeto con 3.000 infantes y 150 caballos (1º. de enero de 46). Estas fuerzas apenas eran una escolta regular. Pero sus legiones estaban cansadas de guerra, y queria arrastrarlas avergonzándolas porque abandonaban á su gefe. Allí se reunió con él un tal P. Sittio, antiguo cómplice de Catilina, quien habia ido á ponerse á sueldo bajo las órdenes de los príncipes africanos. Sittio conocia perfectamente el país y tenia inteligencias secretas en muchos puntos. Por eso le confió César el cuidado de ir á decidir al rey de Mauritania á que invadiese los Estados de Juba, cuando este príncipe los abandonase para reunirse con sus aliados.

Como Andrumeto, de la que creian apoderarse por medio de un golpe de mano, no pudo ser tomada, los cesarianos se trasladaron á Leptis, en donde muy luego desembarcó un convoy de tropas procedente de Sicilia. César fué á caer con treinta cohortes á tres millas de Ruspina, en medio de una caballería innumerable. Labieno, que la mandaba, se acercó á los cesarianos, y les gritó: «Oid, reclutas, haceis muy bien los valientes. Segun eso, tambien á vosotros os ha trastornado la cabeza con sus buenas palabras. Por Hércules! os ha metido en un mal paso y os compadezco.—Te equivocas, contestó un soldado, no soy recluta, sino un veterano de la décima;» y quitándose el casco añadió: «Ahora me conocerás, ó mejor aun por esto,» y le lanzó su venablo, del que solo pudo librarse Labieno haciendo que se levantase de manos su caballo, el cual le recibió en mitad del pecho. Los demás cesarianos imitaron al veterano, y con una carga á fondo barrieron la llanura.

Escipion solo estaba á tres jornadas á retaguardia con 8 legiones y 3,000 caballos; Juba estaba en marcha para al-

canzarle con 120 elefantes y un ejército numeroso, y á todos estos enemigos habia que añadir el hambre. Afortunadamente Salustio se apoderó de los almacenes del enemigo, en la isla de Cercina, y una diversion del rey de Mauritania obligó á Juba á acudir á defender su reino. Por último, llegaron dos legiones, y en seguida volvió el dictador á tomar la ofensiva; sin embargo, trascurrieron tres meses invertidos sin resultado alguno en marchas y en campamentos. Para poner término á esta situacion avanzó César hácia Thapsus, ciudad importante que Escipion no podia abandonarle sin deshonra, y la puso sitio. En efecto, los pompeyanos llegaron en seguimiento suyo, presentaron la batalla y no obstante su crecido número y sus elefantes, César les derrotó con muy escasa pérdida apoderándose de sus tres campamentos. Todo el ejército se desbandó; Thapsus, Andrumeto y Zama abrieron sus puertas; Labieno, Varo y Sexto Pompeyo se trasladaron á España, en donde se hallaba ya el hijo mayor de Pompeyo y Escipion se atravesó con su propia espada. Casi todos los demás gefes perecieron; Juba y Petreyo se dieron muerte cerca de Zama, que no habia querido recibir al rey fugitivo.

La caballería se habia retirado casi intacta hácia Utica, en donde mandaba Caton. Este propuso á los romanos que se hallaban en la plaza defenderla á todo trance, pero rechazaron por completo la idea de resistencia, y desde entonces solo pensó en salvar á aquellos que no se atrevian á esperar que César les concediese perdon; mandó cerrar todas las puertas escepto la que daba al mar, suministró bajeles á los que carecian de ellos, y vigiló para que todo se hiciese con órden. Despues del baño cenó con numerosos convidados, y cuando les hubo despedido, se retiró y leyó en su lecho el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma. Al cabo de algunas páginas interrumpió su lectura para buscar su espada, y como no la hallase, llamó á sus esclavos para pedírsela, golpeando á uno de ellos con tal violencia que su mano quedó ensangrentada. Su hijo entró prorumpiendo en llanto y

acompañado de sus amigos. Caton se levantó entonces, y le dijo en tono severo: «Me arrebatas mis armas para entregarme indefenso: ¿por qué no haces tambien que me aten las manos en la espalda? Necesito, por ventura, una espada para quitarme la vida?» Le enviaron su espada por conducto de un niño. «Ahora ya soy dueño de mí mismo,» dijo, y volvió á tomar el Phedon, lo leyó todo entero por dos veces, y se durmió con profundo sueño. Cuando los pájaros comenzaban á cantar, dice su biógrafo, despertó, y desenvainando su espada se atravesó el pecho. Luchando con el dolor cayó del lecho, y al oir el ruido acudieron todos presurosos; las entrañas le salian del cuerpo y miraba con extraordinaria fijeza. Sin embargo, la herida no era mortal, y un médico la vendó; pero tan luego como Caton recobró el sentido, se arrancó el apósito, abrió de nuevo la herida y expiró en el acto. «Oh! Caton, exclamó César al saber aquella muerte, has querido quitarme la gloria de salvarte la vida!»

Decretos del senado en favor de César; su triunfo; moderacion de su gobierno.

César, despues de incorporar á la provincia la mayor parte de la Numidia, dividió el resto entre Bocco y Sittio, dejó al historiador Salustio para gobernar el Africa, y regresó á Roma á fines de julio de 46. El senado que habia acumulado ya sobre su cabeza todos los honores y todo el poder, le concedió la dictadura por diez años; por tres años, la censura sin cólega, bajo el nuevo nombre de prefectura de las costumbres, el nombramiento de la mitad de los cargos curules, escepto el del consulado, y el derecho de arreglar las provincias pretorianas; es decir, el pueblo habia de despojarse en favor suyo de su poder electivo, y el senado de su poder administrativo. Celebró cuatro triunfos al entrar en la ciudad, que fueron las victorias obtenidas contra los galos, el Egipto, Farnacio y Juba, no nombrándose Farsalia ni Thapsus. Entre los cautivos no se veia romano alguno, pero sí á

la hermana de Cleopatra, al hijo de Juba, y al vercingetorix galo, á quien los triunviros aguardaban en el Tullianum para degollarle. Nada habia que recordase á Pompeyo, pero tuvo menos consideraciones para con los vencidos en Africa. Espuso á Caton, Escipion y Petreyo atravesándose con su espada, y sin duda alguna se oprimirian muchos corazones al contemplar este espectáculo, mas la tristeza se desvaneció entre el brillo de las fiestas. Solo se oyó á los soldados hacer uso de su antiguo derecho y burlarse en sus toscos cantos, del galante calvo, del amigo de Nicomedes y de los Galos á quienes conducia detrás de su carro para llevarlos al senado. Haz bien, gritaban además, y serás derrotado; haz daño y serás rey.»

Despues del triunfo, el pueblo romano se acostó en torno de 22,000 mesas de á tres lechos. Aquella orgía inmensa inauguraba el imperio. Al dia siguiente se verificaron las distribuciones: á cada ciudadano 100 dineros, 10 fanegas de trigo y 10 libras de aceite; á todos los pobres, rebaja de un año de alquileres; á los legionarios, 5,000 dineros por cabeza; á los centuriones el doble; á los tribunos, el cuádruplo. Los veteranos recibieron tierras. Luego hubo espectáculos de todos géneros, juegos troyanos, justas en que se mataron toros salvages y hasta 400 leones; una naumaquia entre galeras de Tiro y de Egipto, y por último, una batalla entre dos ejércitos, que cada uno de los cuales contaba 500 infantes, 300 caballos y 20 elefantes. Esta vez quedaron eclipsados los gladiadores. Muchos caballeros y el hijo de un pretor bajaron á la arena, y algunos senadores quisieron combatir tambien en ella!

César, hasta llegar á su consulado, habia colocado su punto de apoyo en el pueblo y luego en los caballeros; durante su mando en la Galia, y durante la guerra civil, lo habia buscado en el ejército; á la sazon queria buscarlo en un gobierno sábio y moderado, en la fusion de los partidos, en el olvido de las injurias, en la gratitud universal hácia una administracion hábil y benéfica. Concedió al senado la fa-

cultad de llamar del destierro á Marcelo, y á Ciceron; la de hacer lo propio con Ligario. Algunos legionarios creyeron que habia llegado la época de su dominacion y se entregaron á la licencia; pero les mandó castigar con la pena de muerte; ya en Africa habia destituido ignominiosamente á muchos tribunos militares acusados de saqueo. Cuando dió tierras á sus veteranos, cuidó de que los lotes estuviesen lejos unos de otros con el fin de evitar toda rebelion y en cuanto al pueblo, así como 320,000 ciudadanos vivian en Roma á costa del Estado, redujo este número á 150,000 y ofreció á los demás tierras en las colonias de ultramar, aceptando la oferta 80,000. Suprimió todas las asociaciones formadas desde la guerra civil que solo servian á los descontentos y á los ambiciosos; una ley restringió, demasiado quizás, el derecho de apelar al pueblo; se añadieron algunas disposiciones mas severas á las leyes contra los crímenes de lesa magestad y de violencia, y el término de la duracion del gobierno de una provincia se fijó en un año para un pretor y en dos para un procónsul.

De este modo se mantenia equilibrada la balanza entre todas las clases, á ningun órden se adulaba ni ensalzaba sobre los demás. Todos tenian un dueño.

Los disturbios de los cincuenta últimos años habian aumentado de una manera deplorable la decadencia de la agricultura y la despoblacion de los campos. César prohibió á todo ciudadano de veinte á cuarenta años de edad que permaneciese mas de tres años fuera de Italia, salvo en el caso de servicio militar. En la distribucion de las tierras favoreció á aquellos que tenian una familia numerosa y tres hijos daban derecho á los campos mas fértiles. Quiso tambien que los herbageros tuviesen entre sus pastores por lo menos una tercera parte de hombres libres, y como se ha visto, echó de Roma á la mitad de sus pobres. El pensamiento de los Gracos no era otro: hacer refluir á los campos y multiplicar en la península la raza de hombres libres. Los colonos de Sila habian cambiado muy luego sus tierras por algun

dinero, disipado casi en seguida, y aquella soldadesca arruinada se habia vendido al momento á los facciosos. César, para evitar de una manera completa que pudiese haber otro Catilina, prohibió á sus veteranos la venta de sus lotes, á no ser despues de haberlos poseido durante veinte años.

Los hijos de Pompeyo sublevan la España; batalla de Munda (45).

Las noticias que llegaban de las provincias interrumpieron tan sábias reformas. La España estaba insurreccionada. El hijo mayor de Pompeyo, Cneo, su hermano Sexto, Labieno y Varo, con algunos restos de tropas, acababan de encender de nuevo en ella la guerra civil. En poco tiempo reunió Cneo trece legiones, y derrotó á cuantos querian oponerse á sus progresos.

En 27 dias llegó César desde Roma á algunos estadios de Córdoba; y para obligar á sus enemigos á acudir á la pelea, sitió á la ciudad fortificada de Atégua, y la tomó ante su vista; pero hasta el 17 de marzo no pudo César atraer á su adversario á una batalla bajo los muros de Munda. Los comentarios están muy léjos de demostrar ese cansancio de las legiones que, en concepto de algunos escritores antiguos, obligó á César á lanzarse con la cabeza descubierta al encuentro del enemigo, gritando á sus veteranos, próximos á huir: «¿Quereis, por ventura, entregar á vuestro general á unos niños?» Solo perdió 1,000 hombres de los suyos, al paso que sucumbieron 30,000 pompeyanos, y entre ellos Labieno y Varo. Cneo, herido, huyó del campo de batalla, pero fué alcanzado y muerto. Su hermano, que no habia asistido á la batalla, se ocultó en los Pirineos, y permaneció en ellos hasta la muerte de César.

En Roma estalló de nuevo el entusiasmo oficial al saberse la noticia de aquellos triunfos. El senado decretó 50 dias de rogativas y se esforzó para encontrar honores que á nadie

hubiese dado todavía. Despues de la batalla de Thapsus le habian hecho semi-dios; despues de la de Munda, le hicieron dios por completo. En el templo de Quirino se le erigió una estátua con esta inscripcion: «Al dios invencible»; se le consagró un colegio de sacerdotes denominados los Julianos, y su imágen se colocó al lado de las de los reyes, entre Tarquino el Soberbio y Bruto.

A principios de octubre triunfó el dictador, y comenzaron de nuevo las fiestas, los juegos y los festines del año último. El pueblo se quejó de no haberlo podido ver todo, y los extrangeros de no haberlo podido entender todo, así es que se dividieron los juegos; cada barrio de la ciudad tuvo los suyos, cada nacion tuvo funciones dramáticas en su idioma, y era justicia; ¿pues acaso no era Roma, á la sazon, la patria de todos los pueblos? Cleopatra tenia en ella su corte. Los reyes moros y todos los príncipes de Asia habian enviado allí embajadores. Al pié del trono que se alzaba, habia una especie de concurso de las naciones. Y qué espectáculo les daba César! caballeros, senadores, y aun un antiguo tribuno del pueblo, bajaban á la arena; todos aquellos poderes tan temidos se degradaban. Laberio, obligado á representar como mimo una de sus composiciones dramáticas, decia en su prólogo: «Ay Dios! despues de 60 años de una vida sin tacha, habiendo salido caballero de mi casa, volveré á entrar en ella hecho un cómico. ¡Ah! he vivido un dia de más! César le restituyó el anillo de oro, pues no era á él, sino á su órden á quien habia querido humillar.

Concentracion de todos los poderes en manos de César; sus proyectos.

Salvo estas leves venganzas, nadie empleó su poder en tiempo alguno de una manera mas noble. Parecia que olvidaba todos los ultrages y todos los odios. Levantaba de nuevo las estátuas de Sila; volvia á colocar la de Pompeyo sobre la tribuna de las arengas, como habia restablecido en otro

tiempo en el Capitolio los trofeos del vencedor de los Cimbros. Tampoco buscó César nuevas formas para su poder. El senado, los comicios y las magistraturas subsistieron como antes estaban; solo que concentró en sí solo toda la accion pública, reuniendo en sus manos todos los cargos republicanos. Como dictador vitalicio y cónsul por cinco años, tuvo el poder ejecutivo, con el derecho de tomar fondos del tesoro; como *imperator*, el poder militar; como tribuno, el veto sobre el poder legislativo; príncipe del senado, dirigia los debates de esta asamblea; prefecto de las costumbres, las arreglaba á su antojo; pontífice máximo, hacia que la religion hablase con arreglo á sus intereses y vigilaba á sus ministros. La hacienda, el ejército, la religion, el poder ejecutivo, una parte del judicial é indirectamente casi todo el legislativo, se hallaban de este modo reunidos en sus manos.

Para acostumbrar y dominar á aquella monarquía que fundaba, César se consagró de un modo sistemático á envilecer las instituciones republicanas. Llenó el senado de hombres nuevos, y sobre todo de galos. «Los Galos, decian, han cambiado sus bragas por la laticlavia;» y carteles fijados en las esquinas invitaban al pueblo á que no enseñase á los nuevos padres conscriptos el camino de la curia. Pero aquel senado era dócil; sin oponer objecion alguna hácia cuanto el soberano queria, y mas aun; no se ofendia porque se promulgasen en su nombre senado-consultos que solo César habia deliberado, y ni siquiera les consultaba acerca de las leyes concernientes á Roma que él discutia en su palacio con algunos individuos de los cuales habia formado su consejo privado.

Habia aumentado ya el número de los pretores, de los sacerdotes, de los cuestores y de los ediles; ya no podia nombrar mas de dos cónsules, pero la nueva teoría de los cónsules sustituidos le permitió que en un mismo año confiriese aquel cargo elevado á varios individuos. El cónsul Fabio murió en 31 de diciembre de 45, cuando solo quedaban algunas horas para que concluyese el año. Sin embargo, le de-

signó un sucesor. Qué cónsul tan vigilante! exclamó Ciceron; no ha dormido durante toda su magistratura! Llegó, tambien, á crear patricios como los antiguos reyes.

Sin embargo, César queria mas aun, ó mejor dicho, queria otra cosa. El consulado, la dictadura, la prefectura de las costumbres, todo esto, aun á título de perpétuo, era todavía la república. El título de rey comenzaba la monarquía, la herencia en el poder, el órden en la administracion, la unidad en la ley. César queria lo que mas tarde hicieron Diocleciano y Constantino; pero la república habia tenido una carrera harto larga y brillante para ceder tan pronto. Enmedio de desórdenes inauditos se defendió durante tres siglos contra el nuevo principio, y cada vez que parecia prevalecer este, reinaron el órden y la paz por el establecimiento del sistema hereditario ó de la adopcion.

Estas consideraciones son indispensables para explicar la constancia que empleó César para buscar, él que todo lo tenia, un vano título, exponiéndose á comprometerlo todo. Hizo que Antonio le ofreciese la diadema real; pero los sentimientos que manifestó la multitud le hicieron comprender que, para triunfar de la inveterada repugnancia de los romanos, era preciso elevarse mas aun. La guerra le habia dado al dictadura, é iba á pedirla la dignidad real. Los cargos se distribuyeron para un espacio de tres años; diez y seis legiones habian pasado ya el Adriático. Queria destrozar á los Dácios y á los Getas; vengar á Craso en los Partos; penetrar como el conquistador macedónico hasta el Indo, y volver por medio de los Escitas y los Germanos dominados, á ceñir en su Babilonia del Occidente la corona de Alejandro. Entónces dueño ya del mundo, haria cortar el istmo de Corinto, desaguar las lagunas pontinas, abrir el lago Fucino, y construir por encima del Apenino una carretera que condujese desde el Adriático al mar de Toscana. Roma, la capital del imperio universal, habria de ser ensanchada; al Oeste del Tiber, debia elevarse un colosal templo de Marte; al pié de la roca Tarpeya, un anfiteatro inmenso; en Ostia debia abrirse un puerto

estenso y seguro, y multiplicaria el derecho de ciudadanía romana para preparar la unidad del imperio; todos los médicos extranjeros y los profesores de artes liberales le habian ya admitido, y reuniria en un solo código las leyes romanas, y en una biblioteca pública todas las producciones del pensamiento humano. Ochenta mil colonos habian ido á llevar allende los mares las costumbres y la lengua de Roma; la Sicilia entera habia recibido el *jus Latii;* los Transpadanos, la legion de la Alondra y cuantos le habian servido fielmente, el *jus civitatis;* las grandes injusticias de la república estaban reparadas; Corinto y Cartago salian de entre sus ruinas, y tres geómetras griegos recorrian el imperio para medir las distancias y levantar planos, trabajo preliminar de una reorganizacion de la administracion provincial.

Los conjurados; muerte de César (44).

Pero hacia ya algunos meses que se habia formado una conjuracion de la que era jefe Casio Longino, antiguo lugarteniente de Craso, arrastrando consigo á Bruto, sobrino y yerno de Caton, que parecia haber heredado sus virtudes, su rigidez, su adhesion ciega y poco inteligente á las antiguas instituciones. Habia peleado en Farsalia; mas César mandó que le respetasen, y le confió además el importante gobierno de la Galia Cisalpina. Bruto se habia mostrado agradecido, y por esto decian: «Casio odia al tirano; Bruto le ama, pero aborrece la tiranía.» Casio le demostró que los grandes, el senado y el pueblo solo en él fundaban ya su esperanza, y en el tribunal en que tomaba asiento como pretor, encontró escrito: «Duermes, Bruto; no, ya no eres Bruto!» Bruto cedió; se creyó el instrumento necesario de una venganza legítima. Su nombre atrajo á otros á quienes en su mayor parte habia colmado César de favores; pero Ciceron, aunque unido con los principales conjurados, lo ignoró todo.

No faltaron avisos á César, y al hablarle de una conspiracion en que Bruto habia entrado, «Bruto, dijo llevándose la mano

al pecho, aguardará el fin de este cuerpo miserable.» Sin embargo, un dia en que hacian recaer las sospechas sobre los dos cónsules Dolabella y Antonio, exclamó: «No es á esos hombres, escelentes comensales á quienes temo, sino á los de rostro lívido y descarnado;» con lo cual quiso designar á Bruto y á Casio. Se referian tambien prodigios, fuegos que se habian visto en el cielo, ruidos nocturnos, etc.; mas César se impacientaba por aquellas amenazas continuas y se negaba á creerlas, ó al menos á pensar en ellas. «Roma, decia, tiene mas interés que yo mismo en la conservacion de mi vida;» y habia despedido á su guardia española.

Los mismos conjurados vacilaban; Casio queria dar muerte á Antonio y á Lépido al mismo tiempo que á su jefe. Bruto pidió que no se diese mas que un golpe. En público, su aspecto era tranquilo, pero en su casa, y sobre todo por la noche, su agitacion revelaba los combates que sostenia aun aquella alma doliente contra su falso heroismo; su mujer Porcia comprendió que meditaba un grande proyecto, y para probarle sus fuerzas y energía, antes de preguntarle su secreto, se hizo una herida profunda en un muslo.

Llegado el dia de las idus (15 de marzo de 44), los conjurados fueron temprano al senado, pero los adivinos habian prohibido á César que saliese. Décimo Bruto le reconvino por lo vergonzoso que era ceder á tan vagos temores, y tomándole de la mano le arrastró á la calle. Artemidoro de Crido le entregó el plan de la conjuracion, y le dijo: «Leed ese escrito, solo y con rapidez;» pero no pudo hallar tiempo para hacerlo. Los conjurados tuvieron otros motivos de inquietud, pues un senador, Pompilio Lena, saludó á Bruto y á Casio con mas solicitud de lo que acostumbraba á hacerlo, y les dijo al oido: «Ruego á los dioses que dén un éxito favorable al intento que meditais; pero os aconsejo que no perdais un solo instante, porque el asunto no es ya un secreto;» y poco despues le vieron tener con César una conversacion prolongada á la que el dictador parecia prestar la mayor atencion. Ya Casio y otros introducian la mano debajo de sus togas para sacar

sus puñales y herirse á sí mismos, cuando Bruto conoció por los ademanes de Lena que entre César y él solo se trataba de vehementes ruegos mas bien que de una acusacion. Al entrar César los senadores todos se levantaron para hacerle acatamiento, y tan luego como se hubo sentado, los conjurados, agrupándose en torno suyo, hicieron que se adelantase Tulio Cimbro para pedirle alzase el destierro de su hermano. Unieron todos sus ruegos á los del suplicante, y como insistiesen, se levantó para rechazarles por la fuerza. Entonces, arrancándole Tulio su manto, Casca le asestó la primera puñalada en el hombro. César cogió el puño del arma exclamando: «¿Qué haces, malvado?» Pero tan luego como vió á Bruto alzar el puñal contra él, soltó la mano de Casca, y cubriéndose la cabeza con su manto, entregó su cuerpo al acero de los conjurados. Como todos le daban á un tiempo, Bruto recibió una herida en la mano, y todos los demás quedaron cubiertos de sangre.

CAPÍTULO XXIV.

El segundo triunvirato (43—30).

INACCION DE LOS CONJURADOS; AMNISTÍA; FUNERALES DE CÉSAR (44).—OMNIPOTENCIA DE ANTONIO; OCTAVIO.—OPOSICION CONTRA ANTONIO; CICERON.—GUERRA DE MÓDENA (43).—FORMACION DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO; PROSCRIPCIONES; MUERTE DE CICERON (43).—INSOLENCIA DE LA SOLDADESCA.—BATALLA DE FILIPES (42); EXACCIONES DE ANTONIO EN ASIA; CLEOPATRA.—GUERRA DE PERUSA (41-40).—REGRESO DE ANTONIO Á ITALIA; TRATADOS DE BRINDES Y DE MISENA (39).—GUERRA CONTRA SEXTO POMPEYO (36); DESTITUCION DE LÉPIDO.—DOS HOMBRES EN EL IMPERIO (36-30); HABILIDAD DE OCTAVIO.—EXPEDICION DE ANTONIO CONTRA LOS PARTOS (36).—CONTRASTE ENTRE LA CONDUCTA DE ANTONIO Y LA DE OCTAVIO.—ROMPIMIENTO (32); BATALLA DE ACTIUM (31).—MUERTE DE ANTONIO Y DE CLEOPATRA (30).

Inaccion de los conjurados; amnistía; funerales de César (44).

Los conspiradores solo habian formado un plan para la conjuracion, mas no para sostenerla. Dado el golpe, salieron de la curia, atravesaron el foro gritando que el tirano habia muerto, y fueron á atrincherarse en el Capitolio. Hácia el anochecer fué allá Ciceron, el cual hubiera querido que el senado, obrando con energía en medio de los dos partidos vacilantes, se hiciese dueño de la situacion; pero solo el antiguo consular era activo y resuelto, y mientras que los asesinos permanecian indecisos, los amigos de César aprovechaban el tiempo. Lépido, su jefe de caballería, habia sublevado á los veteranos acampados en la isla del Tiber; Antonio ha-

bia hecho que le entregasen los papeles y los ahorros de César, apoderándose tambien del tesoro público que mandó trasportar á su morada. El comun peligro hizo que aquellos dos jefes se acercasen uno á otro y se uniesen, no tanto para vengar á su difunto señor, como para sacar partido de las circunstancias. Antonio era cónsul y en virtud de las facultades de su cargo reunió al senado, no atreviéndose los conjurados á concurrir á aquella sesion, en la que la discusion fué muy borrascosa. Los senadores querian declarar tirano á César, mas Antonio hizo presente que esto seria abolir sus actos, y eran tantos los que se hallaban interesados en que quedasen mantenidos, que la proposicion fué rechazada. Entonces habló Ciceron; para conciliar todos los intereses, pidió la consagracion de los derechos adquiridos, el olvido de lo pasado, y por último la paz, y una amnistía, la que fué en efecto proclamada. Entonces se invitó á los conjurados á que bajasen del Capitolio; Lépido y Antonio les enviaron por sí mismos á sus hijos como rehenes; Casio fué á cenar en casa de Antonio, Bruto en casa de Lépido, y el sentimiento de reconciliacion era general.

Sin embargo, aun no habia concluido todo. Puesto que César no era un tirano, puesto que se mantenian sus actos, era preciso aceptar su testamento y hacerle funerales públicos. Antonio leyó al pueblo su última voluntad: adoptaba por hijo á su sobrino el jóven Octavio, y á falta de este á Décimo Bruto, uno de los gefes de la conjuracion. Le daba por tutores á varios de los asesinos, y á otros les hacia legados considerables. Estos donativos de la víctima á los asesinos despertaban ya la cólera en la multitud; pero cuando Antonio añadió que el dictador dejaba al pueblo sus jardines situados á orillas del Tiber, y á cada ciudadano 300 sextercios, hubo como una explosion de gratitud y de amenazas á la vez.

Otra escena, preparada con suma habilidad, acabó de entregar la ciudad entera á Antonio. En el dia de los funerales, leyó al pueblo los decretos del senado que concedian á César honores divinos, que le declaraban santo, inviolable y

padre de la patria. Al pronunciar estas últimas palabras, añadió, volviéndose hácia el lecho fúnebre: «Y ved ahí el resultado de su clemencia! A su lado todos habian encontrado un asilo seguro, y él no ha podido salvarse. Le han asesinado, y sin embargo, habian jurado defenderle; habian ofrecido á los dioses todo aquel que atentase á su vida, todo aquel que no le amparase y cubriese con su cuerpo!» Tendiendo entonces las manos hácia el Capitolio, exclamó: «O tú, Júpiter, custodio de esta ciudad, y vosotros todos, dioses del cielo, os tomo por testigos; estoy dispuesto á cumplir mi juramento, estoy dispuesto á vengarle.» Entonces se acercó al cadáver, entonó un himno, como en honor de un dios, y luego, con acento rápido y voz fuerte, recordó sus guerras, sus combates, sus conquistas. «O tú, héroe invencible, exclamó, solo te has librado en tantas batallas para venir á sucumbir en medio de nosotros!» Y al decir estas palabras, arrancó la toga que cubria el cadáver, enseñó la sangre que lo manchaba y las puñaladas con que le habian atravesado. Entonces estallaron los sollozos de la multitud y se mezclaron con los suyos; pero aun no era esto bastante. El cuerpo de César, echado en el lecho, estaba oculto á los ojos de todos; de pronto se vió el cadáver levantarse con las veinte y tres heridas en el pecho y en el rostro; y al mismo tiempo cantaba el coro: «Solo le he salvado para morir por su mano.» El pueblo creyó ver al mismo César levantarse de su lecho fúnebre y pedirle venganza, y corriendo á la curia, que era donde habia sido asesinado, la incendiaron; buscaron á los asesinos, y equivocando el nombre, hicieron pedazos á un tribuno á quien tomaron por Cinna el conjurado. Luego, rompiendo los estrados de los tribunales y los bancos, alzaron una hoguera enmedio del foro; los soldados arrojaron á ella sus venablos, los veteranos sus coronas, sus armas de honor, sus donativos militares. El pueblo pasó toda la noche en torno de la hoguera, y un cometa que apareció en el cielo fué considerado como una justificacion de la apoteosis.

Antonio habia conseguido su objeto y los asesinos habian

tenido que huir. Para calmar al senado, profundamente irritado por ver tratar así á la amnistía votada la víspera, Antonio promovió el llamamiento de Sexto Pompeyo, así como la abolicion de la dictadura, y dejó que su cólega hiciese imponer la pena de muerte á un demagogo que, suponiéndose pariente de César, agitaba al pueblo, llegando hasta el extremo de consentir en celebrar una entrevista fuera de Roma con Bruto y Casio, y de no oponerse á que los conjurados fuesen á tomar posesion de sus gobiernos respectivos, ni á que se restituyesen á Sexto Pompeyo todos sus bienes y el proconsulado de los mares. Nunca habia encontrado el senado un cónsul tan dócil; por esto, cuando Antonio se quejó de que le perseguia el odio del pueblo como á un traidor y pidió una guardia para su seguridad personal, el senado se apresuró á concedérsela, y muy luego la hizo ascender al número de 6000 hombres. Era un ejército, y desde entonces podia arrojar la máscara: en efecto, todas sus medidas no tuvieron ya otro objeto que el de grangearse de nuevo el afecto del pueblo y tener prosélitos en todas partes.

Omnipotencia de Antonio; Octavio.

El senado habia confirmado los actos de César: Antonio hizo extensiva esta sancion á los proyectos del dictador, y como poseía todos sus papeles, leía ó mandaba escribir en ellos cuanto deseaba. Así vendió los cargos, los honores, y aun las provincias, entre otras la pequeña Armenia, que le fué comprada por Deyotaro, y la Cretia, que pagó por sí misma su independencia en dinero contante. Estos escandalosos tráficos levantaron de nuevo su fortuna, y si en las idus de marzo debia 8 millones, antes de las calendas de abril lo habia pagado todo y capitalizado 135 millones, que le sirvieron para bienquistarse con el pueblo y con muchos soldados y senadores. Cuando se creyó ya bastante fuerte, hizo que Bruto y Casio fuesen despojados de sus gobiernos de Siria y de Macedonia para recibir en cambio los de la Cretia y de Cirene;

Dolabella, su cólega, se adjudicó el primero; él tomó para sí el segundo, en donde se hallaban acantonadas fuerzas considerables. «El tirano ha muerto, exclamaba dolorosamente Ciceron, pero la tiranía sigue viviendo.»

En este intermedio, llegó á Roma un jóven en quien hasta entonces se habia fijado muy poco la atencion. Llamábase Octavio, y era sobrino segundo de César por su madre, hija de una hermana del dictador. A la edad de cuatro años perdió á su padre, caballero romano muy distinguido, y César, que no tenia hijos, se encargó de su educacion. Queria llevarle consigo á la guerra contra los Partos, y le envió á Apolonia, enmedio de las legiones que allí se reunian, tanto para completar su instruccion, como para que se diese á conocer á los soldados. Al saberse la muerte del dictador, sus amigos le aconsejaron que se refugiase enmedio del ejército, lo que hubiera equivalido á hacer una declaracion de guerra al senado y á los asesinos. Octavio, hombre reservado que mostraba tanta prudencia como audacia tenia César, rechazó aquel proyecto, y tan atrevido como su padre adoptivo, pero de distinta manera, no obstante de los avisos amenazadores de su madre, no vaciló en ir solo á Roma, á reclamar su peligrosa herencia. Viajaba sin aparato alguno, y sabiendo cerca de Cuma que Ciceron se hallaba en las inmediaciones, fué á visitarle, y cautivó al anciano con sus caricias y con su fingida confianza y franqueza. A fines de abril entró en Roma.

Apenas contaba á la sazon 19 años de edad; en vano renovó su madre sus vehementes instancias para que dejase el nombre de César. A los dos dias de haber llegado se presentó ante el pretor, y declaró que aceptaba la herencia y la adopcion; enseguida subió á la tribuna, y prometió al pueblo que satisfaria todos los legados de la herencia. Pero como Antonio se habia apoderado del dinero que dejó el dictador, Octavio se atrevió á reclamárselo, y solo recibió respuestas bruscas. Viendo que le negaban los tesoros de su padre, puso en venta las tierras y las casas de recreo, y como todo esto no bastase, vendió sus propios bienes. Antonio, despues de haberse

burlado del pretendiente, concluyó por vigilar cuidadosamente su conducta, y multiplicó los obstáculos en torno suyo; pero el pueblo estaba en favor del jóven César, y Antonio se prestó á una reconciliacion para que Octavio le ayudase á obtener la Cisalpinia como gobierno, en cambio de la Macedonia.

Octavio contaba con que Antonio le pagaría favor por favor. Solicitó el tribunado, y el cónsul hizo que fuese desestimada su peticion; entonces comprendió que á toda costa necesitaba un ejército. Sus emisarios recorrieron secretamente las colonias de veteranos; otros salieron al encuentro de las legiones que llegaban de Macedonia, y al propio tiempo lisongeó al senado, cuya mayoría manifestaba un odio violento hácia Antonio.

Oposicion contra Antonio; Ciceron.

Ciceron era el alma de aquella oposicion. El 1.º de setiembre de 44 se reunió el senado; Antonio habló duramente contrá el anciano consular ausente; pero al dia siguiente asistió Ciceron á la sesion, y lanzó su primera *filípica*. Antonio, furioso, contestó con invectivas violentas que le valieron, aunque algo mas tarde, una réplica contundente y abrumadora, la segunda filípica.

Durante aquella guerra de palabras, Octavio seducia á los soldados del cónsul. Antonio llegó á saber que las legiones desembarcadas en Brindes se hallaban minadas sordamente por agentes misteriosos; partió presuroso para contener la defeccion, y mandó diezmar á sus tropas, medio muy malo para reconquistar su afecto. El que era ya su rival salió tambien de la ciudad, recorrió las comarcas ocupadas por los colonos de su padre, y regresó con 10,000 hombres; dos legiones de Antonio se pasaron á sus filas poco tiempo despues. Procuraba atraerse tambien á Ciceron, y por medio de este al senado, á fin de que una autoridad legal sancionase su posicion con algunos títulos. Le escribia todos los

dias, prometiéndole ciega docilidad y confianza, y le llamaba su padre. Ciceron se dejó coger en la red que le tendia con sus cariñosas palabras. Antonio habia marchado á expulsar de la Cisalpinia á Décimo Bruto, quien se negaba á dejarse despojar de aquel gobierno. Ciceron creyó que la oportunidad era favorable para ocuparse nuevamente en la realizacion de su antiguo proyecto.

Los asesinos, es decir, la faccion de los grandes, estaban en el Oriente; Antonio y Lépido, es decir, los demagogos y los representantes de la soldadesca, en las dos Galias. Así pues, era lícito creer que los hombres honrados, habiendo quedado dueños del gobierno, podrian apoderarse otra vez de la influencia. Pero se necesitaba un ejército: Octavio le tenia. «Octavio, decia Ciceron, no tiene mas ambicion que la de ejecutar la última voluntad de su padre. Cuando se haya arruinado para hacerlo, volverá á caer en la oscuridad de que acaba de salir. Algunos honores insignificantes bastarán á esa vanidad de veinte años; su edad responde de su docilidad. Despues de la victoria se romperá el instrumento.» Así pues, Ciceron se apresuró á hacer que le concediesen una indemnizacion, y le elogió altamente, felicitando á las legiones que habian desertado las banderas del cónsul para unirse á su causa.

Guerra de Módena (43).

Antonio estaba ya sitiando á Dec. Bruto en Módena. Ciceron queria hacer que le declarasen enemigo público, y que Octavio recibiese al propio tiempo el título de propretor y el rango de senador, diciendo que él garantizaba el patriotismo del jóven César. Adoptóse su proposicion relativa á Octavio, y este obtuvo además que el tesoro público se encargase de cumplir las promesas que habia hecho á sus soldados. Sin embargo, el senado aun andaba indeciso para atacar á Antonio; pero las cartas de Sexto Pompeyo, que estaba reuniendo un ejército en Marsella y ofrecia sus servicios, y las noticias de Oriente, en donde Bruto y Casio habian tomado ya posesion

de sus gobiernos de Siria y de Macedonia, secundaron la elocuencia del gran orador (XII filípica), y en el trascurso de marzo, entró Octavio en campaña con los dos cónsules Hirtio y Vibio Pansa.

Una ventaja insignificante obtenida por las tropas de Antonio antes de la union de los tres generales, difundió el espanto en la ciudad. El 14 de abril llegó Pansa cerca de Bolonia, en donde se hallaban sus cólegas, y en los dias siguientes se peleó con encarnizamiento en tres puntos á la vez. Ya Pansa, gravemente herido, huía con sus desordenadas tropas hácia *Forum-Gallorum* (Castel-Franco), cuando Hirtio, desembocando á la cabeza de veinte cohortes, aseguró de nuevo la victoria. Durante esta doble accion, Octavio habia defendido el campo contra el hermano de Antonio. Una tentativa hecha para introducir socorros en Módena, produjo otra batalla que concluyó por la derrota completa de Antonio (27 de abril.) El cónsul Hirtio fué muerto en la accion; su cólega Pansa murió al dia siguiente á consecuencia de las heridas que habia recibido en el primer combate, suceso harto favorable á Octavio para que mas tarde no le acusasen de aquella doble muerte. Cuando se supo en Roma aquella victoria, el pueblo corrió presuroso á la casa de Ciceron y le condujo al Capitolio, enmedio de las mas vivas aclamaciones. No parecia sino que el verdadero vencedor era el elocuente anciano que habia obligado al senado á combatir y á triunfar. En efecto, la guerra parecia haberse terminado; Antonio huía hácia los Alpes; Décimo, desembarazado y libre ya, le perseguia lleno de ardor; Plauco, comandante de la Transalpinia, bajaba desde Lyon con un ejército para cerrarle la Galia, y Lépido acudia á renovar sus protestas de fidelidad. Se creyó que ya no habia que guardar mas consideraciones, y diez senadores presididos por Ciceron, recibieron el encargo de examinar prolijamente los actos de Antonio.

En este júbilo, en estas fiestas, Octavio permanecia casi olvidado. En nombre de Décimo Bruto se decretaban 50 dias de suplicaciones, y aun se despojaba á Octavio de la direc-

cion de la guerra para confiarla al general á quien acababan de salvar. ¿Para qué se necesitaba ya entónces á aquel niño? Pero Antonio, perseguido con harta blandura, habia ido á Frejus y puesto término á las vacilaciones de Lépido arrastrando consigoásus tropas (29 de mayo.) La defeccion de Asinio Polion, gobernador de España, y la de Plauco, quien poco tiempo despues volvió á adherirse á la causa de Antonio, acrecentaron sus fuerzas, y volvió á hallarse al frente de veinte y tres legiones.

Entonces ya fué preciso acordarse de Octavio. Para detenerle hasta el regreso de Casio y de Bruto, Ciceron hizo que se le concediese la ovacion; queria que le colmasen, que le *abrumasen* de honores (1). Además, despues del triunfo, era costumbre que el general licenciase sus tropas. Separar á Octavio de sus legiones, como en otro tiempo á César de las suyas, era entonces el deseo vehemente del senado. Pero los soldados adivinaron el lazo que les tendian, y ellos mismos enviaron una diputacion á Roma. Eran 400 veteranos que fueron á anunciar al senado que su gefe, en virtud del senado-consulto que le habia dispensado de la observancia de la *ley Anua*, deseaba pretender el consulado. Negaban la autorizacion, y uno de los veteranos, dando un golpe en su espada, dijo: «Si no se la concedeis, esta se la dará;» y Octavio, pasando en seguida el Rubicon, condujo ocho legiones hasta las puertas de Roma. Entró en la ciudad enmedio de los aplausos del pueblo, y una asamblea le proclamó cónsul; Ciceron se habia fugado. Enseguida hizo Octavio ratificar su adopcion, y distribuyó á sus tropas, á costa del tesoro público, las recompensas prometidas, mientras que Pedio, el otro cónsul, proponia que se formase una sumaria acerca del asesinato de César, teniendo cuidado, para alcanzar á Sexto Pompeyo, de envolver en su acusacion á los asesinos y á sus cómplices. Todos fueron sentenciados al destierro y á la pérdida de sus bienes.

(1) *Laudandum adolescentem, ornandum, tollendum.* Vell. Pat., II, 62. Suet., 12. El sentido siniestro de *tollendum* no puede reproducirse.

Formacion del segundo triunvirato; proscripciones; muerte de Ciceron (43).

A la sazon podia Octavio entrar ya en tratos con Antonio, sin temor de que este le eclipsase. Era cónsul, tenia un ejército, era dueño de Roma, y en torno suyo se habian agrupado todos aquellos cesarianos á quienes alejaron las violencias de su rival. Pedio comenzó á preparar el terreno; hizo que fuese revocada la sentencia que ponia fuera de la ley á Lépido y á Antonio. Décimo, abandonado por sus soldados, fué cogido y muerto cerca de Aquilea por unos ginetes de Antonio. Este anunció á Octavio que acababa de inmolar aquella víctima á los manes de su padre, y Lépido se interpuso para arreglar una avenencia deseada por ambas partes. A fines de octubre se reunieron los tres gefes cerca de Bolonia, en una isla del rio Reno, cuyas dos orillas estaban guardadas por cinco legiones en cada lado. Invirtieron tres dias en formar el plan del segundo triunvirato. Octavio habia de abdicar el consulado, y ser sustituido en este cargo, para lo que faltaba de año, por Ventidio, lugar-teniente de Antonio. Se creaba una nueva magistratura bajo el título de *triumviri reipublicæ constituendæ*. Lépido, Octavio y Antonio se conferian á sí mismos el poder consular por cinco años, con el derecho de disponer de todos los cargos durante igual espacio de tiempo. Sus decretos habian de tener fuerza de ley, sin que necesitasen la confirmacion del senado ni del pueblo. Por último, cada uno de ellos se reservaba dos provincias en torno de Italia: Lépido, la Narbonense y la España; Antonio, las dos Galias; Octavio, el Africa, la Sicilia y la Cerdeña. El Oriente, ocupado por Bruto y por Casio, quedó indiviso, lo mismo que la Italia; pero Octavio y Antonio habian de ir á pelear contra ellos, mientras que Lépido, permaneciendo en Roma, velaria por los intereses de la asociacion. Para asegurarse la fidelidad de los soldados, los triunviros se comprometieron á darles despues de la guerra, 5,000

dracmas por cabeza, y las tierras de 18 ciudades de las mas hermosas de Italia. Despues que estuvieron escritas estas condiciones, y que cada cual hubo jurado su estricta observancia, Octavio leyó á las tropas las cláusulas del tratado, y para cimentar la alianza, aquellas exigieron que se casase con una hija de Fulvia.

Los triunviros hicieron que les precediese á Roma la órden enviada al cónsul Pedio de dar muerte á 17 personages de los mas importantes del Estado; en este número se hallaba Ciceron. Cuando los triunviros llegaron á la ciudad, se fijó el edicto siguiente «Lépido, Marco-Antonio y Octavio, elegidos triunviros, hablan así: «Si aquellos á quienes César, »en su clemencia habia salvado, enriquecido, y colmado de »honores despues de derrotarlos, no se hubiesen convertido »en asesinos suyos, tambien nosotros olvidaríamos á aque»llos que hicieron fuésemos declarados enemigos públicos. »Ilustrados por el ejemplo de César, nos anticiparémos á »nuestros enemigos antes de que estos nos sorprendan..... »Próximos á emprender, allende los mares, una expedicion »contra los parricidas, nos ha parecido necesario no dejar »enemigos detrás de nosotros. Por esta razon hemos formado »una lista de proscritos. Que nadie oculte á ninguno de »aquellos cuyos nombres van á continuacion. El que facilite »la evasion de un proscrito, será proscrito él tambien. Que »se nos entreguen las cabezas. Como recompensa, el hombre »de condicion libre recibirá veinte y cinco mil dracmas áti»cas; el esclavo diez mil, con mas la libertad y el título de »ciudadano. Los nombres de los asesinos y de los delatores »permanecerán secretos.» Seguia una lista de ciento treinta nombres; casi en seguida apareció otra con ciento cincuenta, y á esta sucedieron muchas mas.

Antes de sér de dia se habian colocado guardias en las puertas, en todas las salidas, y en cuantos sitios podian servir de refugio y retiro. Para arrebatar á los sentenciados toda esperanza de perdon, ála cabeza de la primera lista se leyeron los nombres del hermano de Lépido, de L. César, tio de

Antonio, de un hermano de Plauco, del suegro de Polion y de C. Toranio, uno de los tutores de Octavio. Cada gefe habia entregado á uno de los suyos para tener el derecho de que no le estorbase en sus venganzas. Comenzaron de nuevo las escenas de los dias nefastos de Mario y de Sila, y la tribuna volvió á tener sus hediondos trofeos de cabezas ensangrentadas. El odio, la envidia, la codicia, todas las malas pasiones se desencadenaron, y lo mismo que en las primeras proscripciones fué fácil poner un nombre en la lista fúnebre, ú ocultar el cadáver de un enemigo asesinado entre los de los proscritos. Presentaron una cabeza á Antonio: «No la conozco, dijo, que se la lleven á mi muger.» En efecto, era la de un particular muy rico que en otro tiempo se habia negado á vender á Fulvia una de sus casas de recreo. Una muger, para casarse con un amigo de Antonio, hizo proscribir á su marido y le entregó ella misma. Un hijo descubrió á los asesinos el retiro de su padre, que á la sazon era pretor, y fué premiado con la edilidad. C. Tornario pedia á los asesinos un plazo de breves instantes para enviar á su hijo á implorar á Antonio. Le contestaron que su mismo hijo era quien habia pedido su muerte.

Sin embargo, hubo algunos ejemplos magníficos de abnegacion: Varron fué salvado por sus amigos, otros por sus esclavos; Apio por su hijo, cuya piedad filial recompensó mas tarde el pueblo con la edilidad. La hermana de L. César se arrojó delante de los asesinos, gritándoles: «No le matareis sino despues de haberme degollado, á mí, á la hermana de vuestro general!» El tuvo tiempo suficiente para huir y ocultarse. Muchos se escaparon con el auxilio de los buques de Sexto Pompeyo, quien acababa de apoderarse de la Sicilia é hizo cruzar á su escuadra cerca de las costas; varios consiguieron llegar al Africa, á la Siria y á la Macedonia, en donde mandaban Cornificio, Casio y Bruto. Ciceron fué menos afortunado; Octavio habia tenido que abandonarle al rencor de su cólega, aunque con pesar, porque era una muerte inútil. Puesto que mataban á la libertad, ¿qué era un orador sin

tribuna, una voz sin eco, y que por sí sola habia de enmudecer? Pero Antonio y Fulvia querian la mano que habia escrito, la lengua que habia pronunciado las filípicas.

Ciceron habia huido por mar desde Túsculo á Gaeta. Despues de descansar algunos instantes en su quinta de Gaeta, habia vuelto á subir á la litera cuando llegaron los asesinos conducidos por un tribuno legionario llamado Pompilio, á quien en otro tiempo salvó de una acusacion de parricidio. Cuando oyó Ciceron que se acercaban, mandó dejar su litera en el suelo, y llevándose la mano izquierda á la barba, ademan que le era habitual, dirigió á los asesinos una mirada fija. Sus cabellos erizados y cubiertos de polvo, su rostro pálido y descompuesto, infundieron miedo á la mayor parte de los soldados, quienes se taparon la cara mientras el centurion Herencio le degollaba. Ciceron habia asomado la cabeza fuera de la litera y presentado el cuello á los asesinos (7 de dic. de 43). Herencio le cortó la cabeza y la mano. Se las llevaron al triunviro cuando se hallaba en la mesa. Al verlas, manifestó una alegría feroz, y Fulvia cogiendo aquella cabeza ensangrentada atravesó con una aguja la lengua que la habia perseguido con tantos y tan merecidos sarcasmos. Aquellos tristes restos se fijaron en seguida en los Rostros. El pueblo acudió en tropel á verlos, pero con lágrimas y gemidos. El mismo Octavio se afligió secretamente por aquella muerte, y aunque durante su reinado nadie se atrevió á pronunciar en tiempo alguno aquel gran nombre, como una reparacion dió el consulado á su hijo. Una vez llegó al extremo de elogiar sus virtudes.

Así pereció, en todo el poder y fuerza de su talento, el príncipe de los oradores romanos, y uno de los hombres mas probos que han honrado á las letras y á la política. Su muerte fué el crímen mayor del jóven César. Octavio, por sí mismo, debió conservar la existencia del hombre que habia asegurado sus primeros pasos y hecho votar sus primeros honores. Por Roma, debió guardar aquel genio fecundo que aun parecia incansable; por el mundo entero, debió salvar á uno

de los hombres cuyos escritos mas han contribuido al desarrollo moral de la humanidad. A la verdad, á Ciceron no puede colocársele en el primer rango entre los pensadores. Como filósofo, su parte es pequeña; pero si innovó poco, al menos su facilidad maravillosa para apropiarse las ideas agenas ha puesto en circulacion un número infinito de pensamientos bellos y grandiosos que le han convertido en maestro de las futuras generacienes, y en uno de los preceptores del género humano. En moral religiosa, la idea de la unidad de Dios y de la providencia divina, de la inmortalidad del alma, de la libertad y de la responsabilidad humana, de las penas y recompensas reservadas para otra vida; en moral política, la idea de la ciudadanía universal, cuyo primer vínculo debe ser la caridad, el perfeccionamiento de nuestra especie, la necesidad para todos de trabajar en el progreso general, y la obligacion imperiosa de fundar lo útil sobre lo honesto, el derecho sobre la equidad, la soberanía sobre la justicia, es decir, la ley civil sobre la natural, revelada por el mismo Dios y grabada por él en todos los corazones. Tales son algunas de las nobles creencias que ha popularizado la mágia de su estilo. A la verdad, todo esto no está rigurosamente demostrado ni enlazado en cuerpo de doctrinas. Es el esfuerzo de un alma hermosa que, por su propia inspiracion, llega á las verdades sublimes de la religion eterna, y no el trabajo paciente del filósofo que construye un sistema en el que todo se mantiene y se encadena. Pero, ¿para hablar al corazon, ¿se necesita por ventura tanta lógica?

Insolencia de la soldadesca.

Durante aquellos dias de asesinatos, Lépido y Plauco, cónsules designados, tuvieron valor suficiente para celebrar cada uno un triunfo por algunas victorias insignificantes ganadas en la Galia. Los soldados, aprovechando el doble sentido que tiene en latin la palabra *Germanus*, cantaban detrás de su carro: «Nuestros cónsules no triunfan de los Ge-

los sino de sus hermanos.» En efecto, cada uno de ellos habia entregado un hermano á los asesinos. Pero los soldados, sin referirnos á la antigua costumbre que autorizaba en ellos aquella libertad, comprendian que eran necesarios, y no creian que sus gefes, sufriendo su indisciplina y sus exigencias, pagasen sobrado caro el poder que les habian dado. Apenas dejaron vender los bienes de los proscritos. Uno quiso una casa, otro tierras; este una quinta, aquel solo el dinero y los esclavos. Hubo algunos que obligaron por medio de la fuerza á ricos ciudadanos á que los adoptasen, para heredarles; otros, que tenian menos paciencia, mataban al hombre cuya fortuna codiciaban, estuviese ó no proscrito. Toda la ciudad temblaba ante aquella soldadesca reclutada entre bandidos y esclavos escapados de sus galeras. Despues de las ejecuciones llegaron las exigencias fiscales. Todos los habitantes de Roma y de Italia, ciudadanos ó extranjeros, sacerdotes ó libertos, *prestaron* el diezmo de sus bienes y dieron sus rentas de un año. Entonces tuvieron á bien los triunviros declarar terminada la proscripcion, y el senado no se avergonzó de conferirles coronas cívicas como á los salvadores de la patria.

El 1 de enero de 42 se renovó el juramento de observar las leyes y los actos de César, y los triunviros, siguiendo su ejemplo, dispusieron de todos los cargos para los años siguientes; luego Octavio y Antonio, despues de una vana tentativa contra Sexto Pompeyo, dueño de Sicilia, pasaron el mar Jónico para ir á pelear contra los republicanos. Cornificio, que mandaba por el senado en Africa, acababa de ser muerto. Así pues, todo el Occidente, menos la Sicilia, obedecia á los triunviros.

Batallas de Filipos.

Bruto, al salir de Italia, se habia trasladado á Atenas, en donde habian colocado su estátua al lado de las de Harmodio y Aristogiton. Tan luego como se supo que reunia sol-

dados, los restos de las legiones pompeyanas, que se habian quedado en Grecia despues de la batalla de Farsalia, acudieron presurosos al lado suyo; un cuestor que llevaba á Roma el impuesto de Asia, le entregó 500.000 dracmas; el jóven Ciceron levantó una legion entera y se la ofreció, y el gobernador de la Macedonia le entregó su mando, lo cual le proporcionó una provincia extensa y un ejército enfrente de Italia. Antonio habia enviado á su hermano Cayo para disputarle la Grecia, pero fué hecho prisionero. Desde el Adriático hasta la Tracia, todo obedecia al general republicano.

Casio se habia trasladado tambien á su gobierno de Siria. El cólega de Antonio, Dolabella, llegó casi al mismo tiempo á Asia, é hizo perecer en el suplicio á Trebonio, uno de los asesinos que cayó en sus manos. Pero aquellas legiones de Oriente estaban mal dispuestas respecto de los cesarianos; Dolabella, sitiado muy luego en Laodicea, se vió reducido á hacerse dar la muerte por uno de los suyos. Cuando estas noticias llegaron á Roma, antes de la guerra de Módena, Ciceron hizo que el senado confirmase á Bruto y á Casio en su gobierno, con el derecho de tomar todo el dinero que les fuese necesario, y de llamar á su lado á los contingentes de los reyes, apremiándoles para que acudiesen presurosos á Italia. Pero ni uno ni otro tenian esa decision que duplica las fuerzas, y se hallaban en ambos extremos del Asia romana cuando supieron las proscripciones. No por eso se apresuraron mas, y se ocuparon en reducir á los pueblos que defendian á los triunviros. Bruto atacó á Xanto, y Casio á Rodas que saqueó cruelmente. La provincia de Asia hubo de pagar de una vez el impuesto de diez años. El último ejército y los últimos gefes de la república parecia que de este modo tenian empeño en legitimar de antemano, á los ojos de los pueblos, el triunfo del gobierno monárquico. Sin embargo, Bruto, republicano sincero, se esforzaba para dulcificar los males de la guerra. En Sardes, en una segunda entrevista con Casio, le reconvino vivamente porque hacia que aborreciesen su causa «Mas hubiera valido, decia, dejar vivir á César. Si cerraba.

los ojos respecto de las injusticias de los suyos, al menos por sí mismo á nadie despoja.»

Los dos ejércitos, cargados con el botin de Asia, se pusieron en marcha para regresar á Europa. Una noche en que Bruto velaba en su tienda, se presentó delante de él un espectro de figura estraña y terrible. «¿Quién eres, hombre ó dios? dijo sin temblar el estoico general.—Soy tu genio malo, contestó el fantasma; volverás á verme en las llanuras de Filipes;» y se desvaneció. Al dia siguiente, Bruto refirió esta vision de su imaginacion turbada al epicúreo Casio, quien le explicó, como Lucrecio, la inanidad de los sueños y de las apariciones. Tenian 80.000 infantes y 20.000 ginetes; cada soldado habia recibido 2.500 dracmas, los centuriones 5.000, y los tribunos 10.000. Avanzaron hasta Filipes en Macedonia.

Bruto y Casio acampaban en dos colinas que distaban tres millas una de otra. Antonio se situó enfrente de Casio, y Octavio enfrente de Bruto. Los dos ejércitos eran próximamente iguales en número, pero los republicanos tenian una escuadra imponente que privaba á los cesarianos de recibir socorros por mar. Por eso Antonio, amenazado por la escasez de víveres, deseaba ardientemente la batalla que Casio, por la razon contraria, queria diferir. Bruto, ansiando salir cuanto antes de inquietud y poner término á la guerra civil, en el consejo que se celebró, opinó por el combate, y arrastró consigo á la mayoría. Octavio estaba enfermo y habia sido llevado fuera del campamento, cuando Messala, atacando con impetuosidad, penetró en sus líneas, y su litera, que habian dejado allí, quedó acribillada á saetazos. Muy luego se difundió la voz de que le habian muerto, y Bruto creía ganada la victoria. Pero en el ala opuesta, Antonio acababa de dispersar al enemigo y de apoderarse de su campo. Casio se habia retirado con algunos de los suyos á una altura inmediata: al ver á un cuerpo numeroso de caballería que se dirigia hácia donde él estaba, creyó que eran fuerzas enemigas é hizo que uno de sus libertos le diese muerte. Era Bruto que, habiendo vencido, acudia á socorrerle. Los adula-

dores de la nueva monarquía dijeron despues que en el momento supremo se habia apoderado el espanto del alma del escéptico epicúreo; que habia creido ver á César cubierto con el manto de púrpura y con el rostro amenazador, lanzar sobre él su caballo. «Sin embargo, yo te habia dado muerte,» suponen que exclamó apartando la vista, é impulsado por la venganza del dios, tendió él mismo el cuello á la espada. Bruto, al ver su cadáver, derramó lágrimas y le llamó el último de los romanos. Bruto merecia mucho mas este elogio por su rígida virtud.

Veinte dias despues de esta primera accion se empeñó otra. Esta vez se hallaba presente Octavio; el ala que él mandaba fué desordenada tambien; pero Antonio, vencedor en su lado, cayó sobre las tropas de Bruto, las arrolló y las puso en precipitada fuga. Su gefe, habiéndose escapado con sumo trabajo, se detuvo en una altura para llevar á cabo lo que él llamaba su salvacion. Estraton, su maestro de retórica, le tendió una espada apartando la vista; Bruto se precipitó con tal fuerza sobre la punta del arma, que quedó atravesado de parte á parte, y espiró en el acto. La imaginacion popular rodeó de circunstancias dramáticas los últimos momentos del gefe republicano. Se decia que el fantasma que habia visto en Abidos se le volvió á aparecer, segun su promesa, en la noche que precedió á la batalla, y pasó por delante de él triste y mudo. En concepto de otros, en la hora suprema, se le escapó una frase de cólera y de amarga decepcion: «Virtud, solo eres una vana palabra!»

Antonio mostró alguna dulzura para con los cautivos, y mandó dar honrosa sepultura á Bruto; pero Octavio hizo decapitar su cadáver y llevar su cabeza á los piés de la imágen de César. No tuvo compasion alguna para con sus prisioneros, y asistió friamente á su suplicio. Un padre y su hijo imploraban la vida el uno para el otro, y mandó que fuesen sorteados. Otro le pedia que al menos le concediese una sepultura. «Eso es cuenta de los buitres,» contestó. Sin embargo dispensó buena acogida á Valerio Messala, no obs-

tante su mucha amistad con Bruto, y aun le dejó con frecuencia que ponderase la virtud del gefe republicano. Mas de 14.000 hombres se habian rendido; pero toda la escuadra, bajo el mando de Domisio Ahenobarbo, fué á reunirse con Sexto Pompeyo.

Exacciones de Antonio en Asia; Cleopatra.

Los dos vencedores hicieron entonces entre sí un nuevo reparto. Octavio tomó la España y la Numidia; Antonio la Galia Cabelluda y el Africa. La Cisalpinia, harto próxima á Roma, habia de dejar de ser provincia. En cuanto á Lépido, le excluian ya de la particion porque se creía que estaba de acuerdo con Pompeyo. Mas tarde obtuvo el Africa. Señalada ya la parte de los jefes, restaba hacer lo propio con la de los soldados. Antonio se encargó de ir á cobrar al Asia los 200 000 talentos necesarios. Octavio, que se hallaba enfermo, tomó á su cargo la empresa, al parecer mas árdua, de dar tierras á los veteranos. Mientras se encaminaba á Roma, adonde iba á apoderarse del gobierno y á seducir con toda seguridad á las tropas, dándoles lo que Antonio les habia prometido, este atravesaba la Grecia, asistia á sus juegos, á sus fiestas, y á las lecciones de sus retóricos. Imparcial y afable, merecia de su gratitud el título de amigo de los griegos; pero en Asia, en medio de aquellas ciudades grandes y voluptuosas, el guerrero olvidó sus deberes en las delicias. En Efeso entró precedido de mugeres vestidas de bacantes, y de jóvenes disfrazados de sátiros. Tomaba ya los atributos de Baco cuyo papel se dedicó á desempeñar en continuas orgías. Para poder satisfacer sus prodigalidades, abrumaba de una manera terrible á los pueblos. Exigió de una vez el ímpuesto de nueve años, sin contar las confiscaciones particulares. Por un buen plato, dió á su cocinero la casa de un ciudadano de Magnesia.

Cleopatra, asustada por las amenazas de Casio, le habia suministrado tropas y dinero. Antonio le pidió cuenta de

su conducta en aquella ocasion. Fué ella misma á Tarsis, en Cilicia, que era donde se hallaba Antonio, esperando seducirle, como á Cesar, con sus encantos. Nada olvidó ni descuidó para procurar el buen éxito de la trama. «Subió por el Cidno en un buque cuya popa era de oro, las velas de púrpura y los remos de plata. El movimiento de estos se hacia al compás de los sonidos de las flautas armonizados con los de las liras. La reina, magníficamente adornada, como los pintores representan á Vénus, iba reclinada bajo un pabellon recamado de oro. La rodeaban niños vestidos de amorcillos, y las mugeres de su servidumbre, vestidas de nereidas y de gracias, manejaban el timon y las cuerdas. Los perfumes que quemaban á bordo del buque embalsamaban á larga distancia ambas orillas. «Es la misma Vénus! exclamaban los habitantes deslumbrados; viene á ver á Baco.» Antonio sucumbió al encanto, y cuando vió á aquella muger elegante é ilustrada, que hablaba seis lenguas, hacerle frente en sus orgías y replicar á sus frases de soldado, olvidó á Roma, á Fulvia y á los Partos, para seguirla, sumiso y dócil, á Alejandría (41). Entonces comenzaron los excesos de la *vida inimitable*, las cenas interminables, las cacerías, las excursiones con disfraz, de nóche, por la ciudad, para pegar é insultar á los transeuntes, exponiéndose á sufrir igual trato.

Guerra de Perusa.

Mientras perdia un tiempo precioso en orgías indignas, su muger y su hermano declaraban la guerra á Octavio en Italia. El jóven César habia irritado á Fulvia, muger ambiciosa y colérica, devolviéndole su hija Claudia, con quien solo se habia casado en el año anterior por complacer á los soldados; desde entonces Fulvia indujo á su cuñado Antonio, que á la sazon era cónsul, á que aprovechase las insuperables dificultades que suscitaba la particion de las tierras. Los veteranos reclamaban las diez y ocho ciudades que les habian sido prometidas. Los habitantes, por su par-

te, prorumpian en vivísimas quejas contra la injusticia que les obligaba á pagar por toda la Italia. Además, estos pedian una indemnizacion, y aquellos el dinero necesario para atender á los primeros gastos de establecimiento. Entretanto, los nuevos colonos traspasaban sus límites y usurpaban las tierras inmediatas. No todos los propietarios desposeidos tenian, como Virgilio, hermosos versos para rescatar sus posesiones; acudian á Roma publicando á gritos su miseria, y amotinando al pueblo que atacaba á las casas de los ricos y no queria mas magistrados, ni siquiera sus tribunos, con el fin de saquear con mas libertad. Entonces sobrevino Antonio, impulsado por Fulvia, prometió su proteccion á los Italianos expropiados, y aseguró á los soldados que si no tenian tierras, ó no tenian las suficientes, su hermano sabria indemnizarles perfectamente con los tributos que para ellos cobraba en Asia.

Los Italianos se envalentonaron en su oposicion, al verla casi estimulada por un cónsul. Los veteranos, por su parte, acriminaban á Octavio porque no sabia cumplir sus promesas, y llegó á tal extremo su indisciplina que parecia inminente una sublevacion. Un dia, habiéndose hecho esperar Octavio en el momento de ir á pasar una revista, murmuraron contra él, y un tribuno que tomó su defensa fué arrojado al Tiber; el general hubo de contentarse con reprenderles suavemente aquel acto de violencia.

La situacion de Octavio era en extremo crítica. Puso en venta lo que aun quedaba de los bienes de los proscritos, tomó prestado de los templos, y haciendo dinero de todo, atrajo de nuevo con sus liberalidades á algunos de los que le habian abandonado. Un golpe maestro acabó de restablecer en buen estado sus negocios. Tomó á los veteranos por árbitros entre él y Antonio, quien se negó á comparecer, y se burló mucho con Fulvia de aquel senado con botas. Sin embargo, aquella escena no por eso dejaba de restituir á Octavio el apoyo de casi todos los veteranos. Los Italianos se pasaron al lado opuesto. Antonio reunió diez y siete le-

giones, pero compuestas de reclutas; Octavio solo tenia diez, pero eran de soldados viejos.

Antonio se apoderó de Roma, en donde anunció el próximo restablecimiento de la república. Pero Agripa, el mejor oficial de Octavio, le expulsó y le estrechó tan de cerca que le obligó á meterse precipitadamente en Perusa, cuya guarnicion diezmó una escasez de víveres espantosa. El cónsul se vió obligado á ceder á los gritos de sus soldados y á rendirse (40). Octavio, para no dar un pretexto de guerra á su hermano, se contentó con relegarle á España. Tambien los veteranos fueron perdonados y alistados en las legiones victoriosas; pero trescientos ó cuatrocientos caballeros y senadores de Perusa fueron degollados, y la ciudad entregada á las llamas.

La destruccion de aquella ciudad antigua fué el último acto notable de crueldad del triunviro. Sin embargo, se temian nuevas proscripciones. Todos los amigos de Antonio se escaparon. Polion, que entonces era cónsul, se trasladó con siete legiones á las naves de Domisio Ahenobarbo, quien, al paso que obraba de acuerdo con Sexto, se habia reservado el mando independiente de la antigua escuadra de Bruto. Fulvia huyó á Grecia, y Octavio quedó por dueño único de Italia. Fusio Caleno, que mandaba en la Galia, le entregó su ejército y su provincia; la España le obedecia; el inepto Lépido, que reclamaba su parte, fué enviado al Africa con seis legiones de soldados descontentos.

Regreso de Antonio á Italia; tratados de Brindes y de Misena (39).

Ni los gritos de Fulvia, ni el rumor de aquella guerra habian podido distraer á Antonio de sus placeres; un ataque de los Partos contra la Siria, adonde eran llamados, le despertó por fin. Iba á marchar contra ellos, cuando la noticia de que su cólega se habia apoderado de todas las provincias del Occidente le decidió á darse á la vela para Italia. Polion

negoció una avenencia entre él y Domicio, y Antonio indujo por sí mismo á Sexto Pompeyo á que secundase su ataque sobre Brindes por medio de una diversion ejecutada hácia el lado del Brucio y de la Lucania.

El peligro parecia formal para Octavio, pero dábale gran fuerza aquella misma reunion, contra él solo, de todos los partidos á la sazon armados. Su situacion se simplificaba; mientras que el campo enemigo iba á encerrar en su recinto á un hijo de Pompeyo, á un triunviro y á uno de los asesinos de César, él se convertia en único representante del principio nuevo, al que tantos intereses se habian adherido ya; y tal es la ventaja de las posiciones francas y verdaderas, que aquella coalicion amenazadora era, en el fondo, muy poco temible. Pero los soldados no permitieron que se resolviese todavía la cuestion. Obligaron á sus gefes á que entrasen en tratos, y Cocceyo Nerva, amigo de los dos triunviros, preparó una avenencia entre ellos; las condiciones fueron estipuladas por Mecenas y Polion, y la muerte de Fulvia apresuró su conclusion. Un nuevo reparto del mundo romano dió á Antonio el Oriente hasta el mar Adriático, con la obligacion de pelear contra los Partos, y el Occidente á Octavio, con la guerra contra Sexto. Dejaron el Africa á Lépido, y convinieron en que cuando no quisiesen ejercer ellos mismos el consulado, nombrarian alternativamente á sus amigos respectivos para desempeñarle. Octavia, hermana del jóven César, se casó con el otro triunviro. Ambos regresaron á Roma para celebrar aquella union.

Las fiestas fueron tristes, porque el pueblo no tenia pan. Sexto, que no habia sido comprendido en el tratado de Brindes, continuaba interceptando las remesas de trigo, y el pueblo pedia á gritos la paz. Un nuevo edicto que obligaba á los propietarios á suministrar 50 sextercios por cabeza de esclavo, y que asignaba al fisco una porcion de cada herencia, produjo un motin. Antonio fué quien primero se cansó de aquellos gritos, y apremió á su cólega para que entablase negociaciones con Pompeyo. Los tres conferenciaron en el

cabo Miseno, y se convino en que Sexto tendria como provincia la Sicilia, la Córcega, la Cerdeña y la Acaya, con una indemnizacion de 17,500.000 dracmas.

Cuando se vió á los tres gefes romper la estrecha barrera que les separaba y abrazarse en señal de paz y de amistad, un grito unánime de júbilo partió de la escuadra y del ejército. Parecia que era el fin de todas las guerras y de todos los males. La Italia no tenia que temer ya el hambre; los desterrados, los proscritos encontraban de nuevo su patria. Los tres gefes se dieron fiestas unos á otros. La suerte designó á Pompeyo para ser el primero que festejase á sus nuevos amigos. En medio del festin, Menas se acercó á decirle al oido: «¿Quereis que corte los cables que sujetan el buque á la costa, y os hago dueño de todo el imperio?» Sexto reflexionó un momento, y luego dijo: «Era preciso haberlo hecho sin advertírmelo (39).»

Octavio, luego que estuvo de vuelta en Roma, partió para ir á someter á algunos pueblos galos sublevados, y Antonio hizo lo propio para atacar á los Partos. Llevaba consigo un senado-consulto que ratificaba de antemano toda su conducta. El senado debia considerarse venturoso porque uno de sus dueños le hubiese pedido un decreto, pues aquel acto probaba que aun existia, cuando se hubiera podido creer que se hallaba disuelto para siempre. En las negociaciones de Misena, no se habia hablado una sola palabra de Lépido ni de aquella gran corporacion, y para envilecerla cada vez mas, los triunviros hacian entrar en ella soldados bárbaros, y aun esclavos; uno de estos obtuvo la pretura. Verdad es que el número de pretores se habia hecho ascender á 77.

En cuanto al pueblo, en los dias de Comicios, recibia órdenes escritas, y votaba con arreglo á ellas. Tanto las asambleas del pueblo como las del senado, no servian sino de meras formalidades para legalizar la usurpacion.

Guerra contra Sexto Pompeyo (36); destitucion de Lépido.

La paz de Misena solo era una tregua, porque no habia

posibilidad alguna de que Octavio consintiese en dejar á merced de su adversario la facultad de introducir provisiones en Roma y facilitarlas á sus legiones. Por otra parte, Pompeyo soñaba siempre con el imperio de Roma. Entre tanto sostenia en Siracusa una corte brillante; empuñando un tridente y cubierto con un manto del color del agua del mar, hacia que le llamasen hijo de Neptuno. En efecto, era el primero que habia probado á los romanos que rehusaban comprenderlo todo, el poder que le es dado tener á aquel que domina sobre el mar. Pero Pompeyo, en los diez años que hacia que habia salido de Roma y vivia á la aventura, habia contraido los hábitos de un gefe de partidas, mas bien que los de un general y un hombre de Estado. En torno suyo no se encontraban mas que esclavos, libertos, que poseian su confianza, y mandaban sus escuadras. Los primeros errores fueron cometidos por los triunviros. Antonio se negó á dar posesion de la Acaya á Sexto; luego, Octavio repudió á Escribonia, parienta de Sexto, para casarse con Livia, que entonces estaba embarazada de tres meses, y obligó á Tiberio Neron á que se la cediese. A estas provocaciones contestó Sexto preparando sus buques, y casi enseguida subieron de precio los víveres en Italia (38).

Octavio intentó arrastrar á aquella guerra á sus dos colegas; Lépido aceptó la proposicion, pero invirtió todo el verano en reunir tropas y buques. En cuanto á Antonio, apremiado por su muger, desde Atenas en donde habia pasado el invierno, fué á Brindes á buscar á Octavio, y no encontrándole allí, se apresuró á volver á Grecia, invitándole á que conservase la paz. Así pues, todo el peso de aquella guerra recaia sobre Octavio. Afortunadamente habia negociado la traicion del liberto Menas, quien le entregó la Córcega y la Cerdeña, con tres legiones y una escuadra fuerte y numerosa. Al principio se equilibraron los triunfos, y las probabilidades comenzaban á mostrarse contrarias para Octavio, cuando llegó Agripa, despues de haber pacificado la Aquitania y pasado el Rhin como César. Con aquel guerrero

eminente iba á volver la victoria á favorecer las banderas de Octavio.

El 1.º de enero de 37 tomó posesion Agripa del consulado. Desde aquel momento imprimió á los preparativos una actividad que el triunviro no habia sabido darles; construyó una nueva flota, creó el puerto Julio, uniendo al Lucrino con el lago Averno, y á ambos con el mar, y por medio de continuados ejercicios formó marineros y legiones que, al menos por su valor y bizarría, recordaban las antiguas falanges republicanas. En la primavera del año siguiente (36), Octavia volvió á llevar á su marido á Tarento, y como no encontrase allí á su hermano, fué á buscarle y le obligó á ir á aquella ciudad con Mecenas y Agripa. Durante varios dias se vió á los dos triunviros pasearse sin guardias, y prodigarse muestras de mútua amistad. Renovaron el triunvirato por cinco años, y un hijo de Antonio y de Fulvia, llamado Antilo, fué desposado con la hija de Octavio y de Escribonia, la harto célebre Julia. Luego Antonio dió á su colega 120 bajeles en cambio de 2 legiones, y partió por fin para la Siria. Ya no habian de volverse á ver sino sobre las aguas que bañan el promontorio de Actium.

Agripa, tan luego como aquel se hubo ausentado, hizo decidir que atacarian á la Sicilia por tres puntos; Lépido, que por fin iba á llegar de Africa, por Lilibea; Estatilio Tauro, por el promontorio Paquino; Octavio, por el cabo Peloro. Pero Octavio y Estatilio sufrieron una borrasca y retrocedieron; solo Lépido desembarcó y sitió en seguida á Lilibea. Octavio, antes de que terminase el verano, logró por fin desembarcar tres legiones en Sicilia, cerca de Tauroménio; pero nuevos descalabros sufridos en el mar dejaban á aquellas legiones en grave peligro, cuando Agripa forzó el paso interceptado. Octavio pudo desembarcar al fin en la isla con todas sus tropas. Ascendian á 21 legiones apoyadas por 20.000 ginetes y 5000 arqueros á honderos. Lépido fué á reunirse con él cerca de Mesina. Pompeyo ya no tenia otra esperanza que sus 300 buques; atacó á la escuadra enemiga entre

Miles y Nauloca (3de setiembre de 36). La accion fué mortífera y el triunfo quedó indeciso durante mucho tiempo; pero Agripa mandaba la flota triunviral, y como Duilio habia armado á sus buques con arpones que detenian á los del enemigo, mas ligeros, y les obligaban á recibir el abordage. La victoria fué suya. Sexto huyó con solo 17 buques, é hizo rumbo al Asia, en donde tomó varias ciudades y entabló negociaciones con los reyes del Ponto y de los Partos. Este paso imprudente hizo que le abandonasen los pocos amigos que aun le permanecian fieles, y poco despues, obligado á entregarse por sí mismo, recibió la muerte en Mileto por mano de un oficial de Antonio (35).

Las tropas que dejó en Sicilia se habian reunido con las de Lépido, quien se halló entonces al frente de 20 legiones. Creyó llegada la ocasion de apoderarse de una posicion mas elevada en el triunvirato, y al pronto quiso conservar la Sicilia. Pero Octavio sedujo á sus tropas, y le obligó, á ir á arrojarse á sus plantas para pedirle la vida. Le dejó sus bienes con su dignidad de pontífice máximo, y le relegó á Circeya, en donde aun vivió durante 23 años.

Dos hombres en el imperio (36—30); habilidad de Octavio.

El problema del futuro destino de la república se simplificaba. Poco tiempo antes, aun habia partidos, el pueblo, el senado, los grandes y los ambiciosos. Sobre todos ellos se habian alzado tres hombres, luego dos, luego uno solo. Muerto este, habian reaparecido la anarquía y el caos, y otros tres hombres se apoderaron nuevamente del mando. A la sazon no quedaban ya mas que dos, mientras llegaba el momento de que uno solo preponderase y venciese.

Desde la destitucion de Lépido, tenia Octavio 45 legiones y mas de 500 naves, fuerza inmensa pero temible para el mismo á quien servia. Se apresuró á servir á los mas exigentes. Distribuyó 20,000 licencias y gratificaciones para las cuales solo la Sicilia suministró 1.600 talentos. Cada

soldado recibió 500 dracmas. Cuando volvió á Roma, el pueblo, que veia renacer súbitamente la abundancia, le acompañó al Capitolio coronado de flores. Queria abrumarle á honores. Comenzando ya á representar su papel de desinterés y de modestia, solo aceptó la inviolabilidad tribunicía. Como prueba de su nueva moderacion, hizo quemar públicamente cartas escritas á Pompeyo por muchos altos personages, suprimió algunos impuestos, y declaró que abdicaria tan luego como Antonio hubiese terminado su guerra contra los Partos. Entretanto, restituyó á las magistraturas urbanas sus antiguas atribuciones, con el fin de hacer que se sostuviese la mentira, tan grata todavía, de que aun duraba la república.

Sin embargo, su enérgica administracion restablecia el órden en la península. Los bandidos eran eficazmente perseguidos; los esclavos fugitivos restituidos á sus amos, ó entregados á la muerte cuando nadie los reclamaba; en menos de un año llegó á reinar la tranquilidad mas completa en la ciudad y en las campiñas. Por último, Roma tenia gobierno. En vez de magistrados que no hacian uso de sus cargos sino para favorecer su ambicion y su fortuna, tenia una administracion activa y vigilante que se cuidaba mucho del bienestar y de la seguridad de los habitantes.

Expedicion de Antonio contra los Partos (36).

Despues del tratado de Brindes, Antonio habia permanecido varios años en Atenas, al lado de Octavia, vigilando á la vez, en medio de las fiestas, los sucesos de Italia y los asuntos de Oriente, en donde sus lugar-tenientes derrotaban á los Albanos y á los Iberianos, expulsaban á los Partos de la Siria, y daban muerte á su gefe Pacoro y al traidor Labieno.

Para festejar sus triunfos celebró en Atenas juegos magníficos, en los que se presentó con los atributos de Hércules. Los Atenienses, que habian apurado ya con él todo género

de adulaciones, no supieron ofrecerle en aquellas fiestas otra lisonja nueva que la de la mano de su protectora Minerva. Aceptó, pero exigiendo la cantidad de 1.000 talentos como dote de la diosa. Sin embargo, habiéndole despertado de su indolencia las victorias de sus lugar-tenientes, apareció por breve espacio de tiempo en Asia, en el sitio de Samosata, cuya direccion arrebató á Ventidio, que era el mas hábil entre sus generales, y le mandó á triunfar á Roma. Vió frustrados sus esfuerzos contra la plaza, y mediante la suma de 300 talentos consintió en alejarse. Volvió otra vez á Atenas, y desde allí á Italia, dejando en Siria á Sosio, quien derribó del trono de Judea á Antígono, protegido de los Partos, para poner en su lugar al Idumeo Herodes. El último representante de la heróica familia de los Macabeos, conducido á Antioquía, sufrió el castigo de las varas y fué decapitado. Herodes tomó posesion del trono sin obstáculo alguno, y para afirmarse en él se casó con Mariamne heredera de la dinastía que acababa de desaparecer (37).

Antonio, al salir por última vez de Tarento (36), dejó allí á Octavia y á sus hijos. Hallábase decidido, por fin, á encargarse personalmente de la direccion de la guerra contra los Pártos. Mas apénas hubo pisado el suelo de Asia cuando su pasion hácia Cleopatra se despertó mas insensata y vehemente que nunca. Hizo que la reina fuese á Laodicea; reconoció á los hijos que de ella habia tenido, y añadió á su reino la Fenicia, la Celesiria, Chipre y una parte de la Silicia, de la Judea y de la Arabia, es decir, casi todo el litoral desde el Nilo hasta el monte Tauro. La mayor parte de aquellos países eran provincias romanas. Pero existia por ventura Roma, un senado, leyes, ni otra cosa que no fuese el capricho del omnipotente triunviro?

Antonio tenia 60.000 hombres, 10.000 ginetes y 30.000 auxiliares. Evitando pasar por las llanuras de la Mesopotamia, que tan fatales le fueron á Craso, se encaminó por la Armenia, cuyo rey Artavasdo era aliado suyo, y atacó á la Media. Trescientos carros conducian sus máquinas; retrasado por tan

soldado recibió 500 dracmas. Cuando volvió á Roma, el pueblo, que veia renacer súbitamente la abundancia, le acompañó al Capitolio coronado de flores. Queria abrumarle á honores. Comenzando ya á representar su papel de desinterés y de modestia, solo aceptó la inviolabilidad tribunicia. Como prueba de su nueva moderacion, hizo quemar públicamente cartas escritas á Pompeyo por muchos altos personages, suprimió algunos impuestos, y declaró que abdicaria tan luego como Antonio hubiese terminado su guerra contra los Partos. Entretanto, restituyó á las magistraturas urbanas sus antiguas atribuciones, con el fin de hacer que se sostuviese la mentira, tan grata todavía, de que aun duraba la república.

Sin embargo, su enérgica administracion restablecia el órden en la península. Los bandidos eran eficazmente perseguidos; los esclavos fugitivos restituidos á sus amos, ó entregados á la muerte cuando nadie los reclamaba; en menos de un año llegó á reinar la tranquilidad mas completa en la ciudad y en las campiñas. Por último, Roma tenia gobierno. En vez de magistrados que no hacian uso de sus cargos sino para favorecer su ambicion y su fortuna, tenia una administracion activa y vigilante que se cuidaba mucho del bienestar y de la seguridad de los habitantes.

Expedicion de Antonio contra los Partos (36).

Despues del tratado de Brindes, Antonio habia permanecido varios años en Atenas, al lado de Octavia, vigilando á la vez, en medio de las fiestas, los sucesos de Italia y los asuntos de Oriente, en donde sus lugar-tenientes derrotaban á los Albanos y á los Iberianos, expulsaban á los Partos de la Siria, y daban muerte á su gefe Pacoro y al traidor Labieno.

Para festejar sus triunfos celebró en Atenas juegos magníficos, en los que se presentó con los atributos de Hércules. Los Atenienses, que habian apurado ya con él todo género

de adulaciones, no supieron ofrecerle en aquellas fiestas otra lisonja nueva que la de la mano de su protectora Minerva. Aceptó, pero exigiendo la cantidad de 1.000 talentos como dote de la diosa. Sin embargo, habiéndole despertado de su indolencia las victorias de sus lugar-tenientes, apareció por breve espacio de tiempo en Asia, en el sitio de Samosata, cuya direccion arrebató á Ventidio, que era el mas hábil entre sus generales, y le mandó á triunfar á Roma. Vió frustrados sus esfuerzos contra la plaza, y mediante la suma de 300 talentos consintió en alejarse. Volvió otra vez á Atenas, y desde allí á Italia, dejando en Siria á Sosio, quien derribó del trono de Judea á Antígono, protegido de los Partos, para poner en su lugar al Idumeo Herodes. El último representante de la heróica familia de los Macabeos, conducido á Antioquía, sufrió el castigo de las varas y fué decapitado. Herodes tomó posesion del trono sin obstáculo alguno, y para afirmarse en él se casó con Mariamne heredera de la dinastía que acababa de desaparecer (37).

Antonio, al salir por última vez de Tarento (36), dejó allí á Octavia y á sus hijos. Hallábase decidido, por fin, á encargarse personalmente de la direccion de la guerra contra los Pártos. Mas apenas hubo pisado el suelo de Asia cuando su pasion hácia Cleopatra se despertó mas insensata y vehemente que nunca. Hizo que la reina fuese á Laodicea; reconoció á los hijos que de ella habia tenido, y añadió á su reino la Fenicia, la Celesiria, Chipre y una parte de la Silicia, de la Judea y de la Arabia, es decir, casi todo el litoral desde el Nilo hasta el monte Tauro. La mayor parte de aquellos países eran provincias romanas. Pero existia por ventura Roma, un senado, leyes, ni otra cosa que no fuese el capricho del omnipotente triunviro?

Antonio tenia 60.000 hombres, 10.000 ginetes y 30.000 auxiliares. Evitando pasar por las llanuras de la Mesopotamia, que tan fatales le fueron á Craso, se encaminó por la Armenia, cuyo rey Artavasdo era aliado suyo, y atacó á la Media. Trescientos carros conducian sus máquinas; retrasado por tan

pesado tren, le dejó á retaguardia, y penetró hasta Fraata, situada á corta distancia del mar Caspio. Muy luego conoció la falta que habia cometido en abandonar sus máquinas, al ver que todos sus ataques contra aquella plaza quedaban frustrados, y mas aun al saber que Fraates, nuevo rey de los Partos, habia sorprendido al cuerpo de tropas que custodiaba el convoy, é incendiado este por completo. Artavasdo, desalentado por aquel descalabro, se retiró con sus armenios. Antonio, para levantar el decaido ánimo de sus tropas, fué con 10 legiones á buscar al enemigo, le derrotó, y le persiguió durante mucho tiempo. Pero cuando los legionarios, al volver al campo de batalla, encontraron tan solo 30 muertos del enemigo, comparando el resultado con el esfuerzo poderoso que habia costado, cayeron en el mayor desaliento. En efecto, al siguiente dia volvieron á ver al enemigo tan audaz y tan insultante como la víspera. Durante aquella accion, los sitiados habian forzado las líneas del bloqueo; Antonio mandó diezmar á las 3 legiones que las formaban.

Como se acercaba el invierno, Fraates hizo proposiciones de paz que Antonio se apresuró á aceptar. Las legiones habian de levantar el sitio, y el rey se comprometia á no hostigarlas en su retirada. Durante dos dias, la marcha fué tranquila, pero al tercero, atacaron los Partos en un parage que juzgaban favorable. Mas los romanos, avisados de antemano, estaban formados en órden de batalla, y el enemigo fué rechazado. Los cuatro dias siguientes fueron como los dos primeros; en el séptimo se mostró de nuevo el enemigo, y esta vez perecieron 3.000 legionarios. Los Partos, envalentonados por este triunfo, renovaron desde entonces sus ataques todas las mañanas, y el ejército solo pudo avanzar peleando. En la desgracia encontró de nuevo Antonio aquellas cualidades brillantes que le grangearon en otro tiempo el amor de sus tropas; incansable y valiente, durante la accion animaba con su ejemplo el ardor de los suyos, y por la noche recorria las tiendas, prodigando consuelos y socorros á los heridos. O retirada de los Diez Mil! exclamó mas de

una vez, pensando en el afortunado valor de los compañeros de Xenofonte. Por último, al cabo de 27 dias de marcha, durantales cuales habian sostenido 18 combates, los romanos llegaron á la Araxia, frontera de la Armenia. Su camino desde Fraata estaba señalado con los cadáveres de 24,000 legionarios.

Si el rey de Armenia no hubiese abandonado tan pronto el campo romano, con sus 6,000 ginetes, habria sido menos desastrosa la retirada. Antonio aplazó su venganza para no verse obligado á retrasar su regreso al lado de Cleopatra. No obstante un invierno rigoroso y continuas nevadas, precipitó en tal manera su marcha, que aun perdió 8,000 hombres mas. Por fin, llegó á Leucocomes situada entre Berita y Sidon, adonde Cleopatra fué á reunirse con él. En vano le ofreció la fortuna una ocasion para reparar su derrota; habíase suscitado una contienda entre Fraates y el rey de los Medas, con motivo del reparto de los despojos, y el irritado Meda participaba que se hallaba dispuesto á reunirse con los romanos. Cleopatra le impidió que respondiese á aquel llamamiento de honor, y le llevó en pos de sí á Alejandría.

Contraste entre la conducta de Antonio y la de Octavio.

No obstante aquella retirada desastrosa, que tan singular contraste formaba con los triunfos obtenidos en aquel mismo año por su cólega, Antonio envió á Roma mensageros de victoria; pero Octavio tuvo buen cuidado de hacer que se supiese la verdad, aunque en público solo hablaba de los triunfos de su cólega, y como prueba de la cordial inteligencia que existia entre ellos, mandó colocar su estátua en el templo de la Concordia. Aquel era verdaderamente el hombre que tenia siempre en los labios este proverbio: *Apresúrate con lentitud;* y este otro: *siempre llegarás á tiempo si llegas.* En el año 35 hizo Antonio en Siria algunos preparativos que Cleopatra no le permitió terminase. Los comenzó de nuevo en el año siguiente, é hizo una expedicion corta á Armenia, cuyo

rey, para conjurar la tormenta, acudió á una invitacion de Antonio. Apenas se hubo presentado en el campo de este, se apoderaron de él, le cargaron de cadenas de oro, y le condujeron á Alejandría, en donde Antonio entró en triunfo, como en la capital del Oriente.

Roma se mostró ofendida por aquel atentado contra sus derechos, pero Antonio habia olvidado que era romano. Dió el título de reyes á Alejandro y á Tolomeo, hijos que habia tenido de Cleopatra; al primero con la Media, la Armenia y el reino de los Partos; al segundo con la Fenicia, la Silicia y la Siria; á su hermana Cleopatra dió en dote la Cirenáica. Enseguida, presentó á ambos príncipes al pueblo, á Alejandro con el trage de los medas y la tiara, á Tolomeo revestido con el largo manto y la diadema de los sucesores de Alejandro. El mismo Antonio abandonó la toga por un manto de púrpura, y se le vió, como á los monarcas de Oriente, coronado con una diadema, empuñando un cetro de oro, y ciñendo la cimitarra al costado; ó bien al lado de Cleopatra, recorriendo las calles de Alejandría, unas veces con el trage de Osiris, y otras, mas frecuentes aun, con el de Baco, llevado en un carro, adornado con guirnaldas, calzando el coturno, con una corona de oro en la cabeza y el tirso en la mano. ¿Se podia insultar de una manera mas evidente á las ideas y á la gloria de Roma? Cuan imperiosa habia de ser la necesidad de un dueño para que aquel insensato encontrase 100.000 hombres que aun quisieron combatir para darle el imperio! ¿Será necesario añadir que la Grecia y el Asia fueron despojadas de sus obras maestras para decorar la nueva capital del Oriente, y que toda la biblioteca de Pérgamo, compuesta de 200.000 volúmenes, fué trasportada á Alejandría? Sin embargo, un dia se acordó de Roma, y no tuvo vergüenza suficiente para impedirle que hiciese pedir al senado la confirmacion de todos sus actos.

¿Qué hacia Octavio mientras Antonio se deshonraba en Oriente? ya lo hemos dicho; gobernaba, daba á la Italia aquel reposo que tanto anhelaba. Agripa, para tener el de-

recho de hacer invocaciones útiles, aceptó el humilde cargo de la edilidad (33). En seguida, fueron reparados todos los edificios del estado; los caminos se construyeron de nuevo, y se abrieron fuentes públicas. Habíanse hundido algunos acueductos; él los edificó; las cloacas atascadas habian llegado á ser una causa activa de insalubridad; las mandó limpiar, y abrió 170 baños gratuitos. Para reconciliar al pueblo, con el triunviro, celebró juegos que duraron 59 dias, y en el teatro echó billetes que luego fueron cangeados por dinero, ropas ú otros regalos.

Tampoco le faltaba la gloria militar á aquella dominacion sábia y previsora; y tambien hubo en este caso conquistas útiles. Para dar á la Italia y á la Grecia completa seguridad, venció y destruyó á los numerosos piratas del Adriático, y á las inquietas tribus situadas al Norte de ambas penínsulas. Los Japodes, los Liburnos, los Corcíreos, y los Dalmatas fueron destrozados. En el ataque de Métulo, él mismo subió al asaltó y recibió tres heridas. Penetró hasta la Save, y una parte de los Panonios prometió entera obediencia. En los Alpes italianos dominó á los Salases y aseguró su sumision por medio de la fundacion de dos colonias, *Augusta Taurinorum* y *Augusta Prætoria* (Turin y Aosta). Por último, habiendo muerto en Africa el último príncipe Numida, agregó sus posesiones á la provincia romana.

Rompimiento (32); batalla de Actium (31).

Así pues, de los dos triunviros, uno daba países romanos á una reina bárbara, y el otro acrecentaba el territorio del imperio. Aquel dirigia á Alejandría los tesoros, las obras maestras y el respeto del Oriente; este, como en los hermosos dias de la república, decoraba el foro con toscos pero gloriosos despojos, é invertia el producto del botin en fundar el Pórtico y la biblioteca de Octavia. Sin embargo, Antonio se quejaba, y á principios del año 32 reclamó una parte de los despojos de Sexto y de Lépido. Octavio contestó con amargas

recriminaciones acerca de su conducta en Oriente, y al ver estas señales de un rompimiento próximo, los amigos de Antonio salieron de Roma para ir á reunirse con su jefe. Hallábase este á la sazon en la Armenia, de la que cedió una parte al rey de los Medas para comprar su alianza.

Al saber la noticia de las declaraciones hechas por Octavio en el senado, se decidió á pelear. Canidio juntó sus fuerzas terrestres, compuestas de diez y seis legiones, y él se trasladó con Cleopatra á la ciudad de Efeso, en donde se estaban reuniendo 800 bajeles. La reina habia dado 200 de estos con 20.000 talentos y víveres para mientras durase la guerra. En vano fué que los amigos verdaderos de Antonio quisiesen dejar á Cleopatra, pues esta se quedó para conservar mejor su ascendiente sobre el triunviro. Muy luego se conocieron los efectos de su presencia por el entorpecimiento de los preparativos. Comenzaron de nuevo las fiestas; á Samos acudieron en tan considerable número los danzantes, los tocadores de flauta y los cómicos de Asia, que Antonio les dió como recompensa nada menos que una ciudad entera, la de Priena. En Atenas continuó la *vida inimitable*.

A Octavio le turbó al pronto la rapidez de los preparativos de su rival. Afortunadamente este desperdició todo el verano en fiestas. Tan dilatado plazo le valió á Octavio la defeccion de varios personages importantes afectos á Antonio, y á quienes habia incomodado la altanería de Cleopatra. Plauco, que era uno de ellos, participó á Octavio que el testamento de Antonio estaba en manos de las vestales. Octavio se apoderó de él, y leyó en el senado los párrafos que mas irritacion podian producir; Antonio, admitiendo que habia existido union legal entre Cleopatra y el dictador, reconocia á Cesarion por hijo legítimo y heredero de César. Así pues, Octavio, al tomar aquel nombre no era sino un usurpador, y todos sus actos, durante el espacio de doce años, quedaban tachados de ilegales. Renovaba el donativo hecho á la reina y á sus hijos de casi todos los países que tenia en su poder; por último, renegando de su patria y de sus antepasados

mandaba que, aun cuando muriese en Roma, le enterrasen en el sepulcro de Cleopatra. Por eso fueron creidos con facilidad los que decian que, tan luego como fuese dueño exclusivo, le regalaria la misma ciudad de Roma, y trasladaria á la capital de Egipto la cabeza del imperio.

Cuando Octavio se halló dispuesto, hizo que el senado diese un decreto que despojó á Antonio del consulado del año 31, que habia reservado para sí, y declaró la guerra á la reina de Egipto. «No es á Antonio ni á los Romanos á quienes vamos á combatir, decia Octavio, sino á esa reina que, en el delirio de sus esperanzas, sueña con la caida del Capitolio y con los funerales del imperio.» En el dia 1.º de enero de 31 tomó posesion del consulado. La víspera expiró el triunvirato, y él no habia denunciado su renovacion. Así pues, decian que no era ya el triunviro que iba á pelear por su propia causa, sino un cónsul del pueblo romano que marchaba contra el ministro de una reina extranjera.

Antonio tenia 100.000 infantes y 12.000 caballos. Todos los reyes del Asia le habian enviado auxiliares. Su flota contaba 500 buques grandes de guerra, de los que varios eran de ocho y diez órdenes de remos; pero pesadamente construidos, mal dirigidos y desprovistos de remeros y soldados. Octavio solo tenia 80.000 infantes; igual número de jinetes que Antonio, y 250 buques de rango inferior. Su ligereza y la experiencia de los marineros, adiestrados en la difícil guerra contra Sexto, compensaban, aun con exceso, la inferioridad del número.

Varios combates parciales precedieron á la accion decisiva. Agripa se apoderó de Leucades y procuró interceptar los convoyes procedentes de Asia; Ticio y Estatilio Tauro hicieron sufrir tambien un descalabro á la caballería de Antonio. Ambos ejércitos se concentraron gradualmente, el de Antonio en Actium, en la costa de Acarnania, en la entrada del golfo de Ambracia; el de Octavio en frente, en la costa de Epiro. Todos los generales de Antonio querian pelear en tierra; pero el jefe, impulsado por Cleopatra, aceptó una batalla

naval. Durante varios dias, la mucha marejada impidió que las dos flotas se acercasen una á otra. Por último, el 2 de setiembre de 31, los buques de Antonio, impulsados por un viento leve, avanzaron al encuentro del enemigo, el cual rehusó durante algun tiempo el combate en su ala derecha para atraerlos á alta mar. Cuando Octavio juzgó que estaban ya bastante léjos de la playa, cesó de retroceder y corrió con sus ágiles bajeles contra aquellas ciudadelas pesadas, en torno de las cuales giraban á la vez tres ó cuatro galeras suyas, cubriéndolas de picas, de estacas y de saetas inflamadas. Para anticiparse á un movimiento de Agripa que intentaba envolver el ala derecha, Publicola, que la mandaba, extendió su línea, y se separó imprudentemente del centro. Esta falta comprometia ya el éxito de la jornada, cuando se vió á los sesenta buques egipcios volver la proa y hacer rumbo al Peloponeso. Tan luego como Antonio conoció por sus velas de púrpura al bagel que se llevaba á la reina, decayó todo su valor, y olvidando á los que en aquel mismo momento estaban muriendo por él, fué en su seguimiento. Pasó á bordo de su buque, pero sin hablarla, sin mirarla siquiera, se sentó en la proa é inclinó la cabeza sobre sus manos. Durante tres dias permaneció en la misma postura y en el mismo silencio, hasta llegar al cabo Ténaro, en donde las mujeres de la servidumbre de Cleopatra les prepararon una entrevista. Desde allí hicieron rumbo al Africa.

Su flota, despues de haberse defendido durante mucho tiempo, se entregó. El ejército terrestre estaba intacto, no queria creer la cobardía de su jefe, y cuando ya no le fué lícito dudar, aun rechazó durante siete dias las solicitaciones de César. Pero Canidio que le mandaba, le abandonó á su vez, y el ejército se rindió. El vencedor de Filipes habia sido desapiadado; el vencedor de Actium fué indulgente. Entre los prisioneros de importancia, ninguno de los que pidieron que se les concediese la vida sufrió una negativa. En otro tiempo, el jefe de partido se habia vengado; á la sazon, el dueño perdonaba.

Antonio ya no era temible, el ejército comenzaba á serlo; Octavio se apresuró á licenciar y á dispersar á los veteranos. Habia dejado á Mecenas en Roma, y tambien envió allá á Agripa, para que estos dos hombres superiores y notables que se completaban el uno al otro, como la prudencia con el valor, la habilidad con la fuerza, ahogasen en su orígen todo movimiento de sublevacion. Se encargó de perseguir personalmente á su rival; atravesó la Grecia, cuyas miserias alivió, y se dió á la vela para el Asia. Como ignoraba el sitio á que Antonio se habia retirado, se detuvo en Samos para pasar el invierno. La noticia de algunos disturbios que habian estallado entre los legionarios licenciados, le obligó á regresar á Italia. Como carecia de fondos para cumplir sus promesas á los soldados, puso en venta sus bienes y los de sus amigos. A la verdad, nadie se atrevió á comprarlos; pero se habia conseguido el resultado que se deseaba; los veteranos se contentaron con algun dinero mientras llegaban los tesoros de Egipto. Estas medidas tranquilizaron súbitamente la agitacion, y veinte y siete dias despues de su llegada pudo Octavio ponerse de nuevo en camino.

Muerte de Antonio y de Cleopatra (30).

Al difundirse la noticia de la derrota de Antonio, los príncipes de Asia le habian abandonado; en las mismas puertas de Egipto le hacia traicion Herodes, rey de los Judíos. Como todo le faltaba, Cleopatra mandó que comenzasen á trasportar por el istmo de Suez sus bajeles y sus tesoros, con el fin de refugiarse en lejanas tierras. Pero los Arabes saquearon sus buques, y renunció á su intento. En seguida pensaron en dirigirse á España, abrigando la esperanza de sublevar con facilidad aquella provincia, pero tambien fué abandonada esta resolucion. Antonio, cansado de formar proyectos irrealizables, á nadie quiso ver y se encerró en una torre que hizo construir para sí en el extremo de un malecon. «Quiero vivir ahora como Timon,» dijo. Era demasiado tarde para filoso-

far; ni aun aquel papel pudo sostener, y para morir como habia vivido en las orgías, volvió al lado de Cleopatra. Formaron juntos una nueva sociedad, la de los *inseparables en la muerte*. Todos cuantos formaban parte de ella habian de pasar su vida en los goces y morir juntos.

Sin embargo, aun conservaban algun vislumbre de esperanza y pidieron al vencedor: Antonio, el permiso para retirarse á Atenas y vivir allí como simple particular; Cleopatra, la sucesion á la corona de Egipto para sus hijos. Octavio contestó á la reina que le dejase las armas y el poder; pero secretamente le garantizaba la conservacion de su reino si expulsaba ó hácia que diesen muerte á Antonio. Cleopatra recordó que, cuando aun contaba muy pocos años, habia vencido á César y luego á Antonio, y comenzó á pensar que Octavio, mas jóven que uno y otro, podria suceder que no tuviese mayor prudencia. Sin embargo, á la sazon tenia ya treinta y nueve años, pero su belleza siempre habia sido menos temible que su talento y su gracia. El héroe tenia debilidades, el soldado vicios, y ambos sucumbieron; solo el político habia de permanecer frio é implacable.

Antonio no se avergonzó de pedir dos veces mas la vida; pero Octavio no contestaba y seguia avanzando. Se apoderó de Pelusa y muy luego apareció delante de Alejandría. En aquel momento volvió Antonio á tomar las armas, y llamó á Octavio á singular combate. Este se sonrió y contestó que Antonio tenia mas de un camino para ir en busca de la muerte.

Alentado Antonio por un triunfo insignificante, obtenido en un combate de caballería, se decidió á dar un doble ataque por tierra y por mar. Tan luego como las galeras egípcias estuvieron cerca de las de César, las saludaron con los remos y se pasaron á su lado. En tierra, la caballería le abandonó, y su infantería fué rechazada con facilidad. Se volvió á la ciudad exclamando que Cleopatra le habia hecho traicion.

En efecto, la reina, refugiada en una torre con sus teso-

ros, aguardaba á ver el éxito de la contienda. Cuando supo que Antonio estaba vencido, hizo que le trasmitiesen la noticia falsa de su muerte. Habíanse prometido que el uno tenia que seguir al otro al sepulcro. Antonio mandó á su esclavo Eros que le diese el golpe mortal. El esclavo, sin contestar, desenvainó su espada, se hirió á sí mismo, y cayó sin vida á sus piés. «Valeroso Eros, exclamó Antonio, me enseñas lo que debo hacer;» y se atravesó á su vez.

Cleopatra, tan luego como lo supo, quiso poseer aquel cadáver para entregarle por sí misma al vencedor como su rescate, y Antonio, ensangrentado todavía, fué conducido al pié de su torre; desde una ventana echó cuerdas, y con el auxilio de las dos mugeres de su servidumbre que la acompañaban, le subió al aposento en que se hallaba. Antonio, apenas le hubieron tendido en un lecho, pidió vino y expiró: digno fin de aquel hombre que nunca tuvo alma de soldado. Un oficial de Octavio penetró por el mismo camino hasta el aposento en que la reina se hallaba, y le arrancó de las manos un puñal con que intentó herirse débilmente. Dejó que la condujesen de nuevo al palacio, adonde el mismo Octavio fué á verla. En aquel dia solo se rodeó de recuerdos de César como para refugiarse en el amor que este le habia profesado, y guarecerse así contra el odio de su hijo. Le habló durante mucho tiempo de la gloria de su padre, del poderío suyo, de su propia debilidad y de su resignacion. Cada palabra, cada actitud, cada ademan, eran calculados para excitar la compasion ú otro sentimiento mas tierno. Y habia aun tan seductor encanto en su lenguaje, tanta gracia y belleza en sus facciones y en su porte bajo su largo trage de luto, que Octavio, despues de haberla escuchado con el mayor silencio durante mucho tiempo, solo dijo estas palabras: «O reina, tened valor!» y en seguida salió. Cleopatra quedó aterrada con aquella respuesta fria; estaba vencida. Muy luego supo que iba á marchar á Roma dentro de tres dias. Esta noticia acabó de decidirla: al dia siguiente la encontraron

muerta, tendida sobre un lecho de oro, vestida con su trage real, y con las dos mugeres de su servidumbre, sin vida á sus piés. Se ignoró como se habia dado muerte. Octavio, al mostrar en su triunfo la estátua de Cleopatra con una serpiente en el brazo, confirmó el rumor de que habia hecho ella que la picase un áspid que un labrador le habia llevado oculto entre unos higos. El Egipto fué reducido á provincia (30).

QUINTO PERÍODO.

EL IMPERIO BAJO LOS PRIMEROS CÉSARES, LOS FLÁVIOS Y LOS ANTONINOS,

Ó

LUCHAS SANGRIENTAS EN ROMA, PAZ Y PROSPERIDAD EN LAS PROVINCIAS.

235 años (30 antes de J.-C., 193 despues).

CAPÍTULO XXV.

Augusto.

REGRESO DE OCTAVIO Á ROMA (29 AN. DE J. C.); ORGANIZACION DEL PODER IMPERIAL; OCTAVIO ES NOMBRADO EMPERADOR Y PRÍNCIPE DEL SENADO (28). —ABDICACION FINGIDA (27); SE POSESIONA DEL PODER PROCONSULAR (27) Y TRIBUNICIO (23); EL CONSULADO VITALICIO Y LA PREFECTURA DE LAS COSTUMBRES (19); EL PONTIFICADO MÁXIMO (13).—APARIENCIAS REPUBLICANAS DEL GOBIERNO QUE EN REALIDAD ES PODER MONÁRQUICO; NUEVOS CARGOS; EJÉRCITOS PERMANENTES; NUEVOS IMPUESTOS.—CLASIFICACION DE LAS PERSONAS, DISTRIBUCIONES, JUEGOS, CONSTRUCCIONES, POLICÍA, REFORMAS RELIGIOSAS Y CIVILES.—PROVINCIAS DEL SENADO Y PROVINCIAS DEL EMPERADOR; DEPENDENCIA DE LOS GOBERNADORES.—ORGANIZACION DE LAS PROVINCIAS OCCIDENTALES.—ORGANIZACION DE LAS PROVINCIAS ORIENTALES; CORREOS, CAMINOS, ETC.—ORGANIZACION DE LAS FRONTERAS; EXPEDICIONES Á LA ARABIA Y AL AFRICA; LOS PARTOS DEVUELVEN LAS BANDERAS DE CRASO (20 ANTES DE J. C.)—EXPEDICIONES DE DRUSO Y DE TIBERIO.—DESASTRE DE VARO (9. DE J. C.).—LA FAMILIA DE AUGUSTO. CUESTION DE LA SUCESION EN EL IMPERIO.—MUERTE DE AUGUSTO (14 DE J. C.).

Regreso de Octavio á Roma (29 antes de J.-C.); organizacion del poder imperial; Octavio es nombrado emperador y príncipe del Senado (28).

Muerto Antonio y sometido el Egipto á la dominacion del imperio, Octavio se trasladó al Asia Menor, en donde recibió la primera embajada de los Partos. Invirtió todo el invierno

y la primavera del año 29 en arreglar los asuntos de la provincia, y á pesar de que era el segundo año que pasaba fuera de Roma, no tenia prisa en regresar á ella; queria afirmar su poder ejerciéndole desde léjos, y dejar á los romanos el tiempo suficiente para acostumbrarse á la idea de un señor. Además, Mecenas y Agripa velaban por él en la capital, en donde acababan de descubrir y castigar la trama formada por el jóven Lépido para asesinar á Octavio á su regreso.

Por otra parte, el senado se prestaba á todo. Despues de Actium habia votado un triunfo, despues de la sumision del Egipto concedió otro. Luego, á principios del año 29, cuando Octavio tomó posesion en Asia de su quinto consulado, los senadores y los magistrados prestaron en Roma el juramento de acatar sus actos, y le ofrecieron el poder tribunicio para toda su vida, con el derecho de hacer extensiva su inviolabilidad á todo aquel que la implorase. En el mes de *sextilis*, que mas tarde tomó su nombre (agosto 29), entró por fin en Roma, y triunfó tres veces, por los Dalmatas, por Actium y por el Egipto. Los soldados recibieron 1,000 sextercios por cabeza, y los ciudadanos 400. Ni aun los niños quedaron olvidados, y de improviso se puso en circulacion tanto oro, que en toda la Italia bajó dos terceras partes el interés del dinero, y se duplicó el precio de las tierras. Octavio, para anunciar solemnemente la nueva era que comenzaba, cerró por sí mismo el templo de Jano, que estaba abierto hacia dos siglos; declaró que habia quemado todos los papeles de Antonio, y algunos meses despues suprimió las ordenanzas triunvirales. Esto era decir de un modo evidente que rompia completamente con el pasado. Pero, ¿qué iba á hacer? Dícese que consultó á Agripa y á Mecenas; que aquel le aconsejó la abdicacion, y este el imperio, consejos que solo pueden seguirse en los bancos de los retóricos. Para los hombres de experiencia y práctica, la república se hallaba condenada sin que Mecenas hubiese de hablar contra ella. Pero César, con el ejemplo de su vida, habia dejado á su hijo la dura y

cruel leccion de su muerte. Cuidándose Octavio muy poco de hacer que innovaciones de desconocidos resultados volviesen á arrojarle en medio de las eventualidades de que acababa de salir, se consagró á formar con trozos y retazos una constitucion que quedó sin nombre en la lengua política, y que durante tres siglos descansó sobre una mentira. Por lo general no suele durar tanto tiempo el fraude, y la causa de ello fué porque allí solo existia en la forma. Todos sabian á qué atenerse respecto de la verdad de las cosas; pero todos querian tambien conservar la engañosa ilusion, la querida y gloriosa imágen de la antigua independencia.

Así pues, no tomó Octavio la dignidad real, siempre odiosa, ni tampoco la dictadura, que evocaba recuerdos sangrientos; pero conocia bastante la historia de su país para saber que con suma facilidad encontraria en las prerogativas mal definidas de las antiguas magistraturas algo apropósito para disfrazar la monarquía bajo oropeles republicanos, y que podria sostener el poder absoluto con las leyes de la libertad. Desde el año 31 era cónsul, debiendo conservar durante seis años mas aquel cargo que le hacia gefe oficial del Estado, y que le daba legalmente casi todo el poder ejecutivo.

Ante todo necesitaba al ejército; para permanecer á su frente hizo que el senado le confiriese el nombre de *imperator*, no aquel simple título honorífico que los soldados daban en el campo de batalla á los cónsules victoriosos, sino el cargo nuevo bajo un título antiguo, que César habia tenido, y que llevaba en sí el mando supremo de todas las fuerzas militares del imperio. Los generales se convirtieron así en lugar-tenientes suyos, los soldados le juraron fidelidad, y ejerció el derecho de vida y muerte sobre cuantos llevaban espada.

El senado, que subsistia aun, fué convertido por Augusto en eje de su gobierno; pero antes, tomando á Agripa por cólega, hizo que con el título de *prefectura de las costumbres* le diesen la censura, lo cual le permitió expulsar de aquella

corporacion á todos los miembros indignos ó enemigos del nuevo órden de cosas. El censo senatorial que era de 800,000 sextercios, fué ascendido á 1.200,000, cuidando de completarlo á costa suya por los senadores que no los tenian. En esto encontraba la doble ventaja de acrecentar el brillo exterior de su senado, y de hacer que los grandes fuesen pensionados suyos. Luego, á aquella asamblea menos numerosa y mas digna, hizo que pasasen, con detrimento del pueblo, los asuntos mas importantes.

El órden ecuestre fué sometido tambien á una revision severa. Para honrar á este órden le reservó cierto número de cargos elevados, y puso á su frente á sus nietos bajo el título de *príncipes de la juventud,* llegando Octavio al extremo de hacer patricios. Así pues, parecia que restablecia las antiguas instituciones porque, harto débiles á la sazon para estorbarle, conservaban vida y fuerzas suficientes para llegar á ser, en manos diestras, muy útiles instrumentos.

En el año 28 cerró el censo, que señaló 4.063,000 ciudadanos. El último empadronamiento, hecho en el año 70, habia dado un número nueve veces menor, 450,000; y este aumento, debido especialmente á César, prueba el espíritu liberal de su gobierno. Octavio no habia de seguirle en esta senda, pues el pueblo romano contaba á la sazon mas de 19 millones de almas y era ya una nacion. La encontró bastante numerosa y fuerte para sostener el peso del imperio, permaneciendo cual una clase privilegiada, é importaba mucho mantenerla así para con los provinciales. Bajo su reinado, el número de los ciudadanos solo habia de tener un aumento de 34,000.

Cuando los antiguos censores cerraban el censo, aquel cuyo nombre habian puesto á la cabeza de la lista de los senadores, que por lo general era uno de ellos, se llamaba el primero del senado, *princeps senatus,* y permitian que ocupase este puesto esencialmente honorífico durante toda su vida. Agripa dió á su cólega este título republicano, y así colocó las deliberaciones del senado bajo la direccion de Oc-

tavio, porque con arreglo á la antigua costumbre, el *princeps* era el primero que emitia su opinion, y esta ejercia una influencia que á la sazon debia ser decisiva.

Abdicacion fingida (27); Octavio se posesiona del poder proconsular (27) y tribunicio (23); el consulado vitalicio y la prefectura de las costumbres (19); el pontificado máximo (13).

En los primeros dias del año 27 fué Octavio á la curia para deponer sus poderes, y este inesperado desinterés, que volvia á ponerlo todo en tela de juicio, sorprendió á la mayor parte, si bien muy luego se tuvo la explicacion de aquella farsa representada con tanta formalidad á la faz de Roma. Los que estaban en el secreto, ó aquellos á quienes se habia dejado que le adivinasen, reclamaron contra aquel abandono cobarde que se hacia de la república. Octavio vaciló, pero el senado le apremiaba; aceptó, y una ley le confirmó en el mando supremo de los ejércitos, con el derecho de estipular la paz ó declarar la guerra; sin embargo, el título de *imperator* que le ofrecian para toda su vida, solo quiso aceptarlo por diez años.

El mando de los ejércitos llevaba en sí el de las provincias, y el senado las habia colocado á todas bajo su autoridad al conferirle la investidura del proconsulado; le asustó tal cargo y quiso que al menos le compartiese el senado con él dejándole las regiones tranquilas y prósperas del interior, y tomando para sí las que aun se agitaban ó estaban amenazadas por los bárbaros. El senado se sometió á la necesidad de administrar la mitad del imperio; verdad es que ni un soldado tendria en aquellas provincias pacíficas que se hallarian circunvaladas por las 25 legiones del *imperator*. Sin embargo, en el fervor de su gratitud, buscó un nuevo nombre que dar á aquel que abria una nueva era para Roma. Munacio Plauco propuso el de Augusto, que solo se daba á los dioses, y el senado y el pueblo saludaron con sus

aclamaciones aquella semi-apoteosis (17 de enero, 27 ant. de J.-C.).

En la época á que hemos llegado, no tenia el fundador en su mano, y aun de un modo excepcional, mas que la autoridad militar; pero Augusto nunca tuvo impaciencia para lograr sus propósitos. Con el fin de justificar su poder, abandonó á Roma durante tres años y fué á organizar la Galia y la España. Cuando volvió durante el año 24, á consecuencia de una enfermedad que le habia atacado en Tarragona, la alegría causada por su restablecimiento y su regreso se reveló por medio de nuevas concesiones. Con motivo de una distribucion que queria hacer, le dispensaron la observancia de la ley *Cincia*, lo cual condujo mas tarde á declarar que los emperadores no estaban ligados por ley alguna, y se permitió á Marcelo, que era á la vez sobrino y yerno suyo, que aspirase al consulado diez años antes de tener la edad necesaria. Despues de una nueva enfermedad, de la cual le curó el médico Musa, abdicó el consulado á pesar de la oposicion de los senadores, y se sustituyó como antiguo cuestor de Bruto. Roma no quiso quedarse atrás: él abandonaba por algunos meses el consulado, y le dieron para toda su vida el poder tribunicio con el privilegio de hacer en el senado cuantas proposiciones quisiese, y la autoridad proconsular aun en las provincias proconsulares. Esta vez era realmente la abdicacion del senado y del pueblo, porque á la autoridad militar que ya tenia añadieron el poder civil que los tribunos, merced á la autoridad indeterminada de su cargo, habian invadido por entero mas de una vez, y le daban la inviolabilidad.

Así pues, Augusto iba á tener el derecho de proponer, es decir, de hacer leyes, de recibir y juzgar las apelaciones, de detener con el veto tribunicio toda medida, toda sentencia, es decir, de oponer su voluntad en todas partes á las leyes y á los magistrados, de convocar al senado ó al pueblo, y de presidir ó mas bien dirigir á su antojo los comicios de eleccion, prerogativas de que habia de gozar, no por

un año, sino por toda su vida. Henos pues, ya, en plena monarquía sin que se pueda acusar de usurpacion á Augusto, porque todo se hizo legalmente. No era rey ni dictador, sino solo príncipe en el senado, *imperator* en el ejército, tribuno en el foro, proconsul en las provincias; lo que en otro tiempo se hallaba dividido entre varios, estaba á la sazon en manos de uno solo, y esta era toda la revolucion.

Augusto, despues de dar este gran paso, se detuvo durante cuatro años que invirtió en organizar las provincias orientales, y en convencer á los romanos de la impotencia de sus magistraturas republicanas. Entre todos los grandes desmembramientos del poder público, solo quedaban fuera de sus manos la censura y el consulado, y no mencionó el pontificado máximo, que dejaba desdeñosamente á Lépido. No habia querido el consulado para el año 22; mas el pueblo asustado por una peste y una escasez de víveres, amenazó con quemar la casa si no le nombraban dictador y censor para toda su vida. Augusto lo rehusó, y lleno de dolor, rasgó sus vestiduras, pidiendo la muerte antes que sufrir la vergüenza de parecer que atentaba á la libertad de sus conciudadanos. Sin embargo, tomó la intendencia de los víveres é hizo que se diese la censura á dos antiguos proscritos, Plauco y Paulo Lépido, quienes deshonraron aquel cargo con su debilidad é incapacidad, siendo los últimos censores. En el año 19, hizo Augusto que le confiriesen aquella magistratura bajo el nombre de prefecto de las costumbres (*magister morum.*)

El consulado cayó del mismo modo. Las elecciones del año 22 habian sido borrascosas, y las del 19 lo fueron mas aun; Augusto, con el fin de poner término á estos desórdenes, tomó el poder consular para durante el resto de su vida, aunque guardándose muy bien de hacer desaparecer aquel título ilustre. Fué cónsul como era tribuno, es decir, tuvo exclusivamente los derechos del cargo, pero permitió á otros que usasen el título y las insignias del mismo. No solo mantuvo el consulado, sino que se multiplicó en cierto modo, y

en cada año nombró tres, cuatro, y aun mas cónsules (*consules suffecti*).

Como los cónsules, lo mismo que casi todos los magistrados romanos, podian promulgar edictos, Augusto, á título de procónsul, de tribuno y de prefecto de las costumbres, tenia igual derecho, pero limitado á los asuntos que dependian de cada uno de aquellos cargos. Los senadores, dándole el poder consular, extendieron para él á casi todas las cuestiones, el *jus edicendi* de los cónsules. Así se le conferia una gran parte del poder legislativo.

Solo habia aceptado por diez años el mando de las provincias y de los ejércitos; en el año 18 hizo que renovasen por cinco años sus poderes, tiempo que debia bastar, segun decia, para que terminase su obra. Pero cuando hubo expirado, pidió una nueva próroga de diez años, y así continuó hasta su muerte, protestando cada vez contra la violencia que, en nombre del interés público, imponian á sus inclinaciones. En conmemoracion de aquellas abdicaciones repetidas del senado y del pueblo, sus sucesores hasta los últimos momentos del imperio celebraron siempre el décimo año de su reinado con fiestas solemnes (*sacra decennalia*). Cinco años despues, al morir Lépido, hizo que le nombrasen pontífice máximo. Esta fué su usurpacion postrera, pues nada le faltaba ya tomar que valiese la pena.

Apariencias republicanas del gobierno, que en realidad es poder monárquico; nuevos cargos; ejércitos permanentes; nuevos impuestos.

Sinembargo, á no mirarlo muy de cerca y detenidamente, la república aun subsistia. Habia un senado cuyos decretos eran leyes; cónsules que conservaban los honores de su rango; pretores que juzgaban en primera instancia; tribunos que acaso hicieron uso de su veto hasta bajo la dominacion de los Antoninos; por último, cuestores y ediles que desempeñaban sus cargos en nombre del pueblo romano; mien-

tras que los comicios por tribus y por centurias se reunian para confirmar las leyes, nombrar los magistrados, y aun rechazar, si así les parecia, las proposiciones del príncipe. Si se trataba de una rogacion, Augusto iba á votar en su tribu; si de una causa ó un juicio, daba su declaracion como testigo, y el abogado podia aceptarle ó recusarle impunemente; si de una eleccion, conducia en medio de la multitud, para recomendarle á sus sufragios, al candidato á quien apoyaba, añadiendo siempre, aun para sus parientes y deudos: «si lo merece». Aquel hombre que vivia en el Palatino en una casa modesta, y que en el senado hablaba, escuchaba y votaba como un senador cualquiera; que á nadie cerraba su puerta, ni negaba su apoyo al mas pobre de todos sus clientes; que tenia amigos; que se iba á comer, sin guardias, á cualquiera parte en que le hubiesen convidado; y que para salvar á un acusado oscuro imploraba al acusador en vez de imponer su veto, aquel hombre decimos, ¿quien era? No, no era el dueño de un imperio, sino la paz y el órden personificados.

Para que realizase y diese todos esos beneficios, habian tomado para él, si me es lícito explicarme así, la misma esencia de todos los grandes cargos republicanos, y de la reunion de sus poderes salió una autoridad que aun no tenia nombre en la ciudad, y que habia de ser ilimitada, porque constituia á Augusto en representante de todo el pueblo romano, en depositario y custodio de su poder y de sus derechos. Un solo hombre poseia entonces para toda su vida el poder ejecutivo, y la mayor parte del poder legislativo y judicial. Lo que aun quedaba al senado y al pueblo, no era sino una cesion calculada que hacia el príncipe, quien les dejaba algunos juguetes para entretener sus ócios y ayudarles á olvidar su caducidad..

¿Qué digo caducidad? El pueblo hacia leyes y daba cargos; el senado imperial tenia mas prerogativas que las que en tiempo alguno tuvo el senado republicano, pues gobernaba la mitad del imperio, y tenia bajo su custodia el

tesoro público. Sus decretos eran leyes, como en los buenos tiempos de la omnipotencia patricia, y los grandes delincuentes, sustraidos al poder del pueblo, dependian de su jurisdiccion; era el orígen de toda legalidad, aun para el emperador que obtenia de él sus poderes, y que por él se los hacia prorogar. ¿Qué le faltaba pues? De seguro que no serian los derechos ni los títulos, y sin embargo, qué contraste tan irrisorio entre la pompa de las fórmulas y el vacío de la realidad! El pueblo soberano no era sino un conjunto de mendigos que aparentaba querer lo mismo que aquel que les alimentaba, les divertia y les pagaba; y los padres conscriptos, los senadores de Roma, hablaban y votaban como podian hacerlo hombres que no tuviesen dignidad personal, la autoridad del carácter, ni la independencia social. Hechuras del príncipe á quien tendian diariamente la mano para librarse de sus acreedores, ni siquiera tenian bajo su laticlavia, la libertad que conservaba el pobre bajo sus andrajos de reirse á las claras ante aquella gran comedia que representaban tan gravemente Augusto y su senado.

Como en la apariencia habia dos poderes, hubo dos órdenes de magistrados, los del pueblo romano y los del emperador. Los primeros desempeñaban anualmente los antiguos cargos republicanos, menos la censura; los segundos desempeñaban por un tiempo indeterminado los que entonces fueron establecidos. En el año 15, organizó Augusto definitivamente la *prefectura de la ciudad*, cuyo titular respondia al emperador de la tranquilidad de Roma. Mas tarde, creó dos *prefectos del pretorio* para mandar las cohortes pretorianas, y numerosos puestos de *inspectores de obras públicas, de acueductos, de caminos, de distribuciones al pueblo, etc.* Tambien formó gradualmente con sus amigos y los personages mas considerados del Estado, un *consejo privado* que atrajo á sí los negocios mas importantes, y cuyas decisiones, desde el año 13 de Jesucristo en adelante, tuvieron el mismo valor que los senado-consultos.

Estos derechos conferidos al emperador le habrian sido

inútiles sin el ejército, así es que lo hizo permanente y lo sometió á una disciplina severa. Tenia 25 legiones, y las situó á lo largo de las fronteras, en donde 400.000 hombres hicieron frente á los bárbaros en campamentos permanentes (*castra stativa*), con flotillas en el Rhin, el Danubio y el Eufrates. Cuatro escuadras situadas en Rávena, en Frejus, en Misena y en el Euxino, vigilaron los mares.

Para pagar á este ejército eran insuficientes las antiguas rentas (1), y Augusto creó el impuesto del centésimo de todas las cosas vendidas á pública subasta, el del vigésimo en las herencias, y el del cincuentésimo sobre el precio de los esclavos. Así sacó 300 ó 400 millones, que eran bastantes para un imperio que contaba aun escaso número de funcionarios, y en el que casi todos los gastos que se hacian en las provincias estaban á cargo de las ciudades.

Detrás del gobierno oficial, esencialmente republicano en la forma y que permanecia grave y ocioso en las sillas curules, estaba, pues, el gobierno verdadero, al que no se veia en la curia ni en el foro, y el que, sin pompa ni ruido alguno, manejaba los negocios del imperio. Este gobierno era el que tenia la escuadra y las legiones, á las que ya no licenciaba, y un tesoro particular (*fiscus*) para pagar á sus soldados y á sus funcionarios, y el que proveía directamente la mayor parte de los cargos, y de un modo indirecto los proveía todos. A él pertenecian la mitad de las provincias y de sus rentas; las demás obedecian sus órdenes cuando tenia á bien

(1) Las antiguas rentas eran las que procedian de los dominios públicos (salinas, rios, bosques, minas, canteras y tierras públicas); las de los bienes vacantes de los ciudadanos que morian sin herederos, el producto de las confiscaciones y de las multas; el de las aduanas en Italia (1|40 de su valor en las mercancias ordinarias; 1|8 en los objetos de lujo); la de 1|20 de las emancipaciones, y en las provincias el impuesto territorial, generalmente 1|6 de las siembras, 1|5 de los plantíos, el impuesto personal ó capitacion, las aduanas y derechos de regalía, y las requisiciones. Desde que se estableció el imperio, las propiedades particulares del príncipe se incorporaban al dominio público tan luego como se verificaba su advenimiento.

darlas, siendo el emperador en la ciudad, el gefe del clero, del senado y del pueblo, y penetrando como prefecto de las costumbres hasta en la vida privada. El poder consular y la autoridad tribunicia le daban accion sobre todos los ciudadanos á quienes ligaba y sujetaba por medio de sus edictos, y á los que por su derecho de perdonar podia sustraer á la justicia ordinaria. Desde Roma, desde la Italia, desde las provincias, los oprimidos le tendian las manos, porque, como gefe de la administracion, tribuno y procónsul perpétuo, recibia todas las apelaciones, de modo que, desde una á otra frontera del imperio aparecia como el custodio, el enderezador de entuertos, el refugio de los desgraciados. Nueve cohortes, de á 1,000 pretorianos cada una, y los ginetes bátavos, hacian respetar su inviolabilidad. El prefecto de la ciudad hacia el servicio de vigilancia en Roma con los 4,500 hombres de las 3 cohortes urbanas, cuidando de que el prefecto de los víveres tuviese llenos siempre los graneros públicos, y el prefecto de los guardias nocturnos las calles siempre seguras. Si antiguos pretores, sorteados anualmente, administraban en nombre del Estado el tesoro público (*œrarium*), el príncipe hacia que el senado se lo abriese; de modo que el ejército, la justicia, la religion, la hacienda, los funcionarios, todos los recursos, todas las fuerzas vivas del imperio estaban en sus manos. Se habia constituido en alma de aquel gran cuerpo con el fin de arreglar á su antojo todos sus movimientos, y á fin de sujetar el imperio por la religion del juramento, todos los años, en el 1.º de enero, el senado, el pueblo, las legiones y los provinciales le juraban fidelidad.

Ahora que conocemos ya al nuevo gobierno, veámosle en sus actos.

Clasificacion de las personas, distribuciones, juegos, construcciones, policía, reformas religiosas y civiles.

Por una especie de instinto monárquico que en el ánimo

de Constantino habia de ser un principio decisivo de organizacion social, Augusto procuró establecer en el Estado divisiones y rangos para hacer que reinasen la subordinacion y la disciplina. Le hemos visto ensalzar la dignidad del senado y de los caballeros por medio de espurgos severos, y entre estos dos órdenes y para establecer distancia del uno al otro, colocó á los hijos de los senadores, asociándoles á una parte de las prerogativas honoríficas de sus padres, y reservándoles ciertos cargos con el derecho de asistir á los debates de la curia. Estos privilegios que les iniciaban en los negocios públicos, y que les facilitaban el acceso de las magistraturas que daban entrada al senado, establecian para aquel cuerpo una especie de herencia que correspondia bastante bien á la que Augusto se proponia establecer para el poder; ni una ni otra habian de confesarse abiertamente, pero se vislumbrarian como condicion necesaria de estabilidad. Despues de los caballeros estaban los vecinos de Roma que ocupaban el término medio entre el órden ecuestre y la *plebs urbana*. Un censo inferior al de los caballeros y el privilegio de suministrar una cuarta decuria de jueces, los constituían en clase distinta.

Cuando César hizo el empadronamiento de los que eran sostenidos por el tesoro, encontró 320,000. Segregó la mitad, y para los demás, hizo de aquellas distribuciones una institucion permanente, disponiendo que todos los años sustituyese el pretor á los pensionistas muertos con otros á quienes la suerte designase entre los pobres no inscritos. Pero los progresos de la miseria reprodujeron muy luego el guarismo primitivo, solo y en la segunda mitad de su reinado fué cuando Augusto se atrevió á hacerle bajar de nuevo á unos 200,000.

Las magistraturas habian sido trastornadas como los órdenes, y estaban olvidadas las antiguas prescripciones acerca de la gerarquía de los cargos. Augusto las hizo revivir, y volvió á tomar así todas aquellas gradaciones que la aristocracia habia tan sagazmente establecido. Su administracion

tendió en todo y por todo á multiplicar las diferencias en las condiciones sociales, ya fuese en las personas, ó en las ciudades y en los países. Dividió la ciudad de Roma en 14 regiones, y estas, por las prerogativas de sus habitantes, se hallaban colocadas en un lugar superior al de los distritos *suburbicarios*, los cuales se hallaban mas favorecidos, á su vez, que el resto de la Italia. En la misma Italia, no obstante el derecho de ciudadanía, reconocido á la sazon á todos los italianos, subsistian aun municipios, colonias y prefecturas que tenian sus leyes particulares. Octavio añadió 28 colonias que estableció en tierras compradas por él á los italianos, y cuyos decuriones (senadores) tuvieron el derecho de enviar por escrito á Roma sus sufragios en el dia de los comicios. Hasta en el derecho de ciudadanía estableció diferencias. El que le obtenia no tuvo la ciudadanía con el mismo título que el ciudadano de orígen; y el Italiano, el provincial, decorado con la toga, ni en derecho ni en dignidad fué el igual del quirite de Roma. Aun entre estos el *jus trium liberorum*, el nacimiento, la fortuna, establecian graves diferencias, y añádase á esto la distincion grande y permanente que estableció entre los quirites y los soldados, de los cuales formó dos pueblos distintos con el fin de apoyarse en uno para dominar al otro.

Contraste singular! la república que proclamaba la igualdad se apoyó en una gerarquía formal y profunda; el imperio que exige rangos y condiciones, conducirá al nivelamiento mas completo. En ambas épocas los nombres y las formas se hallan en contradiccion con el espíritu del gobierno. En efecto, Augusto ensalza al senado, pero rebaja á los senadores. Dá mucha importancia á la dignidad de los ciudadanos, pero toma para sí todos sus antiguos derechos. ¿Qué importan las apariencias? en el fondo no hay grados en la servidumbre; los que se hallen colocados en los puestos mas altos, serán los que estén mas cerca del dueño; los que se encuentren mas expuestos á sus caprichos y á su cólera.

A ese pueblo tan bien clasificado le hacia aun falta pan

para alimentarse, juegos para distraerse, y una policía activa que velase contra el Tíber y los bandidos, contra el fuego y la peste. Augusto tuvo buen cuidado de que nada de aquello faltase, y por lo tanto despues de asegurar y afirmar su poder, el asunto que mas le preocupó fué el de alimentar á la inmensa poblacion que llenaba la ciudad.

El pueblo romano no tenia mas que un deseo: *Panem et circenses*, «pan y juegos!» y como esto no le costaba mas que oro, convenia á Augusto satisfacer tales aspiraciones. En su testamento político enumera con suma complacencia sus donativos de trigo, dinero, fieras y hombres. «He dado juegos, dice, en los que han peleado 10,000 gladiadores, y he hecho cazar 3,500 fieras. En una sola caza fueron degollados 260 leones.» Otra vez hizo abrir un canal ancho á lo largo del Tíber, y 30 galeras de á tres órdenes de remos, con mayor número de buques pequeños, divididos en dos escuadras y tripulados por 3,000 hombres, sin contar á los remeros, dieron á la multitud la representacion de un combate naval. Habia otro medio de halagar al pueblo, y era el de decorar su ciudad. César le habia dado el ejemplo y continuó sus grandes obras, pudiendo alabarse de dejar edificada de mármol una ciudad que halló edificada de ladrillos.

Varios grandes personages le ayudaron á hermosear á Roma. El campo de Marte, en torno del cual se agruparon numerosos y expléndidos edificios, formó una especie de ciudad nueva, enteramente monumental, que en vez de casas tenia templos, teatros y pórticos. Agripa, tan diestro en sus trabajos durante la paz como en los de la guerra, levantó, segun dice Suetonio, un número infinito de hermosos edificios; uno de ellos el Panteon (*Sta. María Rotonda*), subsiste todavía. Tambien los caminos fueron cuidadosamente arreglados, y la policía mostró tal celo que desaparecieron los bandidos que infestaban la Italia. En Roma, 7 cohortes de guardias nocturnos tuvieron á su cargo el cuidado de precaver ó apagar los incendios, y toda la Italia, dividida en 11 departamentos, fué colocada bajo la vigilancia de otros tantos

cuestores, siendo preferible precaverse contra los bandidos que tener que combatirles. Estimuló el trabajo, y para hacer que los mendigos de Roma volviesen á dedicarse al cultivo de los campos, hubo un momento en que pensó en suprimir las distribuciones gratuitas, lo que en efecto era una calamidad que habia de ir creciendo, y llegar á ser una de las causas de la caida del imperio.

Por muy egoista que fuese la administracion de Augusto, comprendia, empero, que para aquellos á quienes les está confiada la suerte de los imperios, no consiste todo en adormecer suavemente al pueblo en el placer, el bienestar y la tranquilidad. La sociedad romana se habia tornado mas apacible, y trató de hacerla mas digna. Revisó los libros sibilinos, único código religioso de los romanos, y levantó templos á dioses nuevos, todos benéficos y pacíficos; á la fortuna que protege, á la fortuna que salva; á la paz, diosa abandonada por mucho tiempo en Roma, pero que recibió altares de Augusto con la condicion de convertir á los romanos á su culto. Entre todos los antiguos dioses, los mas honrados fueron Vesta y los Lares, es decir, los que eran custodios del Estado y de la familia.

Hay otro culto, el de las glorias nacionales. Augusto las aceptó todas sin temerlas, y la estátua del mismo Pompeyo fué colocada enfrente de su teatro, bajo un arco de mármol. No sé si derribó la de Bruto, ni si levantó la de Ciceron, pero siempre respetó la memoria de aquel, y el genio de este.

Mientras que por medio de estos públicos homenages, tributados á los dioses y á los héroes de la vida eterna, reanimaba el apagado patriotismo, la elecuencia y la poesía reunian sus encantos mas poderosos para hacer que, por medio del orgullo, volviesen aquellos romanos degenerados á tener las virtudes y la piedad de sus padres. Tito Livio, refiriendo con su lenguaje magestuoso la historia gloriosa de los antiguos héroes, y Virgilio mostrándoles á todos los poderes del cielo y de la tierra reunidos en torno de su cuna, parecian los pontífices del pasado. Sentados sobre las ruinas de los

antiguos templos, llamaban á ellos á los pueblos para cumplir los piadosos ritos, y consagrarse al culto de las antiguas virtudes. ¿Quién se atreveria á decir que aquellas lecciones fueron inútiles, que aquella enseñanza no era escuchada? Se tenia sobrada aficion á la literatura para no someterse á la influencia de los grandes maestros. Desde que cesaron las agitaciones del foro, toda la actividad de los ánimos se habia dedicado al culto de las Musas. Los libreros ya no alcanzaban á satisfacer los pedidos. Multiplicábanse las lecturas públicas de los oradores y de los poetas, y aun las bibliotecas. Asinio Polion habia fundado la primera en su *Atrium libertatis*, y Augusto abrió otra en el templo de Apolo, edificado junto á su morada.

Mientras que la literatura desempeñaba su cometido, el príncipe hacia otro tanto con el suyo. No toleraba que se reprodujese el escandaloso espectáculo de senadores peleando en la arena, ó de caballeros representando en el teatro. Todo el pueblo fué amonestado por él mas de una vez, y para agotar los impuros manantiales en que se renovaba, limitó las emancipaciones; mas de una vez negó el derecho de ciudadanía á protegidos de Tiberio y aun de Livia.

Augusto, ocupado en ocultar por todas partes la corrupcion romana, no olvidó en sus reformas á las mugeres. Castigó el adulterio permitiendo al esposo ultrajado que sorprendia á los culpables que les diese muerte con la espada. Hizo mas aun por ellas, honrando el matrimonio y concediendo privilegios á las uniones legítimas y fecundas. Aquí ha de colocarse uno de los actos mas importantes de su administracion interior, la famosa ley *Papia-Popea*, el monumento mas grande de la legislacion romana despues de las leyes de las XII Tablas, porque arreglaba, no solo el matrimonio, sino el divorcio, la dote, las donaciones entre esposos, las herencias, los legados, etc.

La poesía, eco fiel de aquella política elevada y sábia, celebró sus buenos efectos. «Gracias á tí, ó César, el buey se pasea con entera seguridad por sus praderas; Ceres y la feliz

abundancia fecundizan nuestras campiñas; los bajeles vogan sin temor por los pacíficos mares, y la buena fe se alarma hasta por una simple sospecha.» ¿Se habrá de creer al poeta? ¿Logró Augusto su propósito y convirtió de nuevo á su pueblo en religioso y moral en virtud de las leyes? Nada tiene que hacer la ley en estas cosas; pero aquel hombre que, durante 44 años, hizo pesar sobre la sociedad romana una misma voluntad honrada y sábia, de seguro volvió á introducir en ella mas órden, mas dignidad, y aun acaso, de vez en cuando, un poco de virtud.

Provincias del senado y provincias del emperador; dependencia de los gobernadores.

Augusto abrigaba el firme propósito de establecer en todo el imperio el órden que hacia reinar en Roma. Para esto era preciso organizar con regularidad las provincias, sofocar en ellas todos los disturbios y resguardar las fronteras. Así pues, habia que adoptar medidas de dos clases; unas militares y otras administrativas. Hemos descrito con exactitud los espantosos abusos de que las provincias habian llegado á ser víctimas. Augusto nada varió en su condicion legal; lo que las provincias habian llegado á ser al dia siguiente de la conquista, lo eran aun en tiempo de Trajano y de los Antoninos; lo único que habia de menos eran los saqueos periódicos de los gobernadores, y de mas una seguridad que el comercio y la industria aprovechaban para derramar por todas partes inmenso bienestar.

Hemos visto que Augusto habia compartido el imperio con el senado (1). Hubo, pues, dos clases de provincias: las que ba-

(1) El senado tuvo el Africa con la Numidia, el Asia, la Helade y el Epiro, la Dalmacia, la Macedonia, la Sicilia, la Creta con la Cirenaica, la Bitinia con el Ponto, la Cerdeña y la Bética. El emperador conservó la Tarraconense, la Lusitania, toda la Galia, es decir, la Aquitania, la Narbonense, la Lugdunesia y la Bélgica, la Celesiria, la Cilicia, Chipre y el Egipto. Mas tarde quitó Augusto la Dalmacia al senado, y le dió en cambio Chipre y la Narbonense. Todas las nuevas conquistas fueron dadas al emperador.

ña el Mediterráneo, comarcas pacíficas é industriosas, conquistadas hacia mucho tiempo y ya romanas, en las que, para ser obedecido, ni siquiera se necesitaba una cohorte; y detrás de esta zona, las regiones bárbaras y belicosas del Océano, del Rhin y del Danubio, ó los países amenazados incesantemente por vecinos molestos, como las orillas del Eufrates y el valle del Nilo. En estas eran indispensables los ejércitos, y para mandar en ellas necesitaba tener el gobernador los poderes ilimitados de la autoridad militar. Pero los ejércitos y sus gefes obedecian al generalísimo, al *imperator*. Así pues era necesario dejar al emperador las provincias en que estacionaban las legiones (27).

Los gobernadores enviados por el senado á las provincias solo permanecian en ellas un año, como en otro tiempo, y el príncipe contrajo la costumbre de conservar á los suyos en sus puestos durante muchos años, para aprovechar su experiencia. En tiempo de la república, los cargos eran gratuitos, y los gobernadores se pagaban por sí mismos, saqueando á sus administrados. Augusto les señaló un sueldo fijo, y vigiló de cerca su conducta, quedando así reducidos al rango de simples agentes de un poder receloso y temido, y á la sazon veían suspendida la amenaza sobre su cabeza. El sueldo fijo que proveía á todas sus necesidades, no dejaba ya pretexto alguno para sus exacciones, y en vez de pasar algunos meses en una provincia en la que solia acontecer que apenas conociesen de nombre á sus ciudades principales, se veían entonces detenidos en ella durante el tiempo indispensable para estudiar sus necesidades, y contraer hábitos que dejaban de hacerles considerar su provincia como un destierro. No quiero decir, con esto, que los gobernadores se hallasen trasformados, de improviso, en personages hábiles y probos, sino solo que llegaron á ser imposibles los excesos de otros tiempos, porque crímenes harto marcados hubieran atraido muy pronto el castigo, y una fortuna sobrado crecida habria tentado la codicia del príncipe. Así pues, aconsejábanles moderacion y prudencia á los gobernadores su propio interés, y

aquel despotismo receloso que iba á pasar el rasero sobre todas las cabezas, derribando las mas altas.

Organizacion de las provincias occidentales.

De los diez y ocho años que siguieron á la batalla de Actium, Augusto pasó lo menos once en las provincias. Comenzó por la Galia y la España, adonde se trasladó á fines del año 27. En las regiones occidentales del imperio, en donde aun se mantenia vivo el sentimiento de la libertad recientemente perdida, en donde subsistia íntegra la organizacion social que con tanto heroismo habia sostenido la lucha contra Roma, Augusto se propuso tres cosas: ahogar todo espíritu de rebelion; establecer nuevas divisiones administrativas con el objeto de crear entre los habitantes relaciones políticas que les hiciesen olvidar su antiguo órden social, y sobre todo multiplicar en las provincias la poblacion italiana, y distribuir los privilegios de modo que se excitase en todas partes un deseo inmenso de llegar á ser romano; en una palabra, seguir la antigua política que tan buenos resultados habia dado al senado en Italia. Los Belgas y los Aquitanios se habian sublevado durante la lucha con Antonio; tres ejércitos enviados en el año 29 los dominaron. Este triunfo parecia el acto postrero de la primera conquista, de la del país; quedaba aun la segunda, y la mas difícil, la de los ánimos y las costumbres, á la que Augusto consagró todos sus cuidados.

Conservó á la Narbonense sus antiguos límites, pero la frontera de la Aquitania la trasladó desde el Garona al Loira. La Céltica, reducida entonces bajo el nombre de Lugdunesia á la mitad de su extension, solo comprendia los países situados entre el Loira, el Saona y el Sena. El resto, es decir, el país de los Belgas, de los Secuanos y de los Helvecios, formó la Bélgica, desmembrada tambien mas tarde en tres provincias, una Bélgica y dos Germanias. En esta reorganizacion varias ciudades perdieron su nombre y su importan-

cia en provecho de otras á las que el favor del príncipe sacó de su oscuridad con deliberado propósito. En la Narbonense se establecieron colonos romanos en Orange, Carpentras, Cavaillon, Nimes y Valence. Se dieron los derechos y el título de colonias latinas á Aix, Apt, Vienne y Viviers. Marsella castigada por su resistencia contra César, perdió dos factorías suyas, Agde y Antibes, de las que una fué declarada ciudad romana, y la otra colonia latina; mas funesta, aun, fué para ella la vecindad de la nueva colonia de Frejus, que se convirtió en uno de los grandes arsenales del imperio. En las tres provincias Cabelludas, Gergovia, que habia visto huir á César, fué despojada del rango de capital de los Arvernos, el cual fué conferido á un pueblo inmediato, *Augusto-Nemetum* (Clermont). *Bratuspantium* fué desheredada, tambien, en provecho de *Cæsaromagus* (Beauvais). Las capitales de los Suesiones (Soissons), de los Veromanduos (Saint-Quentin), de los Tricasios (Troyes), de los Rauraquios (Augst), de los Auskes (Auch), de los Trevirios (Tréveris), tomaron el nombre de *Augusta*. *Turones* se convirtió en *Cæsarodunum* (Tours), *Lemovices* se llamó *Augustoritum* (Limoges) y Bibracte *Augustodunum* (Autun).

Los privilegios se repartieron con idéntica desigualdad; los Eduos y los Remos, conservaron el título de aliados, que tambien fué concedido á los Carnutas, para que al Sur, al Oeste y al Norte hubiese tres pueblos poderosos interesados en el mantenimiento del nuevo órden social. Los Sautones, los Arvernos, los Biturigios, clientes emancipados de los Eduos, y los Suesiones, conservaron sus leyes. Los Auskes, que eran el pueblo mas poderoso de la Aquitania, obtuvieron el *jus Latii*. Por último, la Galia fué dividida en 60 circunscripciones municipales, lo cual equivale á decir que se redujo á este guarismo el número de los pueblos galos reconocidos como constituidos en cuerpo de nacion. Esta doble medida facilitó de una manera singular la policía y la administracion del país, porque cada una de aquellas 60 ciudades fué responsable de los desórdenes que estallaban en su territorio. Para

que les sirviese de modelo les dió Augusto una capital enteramente romana, Lyon, situada en la confluencia del Saona y del Ródano, á la que convirtió en centro de la administracion imperial en la Galia. Agripa se apresuró á hacer que arrancasen de sus muros cuatro grandes vías militares que conducian al Océano, al Rhin, á la Mancha, y costeando el Ródano, hácia los Pirineos. La sumision de los Salasios, verificada en el año 25, le permitió que dirigiese por entre sus montañas un camino que puso á Lyon á tres jornadas de marcha de la Italia.

El druidismo era poderoso todavía en la Galia: Augusto le atacó de una manera hábil, é hizo romanos á todos los dioses galos, erigiéndoles altares que ostentaron su doble nombre, de modo que hubo Belen-Apolo, Marte-Camul, Diana-Arduinna, etc. Además, prohibió los sacrificios humanos, y solo prometió el derecho de ciudadanía á aquellos que abandonasen los ritos druídicos. Estos esfuerzos alcanzaron buen éxito, porque ninguna provincia llegó á ser romana tan pronto.

La España lo era ya. Despues que hubo dominado á los Astures y á los Cántabros, que no dejaron las armas sino en el año 19, dividió la península en tres provincias en vez de dos. La Citerior, convertida en Tarraconense, fué ensanchada, y la Ulterior fué distribuida en Lusitania y en Bética. Esta hacia mucho tiempo que representába en España el papel de la Narbonense en Galia; así pues, allí no habia que hacer sino secundar el movimiento que impulsaba á aquella provincia hácia las costumbres romanas. Nuevas colonias coadyuvaron á ello, y algunos años despues podia decir Estrabon: «Los indígenas de la Bética han adoptado de una manera absoluta las costumbres, la lengua y el modo de vivir de los Romanos. Varios habian recibido ya el *jus Latii*. Augusto multiplicó todavía las concesiones de este género, y la mayor parte de ellos le poséen hoy. Además, hay muchas colonias, de modo que falta muy poco para que sean enteramente romanos, y por eso los llaman *Togati*». La influencia

romana se extendió hasta los Celtiberos. El Ebro cuyo nacimiento se hallaba cautivo desde la sumision de la Vizcaya, pasaba, además, entre los muros de tres colonias recientes, *Celsa* (Xelsa), *Cæsar Augusta* (Zaragoza) y *Dertona* (Tortosa). Una cadena de puestos militares envolvió toda la region occidental: *Legio-Septima* (Leon), y *Asturica* (Astorga) velaban sobre los Astures; los Galaícos estaban custodiados por *Braccara* (Braga), los Lusitanos por *Olisippo* (Lisboa), *Ebora* (Evora), *Pax-Augusta* (Badajoz) y Augusta-Emerita (Mérida) su capital.

Augusto se hallaba todavía en España cuando á los Moros, á quienes encontraba sobrado bárbaros para la regularidad de la administracion romana, les dió por rey á Juba, hijo del antiguo soberano de la Numidia; aquel príncipe habia sido educado en Roma, haciéndole cultivar las letras é inculcándole el respeto hácia el poder imperial. En aquel mismo año en que formaba un rey en Africa, deshacia otro en Asia. Amintas, rey de los Galatas, habia muerto dejando hijos; epro aquel Estado, situado en el centro de las posesiones romanas, era inútil. Augusto redujo la Galacia y la Licaonia á provincias.

Vencidos ya los Astures y los Salasios, el imperio no tuvo que sostener guerra alguna. El templo de Jano fué cerrado por segunda vez (25 años antes de J.-C.), y entonces, Indios y Escitas fueron á tributar homenage al gefe de aquel imperio inmenso que solo cifraba su gloria en los trabajos de la paz.

Organizacion de las provincias orientales; correos, caminos, etc.

Augusto regresó á Roma á tomar posesion del poder tribunicio que le habian concedido para toda su vida. Despues de una estancia de cerca de dos años, comenzó por la Sicilia la visita á las provincias orientales; desde allí pasó á Grecia, invernó en Samos, y luego atravesó el Asia Menor

y la Siria, arreglando todas las cosas soberanamente, en una parte perdonando tributos, en otra imponiéndolos nuevos, dando ó quitando libertad á las ciudades. Los reyes aliados fueron recompensados ó castigados, á su vez, segun sus méritos. Acababa de destruir el mutilado reino de los Galatas, (25 antes de J. C.). Muy luego, por el contrario, habia de dar á Polemon, rey del Ponto, á quien la política romana necesitaba por razon de su proximidad á la Armenia, un segundo reino, que era el del Bósforo Cimeriano. Los reyes de Judea y de Capadocia tuvieron asimismo un aumento de dominios, pero el de Comagenes fué depuesto con motivo de un asesinato. Augusto no visitó esta vez el Egipto; habia arreglado tan bien la administracion de esta provincia, despues de verificada su conquista, que su presencia allí era inútil. Para evitar la rebelion de un país tan fácil de defender, decidió que nunca tuviese por gobernadores sino simples caballeros, y se prohibió á los senadores que entrasen en él sin explícito permiso. Mantuvo allí prudentemente tres legiones, nueve cohortes y tres escuadrones, porque el Egipto suministraba víveres á Roma durante cuatro meses del año, por él pasaba todo el comercio de las Indias, y solo él hacia ingresar en el tesoro el impuesto de seis provincias.

Tales eran los trabajos que llevaba á cabo el dueño del mundo, y así disfrutaba de su victoria. Si todo le pertenecia, tambien su tiempo, sus cuidados y aun su fortuna pertenecian á todos. En sus prolongados viajes, aliviaba á las ciudades que se hallaban abrumadas y reedificaba, aquellas que habian sido destruidas por alguna calamidad. Tralles, Leadicea, Pafos, arruinadas por temblores de tierra, salieron mas hermosas aun de entre sus escombros. Hubo un año en que de su propio peculio pagó Augusto todo el impuesto de la provincia de Asia. Las medidas generales de la administracion imperial se hallaban en concordancia con esta conducta del príncipe, que era un ejemplo y una leccion para los gobernadores. En el órden de los intereses religiosos, no habia violencia alguna. Todas las divinidades que que-

rian ingresar en el culto romano eran admitidas, y cada gran division del imperio veía á su dios nacional protegido y enriquecido por las leyes de Roma. Para el servicio militar era Roma poco exigente, y aquella contribucion de sangre solo recaía en las nuevas provincias. Ya no se trataba de sacar de los súbditos la mayor cantidad posible de oro, sino de administrarlos bajo el doble punto de vista de su propio interés y del interés del imperio. Al sistema de las contribuciones en géneros, observado generalmente por la república, sustituyó en varios países el de los impuestos en dinero, medida en extremo favorable para las provincias. Pero, para que el impuesto se estableciese con entera equidad, era preciso formar un catastro general, y Augusto mandó que se hiciese. Tres geómetras recorrieron todo el imperio y midieron sus distancias.

Este trabajo sirvió para otro objeto. Reconocido y medido el imperio, fué fácil abrir caminos en él. Augusto reparó los de Italia, mandó hacer los de la Cisalpinia, y cubrió de caminos toda la Galia y la península Ibérica. Luego se organizó en todos ellos un servicio de correos. Los mensageros del príncipe y los ejércitos pudieron trasladarse rápidamente de una á otra provincia; en ello ganaron el comercio y la civilizacion, y circuló nueva vida por aquel imperio tan admirablemente dispuesto para una existencia grandiosa y duradera.

Organizacion de las fronteras; expediciones á la Arabia y al Africa; los Partos devuelven las banderas de Craso (20 antes de J. C.)

Hácia el año 19 antes de Jesucristo, época del último viaje de Augusto á Oriente, hallábase terminada la obra difícil de la fundacion del gobierno imperial y de la organizacion de las provincias. Hacia seis años que el templo de Jano estaba cerrado, y reinaba la tranquilidad en el interior lo mismo que en las provincias. Cepion y Murena, que se habian atrevido á conspirar contra una prosperidad tan grande, no

encontraron cómplices ni defensores. El trabajo volvia á posesionarse de aquel mundo de que habia sido expulsado, y una gratitud unánime saludaba cual á un dios salvador al autor de todos aquellos bienes.

Sin embargo, aun no habia realizado Augusto sino la mitad de la tarea que se imponia. Restábale dar al imperio, por medio de la política ó de las armas, fronteras bastante fuertes, para que no fuese turbado por ataques importunos en su inmenso trabajo de asimilacion. En Europa era preciso fortificar la barrera del Rhin, encerrar á los Alpes dentro del imperio, y llevar hasta el Danubio las avanzadas de las legiones; en Asia, colocar á la Armenia bajo la influencia romana ó intimidar á los Partos; en Africa, contener á los nómadas y abrir de nuevo en aquel antiguo mundo los caminos de comercio que habian existido, y que siguieron Cartago y los Tolomeos. Augusto tenia poca aficion á la guerra; encontraba bastante grande el imperio, y en la historia militar de su reinado no hay que atender tanto á los combates y conquistas como á una série de medidas de policía adoptadas en grande escala: ningun príncipe buscó la paz en la guerra con mas sinceridad que él.

En su primer viage allende los Alpes (27-24), habíale preocupado especialmente la organizacion interior de las provincias. Por otra parte, los Germanos estaban casi tranquilos. En Oriente, en donde le dejaba poco que hacer la sociedad griega, sometida y arreglada hacia mucho tiempo, aprovechó su permanencia (23-19) para determinar las relaciones del imperio con sus dos vecinos, los Armenios y los Partos. Por aquella parte, la línea de las fronteras, desde el Ponto hasta el mar Rojo, se hallaba cubierta por Estados vasallos, escepto á la altura de Antioquía. Augusto acababa de cerciorarse de su fidelidad, en unas partes destituyendo gefes, en otras concediendo títulos y favores. Estas variaciones ejecutadas con autoridad, la presencia de Augusto y la proximidad de un ejército romano, habian producido en los Armenios y los Partos una impresion tan profunda, que entre-

garon las armas sin combate. Los primeros le pidieron un rey que les llevó Tiberio; los segundos le restituyeron los estandartes de Craso, triunfo que valia mucho mas que una victoria (20). Una tentativa hecha sobre el Yemen para proteger al comercio del mar Rojo, habia sido frustrada (24-23). Pero el gobernador de Egipto, Petronio, penetró en persecucion de la Caudacia, ó reina de Etiopía, hasta este país (22), y Balbo habia vuelto á abrir el camino del interior de Africa por el Fezzan (19). Por eso, cuando despues de tres años tan bien empleados, volvió á entrar en Roma, el pueblo salió presuroso al encuentro del príncipe, y le ofreció el consulado vitalicio con la prefectura de las costumbres (19). En eso no habia cobardía ni debilidad; todos aceptaban aquella dominacion que, buscando tan solo la paz, aun encontraba la victoria, y se repetian aquellos hermosos versos en que el amigo de Mecenas mostraba á la reina de Etiopía fugitiva, á la Armenia casi sometida, á los Dácios vencidos, y en medio de una corte formada por los diputados del mundo, á un gefe parto arrodillado delante de Augusto, recibiendo de sus manos una corona, como si Fraates solo tuviese la suya por la buena voluntad del emperador.

Expediciones de Druso y de Tiberio.

El primer golpe asestado á aquella prosperidad tan grande procedió de los lugares de donde habian de surgir todos los peligros para el imperio, de las orillas del Rhin. Unos Germanos derrotaron la caballería romana, y se apoderaron en Lolio del águila de la quinta legion. A este ataque, cual á una señal de antemano convenida, contestó en toda la orilla del Danubio un prolongado grito de guerra. El mundo bárbaro parecia que se levantaba en masa (17 y 16 antes de J.-C.). Augusto, compartiendo, como ya lo habia hecho antes, la administracion del imperio con su yerno Agripa, que á la sazon se hallaba asociado por cinco años al poder tribunicio, le envió á Siria para evitar que en Oriente tuviese

efecto aquel tumulto. Él mismo partió algunos meses despues para la Galia (16 antes de J.-C.). Cuando se acercó, los Sicambrios regresaron á sus selvas, y sus lugar-tenientes rechazaron mas allá del Danubio á los bárbaros que lo habian pasado. Para vigilarlos mas de cerca encargó á sus hijastros Druso y Tiberio que sometiesen á los Shetianos y á los montañeses de los Alpes. Dos plazas fuertes, *Augusta Vindelicorum*, (Augsburgo) sobre el Lech, y *Carnuntum* (Haimburgo) sobre el Danubio, llegaron á ser en aquellas regiones los puntos de apoyo de la dominacion romana.

Durante estas operaciones, Agripa recorrió las provincias orientales en donde dió el reino del Bósforo á Polemon. Restablecida ya la tranquilidad en todas partes, los dos gefes regresaron casi al mismo tiempo á Roma (13 antes de J.-C.), Augusto para tomar por fin el pontificado máximo, Agripa para que le prorogasen por otros cinco años el poder tribunicio; pero la vida tan laboriosa y bien empleada de aquel gran ministro tocaba á su término. Habiéndole enviado contra los Panonios sublevados, regresaba despues de haberlos sometido, cuando le acometió una enfermedad que le arrebató en breves dias (marzo 12 antes de J.-C.). El dolor de Augusto fué profundo, pues en Agripa perdia menos todavía un lugar teniente que un amigo y un cólega necesario, ante el cual callaban todas las ambiciones, y que se apartaba voluntaria y modestamente, y permanecia en la oscuridad para hacer que toda su gloria refluyese sobre el príncipe.

Solo dos hechos notables llenan la segunda parte del reinado de Augusto, que comienza en la muerte de Agripa; en Roma la cuestion de la sucesion del imperio, en el exterior la organizacion de las fronteras del Danubio y del Rhin. Este trabajo, que ya se habia intentado una vez, exigia que se emprendiese de nuevo sériamente. Druso, á quien habia dejado en Galia, se grangeó el afecto de los provinciales, quienes agradecidos por la paz que estaban disfrutando, levantaron en la confluencia del Saona y del Ródano una estátua colosal del príncipe, rodeada de 60 estátuas mas pequeñas

que representaban las 60 ciudades galas. Seguro ya Druso de los Galos, se ocupó de los Germanos. Abrió un canal desde el Rhin al lago Flevo para poder atacar á los bárbaros por la embocadura de su rio, y penetró dos veces hasta el Weser, mientras que su hermano Tiberio abrumaba á los Panonios que habian vuelto á sublevarse (11 antes de J.-C.). En el año siguiente se trasladó Augusto á la Galia é hizo construir 50 fuertes que dominaban el paso del Rhin. En el año 9, decidió Druso dar un gran golpe, y dispersando á cuantos se atrevieron á resistirle, avanzó hasta las orillas del Elba, adonde los cimbros fueron á pedirle la amistad de Roma. Ambos pueblos se habian encontrado ya en las orillas del Po, y al cabo de un siglo volvian á encontrarse, pero esta vez en los confines de la Germania. Como se acercaba el invierno, Druso habia vuelto á emprender el camino de sus acantonamientos, cuando dió una caida del caballo y se hirió mortalmente. Tiberio, que á la sazon se hallaba en Pavía, atravesó apresuradamente los Alpes, y aun pudo recibir los abrazos postreros de su hermano. Venció por sí mismo á los Sicambros, é hizo que 40,000 se trasladasen á la orilla izquierda del Rhin (8 antes de J.-C.). Augusto cerró entonces por tercera vez el templo de Jano, y durante doce años no se abrieron las puertas de donde salia la guerra.

En medio de aquel silencio de los ejércitos nació aquel cuya palabra habia de ejecutar lo que las doctrinas de los sábios no pudieron hacer: la regeneracion del mundo (el año 4 antes de la era vulgar).

Aquella paz universal no fué turbada sino por una espedicion del nieto de Augusto al Oriente (2 antes de J.-C. y 4 despues.) Cayo César no iba tanto á combatir como á enseñar por aquella parte las armas romanas, y á poner pacíficamente en el trono de Armenia á un vasallo del imperio. Mas allá del Rhin las legiones recorrian tambien todos los años el país para mostrar sus águilas, y aun uno de sus gefes se atrevió á pasar el Elba. En los años 4 y 5 de J.-C., Tiberio volvió á ponerse á su frente, y les señaló cuarteles de

invierno en el corazon de la Germania. Esta novedad era mas amenazadora que las incursiones periódicas de las legiones, porque desde aquellos campamentos, la influencia romana iba á extenderse gradualmente á las tribus vecinas.

Desastre de Varo (9 de J. C.).

Mientras que al Norte se ejecutaba aquel trabajo, el Marcomano Marbod fundaba en la Bohemia un reino que defendian 70,000 infantes y 4,000 ginetes, disciplinados á la romana, y cuya supremacía reconocian los Suevos, los Semnonios y los Lombardos. Augusto se alarmó; reunió un ejército imponente que iba á pasar el Danubio, cuando los Panonios y los Dalmatas se sublevaron, creyendo que las legiones habian llegado ya á las manos con los Marcomanos. La fortuna de Roma alejó aquel peligro. Marbod consintió en entrar en tratos, y Tiberio pudo caer sobre los rebeldes. Ayudado por Germánico y sostenido por quince legiones, al cabo de tres campañas logró vencer su encarnizada resistencia. Tiempo era ya, porque cinco dias despues de la sumision de los Panonios y de los Dalmatas se supo en Roma que tres legiones, atraidas á una emboscada por un gefe jóven de los Queruscos llamado Hermann, habian perecido en ella con su general Varo. Era la Germania del Norte que se sublevaba y rechazaba hácia el Rhin á la dominacion romana (9 de J.-C.) «Varo! Varo! restitúyeme mis legiones,» exclamaba dolorosamente Augusto. Afortunadamente, Marbod, que tenia envidia á Hermann, no hizo movimiento alguno, y Augusto, tranquilo ya por la parte del Danubio, pudo enviar á Tiberio á la Galia. Fortificó todos los castillos del Rhin, restableció la disciplina, y para hacer que reinase de nuevo la confianza, llegó hasta el extremo de aventurar sus águilas allende el rio. Despues que él se marchó, Germánico quedó al frente de ocho legiones que guarnecian la orilla izquierda del Rhin. El enemigo, contento con haber vencido, aun no pasaba de la resistencia al ataque. El imperio estaba sal-

vado, pero la gloria de un reinado largo y pacífico quedaba empañada con aquel desastre.

La familia de Augusto; cuestion de la sucesion al imperio.

Augusto, lo mismo que Luis XIV, concluyó su reinado en medio del luto y el aislamiento. Habia visto morir, unos en pos de otros, á cuantos seres queria: su hermana Octavia, su sobrino Marcelo, Virgilio, Agripa, Druso, Mecenas y Horacio. Ocho años antes de nuestra era ya no le quedaban mas que los hijos de su hija Julia, Tiberio, hijo de la emperatriz Livia, y los hijos de Druso, el otro hijo de Livia, muerto tambien á la sazon. Puesto que la república parecia hallarse establecida todavía, no le era lícito hablar de legar su poder, pero habia adoptado á los dos hijos mayores de Julia, Cayo y Lucio César, y comenzaba á plantear para con ellos el sistema que tan buen resultado le dió, la ocupacion de las magistraturas republicanas. En cuanto llegaron á la edad de 15 años, les hizo designar cónsules para entrar á ocupar sus cargos 5 años despues. Tiberio, no obstante su disimulo, no habia podido ver sin despecho aquella adopcion. Mostró su descontento retirándose á Rodas, en donde vivió durante 7 años como simple particular; pero las circunstancias le obligaron á regresar. Los desórdenes vergonzosos de Julia pusieron á Augusto en la precision de desterrarla á *Pandataria*. Luego, uno de sus nietos, Lucio, haciendo un viage, fué arrebatado en Marsella por una enfermedad repentina; el otro, Cayo, á quien el príncipe habia enviado con gran pompa á Oriente, fué herido por un Armenio en una conferencia, y despues de haber estado padeciendo durante algun tiempo, murió en Cilicia (4 de J.-C.).

Estas dos muertes hacian que Tiberio fuese necesario, porque el tercer hijo de Julia, Agripa Póstumo, solo tenia 14 años. Augusto, apremiado por Livia, quien á medida que avanzaba en edad, ejerció sobre él mayor ascendiente, se decidió á adoptarlos á ambos, pero obligando á Tiberio á que á su vez adoptase á su sobrino Germánico.

Así pues, aquella sucesion estaba arreglada, pues todos aceptaban de antemano la herencia. Una conspiracion estuvo muy próxima á derribarlo todo. Un nieto de Pompeyo, Cinna, quiso dar de puñaladas á Augusto; Livia aconsejó la clemencia y el emperador humilló al delincuente con un perdon magnífico. Mas tarde le dió el consulado.

De los dos herederos, desapareció todavía uno. Agripa se hizo tan odioso por sus costumbres disolutas y licenciosas, que su abuelo le relegó á la isla de Planasia. En el año siguiente, la segunda Julia, acusada de los mismos crímenes que su madre, fué desterrada tambien, y el anciano emperador, juez implacable de todos los suyos, á la edad de setenta años se encontró solo en su casa triste y desolada.

Los servicios que prestó Tiberio en aquellos años terribles en que se vió á Marbod tan amenazador, á los Panonios sublevados y á tres legiones degolladas, desvanecieron gradualmente la prevencion del príncipe. Augusto compartió con él las prerogativas mas importantes, y en el año 13 le tomó por cólega.

Muerte de Augusto (14 de J. C.).

Tocaba ya al término de su dilatada vida; el 19 de agosto del año 14 de J.-C. murió en un viage á Campania, cuando tenia 76 años menos 35 dias. Su cuerpo, trasladado á Roma, fué enterrado en el sepulcro que se habia mandado hacer.

Habia escrito un estado de las fuerzas y de los recursos del imperio que se ha perdido por completo, y un resúmen de la historia de su vida que aun se conserva casi por entero. En él se pueden ver los títulos que creia tener para merecer la gratitud de sus contemporáneos. En efecto, era acreedor á esta gratitud desde la batalla de Actium, porque durante 44 años habia hecho vivir en paz al mundo; pero, ¿qué habia

fundado para el porvenir? Nada mas que un gobierno militar, con los sangrientos desórdenes que esa clase de gobiernos arrastran en pos de sí.

El siglo de Augusto.

Otra gloria tuvo además, y fué la de haber dado su nombre á uno de los grandes siglos literarios. Pero, para que aquel siglo sea verdaderamente la edad de oro de la literatura romana, hay que unir á él á los escritores que aparecieron despues de Sila, los poetas Lucrecio y Cátulo, César, cuya gloria militar y política oscurece su gloria literaria, Ciceron, cuyo nombre recuerda el crímen mayor de Octavio (1), y Salustio, un amigo de César.

Salustio dista mucho de Ciceron como ciudadano, y sus escritos pierden una gran parte de su encanto cuando se piensa que el hombre cuyo estilo y pensamientos son tan austeros, como gobernador de Numidia fué un ladron descarado. Solo nos quedan de él la *Guerra de Yugurta* y la *Conjuracion de Catilina*. Tambien habia emprendido una historia general de Roma desde la muerte de Sila hasta la conjuracion de Catilina. Desgraciadamente solo tenemos de ella algunos fragmentos informes. Lucrecio dejó un poema filosófico en el que se encuentran bellezas de primer órden; César sus *Comentarios de la guerra de las Galias;* Cátulo elegías en las que se acerca á Horacio, aunque su lenguaje sea algo mas rudo, sus versos menos armoniosos, su estilo menos culto. Todos estos escritores son anteriores á Augusto; pero al lado suyo se encuentra á Tito Livio, Horacio y Virgilio, la historia, la oda y la epopeya. Tito Livio, nacido en Pádua,

(1). Véase lo que dijimos al hablar de Ciceron. Sus obras principales son defensas (las *Verrinas*, etc.); discursos políticos (las *Catilinarias*, las *Filípicas*, etc); libros de retórica (el *Orador*, etc); tratados filosóficos (de los *Deberes*, las *Tusculanas*); tratados políticos (la *República*, las *Leyes*); y una coleccion inmensa de cartas que suministran los materiales mas preciosos para la historia de aquel tiempo.

59 antes de J.-C., y de quien se decía en vida suya que conservaba ciertas expresiones que trascendían á provincia, fué honrado con la amistad de Augusto, el cual le confió la educacion de Claudio, que mas tarde fué emperador, y murió en el año 18 ó 19 de nuestra era; escribió una *Historia romana* inmensa, la cual, por la magnificencia de su estilo, la disposicion imponente del asunto, y la elevacion y elocuencia de los pensamientos, no tiene igual en la literatura antigua. Esta obra que contaba 142 libros, de los que solo nos quedan 35, le coloca en el primer rango de los historiadores, entre Herodoto por una parte, y Tucídides y Tácito por la otra; sus tendencias aristocráticas le hicieron denominar el Pompeyano.

Horacio (murió 8 antes de J.-C.), el amigo de Augusto y de Mecenas, el epicúreo de buen gusto que tuvo sobrada pereza para intentar obra alguna de largas dimensiones, escribió sátiras, epístolas y odas que han sido imitadas, pero nunca superadas. Virgilio, nacido cerca de Mántua, pintó en sus primeros versos las desgracias de la Italia entregada á los soldados de los triúnviros. Su padre era aquel Títiro á quien Octavio dejaba su cabaña, mientras que Melibeo se veía obligado á entregar su cosecha y sus frutos al soldado impío y bárbaro. Virgilio, lleno de gratitud, dió primero las gracias á Octavio en sus *Églogas* que recuerdan sobradamente á Teócrito, y demasiado poco á la naturaleza; pero muy luego encontró su originalidad y dió uno de los poemas mas perfectos que existen en lengua alguna, las *Geórgicas*. En él cantó la agricultura para hacer que fuese honrada de nuevo; la paz, las costumbres rústicas, laboriosas y honradas, para facilitar á Augusto la empresa que habia acometido de pacificar á Roma y al universo. Mas tarde, cantó á la misma Roma para reanimar el patriotismo que se apagaba, y dió á la literatura latina un poema que no vale tanto como la *Ilíada* pero que será leido eternamente. Murió en el año 19 antes de nuestra era.

En el género lírico, Cátulo se acerca algun tanto á Hora-

cio, á quien precedió de veinte años; pero su lenguaje es mas rudo, sus versos menos armoniosos, su estilo menos elegante. Los poetas elegíacos fueron mas numerosos que los líricos. La oda vive de entusiasmo, la elegía de quejas; en tal época, esta debió ser mejor escuchada, porque encontraba mas eco en las almas. Cátulo compuso algunas elegías; Galo (murió 26 antes de J.-C.), Tíbulo (murió 18 antes de J.-C), y Propercio (m. 18 antes de J.-C.), escribieron un gran número de ellas. Ovidio (murió 17 antes de J.-C.), siempre elegante y armonioso, prestó sumo encanto á las antiguas leyendas que recogió en sus *Fastos*: las *Metamórfosis*, los *Tristes*, etc., muestran su fecundidad, que con frecuencia fué estéril.

Sin embargo, en aquel período, quedó atrasado un género respecto de todos los demás. Era el que precisamente habia llegado á su perfeccion relativa en el período anterior, el *arte dramático*. Plauto y Terencio quedaron sin rivales. La comedia llegó hasta el extremo de caer en la pantomima, y aquel arte degradado en que el actor concluyó por sustituir al poeta, y los gestos á las palabras, alcanzó tal éxito, merced á los Pílades y á los Batilios, que ya no hubo lugar en el teatro para las producciones sérias. Los grandes actores Roscio y Esopo habian de ser sustituidos por los bufones que algunas veces pertenecerian á las mejores familias, como aquel cantor y tocador de lira que se llamaba Neron. Séneca habia de intentar inútilmente levantar de nuevo el arte dramático con sus composiciones dramáticas declamatorias y frias.

En cuanto á la elocuencia, se hallaba pacificada; el imperio habia cerrado la tribuna de las arengas; la elocuencia habia caido á impulsos del mismo golpe que hirió á la libertad; los oradores habian cedido el puesto á los literatos (1).

En cuanto á la filosofía, ya se sabe que en Roma no la hubo nacional. Cada uno, segun su carácter y sus costumbres, se afilió bajo la bandera de Epicúreo ó de Canen. Las relajadas

(1) Véase la *Historia de la literatura romana*, por Mr. Pierron.

doctrinas del primero convenian mucho á los contemporáneos de Augusto; las de Cenon, incompatibles con el despotismo, mantuvieron la republicana altivez y el amor á la libertad en el corazon de algunos antiguos romanos. Los estóicos formaron, bajo la dominacion de los primeros emperadores, un partido de oposicion política (Tráseas, Helvidio Prisco, etc.), que fué diezmado con frecuencia. Encontraremos á dos intérpretes ilustres de la moral estóica en los dos extremos de la escala social, Marco Aurelio en el trono, Epícteto en la esclavitud.

La erudicion profunda y variada tuvo tres representantes en Varron, Higinio y Flaco: la medicina estaba en grande estima en Roma, desde que el liberto Musa salvó á Augusto de una enfermedad grave; los médicos obtuvieron franquicia de impuestos y el derecho de llevar el anillo de oro de los caballeros, y Celso escribió su obra que hizo le denominasen el Hipócrates romano.

Hasta el reinado de Augusto, la jurisprudencia no fué tanto una ciencia como un conjunto de costumbres. Labeon, el republicano grave y libre, y su rival Capiton, talento mas flexible, arreglaron la jurisprudencia, uno en nombre de los antiguos principios de la ciudad, otro en nombre de laequidad y de la ley natural, y fundaron las dos grandes escuelas de jurisconsultos conocidas con los nombres de proculeyos y sabinios.

Al lado de aquellos nombres se colocan otros menos célebres, es verdad, pero mas gloriosos aun. El galo Trogo Pompeyo (primer siglo), que escribió una historia universal de la que solo tenemos un compendio hecho por Justino (en el II siglo); Asinio Polion (en tiempo de Augusto) que escribió mucho y en distintos géneros, pero es mas conocido como protector de las letras: él fué quien abrió la biblioteca política y quien introdujo la costumbre de leer ó recitar en alta voz delante de un auditorio escogido, costumbre enteramente alejandrina y que arrastró á la poesía romana á la pendiente en que los poetas de Alejandría se habian perdido, en el servi-

lismo y en insulsas adulaciones hácia sus nobles protectores; los historiadores Diodoro de Sicilia y el judío Nicolás de Damasco, que compusieron historias generales para aquel imperio universal y escribieron en griego, como Dionisio de Halicarnaso, Estrabon, el gran geógrafo, y otro geógrafo llamado Dionisio el Periegeto. Tambien debe citarse á Agripa, quien hizo formar un mapa del imperio y compuso el comentario de él.

La parte mas descuidada de la civilizacion romana en el siglo de Augusto fueron sin duda las artes: los romanos del imperio, lo mismo que los de la república, las cultivaron por moda mas bien que por gusto, y esceptuando la arquitectura, casi siempre abandonaron su ejercicio á los griegos. Las grandes obras ejecutadas por Augusto, Claudio, Neron y los Flavios, suministraron ocasion á los arquitectos para que mostrasen su habilidad. En tiempo de Augusto escribió Vitruvio las reglas de su arte. La *pintura*, por el contrario, declinó: solo se cita al paisagista Ludio que sustituyó la encáustica con la pintura al fresco. La *estatuaria* se sostenia, pero sin que en ella descollasen genios: varias estátuas hermosas que aun existen parecen copias ejecutadas en tiempo de los primeros emperadores con arreglo á modelos antiguos. Así como se habian hecho colecciones de libros, otros, y sobre todo Asinio Polion, hicieron colecciones de objetos de arte raros y preciosos. Augusto fundó las bibliotecas Palatina y Octavia, y el gusto de la literatura y de las artes se conservó siempre en su casa. El mismo Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Neron, escribian lo mismo en verso que en prosa.

CAPÍTULO XXVI.

Los Emperadores de la casa de Augusto (14-68 despues de J. C.).

TIBERIO (14-37 DE J. C.): SERVICIOS DE TIBERIO EN EL REINADO DE AUGUSTO; PELIGROS QUE LE RODEAN; SUBLEVACION DE LAS LEGIONES.—EXPEDICIONES DE GERMÁNICO, VICTORIA DE IDISTAVISO (16).—GOBIERNO HÁBIL DE TIBERIO; TRIUNFOS POLÍTIGOS DE DRUSO SOBRE EL DANUBIO; DE GERMÁNICO EN ORIENTE (18-19).—MUERTE DE GERMÁNICO (19).—SEYANO; MUERTE DE DRUSO (23); DESTRUCCION DE LA FAMILIA DE GERMÁNICO (23-28).—CAIDA DE SEYANO (31); ÚLTIMOS AÑOS DE TIBERIO.—PRINCIPIO FELIZ, Y LUEGO LOCURAS Y CRUELDADES DE CALÍGULA; QUEREAS (37-41).—CLAUDIO (41-45); LEYES ÚTILES; CONCESIONES Á LOS PROVINCIALES.—CONQUISTA DE LA BRETAÑA (43); REDUCCION DE LA TRACIA, LA LICIA Y LA JUDEA EN PROVINCIAS.—MESALINA Y AGRIPINA.—NERON (54-68); AMBICION DE AGRIPINA; ENVENENAMIENTO DE BRITÁNICO (55).—DESÓRDENES DE NERON; ASESINATO DE AGRIPINA (59).—INCENDIO DE ROMA (64); PERSECUCION CONTRA LOS CRISTIANOS.—MUERTE DE SÉNECA Y DE LUCANO; CORBULON; VIAJE DE NERON Á GRECIA (66).—REBELION DE VINDEX; MUERTE DE NERON (68).

Tiberio (14-37 de J. C.): servicios de Tiberio en el reinado de Augusto; peligros que le rodean; sublevacion de las legiones.

Tiberio pertenecia á aquella familia ambiciosa de los Claudios que habia tenido veinte y ocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras y otros tantos triunfos. El casamiento de su madre Livia con Octavio, y su adopcion por Augusto le habian hecho entrar en la familia de los Césares. Todas las misiones que le confió su padre adoptivo fueron desempeña-

das con actividad é inteligencia, y en el momento de la guerra con Marbod, salvó al imperio de una crísis peligrosa. Desde la muerte de Agripa, ningun general podia invocar servicios tan brillantes. Habia peleado en España y en los Alpes, gobernado la Galia, dado un rey á la Armenia, dominado á los Panonios, vencido á los Germanos, trasladado á 46.000 bárbaros á la Bélgica, y tranquilizado al imperio despues de la derrota de Varo.

Hé ahí el hombre á quien la muerte de Augusto entregaba el poder, cuando contaba cerca de cincuenta y seis años de edad: debemos añadir que sus costumbres eran depravadas, su genio malo, su carácter vengativo, y que no le causaba la menor repugnancia derramar sangre.

El momento de crísis para un gobierno monárquico es la muerte de su fundador. El respeto hácia Augusto habia impuesto silencio á todas las ambiciones; pero Tiberio se encontró rodeado de republicanos, y sobre todo de candidatos al imperio, los que eran bastante conocidos para que Augusto se los nombrase en sus últimos momentos, y uno de ellos se atrevió á proponer al senado que fijase sus atribuciones al nuevo emperador. Estas pretensiones obligaban al príncipe á tener suma prudencia; en los primeros dias de su reinado apenas obró como emperador, al menos en Roma, si bien se apresuró á hacer que las legiones le reconociesen; sin embargo, los soldados habian comprendido ya que sobre ellos descansaba la seguridad del emperador, tanto como la del imperio, y puesto que ya no habia guerras civiles para enriquecerlos, las sucesiones en el imperio tenian que surtirles el mismo efecto. Tres legiones de Panonia se sublevaron, pidiendo un dinero diario de sueldo, la licencia absoluta al cabo de diez y seis años, y una cantidad fija pagada en el mismo campamento el dia en que recibiesen su retiro. Tiberio les envió á su hijo Druso, con Seyano, su prefecto del pretorio, quien conducia una parte de las fuerzas que habian quedado en Italia. Un eclipse de luna contribuyó á hacer que los sediciosos volviesen al cumplimiento de sus deberes.

En el Rhin fué mas peligrosa la rebelion. Habia allí siete legiones divididas en dos campamentos: las exigencias fueron las mismas, y cuatro legiones dieron muerte á sus centuriones. Germánico, sobrino de Tiberio, acudió allí presuroso; los rebeldes le ofrecieron el imperio que rehusó; en su dolor habia desenvainado su espada como para atravesarse con ella. «Vamos, hiérete,» le gritaron aquellos furiosos; mas sus amigos le quitaron el arma. Para apaciguar tan peligrosa sedicion supuso una carta de Tiberio que lo concedia todo, y duplicaba el legado de Augusto: el importe del tributo de las Galias, todo el dinero del general y el de sus amigos alcanzaron con dificultad á completar la cantidad necesaria.

Expediciones de Germánico; victoria de Idistavise (16).

Era preciso dar alguna ocupacion á aquellos ánimos turbulentos: su general les condujo al encuentro del enemigo. En el territorio de los Marsios llevó á sangre y fuego una extension de 50 millas. En la primavera siguiente (15 de J. C.), Germánico volvió á pasar el Rhin, esperando aprovecharse de las disensiones que habia entre Hermann y Segesto, entre el partido nacional y el romano, y solo pudo libertar á Segesto que estaba sitiado por su rival. La muger del vencedor de Varo fué llevada en clase de cautiva.

Los últimos estragos causados por los romanos y las quejas de Hermann exasperaron á los Queruscos, y se formó una nueva liga. Para combatirla penetró Germánico hasta la selva de Teuteberg: los huesos blancos indicaban los parages en que habian perecido las tres legiones. Los soldados enterraron aquellos restos mutilados que hacia seis años que estaban esperando aquel honor postrero. Entretanto los Germanos no oponian resistencia en parte alguna, y Germánico, cansado de perseguir á un enemigo que nunca encontraba, se detuvo. Regresó al Ems, y volvió á embarcarse en la escuadra que le habia conducido, mientras que Cecina se dirigia de nuevo al Rhin por otro camino. Hermann se le adelantó, y faltó muy

poco para que se reprodujese el desastre de Varo; afortunadamente, Cecina que era un gefe experimentado, se apoderó de una posicion muy fuerte en la que acamparon los romanos, y de nuevo logró abrirse camino hasta el Rhin. Germánico, sorprendido por las borrascas del equinoccio, se habia hallado en grave peligro, y se perdieron muchos buques.

La confianza de los bárbaros se habia acrecentado considerablemente, y era de todo punto necesaria una nueva expedicion. Mil bajeles llevaron ocho legiones á orillas del Weser. Los germanos se atrevieron á esperar al ejército romano en la plaza de Idistaviso Prevaleció la disciplina, y la accion se convirtió en una verdadera matanza. Varo estaba vengado. Volvieron á emprender el camino de la Galia, la mitad del ejército por tierra y la otra mitad á bordo de la escuadra; una tormenta volvió á destrozar ó á dispersar á larga distancia á una parte de los buques. Al saberse estas noticias se agitó y se estremeció la Galia; pero Germánico le dió golpes repetidos, y los bárbaros, sorprendidos, dejaron á las legiones que regresasen á sus cuarteles de invierno (16 de J.-C.). Germánico encontró en ellos cartas de Tiberio que le llamaban á Roma para obtener un segundo consulado y el triunfo; sin duda, en concepto del emperador, se mostraban las legiones harto adictas á su gefe, y Germánico obedeció.

Gobierno hábil de Tiberio; triunfos políticos de Druso en el Danubio, y de Germánico en Oriente (18-19).

En Roma gobernaba Tiberio con sabiduría y sin violencia, rehusando los honores y los templos que le ofrecian, y rechazando las bajas adulaciones del senado, como hombre que las apreciaba en lo que valian. La vida que hacia era la de un particular rico; sus modales, ya que no afables, al menos eran corteses. Se levantaba cuando entraban los cónsules, en todas las cuestiones consultaba al senado, y aceptaba las lecciones que algunas veces se atrevia á darle la moribunda libertad. Gustaba de asistir á los juicios del pretor, y nunca retroce-

dia ante una liberalidad que tenia un motivo honroso; «pero estableció una economía estricta en la hacienda, y si se ocupó menos que Augusto en complacer al pueblo, dándole juegos incesantes, veló con exquisita solicitud para evitar la escasez de víveres. Un año en que el trigo estaba caro, verificó lo que hoy se suele hacer, mantuvo el pan á un precio ínfimo dando indemnizaciones á los mercaderes. Tampoco mostró debilidad para con los soldados, á los que sujetó bajo una disciplina severa, aun en aquellos momentos en que los necesitaba.

En cuanto á las provincias, continuó la política de Augusto. Si para visitarlas no se atrevía, como él, á alejarse de Roma, en donde no tenia un Mecenas ni un Agripa en quien fiar durante su ausencia, al menos les enviaba los gobernadores mas hábiles, huía de aumentar los tributos, y socorría y aliviaba en ellas las grandes miserias. Doce ciudades de Asia, arruinadas por un temblor de tierra, quedaron exentas de pagar todo impuesto por espacio de cinco años; Sardes, que fué la mas maltratada, recibió de él diez millones de sextercios. Tiberio practicaba lo que recomendaba á sus gobernadores de provincia: «El buen pastor esquila á sus ovejas y no las desuella.»

De este modo se hallaba el imperio sábiamente gobernado: pero los grandes se envalentonaron al ver la marcha tranquila y apacible que seguia Tiberio. Formóse una conspiracion; descubierta con oportunidad, quedó frustrada y su autor Libon se dió muerte. Mas cerca de sí encontró Tiberio disgustos domésticos. Livia, acostumbrada á las consideraciones de su esposo, queria ser oida; Agripina, muger de Germánico y nieta de Augusto, trataba de mala manera á la madre de Tiberio, y no toleraba que la muger de Druso figurase como igual suya. Estas rivalidades femeninas dividian á la corte, y suscitaban odios que eran exacerbados por los cortesanos.

Tiberio habia hecho que Germánico regresase de las orillas del Rhin, tanto para separarle de sus legiones como para po-

der seguir con entera libertad en aquella frontera la política prudente de Augusto, la misma que él habia practicado allí. Le permitió que entrase en Roma en triunfo, y compartió el consulado con él para el año siguiente. En aquellos momentos, volvian los Partos á mostrarse hostiles. Habian expulsado á Vonon, al rey que Roma les dió, y puesto en su lugar al Arsácida Artaban; los dos rivales amenazaban llegar á las manos. Además, la Comagenes y la Cilicia, que hacia algun tiempo que se hallaban sin reyes, estaban llenas de disturbios. La Siria y la Judea reclamaban una disminucion de impuestos. Tiberio decia: «Solo Germánico puede calmar con su prudencia los movimientos del Oriente.» Un decreto del senado confirió al jóven príncipe los mismos poderes que en otro tiempo habian tenido Agripa y Cayo César, es decir, el gobierno de las provincias de allende el mar con una autoridad superior á la de todos los gobernadores. En cuanto á Druso, el hijo de Tiberio, partió para la Panonia, con el fin de vigilar los movimientos de los Suevos.

La mision de este último era muy sencilla, pues no tenia mas que asistir á las disensiones interiores de la Germania ó suscitarlas. Habianse formado dos ligas poderosas: al Norte, la de los Queruscos al mando de Hermann y de su tio Inguiomero; al Mediodía, la de los Marcomanos al mando de Marbod; ambas llegaron á las manos. La accion fué sangrienta; Marbod, vencido, suplicó que le concediesen un asilo en las tierras del imperio. Le señalaron para residencia Rávena. El poder de los Marcomanos estaba destruido, y el de los Queruscos no sobrevivió á Hermann, quien sucumbió bajo los golpes de los suyos en el momento en que, segun decian, pensaba en hacer que le proclamasen rey. Las sordas intrigas de los romanos de seguro no habian permanecido agenas á aquellos resultados que les libraban de dos enemigos temibles.

En Oriente alcanzaba Germánico igual buen éxito. A todas partes habia llevado el lema del nuevo gobierno, la justicia y la paz. En Armenia dió la corona al hijo del rey del

dia ante una liberalidad que tenia un motivo honroso; «pero estableció una economía estricta en la hacienda, y si se ocupó menos que Augusto en complacer al pueblo, dándole juegos incesantes, veló con exquisita solicitud para evitar la escasez de víveres. Un año en que el trigo estaba caro, verificó lo que hoy se suele hacer, mantuvo el pan á un precio ínfimo dando indemnizaciones á los mercaderes. Tampoco mostró debilidad para con los soldados, á los que sujetó bajo una disciplina severa, aun en aquellos momentos en que los necesitaba.

En cuanto á las provincias, continuó la política de Augusto. Si para visitarlas no se atrevía, como él, á alejarse de Roma, en donde no tenia un Mecenas ni un Agripa en quien fiar durante su ausencia, al menos les enviaba los gobernadores mas hábiles, huía de aumentar los tributos, y socorría y aliviaba en ellas las grandes miserias. Doce ciudades de Asia, arruinadas por un temblor de tierra, quedaron exentas de pagar todo impuesto por espacio de cinco años; Sardes, que fué la mas maltratada, recibió de él diez millones de sextercios. Tiberio practicaba lo que recomendaba á sus gobernadores de provincia: «El buen pastor esquila á sus ovejas y no las desuella.»

De este modo se hallaba el imperio sábiamente gobernado: pero los grandes se envalentonaron al ver la marcha tranquila y apacible que seguia Tiberio. Formóse una conspiracion; descubierta con oportunidad, quedó frustrada y su autor Libon se dió muerte. Mas cerca de sí encontró Tiberio disgustos domésticos. Livia, acostumbrada á las consideraciones de su esposo, queria ser oida; Agripina, muger de Germánico y nieta de Augusto, trataba de mala manera á la madre de Tiberio, y no toleraba que la muger de Druso figurase como igual suya. Estas rivalidades femeninas dividian á la corte, y suscitaban odios que eran exacerbados por las cortesanas.

Tiberio habia hecho que Germánico regresase de las orillas del Rhin, tanto para separarle de sus legiones como para po-

der seguir con entera libertad en aquella frontera la política prudente de Augusto, la misma que él habia practicado allí. Le permitió que entrase en Roma en triunfo, y compartió el consulado con él para el año siguiente. En aquellos momentos, volvian los Partos á mostrarse hostiles. Habian expulsado á Vonon, al rey que Roma les dió, y puesto en su lugar al Arsácida Artaban; los dos rivales amenazaban llegar á las manos. Además, la Comagenes y la Cilicia, que hacia algun tiempo que se hallaban sin reyes, estaban llenas de disturbios. La Siria y la Judea reclamaban una disminucion de impuestos. Tiberio decia: «Solo Germánico puede calmar con su prudencia los movimientos del Oriente.» Un decreto del senado confirió al jóven príncipe los mismos poderes que en otro tiempo habian tenido Agripa y Cayo César, es decir, el gobierno de las provincias de allende el mar con una autoridad superior á la de todos los gobernadores. En cuanto á Druso, el hijo de Tiberio, partió para la Panonia, con el fin de vigilar los movimientos de los Suevos.

La mision de este último era muy sencilla, pues no tenia mas que asistir á las disensiones interiores de la Germania ó suscitarlas. Habianse formado dos ligas poderosas: al Norte, la de los Queruscos al mando de Hermann y de su tio Inguiomero; al Mediodía, la de los Marcomanos al mando de Marbod; ambas llegaron á las manos. La accion fué sangrienta; Marbod, vencido, suplicó que le concediesen un asilo en las tierras del imperio. Le señalaron para residencia Ravena. El poder de los Marcomanos estaba destruido, y el de los Queruscos no sobrevivió á Hermann, quien sucumbió bajo los golpes de los suyos en el momento en que, segun decian, pensaba en hacer que le proclamasen rey. Las sordas intrigas de los romanos de seguro no habian permanecido agenas á aquellos resultados que les libraban de dos enemigos temibles.

En Oriente alcanzaba Germánico igual buen éxito. A todas partes habia llevado el lema del nuevo gobierno, la justicia y la paz. En Armenia dió la corona al hijo del rey del

Ponto, Pelomeno, vasallo fiel del imperio; este príncipe hacia mucho tiempo que habia adoptado los usos de los Armenios. Era una eleccion hábil que fué aplaudida por la nacion entera. La Capadocia, cuyo anciano rey acababa de morir en Roma, fué reducida á provincia, así como la Comagenes. En Siria estipuló Germánico una alianza con Artaban, quien solo pedia que su competidor fuese alejado. En la Tracia, uno de los dos reyes habia dado muerte al otro; el asesino fué relegado á Alejandría, y mas tarde recibió la muerte.

Un asunto mas grave habia comenzado en Africa el año precedente (17 de J.-C.). Un numida llamado Tacfarinas, desertor de las legiones, reunió un cuerpo de tropas, le disciplinó, y sublevó á los Musulanos y á los Moros. El procónsul le derrotó, y recibió las insignias del triunfo en recompensa de aquel acto de vigor que restituía la tranquilidad á una provincia frumentaria.

Muerte de Germánico (19).

En medio de esta prosperidad es donde colocan la accion mas infame de Tiberio, el envenenamiento de Germánico. Un hombre como él, formal, reflexivo, y que todo lo calculaba, no podia cometer un crímen inútil. La muerte de su hijo adoptivo, no le quitaba un rival peligroso, pues sabia que era incapaz de cometer una traicion odiosa, y le privaba de un apoyo necesario. El instrumento del crímen decian que era Pison, patricio de carácter violento y altanero, que habia obtenido el gobierno de la Siria en el tiempo en que Germánico fué enviado á Oriente. Al regresar de un viage á Siria, emprendido sin anuencia de Tiberio, y no obstante la prohibicion de Augusto, fué cuando Germánico encontró que Pison habia alterado las disposiciones por él adoptadas. Estallaron entonces entre ellos vivos altercados, y el indócil gobernador prefirió abandonar su provincia antes que ceder. La noticia de una indisposicion grave de Germánico le

detuvo en Antioquía; habiéndose restablecido el príncipe, se opuso á las fiestas celebradas por su convalecencia, y se trasladó á Seleucia, en donde volvió á detenerle una recaida mas alarmante. En torno de Agripina no se hablaba sino de envenenamiento y los emisarios de Pison que iban á espiar los progresos de la enfermedad, se dice que manifestaban de qué mano habia partido el golpe. Germánico sucumbió; quemaron su cuerpo en el foro de Antioquía, y Agripina, habiendo recogido piadosamente sus cenizas, desembarcó en Brindes, llevando por sí misma la urna sepulcral en medio de una concurrencia inmensa de pueblo sepultado en profundo dolor.

Pison habia recibido con importuna alegría la noticia de la muerte de Germánico, y regresó enseguida á su gobierno. Los legados y los senadores que se hallaban diseminados por Siria habian conferido el mando á uno de ellos; Pison no retrocedió ante una guerra civil, pues Tiberio no habia de perdonarle. Embarcado por fuerza, regresó á Italia, donde le aguardaban sus acusadores, quienes querian que el emperador fuese el único juez en aquella causa; si hubiera temido alguna revelacion habria aceptado, pero léjos de esto, lo sometió todo al senado. El mismo fué á tomar parte en la sesion, y el acusado, dice Tácito, le vió con espanto que estaba sin compasion, sin cólera, impasible, impenetrable. Es el retrato mas fiel de Tiberio que ha dejado Tácito.

Pison se mató en su casa. El emperador recompensó á los tres amigos de Germánico que se habian constituido en acusadores; para Neron, hijo mayor del difunto príncipe, solicitó que le autorizasen á aspirar á la cuestura cinco años antes de tener la edad, y le casó con la hija de Druso; mas tarde pidió igual gracia para el hijo segundo de Germánico (20 de J.-C.).

Concluido tan prolongado drama, Tiberio volvió á consagrarse á los cuidados de su gobierno. Quejábanse de la severidad excesiva de la ley Papia-Popea; nombró quince comisarios para que suavizasen sus exigencias. Querian dar ma-

yor extension á sus derechos para la eleccion de gobernadores, y lo rehusó. Limitó el derecho de asilo, causa de muchos desórdenes en las ciudades de provincia, y no estimuló todavía á los delatores. Como uno de ellos denunciase al senador Léntulo, Tiberio se levantó, y dijo que no se consideraria digno de volver á ver la luz del dia si Léntulo era enemigo suyo. En las provincias mantenia la buena administracion por medio de la habilidad de sus elecciones y por su severidad contra los oficiales prevaricadores. En la Galia hubo un conato de Rebelion. Floro intentó sublevar á los Belgas; derrotado y acorralado en las Ardenas, se dió muerte. El pretexto de aquella sublevacion era el peso de los tributos. El Eduano Sacroviro inspiró mayor temor; arrastraba consigo á 40,000 hombres y se habia apoderado de Autun. Dos legiones del Rhin cayeron sobre la provincia é hicieron horrorosa matanza en aquella tropa mal armada.

Tambien Tacfarinas habia reaparecido en Africa. Estimulado por un primer triunfo, se atrevió á atacar á Tala, pero fué rechazado con pérdidas considerables. Entonces varió de táctica, dividió su ejército en partidas pequeñas, atacó y retrocedió tan luego como le estrechaban de cerca. Para aniquilar á aquel enemigo incansable, el emperador envió contra él á Blesio, tio de Seyano; merced á su actividad, Tacfarinas se vió obligado á huir de nuevo, dejando á su hermano en poder del enemigo (23).

Hacia nueve años que Tiberio estaba en el poder y su administracion habia sido venturosa para el Estado. El mismo Tácito traza de ella el cuadro mas brillante. «Los negocios públicos, dice, y los intereses mas graves de los particulares se trataban en el senado. Para distribuir los honores examinaba el nacimiento, los servicios militares y el mérito civil, de modo que habria sido difícil hacer mejor eleccion. En cuanto á las leyes, si se esceptúa la de magestad, se hacia muy buen uso de ellas. Para manejar sus asuntos particulares escogía el príncipe á los hombres mas considerados, á algunos sin conocerlos y solo por su nombradía, y la mayor

parte de ellos llegaron á una edad avanzada en el desempeño de sus cargos.... Cuidaba con suma solicitud de que á las provincias no se las recargase con impuestos.... Las posesiones del príncipe en Italia eran de poca extension; sus esclavos no tenian insolencia, sus libertos eran poco numerosos; cuando tenia disensiones con particulares, los tribunales y las leyes las fallaban.»

Seyano; muerte de Druso (23); destruccion de la familia de Germánico (23—28).

Como Luis XI, como todos los monarcas colocados ante una aristocracia poderosa, Tiberio gustaba de gobernar con hombres de nacimiento oscuro; así pues, el único favorito que tuvo fué un simple caballero, Elio Seyano, el cual habia sabido grangearse su afecto por medio de una adhesion ciega, una actividad incansable y hábiles consejos. Tiberio le debia la vida, pues Seyano le salvó un dia en que una bóveda iba á hundirse sobre él; le concedió toda su confianza y todas las dignidades. Seyano se dejó deslumbrar por aquella grandeza, y creyó que le seria posible subir el último escalon derribando á aquel anciano y á sus hijos.

Su primera víctima fué el mismo hijo del emperador. Druso, en una disputa, habia alzado la mano contra él; Seyano, para vengarse, corrompió á la muger del príncipe, y la decidió á que envenenase á su marido. Esta muerte afectó dolorosamente á Tiberio, quien, privado ya de su hijo adoptivo, iba á encontrarse solo, expuesto á todos los golpes, y como aquella doble muerte aumentaba las esperanzas de los partidos, acrecentó tambien sus recelos y sospechas. Desde aquel dia se creyó amenazado, y como tenia en sus manos un arma terrible, la antigua ley de magestad, hecha para el pueblo, y que á la sazon servia al hombre á quien se habia entregado el mismo pueblo, la facilidad de desembarazarse de aquellos á quienes temia le acostumbró á no conocer muy luego mas justicia que la del verdugo. A la verdad, los am-

biciosos no se atrevian á obrar todavía por cuenta propia, pero se agrupaban en torno de Agripina y formaban ya un partido numeroso. Seyano le mostraba dispuesto á lanzarse á la guerra civil; Tiberio le permitió que le atacase. Silio, el vencedor de Sacroviro, se alababa harto públicamente de haber conservado el imperio á Tiberio; era uno de los partidarios mas decididos de Agripina; fué acusado de los delitos de concusion y de lesa magestad, y se mató. Su muger, que tenia las mismas afecciones, fué desterrada. Claudia, amiga y prima de Agripina, fué condenada tambien, como adúltera.

Al otro partido, el de los republicanos, le llegó asimismo su vez. Cremucio Cordo, acusado por su historia de las guerras civiles, se defendió valerosamente, y luego se dejó morir de hambre. Este fué el primer crímen de Tiberio. Hácia aquel tiempo salió de Roma para no volver á entrar en ella (26 de J. C.), y se retiró á la deliciosa isla de Caprea, situada en la entrada del golfo de Nápoles. Tenia entonces sesenta y nueve años. Su nieto Tiberio aun no contaba mas que ocho años de edad, mientras que dos hijos de Germánico eran ya adultos. En torno de ellos aumentaban y crecian las esperanzas; Seyano hablaba tambien de tenebrosas tramas que parecian revelarse por palabras imprudentes, y Tiberio dió un segundo golpe á aquel partido que en concepto suyo codiciaba en demasía su herencia.

En el primer dia de enero del año 28 de J. C., Sabino, el partidario mas celoso de Agripina, fué conducido á la cárcel. Este triste asunto demostró claramente lo que habian llegado á ser los magistrados y los senadores de Roma. Cuatro antiguos pretores fueron los instrumentos de su pérdida. Uno de ellos, llevándosele un dia á su casa, le arrancó las palabras mas imprudentes. Los otros tres, ocultos entre la bóveda y el techo, escuchaban por las rendijas. En seguida dieron cuenta de todo á Tiberio, quien pidió al senado la cabeza del culpable. Lo que habian hecho aquellos cuatro pretores lo intentaron otros diariamente, porque aquel oficio de espía

era productivo; la ley concedia al delator la cuarta parte de los bienes del reo, y esto sin contar con que el príncipe solia ceder la totalidad de los referidos bienes. Por esto, aquellos nobles que ya no podian enriquecerse saqueando las provincias, habian de caminar á la fortuna convirtiéndose en delatores. Cada uno habia de querer hallar una víctima; todo les serviria, una palabra, un simple gesto. «El terror, dice Tácito, se cernia sobre la ciudad. Los parientes se temian unos á otros; las personas huian de encontrarse mútuamente, ya fuesen conocidas ó desconocidas; todo era sospechoso, hasta las paredes, hasta las bóvedas mudas é inanimadas.»

Nadie se detiene en tal senda de crueldades y de sangre; Tiberio atacó muy luego á la misma Agripina, cuyas desgracias y virtudes disculpaban su carácter; fué encerrada en la isla de Pandataria, en donde cuatro años despues se dejó morir de hambre. De sus tres hijos, Neron fué muerto ó se suicidó, y Druso fué envenenado. A Cayo, le protegió su juventud contra las sospechas y recelos del verdugo de todos sus parientes y deudos.

Caida de Seyano (33); últimos años de Tiberio.

Casi toda la familia de Germánico se hallaba destruida, y creyendo Seyano que habia logrado acercarse al logro de su propósito, se atrevió á solicitar la mano de la viuda de Druso, lo cual equivalia, casi, á pedir que le declarasen heredero del emperador; su peticion le fué negada; pero el senado resarció al favorito colmándole de honores y haciendo colocar su estátua al lado de la del emperador. Este se resintió al saber tal acto. Una carta de su cuñada Antonia le ilustró mucho mas. Seyano conspiraba, y hasta dentro del mismo palacio tenia cómplices. Tiberio, por medio de una conducta en extremo artificiosa, aisló á su prefecto del pretorio, luego le atacó bruscamente, y mandó que le prendiesen en pleno senado. El pueblo hizo pedazos su cadáver. A su muerte siguieron numerosas ejecuciones.

El tio de Seyano, Blesio, sus tres hijos y sus amigos, que eran muy numerosos, porque habia estado mucho tiempo en el poder, todos perecieron. La crueldad de Tiberio, dice Suetonio, no conoció ya freno alguno, sobre todo, cuando supo que su hijo Druso habia muerto envenenado. Todavía enseñan en Caprea el sitio de las ejecuciones; era una roca elevada desde donde los reos, á una seña suya, eran precipitados al mar. Al lado se alzaban aquellos palacios que, segun asegura Tácito, eran teatro de infame voluptuosidad. Afortunadamente esto se puede dudar. En efecto, olvidan que Tiberio tenia sesenta y nueve años cuando salió de Roma, que tenia mas de setenta y tres despues de la muerte de Seyano, en cuya época coloca Tácito los desórdenes de Caprea. Por lo demás, no es tanto al hombre como al príncipe á quien hemos de examinar. Dejemos en Suetonio esos pormenores vergonzosos, salgamos tambien de Roma, en donde Tiberio acaba de dejar morir de hambre á Druso, y volvamos al imperio.

La administracion de Tiberio, en los últimos años, tuvo el mismo carácter de energía y de buen juicio que antes. La disciplina se mantuvo con severidad, aun entre los pretorianos. Los actos licenciosos del pueblo fueron enérgicamente reprimidos, aunque supo mostrarse generoso para con él en momentos oportunos; habiendo destruido un incendio todo el Aventino, renovó las liberalidades que habia hecho ya en dos ocasiones análogas, y pagó el precio de las casas quemadas. Esta munificencia le costó diez millones de sextercios.

Fuera de Italia, la aristocracia provincial fué tratada algunas veces como la de Roma, pero, salvo algunas ejecuciones de que fueron víctimas personages harto ricos ó que se habian puesto demasiado en evidencia, la tranquilidad de las provincias no fué turbada; las provocaciones que, de tarde en tarde, llegaban á excitar de nuevo á la independencia á los pueblos vencidos, quedaban ya sin resultado. Tacfarinas, en Africa, solo habia reunido á los vagabundos y bandidos; Floro no pudo sublevar á los Belgas, ni Sacroviro á la Lugdunesia.

En las fronteras fué turbada un instante la paz por la rebelion de los Frisones (en el año 28 de J. C.); el tributo era el motivo que estos alegaban, y Tiberio les libró de pagarle; no queria una guerra allende el Rhin, porque podia producir un nuevo movimiento en Germania. En el Eufrates hubo que combatir contra Artaban, rey de los Partos, quien, al morir el rey de Armenia, hacia reconocer en este país á su hijo Arsacio. Tiberio confió la direccion de esta guerra al hábil y prudente Vitelio, y le invistió con una autoridad superior en todas las provincias del Este. Un príncipe de Iberia (1), Mitrídates, fué estimulado y auxiliado para llevar á cabo la conquista de la Armenia, y una conspiracion fraguada con los magnates partos descontentos, hizo subir al trono de Artaban á un Tiridato educado en Roma. Artaban, despues de vencido, huyó al país de los Escitas, mientras que Vitelio pasaba el Eufrates y coronaba á Tiridato. Tiberio podia vanagloriarse de que en sus últimos dias habia mostrado las águilas romanas en medio del imperio de los Partos. Verdad es, que poco tiempo despues, el incapaz Tiridato se vió obligado á refugiarse en el territorio del imperio.

Pero Tiberio apenas tuvo tiempo para saber estas noticias, pues habia llegado á los setenta y ocho años de edad, y hacia algun tiempo que le abandonaban las fuerzas y la vida. Murió el 16 de marzo del año 37 de J. C. Era un carácter activo y enérgico, pero triste y duro, que no gustaba de la pompa, del ruido, ni del fausto; espreciaba la adulacion hasta el extremo de juzgar á su senado harto cobarde; desafiaba el odio; no estimaba el bien ni el mal sino con relacion á su utilidad; era receloso porque encontró siempre en torno suyo la bajeza y la traicion; por último, era cruel porque se sentia siempre amenazado. Cuando le hubieron envenenado á su hijo único, cuando en su mismo palacio y entre sus favoritos y sus ministros hubieron conspirado contra él, se vengó sin

(1) Esta Iberia no es nuestra península, sino el país asiático situado entre la Cólchida, la Armenia, el Ponto-Euxino y el mar Caspio.

(*N. del T.*)

compasion; una vez lanzado en esta senda, ya no se detuvo en ella, y sus últimos años demostraron una tiranía abominable. La mitad del mal procedió, seguramente de su carácter; pero la otra mitad provino de su situacion. Una sociedad que carecia, á la vez, de instituciones, de doctrinas y de costumbres, habia de ser una revolucion perpétua, oscilando entre la anarquía y el despotismo.

Principio feliz, y luego locuras y crueldades de Calígula; Quereas (37—41).

Calígula, que nació el 31 de agosto del año 12, iba á cumplir veinte y cinco años. El anciano emperador preferia á Tiberio Gemelo, hijo de Druso y que era de su propia sangre; pero Gemelo solo contaba diez y siete años de edad, así es que Tiberio se contentó con asegurarle una parte de las prerogativas imperiales. El senado anuló este testamento y solo á Calígula confirió todos los poderes.

Roma saludó con sus aclamaciones el advenimiento del hijo de Germánico, y el nuevo emperador justificó al pronto todas las esperanzas. Puso en libertad á los presos, quemó todos los papeles de Tiberio, prohibió las acusaciones de lesa-magestad, y llamó á los desterrados. Nombró cónsul á su tio Claudio, y adoptó á Gemelo, quien recibió el título de príncipe de la juventud; para el pueblo, hubo larguezas, para los soldados, gratificaciones. Al mismo tiempo se disminuian los impuestos y se restablecian los comicios de eleccion. Parecia que renacia la libertad.

Pero una enfermedad que padeció Calígula en el octavo mes de su reinado, pareció que habia alterado su razon. Desde entonces no fué ya un emperador, sino un loco furioso; en guerra abierta con los dioses, á quienes insultaba; con la naturaleza, cuyas leyes queria violar, como aquel dia en que echó un puente sobre el mar entre Bayes y Puzoles; con la nobleza de Roma, á la que diezmó; con las provincias á las que abrumó á exacciones. En menos de dos años gastó en in-

sensatos dispêndios los ahorros de Tiberio, que ascendian á 300 millones. Para llenar su tesoro, ó como él decia para apurar sus cuentas, tomó las fortunas de los ricos, y con mas frecuencia, sus vidas. Un dia, en la Galia, estaba jugando á los dados y perdia; mandó que le llevasen los registros de la provincia, y señaló para recibir la muerte á los ciudados indicados como mayores contribuyentes. « Estais jugando por algunos dracmas miserables, dijo enseguida á sus cortesanos; de un solo golpe acabo yo de ganar ciento cincuenta millones.» Hacia dinero de todo, hasta de las cosas que el cariño filial debiera obligarle á conservar. Vendió por sí mismo á pública subasta, en Lyon, los muebles del palacio imperial que sus antepasados habian llevado y tenido en grande estima.

Este loco hizo dos expediciones; una contra los Germanos, y otra contra los Bretones. En la primera hizo que allende el Rhin se escondiesen algunos soldados de su guardia germánica, y enseguida fué á cogerlos prisioneros. En la otra, cuando hubo llegado á la orilla del Océano, mandó tocar la carga, y en seguida ordenó á sus soldados sorprendidos que recogiesen las conchas que habia en la playa.

El mundo sufrió durante cuatro años aquella locura furiosa sin que una sola sedicion protestase contra tales saturnales del poder. «Cuanto desearia, decia aquel mónstruo, que el pueblo no tuviese mas que una cabeza para derribarla de un solo golpe!» Sin embargo, el senado se cansó de suministrarle víctimas, y el 24 de enero de 41 un tribuno de los pretorianos, llamado Quereas, le degolló.

Quereas era republicano; tanto él como sus amigos, creian que, despues de tal príncipe, deberia juzgarse la experiencia de un gobierno monárquico. Así, pues, parecia que la ocasion era favorable para que el senado se apoderase nuevamente de su poder; lo intentó, y durante tres dias pudo creerse que existia la república. Pero no era esto lo que querian el pueblo y los soldados. En el momento del asesinato de Calígula, su tio Claudio, que estaba con él, se habia escondido en un rincon

escuro. Un soldado le descubrió y le mostró á sus compañeros. Claudio les pidió que le perdonasen la vida. «Sé nuestro emperador,» le contestaron; y como temblaba de tal manera que no podia andar, se le llevaron á su campamento. Allí cobró bastantes ánimos para arengar las tropas, á las que prometió dinero (*donativum*). Esto era pagarles el precio del imperio, innovacion peligrosa que los soldados erigieron en ley.

Los senadores, abandonados gradualmente, corrieron por sí mismos al encuentro del nuevo dueño. Querea fué enviado al suplicio. «¿Sabes matar? preguntó al soldado encargado de la ejecucion. Acaso tu espada no esté bien afilada; la que yo usé para Calígula valia mucho mas.»

Claudio (41—45); leyes útiles; concesiones á los provinciales.

Claudio, hermano de Germánico y nieto de Livia por el primer Druso, su padre, tenia entonces 50 años. En su juventud casi siempre estuvo enfermo, y en la familia imperial todos habian abandonado al pobre niño que no se atrevian á enseñar al pueblo ni á los soldados. Concluyeron por olvidarle; á los 46 años ni siquiera era senador. Se consoló de ello con el estudio de las letras, y escribió la historia de los Etruscos y de los Cartagineses. Cayo, que le nombró cónsul, le puso un poco mas en evidencia; el capricho de los soldados hizo lo demás. Le dieron el imperio, pero sin quitarle lo que siempre conservó de su educacion, una timidez, una irresolucion y una costumbre de dejarse guiar que produjeron los efectos mas deplorables, de modo que, con intenciones que solian ser buenas, con frecuencia hizo mucho daño. Durante su reinado los verdaderos dueños del imperio fueron su mujer Mesalina, cuyo nombre ha quedado como símbolo de la disolucion y de la impudicia, y sus libertos Polibio, Narciso y Palas.

Claudio comenzó bien. Anuló los actos de Calígula, hizo jurar la observancia de las leyes de Augusto, y llamó á los desterrados. Naturalmente bondadoso, sin que le costase mucho

trabajo, emprendió la marcha que tanto habia contribuido á popularizar al primer emperador, visitando á sus amigos enfermos, y solicitando á los cónsules y al senado, como si solo hubiese contado con su favor. Le gustaba juzgar, y solia hacerlo bien. Por desgracia, su aspecto desprovisto de toda dignidad, su cabeza temblona, su defecto de ser tartamudo y algunas sentencias ridículas que dictaba, le desprestigiaban. Restableció la censura y la ejerció por sí mismo, pero mas bien con la aficion de un anticuario enamorado de las costumbres antiguas, que con el convencimiento de las necesidades verdaderas del imperio.

No obstante sus desaciertos y su debilidad, aquel príncipe, á no ser por los ejemplos de infamia y de crímenes que daban los que le rodeaban, no hubiera figurado entre los peores emperadores. Los libertos, á quienes aun no habia viciado un poder prolongado, procuraron justificar su influencia con servicios, y se vieron en el interior, cosa que por cierto nadie esperaba, algunas medidas prudentes y sábias en favor de los esclavos (1), ó contra los abogados harto codiciosos, los usureros y los desterrados de las provincias que acudian á Roma, etc., y obras útiles (un acueducto, un puerto en Ostia, una tentativa hecha para secar el lago Fucino etc.); en las provincias, una administracion liberal; en el exterior, una política enérgica y que fué premiada con triunfos.

Augusto habia querido constituir, en medio de las naciones sometidas, una minoría romana que fuese el punto de apoyo de su gobierno. Pero esto era gobernar todavía en interés de Roma. ¡Esfuerzo inútil! porque tendia nada menos que á detener el movimiento del mundo, como si los emperadores hubiesen podido continuar la aristocracia contra la cual terminaban, con suplicios, las batallas de Farsalia, de Thapsus y de Filipes. Augusto habia aconsejado á sus sucesores, en su testamento, que fuesen avaros de los privilegios de ciudadanía, y en el breve espacio de 34 años casi se habia

(1) El amo que mataba á su esclavo fué declarado homicida. Se prohibió abandonar á los esclavos enfermos en la isla de Esculapio.

duplicado el número de los ciudadanos. Tiberio ayudó mucho á aquel acrecentamiento; Claudio contribuyó á él especialmente, pues erigió en regla de gobierno imperial aquella ley de extension continua y de asimilacion progresiva que habia hecho la fortuna de la república. El mismo solicitó para los nobles de la Galia Cabelluda, que hacia tiempo eran ciudadanos, el derecho de poseer tambien las dignidades romanas y de tomar asiento en el senado.

Solo una religion provincial fué perseguida en el reinado de Claudio, la de los druidas, porque estos sacerdotes rehusaban la paz que Augusto les habia ofrecido con la condicion de mezclar sus dioses con las divinidades del Olimpo. Claudio se esforzó para abolir su culto, y les castigó con pena de muerte á ellos y á sus adictos.

Conquista de la Bretaña (43); reduccion de la Tracia, la Licia y la Judea en provincias.

Esta lucha produjo otra. Para vencer al druidismo en la Galia, era preciso encadenarle en la Bretaña. Las legiones fueron allá bajo el mando de Plaucio, quien sometió rápidamente toda la isla hasta el Severn y el Támesis (43). Detrás de este rio habia reunido Caractar un ejército. Claudio fué á asistir personalmente á su derrota, y luego dejó á Plaucio que organizase la nueva provincia. El sucesor de este general, Ostorio Escápula, se vió amenazado por una sublevacion casi general de los isleños (50), pero hizo que se restableciese el órden entre los Icenos y los Brigantes al Norte, y destrozó en el Oeste á los Ordovicios; se restableció y conservó la tranquilidad hasta la muerte de Claudio.

En Germania, una expedicion afortunada habia hecho que los romanos encontrasen la última águila que aun quedaba de Varo. Pero Claudio, siguiendo en aquella parte la política de Tiberio, se ocupó especialmente en tomar en el Rhin una fuerte defensiva, y en inclinar á los jefes bárbaros á favorecer los intereses de Roma. Lo consiguió de una manera tan com-

pleta que en el año 47 fueron los Queruscos á pedirle un rey Corbulon, que era el general mas eminente de aquel tiempo, hubiera querido proseguir de nuevo contra los germanos los intentos del primer Druso; sometió á los Frisones y atacó á los Chaucos, pero Claudio le detuvo. «Cuán felices eran en otro tiempo los cónsules romanos!» dijo el ambicioso general obedeciendo. Para dar, al menos alguna ocupacion á sus soldados, les hizo abrir un canal desde el Mosa al Rhin; otro hizo que los suyos abriesen minas; en todas partes pedian á las legiones trabajos útiles.

En el Danubio no se turbó la tranquilidad. En Tracia algunos disturbios produjeron la intervencion de Claudio, quien redujo el país á provincia (46). En el Bósforo, un rey depuesto por él tomó las armas, fué vencido y se entregó por sí mismo. En Oriente el emperador tuvo la gloria de reconquistar la Armenia, y de dar un rey á los Partos. Desgraciadamente no se sustuvieron estos triunfos, el candidato de los romanos para el trono de los Arsácidas fué derribado, y Vologesio colocó por algun tiempo la corona de Armenia sobre la frente de su hermano Tiridato.

La Licia hacia mal uso de su libertad: Claudio se la quitó; y habiendo muerto en 44 Agripa, rey de los Judíos, reunió la Palestina al gobierno de Siria. En el Africa, Suetonio, Paulino y Geta sometieron á los Moros, cuyo país formó dos provincias: la Mauritania Cesariana y la Mauritania Tingitana.

Mesalina y Agripina.

Así pues, aquel príncipe no carecia de gloria militar ni de gloria política. La Mauritania y la mitad de la Bretaña conquistadas, los Germanos contenidos, el Bósforo sujeto á la obediencia, la Tracia, la Licia y la Judea convertidas en provincias, y las divisiones de los Partos sostenidas durante mucho tiempo. En el interior, una prosperidad creciente; en el ejército, la disciplina y una actividad que se hacia redun-

dasen en favor del bien público bajo la direccion de generales envejecidos en el mando; de seguro habia en todos estos resultados lo suficiente para satisfacer el orgullo de un príncipe. ¿Porqué ha de ser preciso, ahora, volver á entrar en Roma para ver á aquellos grandes que no saben mas que conspirar ó adular bajamente, y en aquel palacio imperial que están deshonrando un príncipe sin carácter y una muger impúdica?

Nueve ó diez conspiraciones formadas contra la vida del príncipe produjeron venganzas terribles. En el reinado de Claudio perecieron 35 senadores y 300 caballeros. Los mas ilustres fueron Silano, Valerio Asiático, Escriboniano, que sublevó el ejército de Dalmacia, Peto, cuya muger Arria mostró un valor estóico. Como él vacilaba para darse la muerte, Arria se hirió á sí misma con el puñal, y dándosele enseguida, le dijo: «Toma, Peto, no hace daño.» Muchos fueron víctimas del odio de Mesalina, cuya crueldad igualaba á sus vicios. Se necesitaria toda la libertad de la lengua latina para explicar los desórdenes y excesos de la imperial cortesana. Un hecho mostrará, cuando menos, su audacia para desafiar al emperador, las leyes y el pudor público. Quiso contraer un segundo himeneo antes de que la muerte hubiese roto el primero, y se casó segun la forma ordinaria con el senador Silio. Los libertos, alarmados por sí mismos, arrancaron á Claudio una órden de muerte (48).

Pero sustituyeron á Mesalina, como emperatriz, con la propia sobrina del emperador, una hija de Germánico, la imperiosa y altanera Agripina. Tenia esta un hijo de edad de once años, llamado Neron, á quien quiso asegurarle la herencia de Claudio, aun que el emperador tuviese ya dos hijos Octavia y Británico. Casó á la primera con Neron; en cuanto al jóven príncipe, le privó gradualmente del afecto de su padre, y acumuló sobre la cabeza de su hijo todos los títulos y distinciones. Claudio, olvidando su rango, accedió á todo. Agripina le habia rodeado de hechuras suyas, y á Burro, que era muy adicto á su persona, hizo que le die-

sen la prefectura del pretorio. A Séneca, célebre ya por sus escritos, le habian nombrado muy acertadamente preceptor de Neron.

Entretanto crecia Británico, y era temible que quedase alguna reminiscencia de cariño en el corazon del anciano emperador. En medio de la embriaguez se le habian escapado algunas amenazas. Agripina resolvió poner término á su propia ansiedad. Una envenenadora de profesion, Locusta, recibió el encargo de preparar un manjar predilecto de Claudio. Ocultaron durante algun tiempo su muerte con el fin de dar tiempo á Burro para que presentase á Neron á los pretorianos. El jóven les prometió la misma gratificacion que les habia dado Claudio, y los soldados, ratificando el trato, le proclamaron emperador. El senado, lo mismo que los demás, olvidó á Británico y confirmó la eleccion. En cuanto á Claudio, segun la costumbre, le convirtieron en Dios (14 de octubre de 54).

Neron (54—68); ambicion de Agripina; envenenamiento de Británico (55).

Neron, educado en una corte corrompida, en medio de las intrigas culpables de su madre, por un maestro indulgente que solo pensaba en acrecentar su influencia y sus riquezas, se vió muy pronto rodeado de aduladores que supieron encontrar elogios para todas sus locuras y disculpas para todos sus crímenes. No carecia de talento y comprendia el bien; pero no se habian cuidado en manera alguna de combatir su inclinacion al vicio y su vanidad de cantor y de músico. Sin embargo, mucho tiempo despues de su muerte elogiaron todavía los cinco primeros años de su reinado (*quinquennium Neronis*) como la época mas venturosa del imperio. En efecto, disminuyó los impuestos de las provincias, combatió el lujo, socorrió con su dinero á los senadores pobres y prometió tomar por modelo á Augusto. «Cuanto desearia yo no saber escribir!» decia un dia en que le presentaban una

sentencia de muerte para firmarla; y otro dia en que el senado le dirigia acciones de gracias, le detuvo con estas palabras: «Aguardad á que las merezca.» Séneca y Burro se esforzaron durante algun tiempo para contener las fogosas pasiones de su discípulo, y lo consiguieron algun tanto, pero la ambicion de Agripina produjo la explosion.

Aquella mujer imperiosa creia que iba á reinar bajo el nombre de su hijo; queria asistir á las deliberaciones del senado y no sin trabajo se habia contentado con oirlo todo detrás de una cortina. Un dia en que Neron daba audiencia á los embajadores armenios, Agripina se adelantó para sentarse al lado de su hijo y recibir tambien los homenages de aquellos; pero el príncipe le salió al encuentro y evitó lo que los romanos, aun los de aquel tiempo, habrian considerado como una vergüenza, la intervencion pública de una mujer en los negocios del Estado. Ligada con el liberto Palas, esperaba que nada se haria sin ella en el palacio; pero Séneca y Burro, aunque hechuras suyas, resolvieron evitar aquella dominacion que habia envilecido á Claudio. Desgraciadamente, los dos ministros, no obstante la austeridad de su vida ó de sus doctrinas, no hallaron otro medio para combatir la influencia de Agripina mas que el de favorecer las pasiones del príncipe. Dejaron que se formase en torno suyo una sociedad de mujeres jóvenes y de hombres licenciosos, en la que la emperatriz halló muy luego una rival en la liberta Actea. Entonces varió de tono y de conducta; pero las caricias no obtuvieron mejor resultado que la cólera, y los dos ministros, para probarle de un modo evidente que su crédito estaba perdido del todo, hicieron que el liberto Palas perdiese la gracia del emperador.

Agripina prorumpió entónces en amenazas: quiso revelarlo todo: dijo que conduciria á Británico á los pretorianos y restituiria á quien debia poseerle el trono que habia dado á un hijo ingrato; pero Neron se la anticipó: en el primer dia de su reinado habia hecho dar muerte á un miembro de la familia imperial, á Silano. El asesinato de su hermano adop-

tivo no le costó mayor trabajo. Británico, que contaba 14 años de edad, fué envenenado en un banquete en la misma mesa de Neron. Agripina, asustada por aquella crueldad precoz, buscó ya defensores para sí misma; sondeó á los soldados y tuvo mil atenciones para con los gefes. Neron, prescindiendo ya de todo género de consideraciones, le asignó una morada fuera de palacio y casi evitó verla, llegando hasta el extremo de recibir una acusacion contra ella, y de obligarla á contestar al interrogatorio de Séneca y de Burro. Agripina lo hizo, pero con altanería, y habló con dureza á su hijo, lo cual no le hizo recuperar la autoridad que habia perdido.

Desórdenes de Neron; asesinato de Agripina (59).

Desembarazados ya de Agripina, ambos ministros gobernaron durante algunos años con moderacion y justicia. Algunas sentencias dieron á entender á los gobernadores de provincia que su conducta era vigilada: algunos impuestos fueron abolidos ó disminuidos. Neron pedia que se suprimiesen todos. Desgraciadamente, la tendencia á los placeres se habia apoderado ya de él por completo; algunos amigos disolutos, relaciones de amor sobrado vulgares y una aficion funesta al teatro le corrompieron cada dia mas. El mismo Séneca practicaba demasiado mal sus hermosas máximas, para que sus lecciones pudiesen obrar eficazmente en el ánimo del jóven emperador. Roma llegaba á saber, con sorpresa, que su príncipe recorria por la noche las calles de la ciudad, disfrazado de esclavo, entrando en las tabernas y pegando á los que se retiraban tarde, exponiéndose á encontrar quien fuese mas fuerte que él y le pagase sus golpes con creces. Un senador le devolvió así los golpes que de él habia recibido, y al dia siguiente cometió la imprudencia de ir á disculparse con él. Neron, acordándose entonces de su inviolabilidad tribunicia, mandó que le diesen muerte. Durante el dia estaba en el teatro, turbaba él mismo el órden

en el salon, estimulaba los aplausos ó los silbidos, escitando el tumulto, y complaciéndose en ver al pueblo rey romper los bancos y entregarse á combates en que él mismo tomaba parte lanzando á la aventura numerosos proyectiles desde un sitio elevado.

La virtuosa hermana de Británico no podia ser digna esposa de aquel príncipe licencioso; Neron robó á Oton su muger, Popea Sabina. Octavia era un obstáculo para la ambicion de Popea, mucho mas aun que Agripina, quien se cuidaba muy poco de ver á su hijo culpable, y lo que sentia en extremo era verle sometido á una influencia que no era la suya. Neron, irritado por las reconvenciones de su madre, llegó al extremo de poder ordenar su muerte. Aniceto, gefe de la flota de Miseno, formó el plan de asesinato de la emperatriz y de Agripina, bajo el pretexto de una reconciliacion con su hijo, fué invitada á trasladarse á Bayes, haciendo que se embarcase á bordo de un buque preparado de modo que se abriese en alta mar. Habiéndose salvado Agripina á nado llegó á una costa inmediata y se refugió en su quinta del lago Lucrino; Neron hizo que la diesen de puñaladas, y divulgó la voz de que se habia suicidado, despues de haber sorprendido á un liberto enviado por ella hácia su hijo para asesinarle. Tal fué la suerte de una muger que era nieta de Augusto, hermana, muger y madre de tres emperadores. Pero las furias vengadoras persiguieron al parricida, no obstante las felicitaciones que Burro fué á ofrecerle cobardemente de parte de los soldados, y de las acciones de gracias tributadas á los dioses en todos los templos de la ciudad, á propuesta de Séneca. Procuró ahogar sus remordimientos sepultándose en los excesos y desórdenes mas groseros é insensatos. De aquel momento datan sus locuras mas indignas. Los romanos, llenos de rubor, le vieron guiar carros en el circo y subir al teatro á cantar y á tocar la lira. Podremos creer que consiguió aturdirse, pero que nunca halló descanso. En Grecia no se atrevió á entrar en el templo de Eleusis, de donde la voz del heraldo rechazaba á los impíos y á los parricidas.

Incendio de Roma (64); persecucion contra los cristianos.

Despues de la muerte de Burro, que acaso sucumbió envenenado, y de la retirada de Séneca, que habia ido á disfrutar sus inmensas riquezas léjos de la corte, llegó á ser tan grande la influencia de Popea, que Neron, para casarse con ella, hizo que diesen muerte á su mujer Octavia, relegada á Pandataria. Tigelino obtuvo entonces el mando de los guardias y la confianza completa del príncipe. El incendio de Roma, ocurrido en el año 64, no se puede achacar con certidumbre á Neron, pero le sirvió de pretexto para perseguir á los cristianos. Los suplicios fueron espantosos. Los envolvian en pieles de animales para hacer que los destrozasen los perros; los ponian en cruz, ó untaban sus cuerpos con resina, y Neron se sirvió de ellos una noche, como de hachones, para iluminar sus jardines en una fiesta que daba al pueblo. Con el fin de satisfacer su prodigalidad en los juegos y en los espectáculos, de sufragar los gastos de sus insensatas obras de construccion, y sobre todo de su casa de oro, de sus festines, de los que uno, solo en perfumes, le costó cuatro millones de sextercios, de su lujo en muebles, en trages que renovaba diariamente, de sus distribuciones al pueblo en pan, viandas, ropas, dinero y aun piedras preciosas, para recibir en cambio aplausos á sus versos y á su canto; con el fin, decimos, de atender á todos sus locos dispendios, multiplicó los destierros, las condenas seguidas, inevitablemente, de la confiscacion de bienes; hasta los empleos llegaron á ser una fuente de productos: no los daba sino con la condicion de que se habian de compartir con él las ganancias. Así pues, las provincias volvieron á encontrarse entregadas al saqueo: no era seguramente para esto por lo que habian saludado con tan vivo entusiasmo el establecimiento del imperio; por eso faltó muy poco para que se viese su disolucion en los últimos años de aquel reinado.

Muerte de Séneca y de Lucano; Corbulon; viage de Neron á Grecia (66).

Despues de los asesinatos de Agripina y de Octavia, las primeras víctimas fueron Sila, último vástago de una familia ilustre, Plauto, de la sangre de los Césares, y el liberto Palas. Pero desde el año 65 fué cuando se multiplicaron los suplicios. En aquella época se descubrió una conspiracion terrible: quisieron dar el imperio á Calpurnio Pison. Un número considerable de senadores, caballeros y aun soldados, se hallaban complicados en la trama. Séneca, su sobrino, el poeta Lucano, que perseguia con sus sarcasmos la malhadada manía del emperador de hacer versos, habian tomado parte, tambien en la conspiracion, y se les obligó á que se hiciesen abrir las venas. Luego les llegó su turno á Silano, al consular Antistio y al virtuoso Tráseas, que murió noblemente, como habia vivido. Desde entonces creyó Neron que ya no tenia que guardar consideracion alguna: en la misma ciudad de Roma se atrevió á subir á las tablas, y Vespasiano se halló muy próximo á perecer porque se habia dormido mientras que el imperial histrion estaba en el escenario.

Sin embargo, en medio de estas escenas de disolucion y de estas crueldades, parecia que á pesar de tantas faltas el genio de Roma velaba por la fortuna del imperio. Los Germanos, entregados á discordias civiles, no conocian ya el camino del Rhin y de la Galia. En Bretaña una insurreccion general promovida por la reina Boadicea, habia costado la vida á 70,000 romanos ó provinciales; pero Suetonio Paulino reprimió la sublevacion, y la Bretaña perdió la esperanza de emanciparse (61). En Oriente, Corbulon habia hecho retroceder á los Partos que invadian la Armenia, y dado la corona de este reino á un príncipe adicto al imperio (60). Vologesio, á la verdad, le expulsó y puso en su lugar á su propio hermano Tiridato; pero Corbulon amenazó con pasar el Eufrates, y Tiridato, para poner término á aquella rivalidad,

fué personalmente á Roma á solicitar con la mayor humildad que Neron le confirmase en la posesion de la Armenia.

Los triunfos de sus lugar-tenientes inspiraron al emperador el deseo de hacer conquistas por sí mismo. En el año 66 hizo grandes preparativos, formó, sobre todo, grandes proyectos, y desembarcó en Grecia; pero allí olvidó muy luego la guerra en medio de las fiestas: quiso tomar parte en los juegos y disputar la corona en las carreras olímpicas; no se la rehusaron, aunque se habia caido en medio del Estadío. Los Griegos, halagados por aquella honra tributada á sus antiguas costumbres, le prodigaban adulaciones. Pagó de una manera real sus aplausos proclamando por sí mismo en Corinto, en los ejercicios ístmicos, que la Grecia seria libre. Pensaba hacer mas aun por ella: tenia el proyecto de cortar el istmo de Corinto; pero tal empresa exigia mas constancia de la que tenia el frívolo emperador para las obras útiles: además, creyó haber hecho bastante para la gloria. No se habia ocupado del Oriente sino para enviar á Vespasiano contra los Judíos rebelados (67), y para mandar volver á Corbulon, quien encontró en Corinto la órden de que se diese la muerte. «Bien merecido lo tengo!» dijo el gran general. En cuanto á Neron, regresó á Italia y á Roma, llevando consigo las 1,800 coronas que habia ganado en los juegos.

Rebelion de Vindex; muerte de Neron (68).

Sin embargo, el imperio comenzaba á cansarse de obedecer á un mal cantor, como le llamaba Vindex. Este general que á la sazon era propretor en Galia, fué el primero que se sublevó. Ofreció el imperio á Galba, procónsul de la Tarraconense, quien solo tomó el título de lugar-teniente del senado y del pueblo (68). Hubo un momento en que Neron pudo creer que ni siquiera necesitaria salir de Roma. En efecto, Virginio, gefe de las legiones del Rhin, marchaba contra Vindex; pero despues de llegar á las manos, ambos ge-

fes se entendieron. Desgraciadamente, sus tropas, que ignoraban su buena inteligencia, empeñaron la accion, y Vindex, desesperado, se suicidó. Las legiones de Virginio querian nombrar á su vez un emperador, como tantos pretorianos lo habian hecho ya, y proclamaron á su general. Este, republicano acérrimo, como todavía se encontraban algunos en los campamentos, rehusó el ofrecimiento de sus soldados, y aun se mostró poco dispuesto á aceptar la candidatura de Galba.

Entre tanto, los acontecimientos se precipitaban en Roma. Todos abandonaban á Neron, y aun Ninfidio, su prefecto del pretorio, pensó en aprovechar la confusion que reinaba para apoderarse del imperio. En primer lugar, era preciso apoderarse de Neron, y mas tarde derribar á Galba que entonces estaba léjos. Hizo que los pretorianos proclamasen á este, prometiéndoles en su nombre un rico *donativum*. Neron, reducido al extremo de huir, pues ni siquiera encontró un gladiador que quisiese darle muerte, se refugió en la alquería de uno de sus libertos; pero algunos ginetes seguian sus huellas y ya se acercaban; entonces el fugitivo emperador se clavó una espada en la garganta, exclamando: «Qué artista va á perder el mundo!» Con él se estinguió la raza de los Césares, la cual, desde la época del gran Julio, solo se habia continuado por medio de adopciones (junio de 68).

Como entonces se formaba un vacío inmenso en el mundo, el imperio se conmovió con la caida de aquella familia, y para obtener la posesion del trono imperial se suscitaron sangrientas rivalidades y guerras civiles. Las provincias aun no tomaron parte en la lucha. Solo las legiones de las fronteras fueron las que se alzaron contra los pretorianos, y las que se disputaron entre sí el derecho de sentar á sus respectivos generales en el trono del mundo. Esta anarquía duró dos años, y solo se detuvo bajo la mano enérgica de Vespasiano.

CAPÍTULO XXVII.

Anarquía de dos años y dinastía de los Flávios (68—97).

GALBA (68).—OTON (69) Y VITELIO (69).—ORÍGEN DE VESPASIANO; SU PERMANENCIA EN EGIPTO (69).—REBELION DE LOS BÁTAVOS; CIVILIS.—DESTRUCCION DE JERUSALEN (70); ADMINISTRACION HÁBIL DE VESPASIANO.—TRIUNFOS DE AGRÍCOLA EN BRETAÑA; MUERTE DE VESPASIANO (79).—TITO (79-81).—DOMICIANO (81-96).

Galba (68).

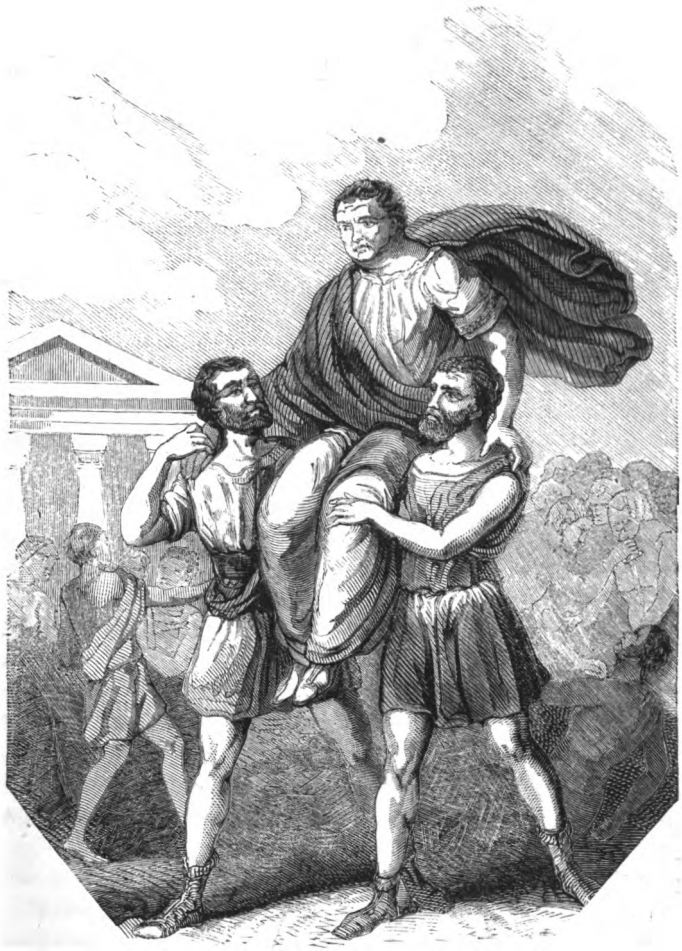
Servio Sulpicio Galba tenia mas de 72 años de edad. Habia pasado por todos los altos cargos del Estado, y últimamente administró durante ocho años la España Tarraconense. Todos convinieron en aceptar á aquel anciano que no podia vivir mucho tiempo, y del que cada uno esperaba constituirse heredero. Pero poco despues de su llegada á Roma, su severidad y su avaricia, dos cosas á las que los emperadores precedentes no habian acostumbrado al pueblo ni á los soldados, produjeron muy pronto un odio violento contra él. Por lo demás, hizo mal en licenciar sin sueldo á la guardia germánica y en despedir sus buques, despues de haber diezmado, porque se negaban á obedecer, á los marineros de Neron, de los que este príncipe habia formado una legion. Los pretorianos exigian el *donativum* prometido en su nombre. «Escojo mis soldados, contestó, y no los compro.» Al

propio tiempo los amigos de Neron que se habian librado de la primera matanza que siguió á la muerte de su dueño, fueron enviados al suplicio.

Esta severidad no impidió que Galba fuese débil é indulgente hasta el exceso para con sus omnipotentes favoritos Vinio, Lâco é Icelio, quienes en su nombre cometian mil injusticias. El descontento se manifestó, sobre todo entre las legiones de la alta Germania, las cuales no habian recibido recompensa por su campaña contra Vindex. Con el fin de contener su explosion, designó Galba por sucesor suyo á Liciniano Pison, á quien recomendaban la severidad de sus costumbres, la nobleza de su orígen y sus distinguidas cualidades; pero al presentarle Galba á los pretorianos no les prometió *donativum*, y Pison, cuyo carácter austero temian, llegó á serles odioso. Hubieran preferido ver asegurada la sucesion del imperio á Marco Fulvio Oton, antiguo amigo de Neron y primer marido de Popea, hombre ambicioso pero lleno de deudas. Oton, que habia regresado recientemente de su gobierno de Lusitania y logrado formarse un partido en la corte imperial, abrigó la esperanza de que la eleccion de Galba recaeria en él. Cuando vió que la herencia pasaba á Pison, sublevó á los pretorianos. La mayor parte de las tropas se pasaron á su lado, y en el cuarto dia posterior al nombramiento de Pison, Galba, abandonado por todos, fué asesinado en el campo de Marte. Un centurion fiel y valeroso apartó los golpes dirigidos contra Pison, quien, á pesar de hallarse herido, pudo refugiarse en el templo de Vesta; pero fué arrancado de allí por un tropel de furiosos que le decapitaron. Muchos amigos de Galba sufrieron la misma suerte. Habia reinado durante siete meses.

Oton (69) y Vitelio (69).

El senado, con su servilismo habitual, se apresuró á reconocer como emperador á Oton. El nuevo príncipe en todo hubo de ceder al pronto para con los pretorianos. Nombra-



ron por sí mismos sus gefes y hasta el prefecto de la ciudad, Sabino, hermano de Vespasiano, y solo con gran trabajo pudo impedir Oton que asesinasen á una parte del senado. Sin embargo, contra la general creencia, Oton dió pruebas de habilidad y de energía, mas no le quedó tiempo suficiente para mostrar lo que podia hacer, porque ya tenia un rival. A principios de enero de 69, las legiones del Rhin habian proclamado emperador en Colonia á su gefe Vitelio. En vano procuró Oton evitar la guerra civil por medio de negociaciones; fué preciso llegar á las manos. Tres veces derrotaron sus generales en la Italia alta á los vitelianos mandados por Cecina y Valens; pero cerca de *Bedriacum,* entre Verona y Cremona, perdió una gran batalla. En vano le suplicaron sus amigos que, para comenzar de nuevo la guerra, aguardase la llegada de las legiones de la Mesia; Oton se ofreció á sí mismo como á víctima para poner término á estas luchas crueles; se dió muerte algunos dias despues de la batalla, en Brixellum (15 de abril). Esta muerte expió é hizo olvidar los crímenes de su vida.

Vitelio emprendió entonces el camino de Roma, en donde el senado y el pueblo le habian reconocido; iba acompañado de sus legiones, que señalaban su paso con salvages excesos. Desprovisto de talento y de energía, solo se habia hecho notar por una voracidad brutal. Tan pródigo de sus bienes como de los agenos, lo permitió todo á los soldados y no se cuidó lo mas mínimo del imperio. Su cuidado principal consistió en hacer llevar de los países y de los mares mas lejanos manjares desconocidos y raros. En los ocho meses que duró su reinado gastó cerca de 200 millones de francos. El acto mas solemne de su reinado fué la invencion de un plato monstruoso que denominó la rodela de Minerva. Fuera de los festines estaba siempre rodeado de actores, de conductores de carros y de otras gentes de baja esfera, y así fué que estallaron sublevaciones en todas partes, en la Mesia, en la Panonia, y en la Siria. De esta última provincia fué de donde partió el movimiento.

El Oriente queria tener su emperador, puesto que el Occidente acababa de dar dos seguidos. Vespasiano, que habia cobrado merecida fama en la guerra de Bretaña, mandaba entonces fuerzas considerables encargadas de someter á los Judíos sublevados. Aunque era severo para la disciplina, habia sabido grangearse el afecto de las tropas; y Muciano, gobernador de Siria, y Alejandro, prefecto de Egipto, envidiando la influencia que habia procurado á Virginio y á Oton la elevacion de Galba, y á Cecina y á Valens la de Vitelio, querian llegar á ser á su vez los ministros necesarios del príncipe á quien encumbrasen. Alejandro proclamó á Vespasiano en la capital de los Tolomeos; pocos dias despues, las legiones de Judea y Muciano saludaron con el título de emperador á su antiguo general. Vespasiano dejó á su hijo Tito el cuidado de terminar la guerra de Judea, que se concentraba ya por entero en Jerusalen, y fué á tomar posesion del Egipto, con el fin de interceptar los convoyes que surtian de provisiones á Roma. Durante este tiempo, Muciano habia de marchar sobre la Italia por las provincias del Danubio, cuyas legiones se sabia que abrigaban malas disposiciones respecto de Vitelio.

Un tribuno legionario se le anticipó. Antonio Primo, arrastrando consigo á las tropas de la Mesia y de la Dalmacia, invadió la Italia y derrotó á las fuerzas de Vitelio cerca de Cremona, cuya ciudad fué incendiada y saqueada. Otro ejército viteliano hizo defeccion cerca de Narnia. En Roma, el hermano de Vespasiano, el prefecto de la ciudad, Flavio Sabino, ocupaba el Capitolio; Vitelio le entregó los distintivos imperiales, y vestido de luto imploró la proteccion de los soldados y del pueblo. Pero estos no quisieron consentir su abdicacion, y en la misma ciudad se empeñó un combate seguido de una carnicería espantosa. El Capitolio fué incendiado y Sabino asesinado por los vitelianos, quienes se habian apoderado de la fortaleza. Domiciano, hijo menor de Vespasiano, solo logró escapar á beneficio de un disfraz.

Pero, cuando en el dia de las saturnales tomó Antonio á

Roma despues de un combate sangriento sostenido en el campo de Marte, Vitelio, arrancado del palacio imperial, fué paseado por la ciudad con las manos atadas á la espalda y una espada debajo de la barba, para obligarle á ver derribar sus estátuas. Despues de hacerle sufrir mil ultrages le dieron muerte; su cadáver fué arrastrado por las calles con garfios, y precipitado al Tiber (20 de diciembre de 69). «Vitelio se sentó en el imperio, que habia tomado por un banquete: sus convidados le obligaron á terminar el festin en las Gemonias.»

Origen de Vespasiano; su permanencia en Egipto (69).

Con Vespasiano, la familia Flavia subió al trono que, despues de tales conmociones, necesitaba un hombre activo, hábil y de costumbres sencillas, como lo era el nuevo Augusto. Tanto habian diezmado á la aristocracia que, entonces, el primer personage del imperio era un vecino de Reate, nieto de un centurion de Pompeyo, ó hijo de un preceptor del impuesto del cuadragésimo. Por lo demás, Vespasiano podia enorgullecerse con el nombre de su padre, porque las ciudades de Asia le habian levantado estátuas con esta inscripcion: «Al publicano hombre honrado». El mismo Vespasiano comenzó como los republicanos de otro tiempo, por la guerra. Hizo sus primeras campañas en Bretaña, en donde sirvió durante mucho tiempo y de una manera distinguida. Su administracion de Africa fué íntegra, porque volvió pobre de aquella provincia, y para sostener su rango se vió precisado á empeñar todos sus bienes á su hermano, y á dedicarse á un comercio que le valió el apodo de Muletero. Estas dificultades de la vida privada eran una escuela excelente para un futuro emperador. Le preparaban para una economía severa y para administrar bien los negocios públicos. Enviado á Siria, en donde la inmediacion de los Partos y los movimientos desordenados de los Judíos habian hecho concentrar fuerzas considerables, al paso que mantenia la disciplina supo gran-

gearse el afecto de las tropas. Estas fueron las que le proclamaron.

Cuando salia de Siria para asegurar ante todo la provincia que habian denominado el granero de Roma, supo en el camino la victoria de Cremona, y poco tiempo despues la defeccion de las tropas vitelianas, la muerte de su rival, y los decretos del senado que se apresuraba á conferir todos los poderes imperiales (*lex regia*) á aquel á quien acababa de coronar la victoria. Por eso fué recibido por los egipcios con unánimes aclamaciones. Su primer cuidado fué el de desvanecer, en cuanto estaba en su mano, el recuerdo de los antiguos acontecimientos: anuló las sentencias dictadas por sus cuatro predecesores en las acusaciones de lesa magestad; luego, con el objeto de poner término á las ambiciosas esperanzas que alimentaba la credulidad, expulsó á los astrólogos. Pero durante el espacio de muchos años que llevaba residiendo en aquel Oriente tan lleno de supersticiones, tambien él se habia contagiado con la general debilidad. Apolonio de Tiane, medio filósofo y medio visionario, estaba entonces en Alejandría; quiso verle: mas aun, como él, hizo milagros, curó á un ciego y á un paralítico; Tácito y Suetonio no lo ponen en duda. Serapis, el dios grande de los Alejandrinos, consagró con presagios la fortuna de aquel advenedizo, y el emperador plebeyo regresó á Roma llevando consigo oráculos, el asentimiento de los dioses y el de los pueblos. Una profecía antigua anunciaba que hácia aquel tiempo saldria del Oriente un monarca para reinar sobre el mundo; el advenimiento de Vespasiano parecia realizarla.

Rebelion de los Bátavos; Civilis.

Sin embargo, si los vitelianos estaban vencidos, aun duraban dos guerras; una encarnizada, pero sin peligro para el imperio; Tito estaba encargado de dirigirla. La otra que hubiera podido conmoverle hasta en sus cimientos, era la rebelion del bátavo Civilis. Este personage, de sangre real entre los

suyos, habia resuelto emancipar á su pueblo, y buscar para ello el auxilio de los Germanos y de los Galos. Como aun no estaba terminada la contienda entre Vespasiano y Vitelio, naturalmente se inclinó al partido de aquel de los dos rivales que se encontraba mas léjos. Despues de la batalla de Cremona, y sobre todo despues de la muerte de Vitelio, arrojó la máscara, estimulado por las disposiciones en que se hallaban los soldados de las orillas del Rhin, que se negaban á obedecer al emperador de las legiones sirias, y por las esperanzas que el incendio del Capitolio y el espectáculo de todos los disturbios del imperio habian hecho concebir á las naciones transalpinas. Caido el Capitolio, parecíales que la dominacion romana no habia de sobrevivirle. Así lo decian los druidas por todas partes.

Muy luego se formó la conjuracion: dos Trevirios, Clásico y Tutor, y un Lingon, Sabino, que pretendia descender del primer César, proclamaron la independencia de la Galia. Las legiones, que hubieran debido reprimir en seguida el movimiento, por el contrario, se amotinaron, asesinaron á sus jefes y dejaron que sus auxiliares germanos se pasasen á las filas de Civilis. Las cohortes bátavas habian conquistado merecida reputacion en la guerra de Bretaña y en Cremona. Civilis provocó su defeccion, y arrastró tambien á los Caninéfatos y á los Frisones.

Al pronto habia vencido á los Romanos que se hallaban de guarnicion en la frontera de la isla de los Bátavos. Dos legiones que marcharon contra él se vieron obligadas á huir á un fuerte llamado el Campo Antiguo, á donde fué á sitiarlas en seguida. Al saber estas noticias, los Bructeros y los Tencteros acudieron de la Germania: otros pueblos se disponian á seguirles, porque una de sus profetisas, llamada Velleda habia prometido á los Bátavos la derrota de los Romanos. El ejército del alto Rhin hubiera podido desembarazar á las legiones de *Vetera Castra;* pero, como se hallaba dividido por la discordia, se vió obligado á entrar en tratos con Civilis, vencedor ya de las tropas que estaba sitiando. Entonces se

vió por vez primera á los soldados romanos prestar juramento á una potencia enemiga; sobre las banderas de Civilis juraron fidelidad al imperio galo.

Sin embargo, en el interior del país no lograba la rebelion organizarse ni extenderse. Resultó que las ciudades galas eran aun mas enemigas unas de otras que del imperio. Los Lingones sublevados por Sabino fueron derrotados por los Secuanos, y su jefe, que se habia hecho proclamar César, pues tanto era lo borrados que estaban los antiguos recuerdos galos, se vió obligado á huir, se refugió en una de sus casas y la prendió fuego; creyeron que habia muerto. Hallábase oculto en subterráneos en los que vivió nueve años con su mujer Eponina: habiéndole descubierto al cabo de este tiempo, no pudo conseguir de la política despiadada de Vespasiano el olvido que el tiempo habia extendido ya sobre él. Tambien entonces quiso Eponina compartir su suerte.

La junta general de los pueblos belgas celebrada en Reims mostró mejor aun las envidias de todas aquellas ciudades. Langres y Treveris fueron las únicas que perseveraron en la rebelion, á la que se disponian á sofocar fuerzas considerables enviadas por Muciano y mandadas por Cerealis. Tan luego como aparecieron estas tropas, las legiones comprometidas en el movimiento galo se retiraron, y llenas de tristeza y afliccion se dirigieron al encuentro de Cerealis, quien las perdonó. Una derrota de los Trevirios, expulsados de una posicion muy fuerte, y la mucha indulgencia del general romano, hicieron, por fin, que las dos ciudades rebeldes volviesen á entrar en la senda del deber. Civilis creyó conjurar el peligro ofreciendo á Cerealis el imperio de la Galia, con tal de que dejase libres á los Batavos: el general envió su carta á Domiciano. El Bátavo se atrevió á sitiarle en su propio campamento; pero Cerealis, soldado antiguo, hizo que triunfase la disciplina romana y arrolló á su vez á los bárbaros hasta *Castra Vetera*, en donde se dió una batalla que duró dos dias. Civilis, vencido, se retiró á su isla, en donde orga-

nizó una resistencia tan viva que Cerealis, despues de prolongados esfuerzos, consintió en entrar en tratos. La paz fué honrosa para los Bátavos. Permanecian siendo aliados, pero no tributarios, con la condicion de suministrar soldados. Esto era pedirles tan solo la contribucion de sangre, que entre todas es la que con mas gusto pagan los pueblos belicosos.

Destruccion de Jerusalen (70); administracion hábil de Vespasiano.

Muciano, que habia llegado ya á Lyon, regresó á Roma para salir al encuentro de Vespasiano, cuyo advenimiento al imperio se señalaba de este modo con victorias. Al propio tiempo se terminaba otra guerra en el extremo opuesto del mundo romano. Tito habia concluido, tambien, con la rebelion de los Judíos (65-70). Este pueblo, irritado por las exacciones de sus últimos gobernadores, y cual si se hubiese apoderado de él un vértigo inexplicable, habia comenzado de nuevo y de una manera heróica la lucha de los Macabeos contra la dominacion extranjera. Creian que habia llegado el tiempo para el Mesías que les prometian los libros sagrados, y se negaban á reconocer por tal á la Santa Víctima, á quien habian clavado en la cruz del Gólgota; pensaban que iba á manifestarse, glorioso y poderoso, en medio del ruido de las armas. Pero el imperio romano era mas fuerte que la monarquía débil de Antíoco, y la insurreccion que se habia extendido hasta la Galilea, en donde el historiador Josefo organizó la resistencia, habia sido circunscrita gradualmente á la capital de la Judea, por Vespasiano y Tito. Jerusalem sucumbió despues de un sitio memorable; el templo fué incendiado. Pasó el arado sobre sus ruinas, y comenzó la dispersion del pueblo hebreo (70) que dura todavía.

En aquella guerra habian sucumbido 1.100.000 judíos, y aun acaso mas. Los cristianos habian separado su causa de aquel patriotismo heróico, con arreglo á las palabras del

Maestro que decia que su reino no era de este mundo, y que habia que dar al César lo que era del César. Uno de los gefes principales, llamado Simon de Goria, conducido á Roma para el triunfo de Vespasiano y de Tito, fué azotado durante mucho tiempo y luego ahogado.

Mientras que los generales de Vespasiano hacian triunfar sus armas, Muciano le servia en Roma con diestra y hábil adhesion, dominando el poder y el orgullo de los pretorianos. El mismo Vespasiano, que llegó por fin en el verano del año 70, restableció la disciplina entre las legiones que, en dos años, habian encumbrado y derribado á cinco emperadores; y habiendo tomado el título de censor, degradó á los senadores y á los caballeros indignos para sustituirlos con los hombres mas importantes de Italia y de las provincias. Renovado así el senado, y convertido casi en una representacion genuina de todo el imperio, Vespasiano, siguiendo el ejemplo de Augusto, buscó en aquella asamblea el punto de apoyo de su administracion. Le sometió todos los asuntos importantes, y asistió con regularidad á sus discusiones. Vigiló mucho para que se administrase rápida y estricta justicia. Las acusaciones de lesa-magestad fueron suprimidas, se quitó todo estímulo á los delatores, y se mantuvo en todas partes una policía severa.

La hacienda, dejada por Neron en un estado tan deplorable, fué mejorada, en parte, por el restablecimiento de las provincias que habian obtenido su libertad en tiempo de aquel emperador, como la Comagenes, la Tracia, la Acaya, Rodas, Samos, la Licia y la Cilicia; y en parte por el aumento de las contribuciones, de las que algunas se impusieron sobre objetos singulares. Como la administracion del imperio exigia sumas considerables, se vió con frecuencia que la economía del emperador degeneraba en avaricia, y aun algunas veces mostró una codicia censurable, compartiendo con los individuos de su servidumbre el precio de las gracias que estos hacian conceder. Sin embargo, sabia ser generoso cuando el bien del Estado lo reclamaba. Hizo gastos

enormes para reedificar el capitolio, para construir el Coliseo y el templo de la Paz, para el establecimiento de una biblioteca y la enseñanza de la retórica por medio de profesores que pagaba el Estado, para reparar, en fin, en todo el imperio los desastres causados por diez años de incuria y dos de guerra civil.

Con Vespasiano comenzó una reaccion contra las costumbres afeminadas de la alta sociedad romana. Para combatirlas empleó aquel príncipe un medio mejor que el de hacer leyes: dió ejemplo de una sencillez antigua; dejó que todos se le acercasen, y mas bien parecia el primer senador del imperio que el dueño del mundo romano. Casó muy bien á la hija de Vitelio, y queriendo un cortesano suyo infundirle sospechas respecto de un personage á quien los astros prometian el imperio, le hizo cónsul, diciendo: «Se acordará y me lo tendrá en cuenta cuando sea emperador.»

Vespasiano, no obstante este modo de gobernar hábil y prudente, temia á los hombres de pensamientos libres: por eso expulsó de Roma á los estóicos cuyos sentimientos republicanos, altamente proclamados, eran incompatibles con un gobierno monárquico y hubieran podido excitar alguno disturbios. Tambien por su lenguage harto libre fué por lo que Helvidio Prisco, el mas respetado entre todos los senadores, sufrió el destierro y luego la pena de muerte, aunque contra la intencion del emperador. Mas no por esto deja de ser una mancha en aquel reinado.

Triunfos de Agrícola en Bretaña; muerte de Vespasiano (79).

El reinado de Vespasiano concluyó como habia comenzado, con triunfos militares. Como en todas partes reinaba la tranquilidad, habia continuado la conquista de la isla de Bretaña, emprendida por Claudio. A aquella isla pasó Cerealis, y luego Agrícola, el suegro de Tácito, quien tuvo la gloria de pacificar la Bretaña; dió la vuelta alrededor de ella con una escuadra, pero sin que consiguiese dominar á los

montañeses de la Caledonia. Solo el Sur de la Escocia fué reunido á la provincia, y para resguardarle de las incursiones de aquellos formó una línea de puestos fortificados entre los dos golfos del Clyde y del Forth.

Sin embargo, se formó una conspiracion contra aquel emperador en quien la fortuna, segun dice Plinio, no produjo mas efecto que el de igualar la facultad de hacer el bien con el deseo de ejecutarle; Cecina era el gefe de la empresa. Tito convidó á este á un festin, y al levantarse de la mesa hizo que le diesen de puñaladas. Vespasiano murió algun tiempo despues. Dotado de un caracter formal, de un talento profundo, hombre de negocios y de órden, se reia de las adulaciones lo mismo que de la apoteosis. «Siento que me voy convirtiendo en dios,» dijo cuando vió que se acercaba su última hora. Pero quiso levantarse, añadiendo: «Un emperador debe morir de pié.» Estas palabras le describen por completo (23 de junio de 79).

Tito (79—81).

No sin temor vieron los romanos que le sucedia su hijo Tito, que ya se habia asociado anteriormente, y que se habia distinguido en las guerras de Germania y de Bretaña y sobre todo en la expedicion de Judea que llevó á su debido término. Pero hablaban tambien de sus licenciosos desórdenes, de sus violencias, de su aficion á los espectáculos y á los mimos: temian que fuese un nuevo Neron. En época reciente habia hecho degollar en su mesa á Cecina, acusado de conspiracion. Tan luego como tuvo el poder, fué otro hombre. El gobernar á 80 millones de hombres le pareció cosa bastante seria para que renunciase á sus placeres y no se consagrase sino á los negocios públicos. Su dulzura, su bondad, sus modales afables le valieron el sobrenombre de «delicias del género humano.» No queria que nadie pudiese alejarse de él sin ir satisfecho, y por la noche decia que habia desperdiciado el dia cuando por casualidad no habia hecho alguna obra buena.

Sin embargo, esta bondad no degeneró en debilidad ni en locas profusiones; sabia ser severo, sobre todo para aquella raza de hombres que los últimos reinados habian hecho que pululasen: los delatores, azotados, fueron vendidos como esclavos ó deportados. Amaba á la reina Berenice, hermana del rey judío Agripa; hubiera querido casarse con ella, pero hizo al Estado el sacrificio de su pasion. Dos patricios conspiraron contra él; les perdonó y quiso que fuesen amigos suyos.

Calamidades espantosas afligieron á aquel reinado harto breve: un incendio que duró tres dias destrozó una parte de Roma, consumió el Capitolio, el Panteon, el teatro de Pompeyo y la biblioteca Palatina; luego sobrevino una peste que diezmó cruelmente á la Italia. Una calamidad aun mas terrible aterró á la Campania: el 1.° de noviembre del año 79, el Vesubio se abrió de improviso, en medio de espantosos terremotos, y de la boca del nuevo volcan salieron masas de ceniza y de lava que sepultaron á Herculanum, Pompeya y Estabies. Plinio el Naturalista, que entonces era gefe de la escuadra de Miseno, quiso ver de cerca el terrible fenómeno y fué ahogado por las cenizas y aplastado por las piedras que lanzaba el volcan. Tito alivió, en cuanto le fué posible, todas las miserias, aunque sin olvidar los placeres del pueblo. Consagró crecidas sumas á concluir el Coliseo, comenzado por su padre; á las fiestas que, durante 100 dias, celebraron su inauguracion (1); por último, á la construccion de termas, en donde se desplegaron todos los recursos del arte y del lujo romano. Acometido por una fiebre durante una escursion á la Sabinia, murió en la ciudad en que nació su padre (13 de setiembre de 81). Habia reinado durante 27 meses, espacio harto breve para que su reciente conversion se hallase sometida á pruebas difíciles. Acaso en su muerte tuviese alguna parte su hermano, cuyo reinado odioso hizo

(1) Una naumaquia, combates de gladiadores, etc. En un solo dia soltaron en el circo 5.000 fieras.

que el de Tito fuese clasificado entre los recuerdos de la edad de oro.

Domiciano (81—96).

Domiciano tenia mala fama aun antes de su advenimiento. Su juventud habia sido digna de los tiempos de Neron, y con sus intrigas molestó á su padre y á su hermano. Sin embargo, fingia tener sobriedad y aficion al estudio y á la poesía, sobre todo desde el encumbramiento de su familia. En sus primeros actos mostró una rigidez severa, administró é hizo administrar una justicia rigorosa, y reprimió cuantos abusos llegaron á noticia suya. Las provincias debieron á su activa vigilancia un gobierno casi paternal; y si sus temores y su tiranía pudieron acrecentarse en Roma, fuera de Italia reinó siempre en su administracion el mismo espíritu de imparcialidad. Suetonio le hace la justicia de decir que nunca fueron mas íntegros los agentes de la administracion imperial. Uno de sus primeros cuidados fué el de reedificar el Capitolio incendiado y restablecer la biblioteca Palatina. Copistas enviados á Alejandría trajeron de allí una parte de las riquezas que se habian perdido.

Pero Domiciano fué entregándose gradualmente á los temores y á las violencias. Reaparecieron los delatores, y con ellos las ejecuciones. Su primo Sabino pereció porque el pregonero que habia de proclamarle cónsul, por un error, le denominó emperador. Con el fin de hacer que los soldados le fuesen adictos y fieles, les prodigó oro y favores, y sació al pueblo con juegos y congiarios. Estos gastos que consideraba necesarios para su seguridad, le obligaron á crear recursos que no le daban los impuestos. De aquí las acusaciones de lesa-magestad intentadas contra todos los ricos, y á las que siempre seguia la confiscacion de bienes. A esta inclinacion á la crueldad se unian una vanidad y un orgullo ilimitados. Despues de una sublevacion de los Nasamones, pueblo de Africa que se alabó de haber exterminado (85), quiso que le llamasen Dios y Señor.

Este reinado, que duró 15 años, tuvo gloria y baldon militar; Agrícola habia administrado con honra la Bretaña, consolidado la dominacion romana en la provincia, y desarrollado la colonizacion en tales términos que la civilizacion de aquella isla data tan solo desde su mando. Domiciano, envidioso de la gloria de su general, le llamó en el año 85: Agrícola vivió todavía 8 años en el mas completo retiro para evitar que se fijasen en él las miradas del tirano. Su yerno Tácito inmortalizó su memoria.

Domiciano ambicionó para sí la reputacion militar; quiso legitimar por medio de victorias el sobrenombre de Germánico que llevaba desde su advenimiento. Una expedicion emprendida sin necesidad contra los Cuados y la fácil devastacion de su territorio, le permitió que celebrase un triunfo y que mandase acuñar medallas en las que se veía á la Germania encadenada. Sin embargo, los prisioneros que conducia detrás de su carro no tenian de germanos sino los trages que les hacia llevar. Eran hombres comprados ó alquilados para la ceremonia. Tambien pudo vanagloriarse con la visita singular que recibió en Roma de un rey de los Semnones y de una profetisa germánica. En el Danubio inferior, los Dacios, á quienes un reposo prolongado y un gefe hábil y valiente habian restituido su antiguo poderío, amenazaron á las provincias romanas; penetraron en Mesia (86). Domiciano hizo que combatiesen contra ellos sus lugar-tenientes, quienes fueron derrotados en varios encuentros por el rey Decébalo. El emperador mandó á los Cuados y á los Marcomanos que suministrasen auxiliares á sus generales, y habiéndose negado á verificarlo, marchó contra ellos; pero esta guerra tuvo mal éxito, y antes que confiar su direccion á algun gefe experimentado, como Agrícola, por ejemplo, prefirió comprar la paz á los Dacios á costa de una crecida cantidad de dinero. Mas no por eso dejó de celebrar un triunfo, y tomó el título de Dácico (89 ó 90). Una paz comprada dura siempre muy poco. Decébalo volvió á atacar, pero perdió una batalla, y solo consiguió detener los desastrosos resultados

de aquella derrota por medio de una astucia de guerra que hizo creer á los Romanos que un segundo ejército iba á vengar al primero. Era un bosque entero cuyos árboles habian sido cortados á la altura de un hombre y adornados con armas y armaduras.

Una rebelion del gobernador de la alta Germania, Lucio Antonio, concertada con algunas tribus germánicas que le prometieron auxilios, fué reprimida por Máximo, quien aprovechó la circunstancia de estar el Rhin muy crecido para vencer al usurpador, mientras que sus aliados se hallaban detenidos en la orilla derecha del rio (92). En el año siguiente murió Agrícola. «Al menos, dice Tácito, no tuvo el dolor de ver los asesinatos que Domiciano multiplicó en los tres últimos años de su vida.» La rebelion de Antonio, fué el pretexto adoptado para ejecutarlos, aunque Máximo habia tomado la precaucion de quemar todas las cartas del vencido.

Domiciano habia creido ponerse al abrigo de un peligro de esta naturaleza aumentando una cuarta parte del sueldo, y prohibiendo que se reuniesen dos legiones en el mismo campamento. Como se creia rodeado de asesinos, todo le hacia temblar, y mostraba tanta mas crueldad cuanto mayor era su miedo. En los últimos tiempos se extendió la persecucion á todas las clases. Su padre habia expulsado á los filósofos; él hizo otro tanto. Epícteto y Dion Crisóstomo huyeron al territorio de los bárbaros. Los cristianos se negaban á pagar el impuesto establecido para reedificar el Capitolio, y á dar al emperador sus sobrenombres de Dios y de Señor, y los sentenció á muerte. No contento con ordenar los suplicios, quiso presenciarlos. Sus amigos, sus parientes, las personas á quienes mas parecia querer, no se hallaban al abrigo de sus sospechas. Su primo Flavio Clemens, su propia hermana Domicia, perecieron como cristianos. A su muger Domicia y á varias otras personas les destinaba igual suerte; pero fué muerto el 18 de setiembre de 96.

El senado condenó su memoria, derribó sus estátuas é

hizo borrar su nombre de los monumentos públicos. Los soldados por el contrario, querian que le proclamasen dios, y le hubieran vengado si hubiesen encontrado un gefe. Afortunadamente en aquel atentado casi todos eran cómplices, hasta los dos prefectos del pretorio.

CAPÍTULO XXVIII.

Los Antoninos (96—192).

NERVA (96-98).—TRAJANO (98-117); SU ADMINISTRACION.—GUERRAS DE TRAJANO CONTRA LOS DACIOS Y LOS PARTOS.—ADRIANO (117-138); SUS VIAGES; REORGANIZACION DE LA ADMINISTRACION IMPERIAL.—ANTONINO PIO (138 161); PAZ PROFUNDA.—MARCO AURELIO EL FILÓSOFO (161-180); ATAQUES DE LOS GERMANOS.—CÓMODO (180-192).

Nerva (96—98)

La familia Flàvia se habia extinguido. El senado proclamó á uno de los conjurados, al anciano consular Cocceyo Nerva, originario de Narnia, segun decian, y á quien los astros habian prometido el imperio. Con este príncipe comenzó un período de 80 años que se ha denominado la época mas feliz de la humanidad. Es el siglo de los Antoninos. Nerva se apresuró á seducir de nuevo á los pretorianos con la promesa de un *donativum*. Las legiones del Danubio querian amotinarse. Un elocuente desterrado del reinado último, Dion Crisóstomo, las mantuvo en obediencia. Asegurada así la tranquilidad, Nerva mostró sus buenas intenciones; llamó á los desterrados, restableciéndolos en la posesion de los bienes de que les habian despojado, hizo que cesasen las persecuciones religiosas, disminuyó los impuestos, suspendió todas las persecuciones por delitos de lesa-magestad, dictó sentencia de muerte contra todos los esclavos ó libertos que hubiesen denunciado á sus amos, y prohibió que en lo suce-

sivo se admitiese su testimonio. Los buenos ciudadanos pudieron aspirar á los cargos; Tácito llegó á ser cónsul. Los pobres obtuvieron distribuciones de tierras, y merced á una economía severa halló los recursos necesarios para aliviar á las ciudades afligidas por alguna calamidad, y atender al mantenimiento de los niños abandonados. Los envió á las diferentes ciudades de Italia para que los criasen y educasen. Por último, no quiso hacer uso de su poder sino en beneficio del Estado, y unir estas dos cosas tan incompatibles hasta entonces: el poder y la libertad. En el frontispicio de su morada hizo grabar estas palabras: *Palacio público.*

Lo mismo que Tito, deliberaba acerca de todos los asuntos con el senado, y juró que no mandaria dar muerte á ningun senador. Habiendo conspirado uno de ellos contra él, le desterró. Pero aquel príncipe bondadoso carecia de energía. Los pretorianos sublevados exigieron que les entregasen los asesinos de Domiciano, á quienes hicieron perecer en los suplicios, y aun Nerva se vió obligado á dar gracias á los soldados por haber castigado á los delincuentes. Pero al menos tuvo el convencimiento de su propia dibilidad; esto fué lo que le determinó á adoptar con preferencia á todos sus parientes, á Trajano, al mejor general y al que disfrutaba de mas nombradía; entonces estaba mandando en Colonia á las legiones del Rhin inferior. Tres meses despues murió Nerva (27 de enero de 98).

Trajano (98—117); su administracion.

Trajano, el mas grande entre todos los emperadores romanos, tenia 46 años cuando le adoptó Nerva. Era español; pero hallábase tan adelantada la amalgama de los diferentes pueblos del imperio que nadie pensó en echar en cara al nuevo monarca su orígen provincial. Mandó comparecer enseguida á los autores de la sedicion; ninguno de ellos se atrevió á negarse, y los degradó, los desterró ó los castigó con pena de muerte, severidad que mostraba en que manos habia caido

el imperio. Despues de la muerte de Nerva, reconocido ya como emperador por el senado, el pueblo y los ejércitos, permaneció todavía un año en las orillas del Rhin para terminar lo que tan bien habia comenzado, la pacificacion de las fronteras y el restablecimiento de la disciplina. Este último punto era cosa fácil de obtener para un príncipe criado en los campamentos, y que se imponia á sí mismo las privaciones y las fatigas que exigia á sus soldados. Cuando se puso en marcha para Italia, los legionarios de su escolta en ningun punto del tránsito dieron márgen á que se tuviese queja alguna. Quiso entrar en Roma á pié; Plotina, su mujer, siguió su ejemplo, y al subir por las gradas del palacio se volvió para decir á la multitud: «Tal como entro aquí quiero volver á salir.» La elevada estatura y porte marcial del nuevo emperador imponian; pero su afabilidad y su deferencia hácia el mérito ó la edad cautivaban muy luego los corazones, y toda su conducta demostró que era uno de los mejores príncipes que tuvo Roma; por eso el senado y el pueblo le confirieron por unanimidad el sobrenombre de *Optimo*, con el título de padre de la patria.

Trajano, lo mismo que Nerva, abrió su morada á todos los ciudadanos, y el palacio volvió á tomar el aspecto sencillo y severo que habia tenido en tiempo de Vespasiano. A los que le reconvenian porque, permitiendo sobrada familiaridad, disminuia el respeto debido á los príncipes, les contestó: «Seré para con los demás como yo hubiera deseado que los emperadores fuesen para conmigo, siendo yo un simple ciudadano.» Lo mismo que Augusto, tambien, visitaba como simple particular á sus antiguos amigos y asistia á sus fiestas de familia. Un dia que quisieron infundirle sospechas contra un senador, fué sin guardias á cenar á su casa, diciendo al dia siguiente á los que le acusaban: «Si hubiese querido matarme, lo hubiera hecho ayer.» Por lo demás, echó á los delatores, no solo de su corte, sino de Roma y de la Italia. La reaccion en favor de la Italia habia de pronunciarse mas aun bajo el dominio de un emperador de orígen provincial. En efecto,

contra lo hasta entonces acostumbrado, extendió á la Italia entera las gratificaciones prometidas en cada nuevo reinado; pagó las del pueblo antes que las de los soldados, y suprimió los donativos de feliz advenimiento ofrecidos por las provincias y las ciudades. Para estimular la poblacion, distribuyó á varias ciudades de Italia dinero y rentas destinadas á mantener niños pobres, y con el fin de volver á llevar á la península la vida que se iba alejando, exigió que todos los candidatos para los cargos del Estado tuviesen por lo menos la tercera parte de su fortuna en bienes raíces situados en Italia. Los emperadores nunca habian pensado en surtir de provisiones mas que á Roma; Trajano removió todos los obstáculos que estorbaban la circulacion de los granos por las provincias, y el comercio, desembarazado de trabas, derramó la abundacia por todas partes. Tanto ganó con esto la Italia, que Roma pudo prestar entonces al Egipto, reducido al hambre por lo insuficiente de la crecida del Nilo, los mismos servicios que de él recibia todos los años.

Económico para sí mismo, avaro con los fondos públicos, disminuyó los impuestos al paso que aumentaba las rentas del erario. Vendió los numerosos palacios, las casas de recreo que sus predecesores habian adquirido por medio de las confiscaciones, y por fin, segun dice Plinio, el Estado llegó á ser mas grande que el patrimonio del príncipe. Suprimió las injustas extensiones dadas sucesivamente á la cuota del vigésimo de las herencias. Los procuradores fueron designados por suerte, y en los pleitos con la hacienda se permitió recusarlos para obtener los jueces ordinarios. Cada romano que fallecia estaba casi obligado á dejar al emperador una parte de su sucesion para asegurar el resto á sus herederos. En tiempo de Trajano ya no hubo legados impuestos en nombre del monarca. El senado casi podia creer que habia vuelto á su antiguo poderío. Hacia mucho tiempo que solo servia para proclamar la voluntad del jefe del Estado, para sentenciar á sus víctimas, ó para expedir decretos aduladores. A la sazon deliberaba realmente, y ningun car-

go se obtenia sino por su conducto. Trajano restituyó tambien las elecciones á los comicios; al menos, parecia que los candidatos solicitaban como en otro tiempo, los sufragios del pueblo. El mismo pretendia los cargos en el campo de Marte, confundido entre la multitud de los candidatos. Al fin de su tercer consulado juró, con arreglo á la antigua fórmula republicana, que nada habia hecho contrario á las leyes. Habia dicho, tambien, al entregar al prefecto del pretorio la espada, emblema de su mando: «Sírvete de esa espada en favor mio, si obro bien, y contra mí si obro mal.»

Su justicia fué mas equitativa que severa. Preferia dejar á un delincuente sin castigo, á sentenciar á un inocente. Prohibió que se dictase sentencia contra un ausente cuando se trataba de un asunto criminal. Para comprender cuan universal y vigilante era su solicitud, no hay mas que leer las cartas de Plinio el jóven, á quien nombró gobernador de Bitinia y le consultaba acerca de los asuntos mas insignificantes. Sus respuestas lacónicas, pero esplícitas, manifiestan mejor que todos los testimonios lo que era aquel grande hombre de Estado. Los monumentos que levantó tuvieron por objeto la utilidad pública ó el adorno de Roma, como la columna Trajana, que refiere todavía sus hazañas. Entre sus obras públicas, las mas importantes fueron una carretera que atravesaba todo el imperio desde el Ponto-Euxino hasta las Galias, y un camino que construyó por entre las lagunas pontinas. Otras muchas vías militares, trazadas por él, facilitaron la accion rápida del gobierno imperial. El fué quien hizo abrir á su costa los puertos de Ancona y de Civita-Vecchia (*Centum Cellæ.*) Puentes construidos en España y que aun existen (el de Alcántara sobre el Tajo), colonias establecidas en diferentes parages, ya fuera como estaciones militares ó como plazas de comercio, la biblioteca Ulpiana, que llegó á ser la mas rica de Roma, etc., muestran que su actividad se extendia á todo.

Desgraciadamente aquel gran príncipe no supo librarse de los vergonzosos vicios ni de los errores de sus contemporá-

neos. Vióse obligado á mandar que no se cumpliesen las órdenes que diese despues de sus prolongadas comidas, y continuó considerando á los que profesaban el cristianismo como si cometiesen un crímen de Estado; de modo que en el tiempo de uno de los mejores emperadores hay que contar la tercera persecucion contra los cristianos. No considerando á estos sino bajo el punto de vista en que un magistrado romano se veia obligado á colocarse por sus preocupaciones, sus inclinaciones y las leyes del imperio, formaban una secta enemiga del culto público, trabajando en la oscuridad en provecho de doctrinas desconocidas y odiosas, para conquistar numerosos prosélitos, y que por sus vínculos, su gerarquía y sus reuniones secretas, formaban otro Estado dentro del mismo Estado. Confundia desde luego, como lo habia hecho toda la antigüedad griega y romana, la vida religiosa con la vida política, subordinando esta á aquella, y los emperadores, aun los mejores, creyendo que no tenian mas deber que el de mantener la paz y el órden, querian en ambas esferas el mismo silencio y la misma docilidad. Los que reclamaban la independencia de su patria eran castigados lo mismo que los que pedian la libertad de su iglesia, Sabino lo mismo que Simon de Goria, los druidas lo mismo que los cristianos. Plinio, que encontraba á un gran número de cristianos en su gobierno, preguntó al príncipe qué regla de conducta habia de seguir respecto de ellos. Trajano, como pontífice máximo, quiso hacer respetar los dioses del imperio, y como gefe del Estado castigar las reuniones secretas con arreglo á las antiguas leyes. Prohibió que se buscase á los cristianos, pero mandó que se procediese rigurosamente contra los que se presentasen. El mismo sentenció á Ignacio, obispo de Antioquía, á ser echado á los leones: error deplorable que le hacia confundir á los mártires con los culpables.

Guerras de Trajano contra los Dacios y los Partos.

Sin embargo, estos diferentes cuidados no ocuparon sino la

parte mas pequeña del reinado de Trajano. Antes de su advenimiento se habia distinguido contra los Partos y los Judíos. En el Rhin habia restablecido la disciplina y condenado al reposo los turbulentos pueblos que habitaban en la orilla derecha, y sobre todo á los Bructeros. Fueron tan buenas las medidas que adoptó en aquella frontera, que durante su reinado no llegó á turbarse la tranquilidad en ellas. Quiso establecer el mismo órden en el Danubio, y dirigió personalmente una expedicion contra los Dacios (101). Decébalo habia vuelto á tomar las armas desde que los romanos le negaban las cantidades prometidas por Domiciano, y habia formado liga con los Sarmatas y los Partos. Trajano pasó el rio al frente de 60,000 hombres, venció á los Dacios en tres grandes batallas, se apoderó de su capital Sarmicegetusa y les obligó á solicitar la paz (103). Como en los antiguos tiempos, envió á los diputados á que tratasen con el senado. En el año 104, se sublevaron de nuevo. Trajano volvió á las orillas del Danubio, construyó sobre el rio un puente de piedra cuyos restos se ven todavía (1), penetró varias veces en la Dacia, venció á Decébalo, quien se dió la muerte, y redujo el país á provincia (106). Enviáronse allá numerosos colonos, alzáronse ciudades florecientes (2), y hoy todo un pueblo habla todavía en las orillas del Danubio un idioma que casi es la lengua de los contemporáneos de Trajano. Un triunfo y fiestas que duraron 123 dias, combates de gladiadores en que se degollaron 10,000 cautivos, y cacerías en que se contaron hasta 11,000 fieras, celebraron aquella conquista que, poniendo á cubierto la Mesia y la Tracia, permitió á la civilizacion que hiciese rápidos progresos en aquellas provincias.

(1) Cerca de Czernitz, tres leguas mas abajo de las puertas de Hierro. Tenia 50 metros de altura desde los cimientos, 20 de ancho, y algo mas de 1.000 de largo; 20 ó 22 pilares de piedra sostenian los arcos que eran de madera (D' Anville, *Geografía antigua*, I, 345.)

(2) Parece que fundó tambien varias ciudades en la Mecia y la Tracia. como Trajanopolis y Plotinopolis, en Tracia; Ulpia, Colonia y Marcianopolis en Mesia.

El Occidente estaba pacificado. Trajano se ocupó entonces del Oriente, cuyas fronteras amenazaban los Partos. Su rey Kosroes habia expulsado al monarca que reinaba en Armenia, y puesto en su lugar á su sobrino Partamasiris. Trajano mostró el mismo talento en aquella guerra, y para concluir de una vez con las revoluciones perpétuas de la Armenia, como habia concluido con las incursiones de los Dacios, convirtió aquel país en una provincia, despues de haber hecho dar muerte á su rey. Los príncipes de escasa importancia del istmo caucásico, los reyes de Colchida y de Iberia, prometieron una obediencia mas completa, y los Albanos recibieron al príncipe que él les dió. Uno de sus lugar-tenientes, Cornelio Palma, habia sometido ya en el año 105 á una parte de los árabes. El imperio parto, atacado así por sus dos flancos, por el Sudoeste y el Nordeste, fué por fin invadido. Trajano echó un puente sobre el Tigris, penetró en la Mesopotamia y dictó la paz á Kosroes (1).

Una nueva expedicion fué aun mas brillante. En 115 conquistó á Ctesiphon, y tomó á Seleucia y Susa, en donde encontró el trono de oro macizo de los monarcas persas. La Siria y una parte de la Mesopotamia fueron reducidas al estado de provincias romanas. Como recuerdo de estas victorias, la ciudad de Benevento le levantó un arco de triunfo que aun subsiste. Hallándose sometida toda la region Occidental del imperio pártico, hizo construir una flota sobre el Tigris, bajó hasta la embocadura de este rio y del Eufrates, en el golfo Pérsico, y recorrió todo este mar. «Si fuese yo mas jóven, decia, iria á conquistar las Indias.» Preocupábale mucho el recuerdo de Alejandro, su héroe predilecto y al que habia tomado por modelo. Se consoló de no poder seguir sus huellas sojuzgando una parte de la Arabia que las armas

(1) Las fechas de estas guerras son dudosas; deben hallarse colocadas entre los años 106 y 112. La cronología armenia pone la muerte de Kosroes en 111. «Es probable, dice Mr. Saint Martin, que en aquella época se disputasen el imperio varios pretendientes, lo cual contribuiria á facilitar los progresos de Trajano.

del guerrero macedonio no llegaron á visitar. Estas conquistas rápidas y brillantes no podian ser duraderas. Los vencidos se sublevaron en todas partes durante el alejamiento del emperador, y cuando volvió á Babilonia, supo que uno de sus generales habia sido derrotado y muerto. Otros, mas afortunados, recuperaron á Seleucia, Nisibe y Edesia; pero los romanos vieron frustrados sus esfuerzos delante de Atra, y los Judíos volvieron á sublevarse en todas partes, en Mesopotamia, en Chipre, en Egipto, en Cirene. Corrieron torrentes de sangre. Trajano no tuvo siquiera el consuelo de ver el fin de aquella sublevacion terrible. Triste y desalentado, dió á los Partos un rey llamado Partamáspates, al que muy luego expulsaron; y dejando á Adriano al frente del ejército de Siria, fué á morir á Selinonte, en Cilicia (11 de agosto de 117). Sus cenizas fueron trasladadas á Roma y sepultadas al pié de la columna que aun lleva su nombre (1). El senado, durante mucho tiempo, rindió un tributo brillante á su memoria deseando á cada nuevo emperador que fuese *felicior Augusto, melior Trajano.*

Adriano (117—138); sus viages; reorganizacion de la administracion principal.

Trajano no dejaba hijos, y como Alejandro, no designó quien debia sucederle; pero la emperatriz Plotina declaró que

(1) Esta columna de órden dórico, tiene 132 piés de elevacion, 12 en su base, y 10 en su parte superior. Hállase formada de 34 trozos de mármol blanco ahuecados por su parte interior, en donde se ha practicado una escalera de caracol de 182 escalones, á la que dán luz 43 aberturas pequeñas. En su extremo superior hay una estátua dorada del emperador. Varios trofeos adornan los cuatros frentes del pedestal, y en los cuatro ángulos hay unas águilas que sostienen coronas de laurel. En el cuerpo de la columna hay un bajo relieve continuado en espiral que representa todos los hechos de la guerra. Cuéntanse en él 2,500 figuras de 2 piés de altura. Es el modelo de la columna Vendome de Paris, y la fuente mas rica en que han bebido los anticuarios para conocer las armas y los usos militares de los romanos y de los bárbaros.

su esposo, en sus últimos momentos, habia adoptado á Adriano, cuyo padre era primo de Trajano, y él mismo se habia casado con Sabina, sobrina del emperador. Ocultó durante algunos dias la muerte del emperador, con el fin de poder avisar á Adriano que se hallaba en Antioquía con una division del ejército. Se trasladó presuroso á Selinonte é hizo que los soldados le proclamasen. El senado reconoció sin vacilar al elegido de las legiones.

Adriano, español lo mismo que Trajano, estaba dotado de cualidades eminentes, se habia distinguido en las últimas guerras y podia creerse que iba á continuar el reinado guerrero de su predecesor. Sin embargo, no fué así; Augusto volvió á suceder á César; el príncipe hábil y pacífico, al guerrero; el genio de la administracion, al de las conquistas. «Si me sucede alguna desgracia, te recomiendo las provincias,» habia dicho Trajano al jurisconsulto Prisco, á quien juzgaba digno del imperio. Estas palabras parece que siempre las tuvo presentes Adriano en su imaginacion. Léjos de buscar nuevas guerras, para poder consagrar todo su cuidado á la administracion interior, se apresuró á terminar las que aun duraban. El final del reinado de Trajano habia sido señalado de una manera muy triste por rebeliones numerosas. Los Judíos aun estaban con las armas en la mano; los Moros, los Sarmatas y los Bretones las habian tomado. Por medio de una mezcla de fuerza y de habilidad les obligó á que las abandonasen.

Trajano habia traspuesto los límites fijados al imperio por Augusto y aun por la misma naturaleza. Ocupar la Dacia era buena política, porque era preciso dominar á aquellos Dacios que habian humillado á las águilas romanas, y así se sustituia la frontera tan débil del Danubio, que cada invierno podia pasar el enemigo por encima del hielo, con la línea mucho mas difícil de atravesar que formaban los montes Carpatos. Pero en Oriente era peligroso pasar el Tigris. Adriano toleró que los Partos recuperasen la Asiria y la Mesopotamia, solo que llevó demasiado léjos este sistema dejan-

do declinar la influencia romana en la Armenia, la cual tomó un rey nacional. En el Occidente, en vez de ir á buscar á los belicosos Caledonios al centro de sus montañas para detener sus incursiones, levantó una muralla que se extendió desde las bocas del Tyne hasta el golfo de Solway (*Vallum Adriani*): aun subsisten restos numerosos de ella, y los denominan el muro de los Pictos. Decidido á poner el imperio en un pié de defensa respetable en cuantos puntos faltaban las fronteras naturales, terminó en las orillas del Rhin las fortificaciones que cubrian las tierras de los Decumatos. Tambien hubiera querido abandonar la Dacia, pero hallábanse establecidos en aquella colonia sobrados colonos romanos para que pudiese retirarlos de allí sin cometer una injusticia, ni dejarlos expuestos á la espada de los bárbaros sin demostrar cólera. A-menos, como medida de prudencia, destruyó una parte del puente que Trajano habia construido, y por medio de subsidios anuales obtuvo que los Roxolanos y los Sarmatas, á quienes expulsó de la Iliria, conservasen la paz con el imperio.

En su reinado no hubo mas que una sola guerra, pero fué espantosa. Adriano, testigo de la conmocion que los Judíos habian producido en todo Oriente, quiso arrancarlos á su culto para sustraerlos á aquellas esperanzas eternas de un vengador prometido por Jehová á su raza. Borró el nombre de la ciudad de David que se convirtió en Elia Capitolina; erigió en ella altares á todos los dioses, y prohibió á los Judíos que practicasen su sangriento bautismo. Así pues, para estos era cuestion de perder su nacionalidad religiosa, como habian perdido ya la nacionalidad política. A la voz del doctor Akiba, intentaron probar otra vez la fortuna de las armas. Tomaron por jefe (133) á Barcochebas, el hijo de la Estrella, que se suponia el esperado Mesías. Renováronse los horrores de la última guerra judía del tiempo de Vespasiano, pereciendo 582,000 judíos; toda la Judea fué asolada, y el pueblo que quedó fué reducido á la esclavitud. Se les prohibió que se acercasen á Jerusalen, y solo una vez al año

podian ir á cantar las lamentaciones de sus profetas al pié de las ruinas de la Ciudad Santa.

En el interior consagró Adriano sus esfuerzos á regularizar la administracion. Dedicó á esta obra un espíritu de organizacion y de justicia en extremo notable. «Te has salvado,» decia á uno de sus enemigos á quien encontró despues de su advenimiento. Un dia en que se negaba á escuchar á una pobre muger, esta le dijo: «¿Para qué eres emperador?» Entonces la oyó con la mayor paciencia. Los correos estaban sostenidos por las ciudades: él los tomó á su cargo; el Erario tenia créditos antiguos; perdonó á las provincias cuanto le debian hacia 16 años, y mandó quemar los registros en el foro.

Adriano, coronado despues de los excesos de la tiranía y de los de la gloria, hizo dos cosas: condenó la política belicosa de Trajano y trató de hacer imposible que hubiese un nuevo Domiciano, dando al imperio una organizacion mejor. Borró por completo las formas republicanas que se habian perpetuado desde el tiempo de Augusto, é hizo que fuese mas monárquico el gobierno. Dividió todos los oficios en cargos del Estado, del palacio y del ejército, ocupando las magistraturas civiles el primer rango, y las funciones militares el último. Los libertos fueron alejados del palacio, y los cargos de la corte, graduados con arreglo á una gerarquía rigurosa, fueron confiados á caballeros. Para el despacho de los negocios instituyó cuatro cancillerías (*scrinia*), y los prefectos del pretorio, investidos con una autoridad civil y militar á la vez, formaron una especie de ministerio superior. A imitacion de Augusto, Adriano reunió á los jurisconsultos mas ilustres para formar con ellos un consejo secreto del imperio, al que se confirió definitivamente la autoridad legislativa, de modo que los decretos del senado comenzaron á caer en desuso. Las leyes, los edictos, los senado-consultos, en fin todos los manantiales del derecho, formaban una confusion de decisiones que solian ser contradictorias. Salvio Juliano, por órden del emperador, reunió los antiguos edictos pretoria-

nos, coordinó sus disposiciones, y formó una especie de código que fué denominado el *edicto perpétuo*, y que en el año 131 recibió fuerza de ley. Los pretores hubieron de adoptar sus disposiciones, salvo el derecho de añadir, segun las necesidades, reglas de forma y artículos accesorios.

El ejército, lo mismo que el palacio y la alta administracion, fué sometido á una reforma severa. Adriano formó para la disciplina, los ejercicios, y la edad en que se podian obtener los grados, un número considerable de reglamentos que le sobrevivieron. Dió por sí mismo á sus soldados el ejemplo de la sobriedad y del valor para sobrellevar las fatigas, andando jornadas de 20 millas á pié con la cabeza descubierta, en medio de las tropas, y tomando los mismos alimentos que estas. Con arreglo al axioma *si vis pacem, para bellum*, para conservar la paz, ponia al ejército en un pié temible.

La actividad de Adriano se extendió á todas las provincias Las visitó unas despues de otras, primero el Oeste, despues el Oriente, viajando la mayor parte del tiempo á pié, sin pompa, rodeado tan solo de algunos jurisconsultos: sus viajes, salvo algunas interrupciones, duraron 11 años, desde 121 hasta 132. Viendo así todas las cosas por sí mismo, pudo conocer las necesidades verdaderas de los países, corregir los abusos, castigar á los culpables, suprimir las cargas inútiles, y variar muchas cosas para mejorarlas. Estos viages, que nada costaban á las provincias, les aprovechaban, porque en todas partes dejaba el emperador muestras de su munificencia. Muchas ciudades fueron decoradas por él con monumentos expléndidos, como Nimes, en donde acaso construyó el circo en honor de Plotina, Atenas en donde pasó dos invierno, Alejandra y Roma que le debe su castillo de Santangelo (*Molis Adriani*), y el puente que une á esta fortaleza con la ciudad (1). Fundó algunas poblaciones, como Andrinópolis en Tracia, y Antinoopolis en Egipto; y en varias aceptó el

(1) Cerca de Tibur se construyó una quinta célebre en la que se veia la reproduccion de los sitios y de los monumentos que le habian llamado la atencion en sus viajes, el Liceo, la Academia, el valle de Tempé, etc.

título de un cargo municipal. En Atenas, fué Arconte, en Nápoles, demarco, en Itálica, magistrado quinquenal. Por eso, las inscripciones, las medallas, que esta vez no mienten, le llaman el restaurador del imperio, *restitutor orbis*. Si mostró una vanidad excesiva, queriendo brillar en todas las ciencias y en todas las artes; si escribió poemas, obras de historia y de elocuencia, no se le puede reconvenir por haberse dedicado á esas distracciones elevadas, y esa aficion que le indujo á protejer las artes y á favorecer la instruccion de la juventud, por medio de establecimientos públicos. En los estímulos que daba, no olvidó al comercio, á la industria, ni aun á los esclavos, pues hizo que en lo sucesivo solo estuviesen sometidos al fallo de los tribunales, y no ya á los caprichos y á la cólera de sus amos. Las *Ergástulas* se cerraron. Pero estuvo tan ciego como Trajano para no ver lo odioso que era sentenciar á muerte á unos hombres cuyo único crímen consistia en renunciar á las impurezas de la religion oficial. En vez de poner término á la persecucion, se contentó con prohibir que se diese muerte á los cristianos sin acusacion jurídica (126).

La paz, el órden, el bienestar que el imperio debió á aquel príncipe, hicieron olvidar sus culpables debilidades, sus costumbres, que no valian mucho mas que las de su tiempo, la influencia que sobre él dejó que llegase á tener Antinóo, á quien convirtió en un dios, y tambien su carácter irascible, que en varias ocasiones le hizo ser cruel. El célebre constructor del puente de Trajano, Apoliodoro de Damasco, pagó con su vida un juicio harto sincero acerca del talento de Adriano como estatuario. En los primeros dias de su reinado, cuatro consulares acusados de conspiracion, y entre ellos Corn. Palma y el moro Lucio Quieto, á quien Trajano habia pensado elegir por sucesor suyo, fueron sentenciados y ejecutados. Hácia el término de su vida, cuando hubo adoptado á Elio Vero, y por muerte de este á Tito Antonino, comenzaron de nuevo las conspiraciones ó sus sospechas. Su cuñado Serviano pereció con su nieto; acaso sucumbieron todavía otras

víctimas. Por eso el senado, irritado además contra un príncipe que todo lo hacia por sí solo, vaciló durante mucho tiempo, cuando murió en Bayes en 12 de julio de 138, abrigando la intencion de condenar su memoria. Sin embargo, prevalecieron la justicia y los piadosos ruegos de Antonino.

Antonino Pio (138—161); profunda paz.

Los antepasados de Antonino eran originarios de Nimes; establecidos en Roma, habian desempeñado los cargos mas elevados. El mismo Antonino, distinguido por Adriano, habia recibido de este príncipe la administracion de una parte de la Italia, mas tarde, el proconsulado de Asia, y por último, habia sido adoptado por él con la condicion de que á su vez adoptaria á M. Aurelio y á Lucio, hijo de Elio Vero. Durante su reinado de 23 años (138-161), el imperio disfrutó una paz profunda, debida, tanto á sus virtudes, como á su moderacion y al gobierno hábil de su predecesor, que habia apartado para algun tiempo las causas de desórden. Tan léjos se extendió su nombradía que los príncipes de la India, de la Bactriana y de la Hircania le escogieron por árbitro en sus contiendas. Sus contemporáneos, agradecidos, le dieron el hermoso sobrenombre de *Padre del género humano*. Nunca elevó á los cargos públicos sino á hombres experimentados y justos, y los dejaba morir en sus puestos, cuando no podia sustituirlos con otros mas hábiles. Una economía prudente en la administracion de la hacienda le facilitó los medios para fundar instituciones útiles; por ejemplo, dos establecimientos de refugio en el que las huérfanas fueron educadas bajo la proteccion de la emperatriz Faustina, y sueldos para los profesores instruidos que nombró, no solo en Roma, como Vespasiano, sino tambien en las grandes ciudades de las provincias. Tambien pudo acudir al auxilio de las ciudades afligidas por alguna calamidad, como Roma, Antioquía, Narbona y Rodas, asoladas por incendios y terremotos. «La riqueza de un príncipe, decia, es la felicidad pública.» Vivia

con sencillez, era accesible para todos, y se hallaba dispuesto á hacer justicia á todas las reclamaciones. Se descubrieron dos conspiraciones contra él: solo los gefes perecieron. Una apología del cristianismo compuesta por el filósofo Justino y presentada al emperador, valió tolerancia y proteccion á los cristianos, numerosos ya en Roma y en las provincias.

Antonino no sostuvo guerra alguna, y no visitó siquiera las provincias, harto pacíficas y bien gobernadas para que su presencia fuese necesaria en ellas. Sin embargo, sus lugartenientes empeñaron algunos combates, en Africa contra los Moros, y en el Danubio contra los Alanos y los Cuados. Los Lacios y los Armenios aceptaron los reyes que les dió. Tambien los Judíos hicieron algunos movimientos, y los Bretones intentaron destruir la muralla de Adriano.

Apiano refiere un hecho que pinta la moderacion de Antonino. Fueron entonces á Roma diputados de pueblos bárbaros que solicitaron ser recibidos como súbditos del imperio y les fué negado. Era la política de Augusto y de Adriano, y con la felicidad de 100 millones de hombres habia producido resultados bastante buenos para que Antonino la siguiese. Pero esta paz producia tambien el olvido del antiguo ardor guerrero; las legiones, inactivas detrás de las murallas de sus campamentos, ya no sabian manejar las armas ni soportar las fatigas, y habia de necesitarse toda la severidad de Avidio Casio para arrancar á los soldados, sobre todo á los de Siria, á su molicie, para hacerles perder la costumbre «de los bailes y de las voluptuosidades peligrosas de Dafné, para hacer que cayesen de sus cabezas las flores con que se coronaban en sus festines.»

Marco Aurelio el filósofo (161—180); ataques de los Germanos.

Cuando Antonino sintió que se acercaba su última hora, hizo llevar la estátua de oro de la Victoria á la habitacion de Marco Aurelio Antonino, denominado el Filósofo. El nuevo emperador acometió la empresa de continuar la adminis-

tracion de sus tres últimos predecesores, y para la proteccion de los pupilos creó un pretor titular, mandó que á los pobres se les diese sepultura á costa del Estado, y por medio de la promulgacion del *edicto provincial* hizo para los gobernadores de provincia lo que Adriano habia hecho para los pretores por medio del edicto perpétuo. De este modo, se perseguia en todas partes la arbitrariedad y se establecia la unidad en la administracion. Concediendo nueva facilidad para obtener el derecho de ciudadanía romana, se preparaba otra unidad, la de las condiciones.

Marco Aurelio habia compartido su título de Augusto con Lucio Vero, que era á la vez su yerno y su hermano adoptivo, hombre entregado á todos los placeres, y que nunca prestó al emperador un concurso útil. Enviado por él, en circunstancias graves, al Oriente, en donde los Partos acababan de destrozar las legiones de Armenia, solo se ocupó en Antioquía de sus vergonzosas orgías, dejando al hábil y célebre Avido Casio sostener victoriosamente la guerra, tomar á Ctesiphon y Seleucia, que destruyó por completo, construir fortalezas en el Osrohene y convertir á Nisibe en baluarte del imperio (165). En el año siguiente, los dos emperadores celebraron con un triunfo el término de aquella guerra. Poco despues se declaró en Roma una peste terrible y asoló todo el imperio. Los pueblos germanos de las orillas del Danubio, que hacia mucho tiempo que permanecian pacíficos, se prepararon al momento para dar un ataque general, y grandes desastres y temblores de tierra acompañaron aquella irrupcion de bárbaros, cual si los dioses hubiesen querido sacudir al imperio romano para sacarlo de su letargo.

Pero el filósofo estóico que á la sazon ocupaba el trono imperial no se dejó asustar; habia aprendido desde muy jóven á someter el cuerpo al alma, sus pasiones á la razon. Para él, la virtud era el único bien, la maldad el único pesar; todo lo demás le era indiferente. En medio de los peligros de la guerra contra los Marcomanos, en las orillas del Danubio, escribió las máximas admirables de la sabiduría estóica en

los doce libros de su obra titulada: Εἰς ἑαυτόν. Severo para consigo mismo, justo y benévolo para con los demás, escepto para con los cristianos, á quienes persiguió, Marco Aurelio halló en su hijo desnaturalizado una causa de contínuos pesares. Su muger, la jóven Faustina, parece que observó tambien una conducta desarreglada, aunque su esposo la elogió varias veces en su libro.

Marco Aurelio, en calidad de filósofo, consideraba la guerra como un baldon y una calamidad. Pero cuando la necesidad de una defensa legítima le puso las armas en la mano, mostró un valor superior. Los Marcomanos, saliendo de la Bohemia bajo el mando de su rey, habian costeado con otros Germanos las orillas del Danubio y atacado la Dacia. Este ataque produjo otros. Casi todo el mundo bárbaro se conmovió, y lo que aun era mas amenazador para el imperio, se puso en movimiento con una armonía que mostraban á la Germania enteramente organizada para la invasion. Los Sarmatas Roxolanos, Cuados, Jucigos, Vándalos y otros pueblos, conocidos tan solo de nombre, formaron una gran liga de la que los Marcomanos solo eran, en cierto modo, la vanguardia. Esta lucha contra los pueblos del Danubio era tanto mas peligrosa cuanto que las mejores tropas del imperio se hallaban detenidas en Oriente, los Chaucos habian invadido al mismo tiempo la Bélgica, y los Celtas habian traspuesto las murallas que guarecian á las tierras de los Decumatos. Los movimientos parciales fueron reprimidos con facilidad; pero de improviso supo Roma con terror que los bárbaros habian pasado el Danubio, saqueado la Panonia y la Iliria, y penetrado hasta las cercanías de Aquilea. Los dos emperadores marcharon á la vez contra ellos; los bárbaros retrocedieron, pero llevándose consigo 100,000 cautivos. Marco Aurelio procuró introducir la division entre ellos; hizo que de la liga se separasen algunas tribus, á las que señaló tierras en Dacia, en Mesia, y aun en la misma Italia. A otros les concedió ciertos privilegios, y admitió en sus tropas á muchos bárbaros. Estas medidas facilitaron un descanso de algunos

años. Al regreso de esta expedicion (dic. de 169) fué cuando la muerte, arrebatando á Vero, libró á Marco Aurelio de un cólega indigno.

Los Germanos, que no habian sido vencidos, volvieron á aparecer bajo las murallas de Aquilea. Marco Aurelio, con el fin de encontrar el dinero necesario para aquella guerra, mandó vender los objetos mas preciosos y las joyas del palacio imperial. El largo reinado pacífico de Antonino, el hambre, la peste, los combates en el Eufrates y en el Rhin, habian disminuido tanto las legiones, ú ocupaban á tantos soldados, que fué preciso armar á muchos esclavos y gladiadores, y volver á alistar bárbaros (172). El enemigo se retiró delante del emperador, pero este comprendió que era necesario dar algun golpe decisivo, y despues de haber constituido á Carnuntum en Panonia en su plaza de armas, atacó con variado éxito á los Marcomanos y á los Jaciges, persiguió á los Cuados hasta su mismo territorio, en donde corrió grave peligro en las orillas del Gran. Una lluvia mezclada con relámpagos y truenos le salvó y dió orígen á la tradicion de la legion fulminante compuesta de cristianos. Un tratado de paz con varias naciones pareció que terminaba gloriosamente aquella guerra (174).

Desde las orillas del Danubio se dirigió Marco Aurelio rápidamente á la Siria (175) para apaciguar la rebelion de Casio ó cederle el imperio, si tal era, decia, la voluntad de los dioses. Casio fué muerto por sus soldados, y el emperador se quejó de que le hubiesen privado el placer de convertir á un adversario en amigo suyo. Al menos no hubo mas víctimas. «Haced que esta insurreccion, escribia con nobleza al senado, no haya costado la vida sino á los que murieron en el primer tumulto.» Casi al momento comenzaron de nuevo sus incursiones (178) los Marcomanos y otros pueblos que habitaban al Norte del Danubio y del Ponto-Euxino, los Basternos y los Alanos á quienes la gran nacion de los Godos impelia delante de sí. El desgraciado emperador, á quien la adversa fortuna condenaba á vivir en los campamentos, se

apresuró á marchar contra ellos con su hijo Cómodo; pero se detuvo en Carnuntum, desde donde dirigió las operaciones militares. Los bárbaros opusieron una resistencia enérgica, y las supuestas victorias de los romanos quedaron sin resultado. Marco Aurelio, profundamente desalentado, murió el 7 de marzo de 180, en Vindabona (Viena), ó segun otros en Sirmium, dejando á su hijo, con el imperio, una guerra temible.

Cómodo (180—192).

Cuando Marco Aurelio, segun la costumbre, fué colocado en el rango de los dioses, le sucedió Lucio Cómodo Antonino el cual solo contaba 19 años de edad, y la debilidad de su padre habia dejado que se arraigasen en él pasiones desordenadas que muy luego le convirtieron en un estúpido tirano. Se apresuró á estipular la paz con los Marcomanos y los Cuados, quienes prometieron no acercarse al rio á menor distancia de 5 millas, y no celebrar juntas generales sino en presencia de centuriones romanos. Mas de 20,000 bárbaros entraron al servicio del imperio, lo que era entregarles los secretos de la táctica romana. Desde las orillas del Danubio precipitó Cómodo su regreso á Roma, en donde se entregó á todos los placeres y á su loca pasion por la caza y los combates del circo. Le vieron combatir 735 veces y recibir en cada una su salario como gladiador. Tambien es preciso decir que con frecuencia se contentó con desempeñar el papel de conductor, de carro en el Circo; el de Hércules en la arena, consistiendo toda su ambicion en asemejarse á aquel héroe de la fuerza bruta; quiso que le llamasen el Hércules romano, y en las monedas se hizo representar con los atributos del semi-dios.

El prefecto de los guardias, Perenis, estuvo encargado, al pronto, de todos los cuidados del gobierno y, continuó la administracion precedente; pero algunos soldados descontentos que habian ido desde Bretaña á Roma para acusarle por

su dureza, le asesinaron (186). Fué sustituido como prefecto del pretorio y favorito del príncipe por el liberto Cleandero, Frigio, quien hizo dinero de todo, hasta de la vida y la honra de los ciudadanos. Los empleos, las sentencias, nada había que no vendiese. Tres años despues, el favorito cruel y avaro fué muerto en una sedicion popular producida por el hambre y la peste.

La crueldad de Cómodo, provocada por las conspiraciones no conoció ya límites. Antes de la muerte de Perenis, un asesino pagado por su hermana Lucila, viuda de Vero, se habia precipitado sobre él, diciendo: «Hé aquí el puñal que el senado te envia.» En el año 187, un desertor, gefe de bandidos, desde la Galia y la España habia citado á todos los suyos en Roma para un dia fijo, con el fin de degollar al hijo indigno de Marco Aurelio y ocupar su puesto. Denunciado por un cómplice suyo, fué capturado y muerto. Pero Cómodo, alarmado y harto bien servido por una policía secreta y por los delatores que habian vuelto á aparecer en número considerable, lanzó sentencias de muerte contra los hombres mas virtuosos, contra sus parientes y deudos, contra el senado y aun contra el eminente jurisconsulto Salvio Juliano. Para no tener que temer cosa alguna de las provincias, retenia en rehenes á su lado á los hijos de los gobernadores, y para estar seguro de Roma concedia ámplia y licenciosa libertad á los pretorianos; pero, como los que mas se acercaban á él eran los que mas amenazados se hallaban, la mano de estos fué la que le hirió. La víspera de las saturnales quiso pasar la noche en una escuela de gladiadores, no obstante las observaciones que le hicieron contra un paso tan indigno de la magestad imperial. Allí escribió en un librito de memorias los nombres de sus víctimas para la noche próxima; á la cabeza figuraban su concubina Marcia, el cortesano Electo, y el prefecto de los guardias Leto. Pero se durmió algunos instantes, y durante su sueño, un niño cogió aquel librito de memorias y jugando se le enseñó á Marcia. Esta se apresuró á anticipársele: despues del baño le dió una bebida

envenenada, y como solo producia un vómito, ella y sus cómplices, á quienes amenazaba igual suerte, hicieron que un atleta vigoroso y jóven ahogase á Cómodo (31 de diciembre de 198). Su cadáver fué sacado secretamente del palacio y se difundió la voz de que habia muerto de un derrame de sangre en el cerebro. El senado hizo arrojar su cuerpo al Tiber y mancilló su memoria. Muy pronto habian de vengarle los pretorianos.

Durante el reinado del último Antonino, solo hubo guerras de escasa importancia en las fronteras de la Bretaña y de la Dacia. Marcelo y Pertinax, antiguos generales de Marco Aurelio, las habian terminado felizmente (182-184).

CAPÍTULO XXIX.

Estado del imperio durante los dos primeros siglos.

LÍMITES Y PROVINCIAS DEL IMPERIO.—VÍAS MILITARES, CAMPAMENTOS, FORTIFICACIONES DE LAS FRONTERAS.—ACTITUD HOSTIL DE LOS GERMANOS Y LOS PERSAS.—AUTORIDAD ABSOLUTA DE LOS EMPERADORES; IMPOTENCIA DEL SENADO; NULIDAD DEL PUEBLO.—ADMINISTRACION DE LA JUSTICIA, DE LA HACIENDA Y DE LOS EJÉRCITOS.—INDUSTRIA Y COMERCIO, DEPRAVACION DE LAS COSTUMBRES.—CARÁCTER DE LA LITERATURA EN TIEMPO DEL IMPERIO.—LUCANIO, SENECA, TÁCITO, LOS DOS PLINIOS.—RELIGION; PROGRESOS DEL CRISTIANISMO.

Límites y provincias del imperio.

El imperio romano tenia una extension de mas de 1000 leguas (4450 kilómetros) desde el Océano al Eufrates, por una latitud media de 500 desde el Danubio al Sahara. Las diferentes provincias que le componian, unidas violentamente unas á otras por la conquista, carecian todavía de la armonía que dan las instituciones generales, y del espíritu nacional, del patriotismo que con suma dificultad podian formarse en el seno de tan extensa dominacion. Augusto reconoció esta causa de debilidad, y se guardó muy bien de acrecentar su imperio por medio de nuevas victorias; sus sucesores le imitaron y exceptuando á Trajano, ningun emperador traspuso los límites que la misma naturaleza habia fijado: el Atlántico, el Rhin, el Danubio, el Eufrates, las cata-

ratas, del Nilo, los desiertos del Africa y el Atlas. Desde el tiempo de Augusto, el imperio no adquirió realmente mas que la Bretaña hasta la muralla de los Pictos y la Dacia. Sin embargo, se habian formado varias provincias nuevas, unas veces á costa de las antiguas ó de los países aliados, y otras con las nuevas conquistas; de modo que su número habia subido desde 20 á unas 87 (1).

Aun subsistia la division en provincias del emperador y provincias del senado; pero las últimas no se habian acrecentado desde la particion hecha por Augusto. Por lo demás, el emperador era tan absoluto en unas como en otras.

Vias militares, campamentos, fortificaciones de las fronteras.

Los emperadores, herederos de los censores de la república, continuaron las obras que estos habian comenzado. Augusto consagró particular atencion á reparar ó seguir construyendo las vías romanas. Por su órden, y muchas veces á costa suya, se volvieron á poner en buen estado todos los ca-

(1) Además de las que hemos nombrado anteriormente, habia las dos *Germanias*, los *Alpes marítimos*, la *Retia*, la *Nórica*, la *Mesia*, las dos *Panonias*, divididas en tiempo de Vespasiano y de Trajano en *Panonia superior* y *Panonia inferior*, la *Galacia* con la *Licaonia*, la *Panfilia*, con la *Licia*, creadas en tiempo de Augusto; la *Capadocia*, en tiempo de Tiberio; la *Numidia*, en tiempo de Caligula; las dos *Mauritanias*, la *Judea*, en tiempo de Claudio; los *Alpes cocianos*, en tiempo de Neron; la *Gallicia* con las *Asturias*, la *Tracia*, las *Islas* y la *Comagenes*, en tiempo de Vespasiano; la *Bretaña*, en tiempo de Domiciano; la *Dacia*, la *Armenia menor*, la *Armenia mayor*, la *Asiria*, la *Mesopotamia*, y la *Arabia*, en tiempo de Trajano; en época indeterminada, la *Transpadania*. Adriano abandonó la Armenia mayor, la Asiria y la Mesopotamia, pero Avidio Casio en tiempo de Marco Aurelio, recobró la Mesopotamia. Desde el tiempo de Adriano, sobre todo, fué cuando se hicieron muy frecuentes los desmembramientos de provincias. Este mismo príncipe dividió á la Italia menos los alrededores de Roma (*Urbicaria regio*), en 4 consulariatos: 1.° *Umbría*, *Toscana* y *Piceno*; 2.° *Campania* y *Samnium*; 3.° *Apula* y *Calabria*; 4.° *Lucania* y *Brucio*. Separó el *Epiro* de la Acaya, la *Fenicia* de la Siria, y formó dos *Mesias*. Despues de su época se encuentran dos *Recias*, una *Venecia*, separada quizás en el siglo III de la Transpadania, una *Tesalia* y dos *Tracias*.

minos de Italia, y mientras encargaba á Agripa que abriese otros nuevos por la Galia, él mismo conducia hasta Gades la vía que cruzaba los Pirineos Orientales. Imitáronle sus sucesores, y el imperio se halló cubierto de una red inmensa de caminos militares, que hicieron fuese mas pronta la vigilancia, mas fácil la defensa, y que ayudaron á la propagacion rápida de la civilizacion romana en todas las provincias.

En aquellos caminos se hallaban dispuestas de trecho en trecho *stationes* y *mansiones*, en donde los relevos y todas las cosas necesarias para la rapidez y la seguridad del viage se hallaban preparadas con el mayor cuidado, y en una época en que aquel sistema, tan reciente todavía, no habia recibido aun los perfeccionamientos que despues se le dieron, particularmente por Trajano, Tiberio corrió 200 millas en 24 horas, desde Lyon hasta la Germania, para ir á recibir el último suspiro de su hermano Druso (1).

El imperio habia hecho permanentes los ejércitos, porque una gran fuerza militar era el apoyo indispensable del despotismo; pero los utilizó enviándolos contra los bárbaros. Si no queria retirar sus fronteras, al menos exigia que estuviesen bien defendidas. Así pues, la mayor parte de sus legiones estuvieron escalonadas á lo largo del Rhin, del Danubio y del Eufrates, en donde se establecieron en campamentos que gradualmente llegaron á ser ciudades importantes, como *Castra Regina* (Ratisbona), *Batavia Castra* (Passau), etc. etc.

Es el Asia tambien, en la Osrhoena, á lo largo del Eufrates y en la Arabia Petrea, el Africa, la Tripolitania, y el antiguo país de los Numidas y de los Moros, una línea de puestos fortificados, destinados á vigilar á los bárbaros, y á con-

(1) Pero estas postas solo servian á los agentes del gobierno ó á aquellos que obtenian una licencia especial. Los Romanos hicieron muy pocos canales, porque entonces no sabian construir compuertas. Sin embargo, se conocen la *Fossa Drusiana*, que ponia en comunicacion al Rhin con el lago Flevo; y la *Fossa Corbulanis*, canal de 23 millas de extension entre el Mosa y el Rhin.

tener á los nómadas. Algunas veces, en lugar de fuertes, construían una muralla continuada, como la de Adriano, que consistia en dos líneas paralelas de atrincheramientos, provisto cada uno de un foso, y entre los cuales estaba trazada una vía militar, teniendo el muro septentrional 12 piés de elevacion y 8 de anchura. Contábanse en él 81 torres de 65 piés de diámetro, y entre ellas una multitud de baluartes; 23 fortalezas servian de campos atrincherados á las tropas que custodiaban la muralla. Alzábase otro atrincheramiento entre el Rhin y el Danubio. Esta obra inmensa, de una longitud de 500 á 600 kilómetros, comenzada por Druso, se extendia del Norte al Sur, desde Bohn hasta que encontraba al Danubio cerca de la embocadura del *Nablis* (Naab). Hallábase formada, ya por una muralla guarnecida de torres situadas á una milla de distancia unas de otras, y cuya base extaba defendida por un foso, ya por empalizadas colocadas en el borde interior del foso, y custodiadas por las fortalezas que habia de trecho en trecho. El atrincheramiento de la Dacia, menos importante que los anteriores, era tan solo un terraplen con empalizada que se extendia por todo el valle septentrional del Danubio.

Tambien se mantenian flotillas armadas en los rios grandes, en el Ponto-Euxino y en los dos mares de Italia.

Actitud hostil de los Germanos y de los Persas.

Todas estas precauciones eran muy necesarias, porque en el siglo III, la Germania habia tomado una actitud muy amenazadora. Las antiguas ligas de los Queruscos y de los Marcomanos se hallaban disueltas, pero las habian sustituido otras mas temibles. Algunos Alemanes, mezcla de diferentes tribus suevas, habian formado en el Sudoeste de la Germania un pueblo belicoso y atrevido; y al Norte, entre el Mein, el Rhin y el Weser, los Chaucos, los Ansibaros, los Queruscos, los Chamavios, los Bructeros, los Cattes, los Atuarios y los Sicambros, habian dado orígen á la confederacion de los

Francos, que atacaron incesantemente á los puestos del bajo Rhin, como los Alemanes amenazaron á los del alto Rhin y de la Retia. Por último, al Nordeste se mostraban, desde las fronteras de los Queruscos hasta la península címbrica, los *Sajones*, quienes separados de la Galia por los Francos, habian de ir en sus barcas á saquear las costas. Al Este, los *Godos* habian llegado ya al Danubio y sustituían, pero de una manera mas peligrosa para Roma, á los Dacios vencidos por Trajano, como los *Francos* y los *Alemanes* habian sucedido á las antiguas ligas de los Queruscos y de los Suevos. Las tribus *Vándalas* permanecian aun en las orillas del Oder y del Báltico. En cuanto á los *Suevos*, continuaban subsistiendo en el centro de la Alemania, pero habian concluido de desempeñar su papel; si tomaban parte en los grandes movimientos que se verificaban en torno suyo, no era como nacion independiente, sino mezclándose con los pueblos vecinos, yendo perdidos en medio de ellos á la conquista del imperio romano.

En el momento en que la Germania se organizaba así para el ataque, el advenimiento de los Sasánidas restituía á la monarquia persa su antigua religion, su raza sacerdotal de los magos, y su espíritu guerrero y altivo. Así pues, el Eufrates iba á hallarse tan amenazado como el Rhin y el Danubio.

Autoridad absoluta de los emperadores; impotencia del senado; nulidad del pueblo.

A este doble peligro que se alzaba en la doble frontera del imperio, y que han revelado ya las luchas de Marco Aurelio y de Alejandro Severo, respondió el gobierno imperial con un movimiento de concentracion. El principio monárquico se habia desembarazado de las formas republicanas que aun le envolvian. No mas deliberaciones públicas, el senado aun subsistia, pero Adriano habia trasferido sus poderes á su consejo *(consistorium principis)*, el cual trataba secretamente todos los asuntos importantes; y los jurisconsultos habian

declarado ya que la voluntad del príncipe era la ley. Así se habia constituido el despotismo mas absoluto en los asuntos civiles, políticos y religiosos, porque el emperador era gefe de la religion como lo era de los ejércitos, del senado y de lós funcionarios de todos los órdenes. Era á un tiempo poder legislativo, poder ejecutivo y poder judicial.

Este despotismo se apoyaba en las legiones, principalmente en los pretorianos, quienes, sabiendo que eran necesarios, hacian pagar su proteccion con un *donativum* y gratificaciones repetidas, y aun con frecuencia derribaban á un emperador por los motivos mas leves y vendian su sucesion. Su gefe, el prefecto del pretorio, habia llegado á ser la segunda persona del imperio; pero desde el tiempo de Adriano aquel cargo se hallaba dividido entre dos titulares. El despotismo se defendia con los pretorianos; y atacaba con los delatores y las acusaciones de lesa-magestad. Espectáculo singular era el de una tiranía tan completa saliendo del seno de una república que pareció vivir mucho tiempo todavía. La esplicacion de este fenómeno es muy sencilla: el imperio no tenia instituciones generales que sujetasen al príncipe al mismo tiempo que á los súbditos, y además, la sociedad romana era doble, pues habia la sociedad política y la sociedad civil; la una formada de 500 á 600 familias nobles ó ricas, á las que diezmaba el emperador porque incesantemente se veía amenazado por ellas; la otra compuesta de la masa del pueblo y de los provinciales. Sobre estos tenia el emperador, por derecho de conquista, una autoridad absoluta que no podia tardar en extenderse tambien, por la sola fuerza de las cosas, á la minoría que formaba el pueblo romano. Durante algun tiempo, esta usurpacion se ocultó bajo formas republicanas; pero muy pronto se reveló la realidad, y desde entonces no dejaron de salir conspiraciones y asesinatos del seno del antiguo pueblo soberano. De aquí resultó una lucha espantosa, y las sangrientas escenas del anfiteatro se trasladaron al senado. Pero mas abajo de aquella region de las tempestades y de las revoluciones, los provin-

ciales vivian tranquilos, casi felices, y apoyaban á un gobierno que, dando la paz y el órden á 100 millones de hombres, habia favorecido singularmente los progresos de la civilizacion y del bienestar. Tiberio y Domiciano no habian sido aborrecidos en las provincias; aun en tiempo de os tiranos mas odiosos continuaban los progresos de la sociedad civil, merced á los jurisconsultos que se esforzaban para generalizar los derechos y fundarlos cada vez mas en la equidad.

La sucesion al trono no tenia mas regla que la voluntad del finado príncipe, y especialmente de los caprichos de la soldadesca cuyo asentimiento era preciso comprar ante todo. La confirmacion por el senado del recien electo emperador era una vana formalidad. La herencia, por mas que diga Tácito, no era odiosa para los romanos; pero, por una fatalidad extraña, todas las familias imperiales eran estériles. La adopcion suplió con frecuencia á la herencia natural que faltaba, y dió al imperio sus mejores príncipes. Pero esta instabilidad, que obligó á apelar incesantemente á la buena voluntad de los pretorianos, dió por resultado entregar en sus manos un derecho de eleccion que las legiones muy luego juzgaron conveniente disputarles; de aquí tantas revoluciones sangrientas que acaso hubiera evitado una organizacion mas fuerte del poder civil, sustraido á la preponderancia opresora del poder militar.

La situacion del senado era muy indeterminada. Bajo la dominacion de algunos príncipes parecia ser todavía el gran consejo representativo de todo el imperio; bajo la de otros, no se le consultaba. Estas alternativas de poder y de debilidad revelan su impotencia harto real y verdadera.

En cuanto al pueblo romano, ya no era mas que un recuerdo; solo se oía su voz en el circo ó cuando reinaba la escasez y el hambre. Reclamaciones que se formulaban rara vez y que siempre eran muy modestas: *Panem et circenses!* y como en este punto el emperador era siempre buen amo, el pueblo, que le veía humillar á sus antiguos opresores y ha-

lagar sus caprichos, le aplaudia y le amaba: siempre lloró á Neron.

Augusto habia conservado una pálida imágen de los antiguos comicios; Tiberio borró hasta esa sombra de añejos derechos. Calígula, en un momento de capricho, restableció la reorganizacion de Augusto, y en otro la de Tiberio. En el siglo III, todos los nombramientos pertenecian al príncipe, Sin embargo, los buenos emperadores no resolvian sino á propuesta del senado y despues de haber consultado á la opinion pública, y aun en este mismo caso se celebraban todavía los comicios con la antigua solemnidad y se enarbolaba la bandera en el Janículo.

Administracion de la justicia, de la hacienda y de los ejércitos.

Los senado-consultos expedidos á consecuencia de propuesta verbal ó escrita del emperador, y las constituciones de los príncipes *(rescripta, decreta, mandata, edicta,)* habian sustituido á las leyes votadas en otro tiempo en la asamblea pública. Los pretores y los demás magistrados conservaban su derecho de promulgar edictos, pero con la condicion de que habian de estar conformes con los principios de los jurisconsultos, cuya influencia crecia diariamente. Uno de ellos, Salvio Juliano, habia hecho la primera codificacion del derecho romano, el *edictum perpetuum*, del cual no pudieron prescindir los pretores sino en los casos no previstos.

El emperador, juez supremo, recibia las apelaciones en última instancia; un consejo distinto del consistorio encargado de los negocios políticos, el *auditorium*, le ayudaba á juzgar las apelaciones y las causas que habia reservado para sí. Los *judicia publica*, se resolvian por lo general en el senado, ejecutor de la justicia imperial. Los pretores y el prefecto de la ciudad, asistidos por jueces tomados de entre los senadores, los caballeros y el pueblo, sentenciaban en

materia civil. Los centumviros, tribunal independiente del pretor, habian sido ascendidos por Augusto al número de 180 y divididos en 4 colegios con arreglo á la clase de asuntos que habian de resolver.

Augusto habia dividido á Roma en 14 barrios vigilados por 7 cohortes de guardias nocturnos, y creó inspectores de calles, de monumentos, de acueductos, del Tíber, etc. Un prefecto de los víveres tenia el encargo exclusivo de sostener la abundancia en la ciudad. La intendencia de los juegos públicos habia pasado de los ediles á los pretores, y los gastos se costeaban por el tesoro público. Habia procurado limitar el lujo que se desplegaba en los festines, combatido la aficionada pasion á los juegos de gladiadores, á los astrólogos, y á los adivinos, y consagrado sus esfuerzos á reformar las costumbres. Pero estas leyes, renovadas por algunos de sus sucesores, fueron impotentes, y Roma, el centro del despotismo, vió estallar los desórdenes y los crímenes nacidos de las malas pasiones que la tiranía desarrolla en torno suyo.

El establecimiento de la monarquía habia producido grandes cambios en la administracion de la hacienda. La necesidad de pagar sueldo á un ejército permanente, á los guardias, á las escuadras, y á los funcionarios á quienes Augusto señaló una asignacion para hacerles ser mas dependientes; la construccion de grandes carreteras por el imperio, la ereccion de monumentos y de edificios públicos, el establecimiento de fábricas imperiales; fundaciones útiles, como las de bibliotecas y de cursos explicados por profesores á quienes pagaba el Estado; las medidas de beneficencia adoptadas respecto de los enfermos, los necesitados, los niños pobres (1), etc., por último, las gratificaciones al pueblo, á los

(1) Trajano consagró una cantidad importante, aumentada por Adriano y Antonino, al sostenimiento de 5.000 niños pobres. Plinio el Jóven dió á Como, su patria, una posesion cuyas rentas habian de emplearse en o mismo objeto. Otros particulares imitaron este ejemplo.

soldados (1), á los cortesanos, y el lujo de la corte imperial, consumieron sumas enormes que salian, ya fuese del *fiscus*, tesoro particular del príncipe, ó del *ærarium* ó tesoro público, cuya administracion habia conservado el senado, aunque con la condicion de ponerle á disposicion del emperador cuantas veces lo exigiese este. Es imposible formar un cuadro exacto de los ingresos y gastos del imperio, porque se ha perdido el que compuso Augusto *(rationarium imperii)*, y no poseemos la estadística que nos promete Apiano en su prefacio. Acaso ascendieran los ingresos á 400 millones, sin comprender en ellos los recursos extraordinarios suministrados por los legados y las confiscaciones, recursos muy importantes, porque casi todos los Romanos, al morir, legaban algo al emperador, y habia mas de 30 clases de delitos que llevaban en sí el castigo de la confiscacion. Tiberio y Antonino, cuando murieron, dejaron un tesoro de 300 millones.

El sistema de Hacienda varió poco despues de Augusto; pero como la fortuna de los Romanos no se hallaba mejor garantida que su libertad y sus derechos políticos, los emperadores multiplicaron y acrecentaron los impuestos segun su capricho. ¡Qué cantidades se necesitaban para satisfacer las insensatas prodigalidades de los Nerones, los Vitelios y los Eliogábalos! Un impuesto muy productivo era el del vigésimo de las herencias, los legados y las donaciones por testamento. Solo recaía sobre los ciudadanos; Caracalla, para hacer que produjese mas aun, dió el derecho de ciudadanía á todos los provinciales y exigió hasta el décimo de las sucesiones. Adriano creó el *abogado del fisco* que, en cada provincia, hubo de plantear por ante el *procurador* ó intendente de hacienda todos los procedimientos necesarios para obligar al pago á los deudores de mala ley.

La organizacion militar, que desde la fundacion de Roma

(1) El *donativum* concedido por Marco Aurelio le costó, para cada soldado, mas de 3,500 francos.

habia estado siempre íntimamente unida con su organizacion política, fué modificada de una manera profunda por el establecimiento de la monarquía. El apoyo que Augusto no quiso buscar en instituciones, se le pidió á los soldados; instituyó un ejército permanente que formó un pueblo aparte en el imperio. Además de las 10 cohortes pretorianas y de los soldados germanos que formaban su guardia particular, Augusto habia tenido 23 ó 25 legiones, hubo 30 en tiempo de Trajano, y 32 en el de Severo. Cada legion tenia 10 cohortes, la primera de 1105 infantes y de 132 caballos, las otras nueve de á 555 de infantes y 66 caballos, en todo 6,600 infantes y 726 caballos. Cada legion llevaba en pos de sí 10 máquinas grandes de guerra *(onagri)*, y 55 pequeñas *(carrobalistæ)* que lanzaban flechas y piedras. Desde el tiempro de Trajano hasta el de Constantino, la cohorte fué dividida en 6 centurias de á 80 infantes cada una, y por lo tanto la legion no tuvo ya mas que 4,800 infantes. La caballería *(alæ)* contaba 1,000 hombres divididos en 24 escuadrones *(turmæ)*, ó 500 que solo formaban 12.

La decadencia del arte militar produjo una reduccion en la infantería y un aumento en la caballería y en las máquinas. Gibbon hace ascender el ejército regular á 375,000 hombres. El órden de batalla se acercaba mucho al de la falange macedónica. Los auxiliares eran cuando menos tan numerosos como los legionarios, porque varios pueblos bárbaros suministraban cuerpos enteros, como los Bátavos cuya caballería gozaba de gran fama. Estos auxiliares conservaban su trage nacional y sus armas; servian de tropas ligeras.

Como la Italia y las antiguas provincias se negaban á tomar parte en el servicio militar, el ejército apenas era romano (1). En la Iliria, en la Tracia y en las provincias fronterizas y semi-bárbaras era donde se reclutaban las legiones. Abun-

(1) Roma y la Italia habian sido formalmente eximidas del servicio militar desde el tiempo de Augusto. *Herod.*, II, VI y VII.

daban mucho en ellas los germanos, y los generales cuyos nombres bárbaros atestiguaban su orígen extrangero, eran cada dia mas numerosos. En tiempo de Constantino y de Teodosio, hemos de ver que tanto los gefes como los soldados eran bárbaros. A tales ejércitos no se les podia pedir ni el patriotismo ni los sentimientos de honor y de obediencia que animaban á las antiguas legiones. Servian por el dinero y por el botin que con frecuencia tomaban del mismo imperio mas bien que del enemigo. La decadencia de las instituciones militares fué una de las causas principales de la caida del imperio

Industria y comercio; depravacion de las costumbres.

La Italia, despoblada por las guerras civiles, por la concentracion de las propiedades, por la fundacion de las colonias militares y por la ruina de la agricultura, habia llegado al extremo de no poderse bastar á sí misma, y Roma, para su subsistencia, tenia que contar con los trigos del Africa. La industria no ocupaba en Roma los brazos que la agricultura dejaba libres, porque los emperadores se habian encargado de alimentar la ociosidad del populacho con sus distribuciones de trigo, vino, aceite y carne á mas de 200,000 pobres (1). Todos los beneficios del comercio y del ejercicio de los oficios correspondian especialmente á los libertos y á los extrangeros; pero tenian que luchar con la competencia de los esclavos de los grandes que formaban talleres en los que se fabricaban todas las cosas necesarias para la vida, y aun una parte de los artículos de lujo. La medicina y las artes las ejercian ellos, por lo general, y aun suministraban preceptores y sábios á sus patronos.

Pero Roma no constituía todo el imperio. Las mismas necesidades de la inmensa capital daban márgen á un comercio

(1) Séptime Severo, al morir, dejó en los graneros de Roma trigo para 7 años, contando á 75,000 fanegas diarias. Hacia distribuciones de aceite; Aureliano añadió raciones de carne de cerdo y dió pan en vez de trigo.

considerable. Por eso, qué movimiento de negocios habia de establecerse desde el Océano al Eufrates, entre aquellas mil ciudades á las que enriquecia la paz, en cuyo seno se habia despertado la industria, y que se hallaban reunidas bajo la misma dominacion! Desgraciadamente, casi ningun dato tenemos acerca de la industria de las provincias y de aquel comercio interior que facilitaban las vías militares. Solo la prosperidad del imperio bajo el dominio de los Antoninos es el que anuncia su extension. Cuando mas, se sabe algo acerca de los cambios verificados con los países extrangeros y con las principales plazas de comercio. Las caravanas llevaban del Asia central á la Asiria, la Mesopotamia y la Armenia, los tapices de Babilonia de variados colores; los vasos preciosos de la Partiena de los que uno solo valia algunas veces 300 talentos; el acero, las pieles, la sedería de Persia y de la Sérica; la seda cruda que elaboraban en las fábricas de Alejandría y de las ciudades griegas, en donde se compraba á peso de oro. Algunos buques mercantes se aventuraban en el Océano Atlántico, pero flotas enteras iban á buscar en las costas de Africa, de la Arabia y de las Indias, piedras preciosas, conchas de tortuga, márfil, telas, ébano, incienso, perfumes, especias, maderas preciosas, perlas de la Trapobania y del golfo Pérsico, tres veces mas caras que el oro, etc. Myos-Ormos, en el mar Rojo, era el depósito principal de éste comercio. Dioscurias, en las costas de la Colchida, hacia un gran tráfico de esclavos y servia de mercado á los pueblos establecidos entre el mar Caspio y el mar Negro. Alejandría, Marsella, Cádiz, Bizancio, Antioquía, Palmira, Seleucia y las islas de Naxos, de Cos y de Rodas, eran las plazas principales de donde los Romanos sacaban cuanto les hacia falta para sus necesidades ó su lujo. Delos era el mercado principal de esclavos de todo el imperio. El Norte del Africa (granos, frutas y fieras); la España (lanas finas, miel, cera, carnes saladas); la Bretaña (estaño); la Galia (paños, ganado, aceite, obras de hierro, de plomo, y de estaño), tomaban parte en aquel inmenso movimiento de negocios, por los pro-

ductos de su agricultura y de su industria. Por las provincias del Danubio iba el ámbar del Báltico, del que un solo pedazo labrado en figurita y llevado como talisman, costaba mas caro que un hombre vivo. El Ponto suministraba cueros y pescado salado; el Egipto papirus, vidrio, alfarería y lino; la Grecia objetos de arte y tejidos finos, etc., etc.; Tiro, su púrpura siempre tan cara que la pagaban hasta á 1,000 dracmas la libra. «En cada año, dice Plinio, la India, la Sérica y la Arabia nos arrebatan 100 millones de sextercios (21 millones de francos.)»

La paz tiene sus peligros lo mismo que la guerra; sobrada quietud, bienestar y riqueza enervan las almas y producen la corrupcion. En este concepto, la Roma de los emperadores apenas era peor que la de la república, pero los desórdenes de que eran teatro las orillas del Tiber se habian extendido de unos á otros y llegado á todas las grandes ciudades, que tomaban á empeño copiar á la capital. Augusto y algunos otros emperadores habian combatido inútilmente el mal por medio de leyes; otros, Calígula, Neron, Vitelio, Cómodo, Eliogábalo, y las emperatrices Mesalina, Agripina y Sabina, que con su ejemplo predicaban la inmoralidad y la depravacion mas escandalosa, eran mejor escuchados. Parecia que el objeto exclusivo de la vida consistia en satisfacer una sensualidad que algunas veces, de puro refinada, era hedionda; en tiempo de Augusto, Apicio conquistaba la celebridad encontrando el medio de hacer comer siempre. Petronio, en su *Festin de Trimalcion*, ha descrito aquel lujo de la mesa, único arte en el que los Romanos llegaron á ser maestros consumados.

Pero estas costumbres no solo eran infames, sino tambien crueles. Para el pueblo las grandes fiestas eran aquellas en que el anfiteatro rebosaba sangre. El mismo Tito daba prolongados combates en el circo, y el mas grande entre todos los emperadores romanos, Trajano, despues de su segundo triunfo dácico, hizo aparecer 10,000 gladiadores. Durante 103 dias estuvieron degollando hombres y fieras. Despues que

concluian estos juegos sangrientos, acudian al teatro á ver á los bailarines y los mimos. Espectáculos impuros despues de espectáculos de muerte; y para los mas austeros, escuelas de retóricos que pronunciaban vanas é insustanciales declamaciones; hé ahí la enseñanza que recibia el pueblo romano. Algunos ejemplos de valor, de fidelidad y de heroismo, dados por los niños, las mujeres y los esclavos de los proscritos, como Epicaris, y Arria, algunas hermosas muertes estóicas, como la de Tráseas, demostraban, afortunadamente, que para la virtud y para la dignidad humana no habia proscripcion (1).

Carácter de la literatura en tiempo del imperio.

El establecimiento de un gobierno monárquico, la formacion de una corte, habian de ejercer una influencia perniciosa en la literatura. Esta se separó del pueblo para vivir en el palacio del príncipe y en las casas de los grandes, léjos de las inspiraciones fuertes y originales que pudiera haber encontrado en la multitud; pero, ¿habia pueblo romano?

Con un gobierno hipócrita, con una religion avergonzada de sí misma, con un pueblo envilecido y una sociedad sin una idea generosa, ¿qué podia llegar á ser la literatura? Lo que fué, ingeniosa, esmerada, y sobre todo declamatoria. Faltaban en ella la idea y la pasion; todo se consagró á la forma. ¿Qué habian de hacer Séneca, Lucano, Tácito, y Plinio el Jóven en su *Panegírico*? Todos ellos declamar, y solo uno con distinguido talento.

(1) Epicaris, cortesana romana, tomó parte en una conspiracion contra Neron. Sometida al tormento, nada reveló; habiéndola amenazado con aplicársele por segunda vez, temió que se debilitase su valor y se ahogó con su cinturon. Arria era mujer del senador Peto. Le condujeron á Roma, acusado de conspirar contra Claudio. Su mujer fué con él, y ántes de llegar á la ciudad se clavó un puñal en el pecho, y luego, tendiendo el arma á su marido, le dijo: «Toma, Peto, no hace daño.» Su hija, casada con Tráseas, tambien queria morir con él, y solo renunció á su propósito cuando su padre la hubo mandado que viviese para cuidar de sus hijos.

Carneades habia introducido en Roma, siglo y medio antes de nuestra era, el estudio de la retórica. Sus sucesores, jefes de la nueva Academia, no conservaron de la doctrina de Platon sino justamente lo necesario para grangearse un poco de respeto y conservar alguna gravedad. Sus tendencias verdaderas no fueron sino prácticas, y su escuela llegó á serlo de hombres de Estado, en la que la ocupacion principal fué el arte de hablar y disputar bien con el fin de apoderarse de aquella arma temible de la palabra que, en una república borrascosa, servia para conquistar los cargos, la fortuna y la gloria, ó salvaba la vida. Mientras hubo una tribuna se oyeron oradores; pero cuando Augusto *pacificó hasta la elocuencia*, la retórica, es decir, el efecto estudiado, sustituyó á la pasion, y lo que solo era un trabajo preparatorio continuó siendo el ejercicio de la vida entera. De aquí el tono forzado al cual se elevó la literatura del imperio. En el tiempo de Augusto, con Tito Livio, aun era oratoria; en tiempo de Claudio, con Séneca, el hábil arreglador de palabras, ya no hacia mas que retórica; en tiempo de Neron, declamaba en la *Farsalia*, y habria hecho gustosa como el emperador que, enfrente de Roma ardiendo cogió su lira y cantó la ruina de Troya.

La literatura romana, manteniéndose tan léjos de la vida positiva, no podia vivir mucho tiempo: apenas pasó de la época de los Antoninos. En la lengua es en lo que primero aparece la decadencia. Los Griegos decian: «La lengua de los hombres es como su vida.» En efecto, el hermoso idioma de Ciceron y de Virgilio se corrompió bajo las mismas influencias que rebajaban al genio romano. El griego habia llegado á ser la lengua de la sociedad ilustrada y de la corte. Adriano se habia helenizado en tal manera que pronunciaba ridículamente el latin, y en griego esplicaba Plutarco en Roma, en griego escribia Marco Aurelio sus pensamientos. Aquellos extrangeros, que habian acudido á la capital desde todos los rincones del imperio, llevaron á ella expresiones, frases y giros nuevos. Desde el tiempo de Augusto, Asinio Pelion, Me-

cenas, Galion, habian tomado bajo su patronato aquellas importaciones extrangeras que desfiguraban el antiguo idioma del Lacio. Este mismo idioma, extendiéndose á todas las provincias occidentales, hubo de hacer ámplias concesiones á las costumbres nacionales. La antigua sencillez, y la naturalidad se perdieron. El estilo de la poesía llegó á ser el de la prosa; se buscaron las expresiones desusadas, raras, y de aquí resultó una lengua pomposa que formó singular contraste con la vulgaridad de las ideas y de los sentimientos que tenia que expresar, cuando no era Tácito quien la hablaba.

Esta decadencia se hizo sentir despues de lo que se llama el siglo de Augusto, aunque siempre se hubiese conservado la aficion á la literatura en la familia de los Césares. El mismo Augusto, Germánico, Tiberio, Calígula, Claudio, Neron, escribieron en verso ó en prosa; pero la tiranía degradaba á las musas al querer arrancarles venales lisonjas, ó las asustaba cuando, por sus escritos, precipitaba desde la roca Tarpeya á Saturnino, ahogaba en la cárcel á Paconiano, y daba muerte á Escauro, á Cremucio Cordo y á muchos otros. No era porque la aficion á la literatura hubiese decaido; por el contrario, gustaban los libros, los buscaban; se formaban bibliotecas que al menos salvaban los antiguos tesoros de las literaturas griega y romana, y como esta aficion se extendia á la provincia, fué útil para la propagacion de los libros por todo el imperio. Habia libreros en Autun, en Lyon, y se sabe que los *Epigramas* de Marcial circulaban por la Galia y la Bretaña. Tambien habia sociedades literarias. Augusto fundó una academia en el palacio imperial; Calígula creó la de Lyon. A ejemplo de Vespasiano, que señaló á ciertos profesores un sueldo de 100.000 sextercios (1), con exencion de algunas cargas públicas, Trajano, Adriano, y los Antoninos establecieron cursos públicos en varias ciudades, concediendo una asignacion de 9.000 dracmas á los que los esplicasen. Te-

(1) Los músicos y las actores tenian un sueldo doble, y aun cuádruplo, pero en esto hacemos nosotros las cosas mucho mejor que los antiguos.

das las grandes ciudades tenian además escuelas que se convertian en otros tantos focos de los que la luz se difundia de unos en otros hasta las provincias mas remotas. Y sin embargo, por dó quiera se revelaba la decadencia.

Lucano, Séneca, Tácito, los dos Plinios.

El español Lucano, sobrino de Séneca, y sentenciado á muerte por Neron á la edad de veinte y nueve años, se colocó todavía á alguna distancia de Virgilio en su *Farsalia*, ya que no por la elegancia de la versificacion y el encanto de los episodios, al menos por el interés de su poema, mucho mas nacional que la Eneida, y por la energía de su estilo, que por desgracia era oscuro y harto afectado con alguna frecuencia. Pero las *Argonauticas* de Val. Flaco (muerto en 88) son muy pálidas al lado de la *Farsalia*. El poema de Silio Itálico sobre la segunda guerra púnica no es sino historia versificada; este poeta fué cónsul en tiempo de Neron en 67. La *Tebaida* de Estacio, muy posterior, porque este nació en 61, es ampulosa y oscura. El tiempo era favorable para la sátira. Persio (muerto en 62) se atuvo á la sátira general. Juvenal (muerto en tiempo de Adriano) azotó sin piedad á las depravadas costumbres de su época. Petronio (muerto en 66) describió en su *Satyricon* orgías incalificables. Hasta el mismo género satírico declinó. Marcial no escribió mas que epígramas, pero compuso mil quinientos. La fábula solo cuenta un nombre, Fedro, contemporáneo de Tiberio, y la tragedia, un nombre tambien, Séneca el trágico.

En la literatura en prosa es menos rápida la caida. Veleyo Patérculo, en tiempo de Tiberio, escribió todavía la historia *(Historia romana)* con suma elegancia. Valerio Máximo, su contemporáneo, fué ya mas declamatorio *(de los hechos memorables)*. Séneca, el preceptor de Neron, el tio de Lucano, añadió un gran nombre á la literatura romana. En sus tratados filosóficos recuerda la facilidad de Ciceron, pero no la pureza de su estilo; las sutilezas y las declamaciones enfrian

á cada momento al lector, quien, sin embargo, se entrega en algunos párrafos al encanto de una moral casi cristiana. Las diez tragedias que se le atribuyen de seguro no son todas suyas. Su falta de plan, la falta de accion, las declamaciones pomposas y vacías muestran la debilidad de la musa trágica entre los romanos. Quintiliano, español lo mismo que Séneca, en su *Institucion oratoria*, trató de contener la decadencia del gusto por medio de sábios preceptos y dando él mismo un modelo.

Plinio el Anciano (*Historia natural*) fué mas célebre por su saber universal que por las galas de su estilo, y murió en 79 por aficion á la ciencia, acercándose demasiado al Vesubio en el momento de la famosa erupcion que sepultó á Herculano y á Pompeya.

Su sobrino Plinio el Jóven escribió en un estilo de decadencia, aunque muy elegante todavía, el *Panegírico de Trajano* y una multitud de *Cartas* en las que se conoce en demasía que fueron compuestas para la posteridad mucho mas que para aquellos á quienes iban dirigidas, lo cual las hace ser frias y de escaso interés. Tuvo por amigo á uno de los escritores mas eminentes de la lengua latina, C. Cornelio Tácito, el yerno de Agrícola, el pintor inmortal de los Césares en sus *Anales* y sus Historias, el pintor verídico de los Bárbaros en su *Germania*. Ambos florecian en tiempo de Trajano.

Esta lista puede aumentarse todavía con algunos nombres menos célebres: el agrónomo Columela y el geógrafo Mela, en tiempo de Claudio; Quinto-Curcio, el historiador de Alejandro, que mezcla sobradas fábulas con sus narraciones; se le cree contemporáneo de Vespasiano; Suetonio, quien, en tiempo de Adriano escribió una biografía de los doce Césares; Floro, contemporáneo de Tácito y de Plinio, quien dejó un compendio enfático de la historia romana; Frontino, quien en tiempo de Domiciano escribió un tratado de los acueductos y cuatro libros sobre la táctica militar.

Despues de Adriano se detuvo el movimiento. La poesía épica habia muerto ya; los diferentes géneros líricos se ex-

tinguian sucesivamente, la historia no era ya sino biografía, y la poesía lo mismo que la prosa, no ofrecía mas que nombres oscuros. Para encontrar un poeta de algun valor es preciso remontarse hasta Nemesiano, que vivia en tiempo de Numeriano. Su contemporáneo Calpurnio dejó églogas muy notables. En cuanto á la prosa encontramos al retórico Fronton (en tiempo de Antonino), al que se atrevieron á comparar con Ciceron; á Justino, el abreviador de Trogo Pompeyo (en tiempo de Marco Aurelio), á los seis compiladores de la *Historia Augusta*, Esparciano, Vopisco, Lampridio, etc., á los panegiristas, Claudio Mamertino (en tiempo de Diocleciano) y Eumenio (en tiempo de Constantino).

Si la historia es descuidada, la novela se muestra con brillantez bajo la pluma de Apuleyo, y la jurisprudencia se eleva á grande altura con Papiniano, Paulo, Gayo y Ulpiano. Estos grandes legistas prepararon, con sus trabajos, la gloria de la jurisprudencia romana que fundaba el derecho sobre estos tres preceptos: vivir honradamente, no perjudicar á un tercero, y dar á cada uno lo que le pertenece. Citemos, tambien, á Julio Obsequens (*de Prodigiis*), á Censorino (*de Die natali*); al agrónomo Paladio (siglo III); á los gramáticos Solino (siglos II y III) y Aulo-Gelio (hácia 130); el último nos ha dejado datos preciosos en sus *Noches áticas*. Por último, segun lo hemos dicho ya, la literatura cesaba de hablar en latin (1).

(1) El entendido médico Galiano (en tiempo de Adriano), Tolomeo, el gran geógrafo (en tiempo de los Antoninos), escribian en griego, y el mismo idioma servia á los historiadores Josefo (en tiempo de los Flavios) Apio y Arriano (en tiempo de los Antoninos), Dion Casio y Herodiano (en tiempo de Alejandro Severo), al anticuario Pausanias; á Plutarco, cuyas biografías y tratados de moral son dos libros que, por lo general, suelen leerse mucho; á Diógenes Laercio, para sus vidas de los filósofos; á Ateneo, denominado el Varron griego por su vasta erudicion; á Luciano, el autor de tan satíricos diálogos; al fabulista Babrio (todos del siglo II); á los sofistas Dion Crisóstomo (en tiempo de los Flavios), Hermógenes y Máximo de Tiro (en tiempo de Marco Aurelio), Filóstrato (en tiempo de los príncipes sirios), Aristides y Favorino (en tiempo de Adriano), Longino (en el de Aureliano); á los filósofos Filon (en el de Calígula), Epicteto (en el de los Flavios), Marco Aurelio,

En las artes propiamente dichas, la decadencia no era tan marcada como en las letras. Bajo la sombría tiranía de Tiberio fueron poco estimuladas; este príncipe no erigió monumento alguno. Neron gustaba de lo imposible, tomaba lo gigantesco por lo grandioso; de aquí sus esfuerzos de mal gusto, su *casa de oro* y aquella estátua colosal que hizo esculpir por Zenodoro, y cuya idea le había sido inspirada, sin duda, por el coloso de Mercurio, hecho por el mismo artista para los Arvernos. Vespasiano formó una galería de cuadros en el templo de la Paz, y erigió el arco de Tito y el Coliseo, que fué concluido por su hijo. En el siglo II lanzó el arte un reflejo postrero. Entonces, Roma y las grandes ciudades del imperio se adornaron con numerosos monumentos y se poblaron con aquellas estátuas, ya fuesen llevadas de la Grecia, ó copiadas ó inspiradas por sus obras maestras, y que halladas mas tarde, renovaron el arte moderno.

En el número de los monumentos mas importantes de aquella época, figuran: las columnas de Trajano y de Antonino, las Termas de Tito, en donde se ha descubierto el *Laocoonte* (1), los arcos de Trajano en Ancona y en Benevento, el circo de Nimes y el templo de la misma ciudad denominado la Casa Cuadrada, los puentes del Danubio, del Gard, de Alcántara y de Mérida, el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, concluido por Adriano siete siglos despues de que Pisistrato echase sus cimientos, la gran casa de recreo del mismo príncipe en Tibur, en donde quiso hallar de nuevo la imágen fiel de cuanto habia admirado en sus viages, el templo del Sol en Heliopolis (Balbeck), construido probablemente en tiempo de Antonino, y cuyas imponentes ruinas ocupan todavía una extension de 4 á 5 kilómetros. Añadiremos las estátuas de Antínoo, las de los emperadores, sus bustos, los camafeos, las medallas, y mencionemos tambien las habitaciones particulares, para cuyo decorado eran lla-

Sexto Empírico (en el siglo II), Plotino y Porfiro (siglo III) y Longo, cuya época es desconocida.

(1) El Apolo de Belvedere fué hallado en el palacio de Antium.

nadas todas las artes, porque ya no habia entre los grandes mas rivalidad que la del lujo, y sus riquezas se invertian en trages de seda y de púrpura, en muebles preciosos, en curiosidades costosas, en edificios espléndidos; gastos inútiles cuando se vivia en el foro y en el campo de Marte, ó en una quinta rústica.

El cristianismo, la filosofía y aun las supersticiones orientales batian en brecha á la antigua religion, y esta, al caer, arrastró en su caida al arte que habia crecido á su sombra. Los artistas comenzaron á escasear y olvidaron los secretos de su oficio. Los disturbios que muy luego habian de llegar, las incursiones de los Bárbaros y el empobrecimiento universal, completaron su ruina. El arco de Galiano, de simple piedra de Tibur, sin mármol ni adorno alguno, muestra que en el siglo III ni siquiera se buscaban ya los materiales de valor, despues de haberlos empleado en demasía. La arquitectura, la estatuaria y la pintura fueron las primeras que degeneraron; solo se sostuvieron las medallas, las piedras grabadas y los mosáicos. De esta decadencia habia de salir un arte nuevo, el bizantino, especie de transicion entre el antiguo que buscaba lo bello para la misma forma, y el arte cristiano que solo habia de servirse de la forma para la expresion de la idea.

Religion; progresos del Cristianismo

Las religiones, aun las peores, son muy lentas en morir; se necesitan siglos para arrancar minuciosamente lo que han sembrado los siglos. En tiempo de Ciceron no podian mirarse ya uno á otro dos augures sin reirse, y en los cien años últimos de la república, las saturnales de la fuerza habian aumentado la incredulidad. La protesta de los estóicos contra las degradaciones de la religion oficial solo pudo reunir en el siglo I á algunas almas privilegiadas. La moral casi cristiana, de Epicteto, de Marco-Aurelio y de los libros de Séneca, arrebataba al paganismo á aquellos que se

respetaban á sí mismos, pero sus doctrinas austeras y varoniles no podian bajar hasta la multitud.

Así pues, hundíase el antiguo culto, al que nada sostenía y habíanse callado gradualmente los oráculos, tachados de impostura por los mismos paganos (1). Los templos de los dioses permanecian desiertos, y Luciano entregaba impunemente sus ficciones á los sarcasmos de una sátira sangrienta. Los que permanecian fieles á la antigua creencia se vieron obligados á modificarla profundamente, formándose una doctrina que, respetando muy poco la antigua religion oficial, aceptó los dioses de todos los cultos y de todos los países. Adriano favoreció este sistema que se desarrolló en tiempo de Alejandro Severo, de Galiano y de Juliano. Pero en vano quisieron los neoplatónicos regenerar su degradado culto por medio de una moral mas severa y aun por dogmas nuevos. Esta tentativa para unir elementos incompatibles habia de ser y fué impotente. Los pueblos incapaces de seguir á los filósofos en los incomprensibles rodeos de sus sistemas, se dirigieron á cuantos pretendian estar en relacion directa con el cielo.

El supersticioso Oriente se desbordaba entonces sobre el Occidente, se despertaba el talento griego no menos puro y potente que en los hermosos dias de la gran civilizacion helénica, pero mezclado con elementos extrangeros y corrompidos, confuso, inquieto, místico; ante él retrocedió el genio sencillo y enérgico de Roma. Los sacerdotes de la Persia, del Egipto, de la Siria, los astrólogos, los nigrománticos, todos los averiguadores del porvenir á quienes este se oculta siempre, pero que, en ciertas ocasiones, se aprovechan del presente, inundaban las ciudades y atraían en torno suyo á la multitud. Habia recrudescencia de supersticion, por lo mismo que faltaba una creencia grande y fuerte.

(1) Enomaos, filósofo griego, hizo en el siglo segundo una coleccion de las mentiras del oráculo de Delfos. Eusebio nos ha conservado una parte de ella.

Sin embargo, algunos, y aun muchos, habian encontrado esa creencia sencilla y grande.

Jesus habia nacido en Belen, cuatro años antes de la era cristiana (1), bajo el reinado de Herodes. Los Judíos, abrumados de miserias, estaban aguardando la próxima venida del Mesías prometido por los profétas, y San Juan Bautista anunciaba que se hallaba entre ellos. En el décimo quinto año de Tiberio, Jesus, de edad de 32 años, comenzó á ejercer su ministerio público, predicando por todas partes el amor á Dios y á los hombres, la justicia, la caridad, y la esperanza de una vida venidera en la que serian recompensados los buenos y castigados los malos. «Bienaventurados aquellos que son dulces de carácter, decia, ellos poseerán la tierra; bienaventurados los que sufren, ellos serán consolados; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, ellos se saciarán.—Ya sabeis que se ha dicho: No matarás. Pero yo os digo que el que se encolerize contra su hermano merecerá ser sentenciado por el consejo. Así pues, si cuando llevais vuestra ofrenda al altar os acordais de que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestro donativo y corred presuroso á reconciliaros con él; despues ireis á presentar vuestra ofrenda.—Ya sabeis que se ha dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo aquel que mira á una muger con ojos codiciosos ha cometido ya en su corazon el adulterio.—Se ha dicho: Ojo por ojo, diente por diente. Yo os digo: Si alguien os pega en la megilla derecha, presentadle la izquierda. Si alguien quiere pleitear para obtener vuestra túnica, abandonadle tambien vuestro manto. —Se ha dicho: Amareis á vuestro prójimo y aborrecereis á vuestro enemigo. Y yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á quien os aborrece, orad por quien os persigue.

(1) Este error de 4 años proviene de un error de cálculo sufrido por Dionisio el Exiguo monge del siglo VI, quien introdujo la costumbre de contar los años desde el nacimiento de Jesucristo. Los benedictinos colocan este acontecimiento en el dia 25 de diciembre del año 747 despues de la fundacion de Roma, ó sea el año 7 antes de la era vulgar.

Porque, si no amais mas que á quien os ama, ¿qué recompensa obtendreis? No hagais vuestras buenas obras para que os miren los hombres, pues de lo contrario no recibireis la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Así pues, cuando deis limosna no hagais que toquen la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados por los hombres. En verdad os digo que aquellas gentes han recibido ya su recompensa. Pero que vuestra mano derecha no sepa lo que hace vuestra mano izquierda, con el fin de que vuestra limosna sea un secreto y de que vuestro Padre, que todo lo vé, os dé la recompensa.—Cuando oreis, no os parezcais á los hipócritas que permanecen de pié en las sinagogas y en las esquinas de las calles para que les vean los hombres. En verdad os digo que esas gentes han recibido ya su recompensa. Pero entrad en vuestra habitacion, cerrad la puerta y rogad en secreto á vuestro Padre.—Que vuestras oraciones sean breves y no como las de los paganos, quienes imaginan que por la multitud de las palabras será por lo que les atiendan. Porque vuestro Padre sabe lo que necesitais antes de que se lo hayais pedido. Así pues, rezareis de este modo: Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentacion. Mas líbranos de mal. Amen.—No juzgueis, á fin de no ser juzgados. ¿Por qué veis una paja en el ojo de vuestro hermano, cuando no veis la viga que está en vuestro ojo?—No hagais al prójimo lo que no quisierais que os hicieran á vosotros mismos, que tal es la ley y tales son los profetas.»

Esta moral era nueva para los hombres á quienes los fariseos no pedian sino prácticas exteriores. Por eso sumia á todos en profunda admiracion aquella doctrina pura y sencilla. Los pobres, los oprimidos y los débiles tenian fé en el que solo hablaba de dulzura y de caridad.

El Nuevo Testamento refiere numerosos milagros de Jesus; los leprosos curados, los paralíticos que andaban, los ciegos que veían, los muertos que resucitaban, y tambien la cólera de los fariseos que veían al pueblo abandonar sus reuniones para seguir á Jesus. Al pronto procuraron hacer que se pusiese en contradiccion consigo mismo, y le propusieron cuestiones capciosas. Concluyendo por acusarle ante Pilatos, gobernador de Judea, de que amotinaba á la multitud en torno suyo y de que queria hacer que le proclamasen rey de los Judíos. Vendido por Judas despues de su última cena con sus doce discípulos, Jesus fué conducido ante Pilatos, quien le interrogó y quedó convencido de su inocencia. Sin embargo, no tuvo la energía suficiente para salvarle, y le abandonó á los fariseos diciendo: «Que la sangre de ese justo recaiga sobre vuestras cabezas.»

Los cuatro *Evangelistas*, San Mateo, San Lucas, San Marcos y San Juan, han escrito la relacion de la pasion de Jesus, azotado, coronado de espinas, crucificado entre dos ladrones, que resucitó al tercer dia, y ascendió al cielo 40 dias despues de su muerte. *Los Hechos de los apóstoles* refieren la dispersion de los doce discípulos que salieron de Jerusalen para ir á instruir y á bautizar á las naciones: Pedro, Andrés hermano de Pedro, Juan el evangelista, Felipe, Santiago el Mayor, Bartolomé, Tomas, Mateo, Simon, Tadeo ó Judas, Santiago el Menor, y Judas Iscariote, quien, despues de su traicion, fué sustituido por Matías. A San Pablo, que no se convirtió sino despues de la primera persecucion, le denominan el Apóstol de los gentiles.

Los Hechos de los Apóstoles muestran como fué llevada á los gentiles la *buena noticia* (el evangelio). Los Apóstoles predicaron primero en Jerusalen, y esta predicacion produjo la primera persecucion; el gran sacerdote les mandó prender; pero un fariseo, Gamaliel, les salvó diciendo á los sacerdotes: «No os mezcleis en lo que concierne á esas gentes, y dejadles obrar. Si su obra procede de los hombres, será destruida; si procede de Dios, no podreis derribarla, y os vereis ex-

puestos al peligro de combatir contra el mismo Señor.»

Sin embargo, como los doce Apóstoles no podian bastar para todos los cuidados de su ministerio, indujeron á los discípulos á que eligiesen siete diáconos que cuidasen de las ofrendas. Esteban, que fué de este número, fué la primera víctima de los sacerdotes. Produjeron testigos falsos que decian: «Ese hombre no cesa de proferir blasfemias contra el lugar santo y contra la ley.» Y el pueblo amotinado arrastró al diácono fuera de la ciudad, en donde fué apedreado. Dispersados los Apóstoles, la persecucion no hizo sino difundir á lo léjos sus palabras. Y habiendo ido Felipe á Samaria, predicó allí el nombre de Jesus bautizando en el camino de Gaza al superintendente de los tesoros de Candacia, reina de Etiopia; en Cesarea convirtió Pedro á un centurion romano.

Saulo, dicen los *Hechos de los Apóstoles*, que copiamos en todo este relato, abreviándolos, respirando siempre ódio contra el Señor, fué á buscar al gran sacerdote y le pidió cartas para la sinagoga de Damasco, queriendo llevar presos á Jerusalen á cuantos cristianos encontrase. Pero al llegar cerca de los muros de Damasco se vió rodeado de improviso de una luz celestial; cayó con la cara hácia el suelo y oyó una voz que decia: «Saulo, Saulo, ¿porqué perseguirme?—¿ Quien sois, Señor?—Soy Jesucristo; levántate y entra en la ciudad: en ella te dirán lo que has de hacer.» En efecto, en Damasco encontró á los discípulos, quienes le instruyeron, y muy luego predicó él mismo el nuevo Evangelio. Algunos Judíos, irritados, quisieron darle muerte, pero se escapó de entre sus manos. En Jerusalen, los discípulos vacilaron al pronto para recibirle en su seno, pero cuando los apóstoles hubieron llegado á saber por Bernabé la vision de Saulo cerca de Damasco, y sus valerosas predicaciones, le conservaron en medio de ellos.

El apostolado de los gentiles fué sobre todo la mision de Saulo, quien despues de haber convertido en la isla de Chipre al procónsul Pablo, tomó su nombre. Desde allí pasó al Asia Menor, á la Macedonia y á la Grecia. En Atenas comen-

taba Pablo diariamente las Escrituras en la Sinagoga de los Judíos y en las plazas públicas. Conducido ante el areópago, dijo: «Atenienses, me parece que en todas las cosas sois religiosos con exceso, porque habiendo mirado, al pasar, las estátuas de vuestros dioses, hasta he encontrado un altar en el cual estaba escrito: *Al dios desconocido!* Ese Dios á quien adorais sin conocerle es el que yo os anuncio. El Dios que ha creado el mundo no habita en templos hechos por la mano de los hombres; él, que nos dá la vida y el movimiento, no es semejante al oro, á la plata ni á la piedra con que la industria de los hombres ha formado su figura. Ahora hace anunciar la penitencia á todos los hombres, porque ha fijado el dia en que juzgará al mundo, porque ha marcado el juicio resucitándole de entre los muertos....» Al oir estas palabras, unos se burlaron y otros le dijeron: «Otro dia te oiremos.» Sin embargo, varios se unieron á él y abrazaron la fe; entre estos se hallaba Dionisio, senador del areópago.

Desde Atenas fué Pablo á Corinto, en donde permaneció año y medio predicando y convirtiendo, y escribió sus primeras epístolas. En Efeso se halló muy prócsimo á perecer, porque un platero que ganaba mucho dinero fabricando ídolos y modelos pequeños del templo de Diana, hechos de plata, amotinó contra el discípulo á los que se dedicaban á aquella clase de trabajos. La ciudad se llenó de confusion, y por todas partes se oía este grito: «Viva la gran Diana de los Efesios!» Sin embargo, el escribano de la ciudad logró apaciguar la sedicion; hizo temer á los habitantes la cólera de Roma. «No podríamos alegar razon alguna, dijo, para justificar ese tumulto; estamos en peligro de ser acusados de rebelion.» Cuando hubo cesado el tumulto, Pablo regresó á Macedonia para afirmar en su fe á los discípulos que habia dejado allí, y despues se trasladó de nuevo á Jerusalen. Los Judíos, irritados por los triunfos de su apostolado entre los gentiles, quisieron darle muerte; pero el tribuno romano que mandaba en la ciudad le salvó.

El gobernador de Cesarea le tuvo preso durante dos años, hasta que al fin Pablo apeló á Cesar, y fué enviado á Italia en un buque que naufragó cerca de Malta. Absuelto de la acusacion formulada contra él, ofendió á Neron atrayendo á la fe, y por consiguiente á la pureza, á una muger de la corte, y en 29 de junio de 65 fué decapitado. Segun la tradicion de la Iglesia, san Pedro fué crucificado en el mismo dia, con la cabeza hácia abajo.

Habiendo sido destrozada Roma en el año anterior por un gran incendio, acusaron á los cristianos de haberle producido, y tomaron este pretexto para comenzar contra ellos la primera persecucion. Los suplicios fueron espantosos; los envolvieron en pieles de animales para hacer que los desgarrasen los perros; los crucificaron, ó les untaron el cuerpo con resina, y Neron se sirvió de ellos, por la noche, como de hachones, para iluminar sus jardines durante una fiesta que dió al pueblo. Pero como dice Tertuliano, la sangre de los mártires fué semilla de cristianos, y la religion de estos, cuya doctrina habian explicado los apóstoles en sus *Epístolas*, se hallaba difundida á la sazon por todo el mundo romano, y especialmente por las provincias orientales (1). Las *Epístolas* de los Apóstoles nos dicen cuales fueron las Iglesias mas importantes hasta el tiempo de Neron. Las *Epístolas* de San Pablo van dirijidas á los Romanos, á los Corintios, á los Galatas, á los Efesios, á los fieles de Filipes y de Tesalónica en Macedonia, de Colosa en Frigia, y á los Hebreos. Santiago escribió á las doce tribus dispersas; San Pedro á los fieles del Ponto, de la Galatia, de la Capadocia, del Asia (antiguo reino de Pérgamo) y de la Bitinia. El *Apocalipsis* de San Juan fué escrito para las siete iglesias de la provincia de Asia: Efesio, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, y Laodicea. Edeso, y sobre todo Antioquía, estaban en primera línea entre las iglesias de Oriente.

(1) El Nuevo Testamento contiene los cuatro *Evangelios*, *los Hechos de los Apóstoles*, 21 *Epístolas* y el *Apocalipsis* de San Juan.

Cinco años despues del martirio de San Pedro y de San Pablo aconteció la destruccion del templo de Jerusalen, y la dispersion de los Judíos; pero en el momento en que sucumbia la antigua ley, la nueva principiaba la conquista del mundo romano. Las persecuciones de Domiciano, de Trajano, de Adriano y de Marco Aurelio pudieron retrasar, acaso, su triunfo, pero no comprometerle en manera alguna.

SESTO PERÍODO.

EL IMPERIO DESDE PERTINAX HASTA DIOCLECIANO,

Ó

ÉPOCA DE LA ANARQUÍA MILITAR.

91 años (193-285 despues de J.-C.).

CAPÍTULO XXX.

Los príncipes sirios (193-235).

PERTINAX Y DIDIO JULIANO (193).—SEVERO DERRIBA Á NIGER Y Á ALBINO (193—197).—GOBIERNO DURO DE SEVERO; GUERRAS CONTRA LOS PARTOS Y LOS BRETONES (197—211).—CARACALLA Y GETA (211—217).—MACRINO (217—218); ELIOGÁBALO (218—222).—ALEJANDRO SEVERO (222—235).

Pertinax y Didio Juliano (193).

Los asesinos de Cómodo se apresuraron á nombrar un emperador. Eligieron á Pertinax, que entonces era prefecto de la ciudad; el senado aprobó su eleccion, y el 1.° de enero de 193, los pretorianos, aunque de mala gana y con la promesa de una gratificacion cuantiosa, prestaron juramento al nuevo príncipe. Pertinax era hijo de un liberto, vendedor de leña en Alba-Pompeya; pero su mérito le habia hecho ascender al rango mas elevado en el ejército. Lleno de experiencia, de equidad y de buenas intenciones, sencillo en su vida privada, decidido á mostrar, respecto del senado, una deferencia que aquella corporacion parecia merecer todavía, sin duda alguna se habria contado Pertinax entre los mejores príncipes si su reinado hubiese sido mas largo.

Queria restablecer el órden en el Estado y en la hacienda, alterados por las locuras del último príncipe. Hizo vender los muebles y las mil inutilidades del palacio imperial, quitó algunas de las trabas que estorbaban al comercio, y eximió de impuestos por 10 años á aquellos que volviesen á cultivar las tierras ya desiertas de la Italia. Pero este órden y esta economía no convenian á los soldados, y fueron á degollarle en su propio palacio (28 de marzo). Habia reinado durante 88 dias.

Entonces comenzaron escenas incalificables y afortunadamente sin ejemplo. La soldadesca puso materialmente el imperio á pública subasta; presentáronse dos licitadores, quienes lucharon entre sí con promesas, y la monarquía de Augusto fué adjudicada al anciano consular Didio Juliano, al precio de 6.250 dracmas por cada soldado. Terminada la venta, los pretorianos echaron una escala desde lo alto de los muros de su campamento: por ella subió el nuevo emperador á recibir el juramento de sus guardias y las insignias imperiales. Los pretorianos, por temor al pueblo, habian tenido cerradas las puertas del campamento; entonces las abrieron y en órden de batalla condujeron á Didio al palacio. El senado aceptó al elegido de los soldados, deplorando secretamente el baldon impuesto al imperio por aquella ambicion sin dignidad de un anciano que de tan triste manera coronaba una vida inútil. Pero Didio habia prometido mas de lo que podia cumplir; los acreedores fueron desapiadados para con su imprudente deudor, y sin duda alguna le habrian derribado ellos mismos si no se les hubiesen anticipado las legiones de las fronteras. Puesto que ya se sabia como se hacia y lo que valia un emperador, los ejércitos no podian permitir que aquel tráfico escandaloso se hiciese tan solo en provecho de los pretorianos, y tambien ellos quisieron dar el imperio. Las legiones de Bretaña proclamaron por gefe suyo á Albino; las de Siria á Pescenio Niger; las de Iliria á Séptimo Severo. Siendo este el que se hallaba mas prócsimo á Roma, se puso inmediatamente

en camino para dicha ciudad. El senado, alentado por su aproximacion, declaró á Didio enemigo público, le mandó dar muerte no obstante sus lágrimas y súplicas, castigó á los asesinos de Pertinax, y reconoció como emperador á Severo.

Severo derriba á Niger y á Albino (193-197).

Severo se habia casado con una Siria, y algunas veces se le ha considerado como el primer príncipe sirio, no obstante haber nacido en Leptis, en Africa, de una familia originaria, quizás, de las Galias. Cuando hubo llegado á cierta distancia de Roma, mandó llamar á los pretorianos, los cuales acudieron sin armas, segun costumbre. Entonces las legiones ilirias los rodearon con el mayor silencio, y luego, Severo, reconviniéndoles duramente por la muerte de Pertinax y por la vergonzosa eleccion de Didio, mandó que les arrancasen las insignias militares, disolvió sus cohortes, y prohibió que se acercasen á Roma á una distancia menor de cien millas. Así cayó aquella guardia turbulenta que se habia alzado desde el orígen mas oscuro hasta el derecho de disponer del imperio. Desgraciadamente, Severo, en vez de abolirla, se contentó con cambiarla, y aun la hizo ser mas numerosa, porque durante su reinado llegó á componerse de 50.000 hombres. Pero para excitar la emulacion en el ejército, quiso que se reclutase siempre en las legiones entre los soldados mas valientes.

Verificado aquel castigo, Severo entró en Roma, y como aun no habian pasado todos los peligros, puesto que todavía estaban dos competidores en los extremos del imperio, se mostró lleno de moderacion y de dulzura. Pero muy pronto pudo ver Roma que época comenzaba para ella; los soldados de las legiones de Iliria, casi tan toscos y groseros como los Bárbaros á cuyo frente habian vivido siempre, consideraban á Roma cual una ciudad conquistada; se alojaron en los templos, en los edificios públicos, en los pórticos, saqueando las casas cuando no se satisfacian al momento sus exi-

gencias. Un dia, mientras Severo arengaba al senado, fueron á intimarle que concediese una gratificacion de 2.500 dineros por cabeza, y se vió obligado á acceder en gran parte á un deseo que aun no era bastante fuerte para despreciar.

Terminados los negocios mas urgentes, el emperador se ocupó de la guerra. Para no tener que combatir á dos enemigos á la vez, antes de entrar en Roma habia escrito á Albino, dándole el título de César: era como una especie de promesa de compartir el imperio con él. Tranquilo ya por esta parte, se ocupó de Niger é hizo pasar algunos soldados á Africa para que su rival no pudiese producir la escasez de víveres en Roma, interceptando los convoyes de Cartago y de Alejandría. Niger no contaba con una expedicion rápida: disfrutaba dulcemente, en Antioquía, de su nuevo título, aturdido por las aclamaciones de las provincias de Oriente, y sin ver los peligros del papel que estaba representando. Sus tropas, que hacia mucho tiempo que habian perdido la costumbre de los ejercicios militares, eran incapaces de luchar contra las valerosas legiones de Iliria. Derrotado en Cícica, cuando quiso impedir á Severo la entrada en Asia, lo fué por segunda vez cerca de Nicea, en Frigia; en vano fortificó los pasos del Tauro, pues su incansable adversario penetró en la Cilicia, le venció por tercera vez cerca de Issus, é hizo que le diesen muerte cerca de Antioquía, en el momento en que queria huir al territorio de los Partos (194). En un solo punto encontró Severo una resistencia obstinada. El ingeniero Prisco, que se habia metido en Bizancio, se resistió allí durante dos años: Severo, para castigar á aquella ciudad, la desmanteló y la puso bajo la dependencia de Perinta. Tambien Antioquía perdió sus privilegios. Los partidarios de Niger fueron perseguidos cruelmente; la persecucion se extendió hasta á algunos soldados que huyendo al territorio de los Partos, fueron á enseñar á estos la táctica de los romanos y el uso de sus armas.

Antes de esta expedicion, Severo habia sabido contemporizar diestramente con Albino. Por órden suya habian acuñado medallas con la efigie de este y le habia enviado las cartas mas amistosas, haciendo, tambien, que sus hijos escribiesen á los del nuevo César. Despues de la muerte de Niger, hizo que la noticia de su victoria se la llevasen unos mensajeros que tenian encargo de asesinarle. Albino conoció demasiado tarde que habia sido burlado; pero como el senado le llamase secretamente, quiso á su vez, anticiparse á su rival, y pasó á la Galia tomando el título de Augusto. Avanzó hasta Lyon, en donde el 19 de febrero de 197 se empeñó un combate sangriento entre las legiones de Bretaña y las de Iliria. Albino, vencido, se dió la muerte. Lyon, que le habia abierto sus puertas, fué saqueada é incendiada. Cuando Severo envió al senado la cabeza de Albino, le escribió una carta amenazadora, y cuando estuvo de regreso en Roma, ejerció las crueldades mas espantosas. No parecia sino que habian vuelto las proscripciones de Mario y de Sila, cuyos rigores ponderaba él mismo. No sólo perecieron los amigos de Albino, sino tambien muchos ciudadanos cuyo único crímen era su cuantiosa fortuna. Extinguiéronse bajo el hacha del verdugo 41 familias senatoriales. Con estas ejecuciones mezcló una fiesta amenazadora, el apoteosis de Cómodo.

Gobierno duro de Severo; guerras contra los Partos y los Bretones (197-211).

Para cubrir aquellas crueldades con alguna gloria, atacó á los Partos que habian formado alianza con Niger, y tomó á Seleucia y á Ctesifon, que entregó al saqueo; pero estas conquistas no fueron mas duraderas que las de Trajano. El imperio parto se salvó una vez mas de los ataques de las armas romanas por su inmensidad y sus desiertos. A su regreso visitó Severo la Siria y el Egipto: cuando regresó á Roma (199), ordenó la quinta persecucion contra los cris-

tianos, no obstante las apologías elocuentes de Tertuliano y de Minucio Felix.

El consejero principal de todas aquellas crueldades era su ministro Plauciano, africano como él, pero de baja extraccion; habia sabido adquirir sobre el ánimo de su amo una influencia que le hacia ser el segundo personage del imperio. Con la prefectura del pretorio, es decir, con la autoridad militar, reunia la jurisdiccion civil y criminal, la administracion de la policía y de la hacienda, en una palabra, todos los poderes, y lo aprovechó para satisfacer su codicia. Algun tiempo despues de la expedicion contra los Partos obtuvo que su hija fuese desposada con Basiano Caracalla, hijo mayor del emperador (203). La nueva esposa fué rodeada de un lujo oriental que habria bastado á diez reinas; pero el jóven príncipe aborrecia tanto á la hija como al padre, y Plauciano, insultado, amenazado, conspiró contra Severo, ó al menos Caracalla le acusó de ello é hizo que le diesen muerte ante la vista del emperador. Fué sustituido por el gran jurisconsulto Papiniano, quien habia sido abogado del fisco despues de Severo, y se ilustró, además, con las luces de Pablo y de Ulpiano.

Aquel grande hombre secundó al príncipe en sus reformas. Severo, tirano cruel pero activo, intentaba imponer al Estado la misma disciplina que al ejército; promulgó varias leyes para corregir las costumbres, negó toda influencia á los libertos, y castigó con rigor las malversaciones. Su administracion financiera fué tan económica que, cuando murió, se halló en los graneros de Roma trigo suficiente para siete años. Bajo aquella mano rígida, las provincias no tenian que temer las exacciones de sus gobernadores. Hizo mas aun: las hermoseó con expléndidas y numerosas construcciones; ruinas que aun se alzan erguidas en medio de los desiertos de Africa prueban su solicitud hasta por las comarcas mas remotas. Decia á sus hijos: «Contentad á los soldados y no os cuideis de los demás. Con ellos rechazareis á los Bárbaros y contendreis al pueblo. «No queria decir

que era preciso ceder á todos sus caprichos y descuidar la disciplina. Léjos de eso, nunca se mantuvo esta de un modo tan severo; pero al propio tiempo les concedia privilegios, un aumento de sueldo y distinciones, para constituirlos en único y exclusivo apoyo de su gobierno. Confesaba pública y brutalmente el principio que Augusto y sus sucesores habian ocultado bajo formas semi-republicanas, el despotismo militar; base frágil para servir de apoyo á un imperio de tan grande extension! Despues de algunos años de descanso, Severo fué llamado á Bretaña por una sublevacion; no le costó gran trabajo apaciguarla, y quiso aprovechar su presencia en la isla para acabar de someterla. Penetró muy adelante en las montañas de los Caledonios; pero hostigado sin tregua, cansado por continuos ataques que le costaron hasta 50.000 hombres, volvió á la política de Antonino y constituyó una muralla desde una á otra playa, sobre la línea trazada por Agrícola.

Durante esta expedicion habia estado constantemente enfermo; su hijo Basiano, denominado Caracalla por el nombre de un trage galo que gustaba de usar, no tuvo paciencia suficiente para aguardar su próximo fin. Un dia en que el emperador se dirigia á caballo á un parage en que habia de celebrar una conferencia con los Bárbaros, Caracalla, que iba detrás de él, desenvainó la espada para herirle; pero al grito de horror que lanzaron los guardias, el emperador se volvió. Cuando se hubo terminado la conferencia, se retiró á su tienda, llamó á su hijo y le dijo que entonces podia consumar su parricidio. Estos tristes pensamientos hicieron que se agravase su mal. Los Caledonios, al saber esta noticia, se sublevaron; Severo mandó que comenzase de nuevo la guerra, y que no concluyese sino con el exterminio de aquel pueblo; pero las tropas se asustaron de esta lucha encarnizada (1): estalló una sedicion y proclamaron Augus-

(1) En esta guerra es en donde han querido colocar las hazañas del héroe Ossian.

to á Basiano. Severo hizo que le llevasen al instante á su tribunal, ordenó el suplicio de los culpables, y hubiera mandado dar muerte á su hijo si no hubiese conocido que ya no le quedaban sino algunos dias de vida. Expiró diciendo: «Lo he sido todo, y el todo nada es.» Su última palabra fué *laboremus* (trabajemos). Dejaba dos hijos, Caracalla y Geta, habidos de la siria Julia Domna y que habian turbado ya el palacio con sus enemistades (211).

Caracalla y Geta (211-217).

Los dos hermanos, siempre enemigos, acompañados de su madre se apresuraron á abandonar la Bretaña y á llevar las cenizas de su padre á Roma, en donde ambos á la vez fueron reconocidos emperadores. Querian dividir el imperio, pero Julia Domna se opuso á ello, y con esto aumentaron los odios y discordias de aquellos. Muy luego llegaron á amenazar recíprocamente sus vidas; Caracalla fué el primero que realizó su intento, dando de puñaladas á su hermano en los brazos de su madre; citó á Rómulo é hizo el apoteosis de Geta. Sin embargo, atormentado por algunos remordimientos, intentó ahogarlos en sangre. Papiniano se negó á hacer una apología pública del fratricidio. «Mas fácil es cometer un crímen que justificarle,» dijo valerosamente. Así hablaron algunas veces nuestros grandes magistrados. Séneca no habia tenido estos escrúpulos. Papiniano sufrió la muerte, y con él perecieron 20.000 amigos y partidarios de Geta. El senado fué diezmado y escarnecido. Caracalla no solo se cebó en Roma, sino que llevó su crueldad á todas las provincias: sin embargo, á su reinado atribuyen la constitucion antonina *de civitate*, que elevaba á todos los provinciales al derecho de ciudadanía con el fin de imponerles la contribucion sobre las herencias, que solo pagaban los ciudadanos, y que él duplicó. Sus locas prodigalidades, sus construcciones ruinosas, el aumento de sueldos que habia concedido, hacian que fuese necesaria aquella medida. En tres dias disipó los tesoros reunidos por su padre.

En 213, Caracalla salió de Roma, y unas veces bajo el trage de Alejandro, y otras bajo el de Aquiles, recorrió las provincias del Danubio y del Asia, asolándolas. Despues de haber comprado la paz á los Alemanes, llegó á Alejandría, en donde, para vengarse de algunos epígramas, ordenó una matanza general (215). Prohibió á los sábios sus doctas reuniones en el Museo, y colgó en el Serapeum la espada con que habia herido á Geta, cual si hubiese estado consagrada.

Con el fin de poderse adornar con el nombre de Pártico, indujo al rey de los Partos á que le diese su hija en matrimonio; entonces pudo avanzar, con un ejército que solo parecia un séquito real, hasta el interior del imperio. Mientras que los Partos, con entera confianza, se entregaban á una alegría ciega, Caracalla dió de improviso la señal de la matanza, y los romanos hicieron una carnicería espantosa. Artaban solo pudo escaparse á costa de mil trabajos. En seguida fué saqueado el país, y el ejército regresó á la Mesopotamia. Allí encontró Caracalla la muerte. Un dia en que, con una comitiva poco numerosa, visitaba el templo de la luna en Charres, un centurion que tenia que vengar una injuria, y que además estaba estimulado por el prefecto de los guardias, Macrino, quien sabia que su propia vida estaba amenazada, dió muerte á Caracalla (217). El asesino fué muerto enseguida por los germanos que formaban guardia particular del emperador.

Macrino (217 218); Eliogabalo (218-222).

El ejército necesitaba un gefe para hacer frente á los Partos, quienes se disponian á vengarse; al cabo de tres dias eligió al prefecto de los guardias, Macrino, que ni siquiera era senador, y los soldados ignoraban su complicidad en el asesinato de Caracalla, á quien él se apresuró á poner en el número de los dioses.

Despues de una batalla sangrienta dada en la Mesopotamia, Macrino compró la paz al precio de 80 millones de dine-

ros. Cuando estuvo de vuelta en Antioquía, escribió al senado que bajo su gobierno habria libertad y tranquilidad; por eso le confirmaron con alegría los poderes imperiales. Los delatores, amenazados con la pena capital cuando no probasen su acusacion, volvieron á oscurecerse, y el derecho sobre las herencias fué reducido al antiguo tipo del vigésimo; pero las medidas severas adoptadas por Macrino para el restablecimiento de la disciplina, le arrebataron el apoyo de los soldados. Estos, amotinados en su campo, y sobornados por las dádivas de Julia Mesa, hermana de la emperatriz Julia Domna, proclamaron al jóven y hermoso gran sacerdote de Emesio, Basiano, hijo de Semis. Mesa, su abuela, sacrificando á la ambicion el honor de su hija, habria hecho pasar á Baciano por hijo de Caracalla, con el fin de lograr que fuese mas querido de las legiones. Las tropas enviadas contra el rebelde se pasaron á sus filas, y Macrino, que avanzaba al frente de todas sus fuerzas, fué vencido en las fronteras de la Siria y de la Fenicia por el nuevo Antonino (8 de junio de 218). Huyó á Calcedonia, en Bitinia, en don de una enfermedad le obligó á detenerse; los que le iban persiguiendo le alcanzaron y le dieron muerte, así como á su hijo Diadumeno. Todos los gobernadores de provincia que se habian mostrado favorables á Macrino fueron degollados.

Basiano ó Marco Aurelio Antonino, mas conocido con el nombre del dios sirio, de quien era sacerdote, Eliogábalo, tomó por sí mismo, sin aguardar los decretos del senado, el poder tribunicio y consular. Hasta entonces hubo muchos emperadores malos, pero al menos sus vicios tenian algo de romanos: esta vez eran las voluptuosidades mas impuras, el lujo mas insensato que Roma vió en tiempo alguno, y una depravacion capaz de causar rubor á Neron. Eliogábalo solo tenia 17 años de edad; llevaba consigo las supersticiones de la Siria y de la Fenicia, y su dios, la piedra negra de Emesio, á quien convirtió en divinidad suprema del imperio. Todo el Olimpo hubo de humillarse ante el

intruso dios, á quien casó solemnemente con la *Astarte* de Cartago.

Tan ignorante de las costumbres de los Romanos como de sus leyes, imitaba á esos monarcas asiáticos que van á buscar sus ministros en las últimas clases de la sociedad: dió los primeros cargos del Estado á bailarines y barberos; se formó un senado de mujeres, y lo mismo que el gran rey quiso ser adorado. Los suelos de su palacio estaban cubiertos de polvos de oro y de plata, sus trages, siempre recamados de pedrería, no se los ponia dos veces, y llenaba sus viveros con agua de rosa para bañarse en ellos; daba naumaquias en lagos de vino. Las confiscaciones y los impuestos, que volvieron al tipo marcado por Caracalla, sufragaron los gastos ocasionados por aquellas locuras. Sin embargo, los mismos soldados conciuyeron por sentir repugnancia hácia aquel emperador monstruosamente afeminado, que se vestia de mujer, trabajaba en labores de estambre, y hacia que le llamasen *Domina* ó *Imperatrix*, pues el emperador solia ser entonces el hijo de un cocinero ó algun conductor de carros del circo. El afecto de los pretorianos se fijó entonces en su primo el jóven Alejandro Severo, á quien habia adoptado y nombrado César. Eliogábalo, envidiando su influencia, intentó en varias ocasiones desembarazarse de él haciendo que le diesen muerte, pero la vigilancia de su madre Mamea le salvó. Por fin, una sedicion de los pretorianos hizo justicia de aquel sirio que llevaba la púrpura; fué muerto el 11 de marzo de 222, con su madre Semis. En seguida aclamaron emperador al jóven Alejandro, que entonces contaba tan solo catorce años, y que quedó bajo la direccion de su abuela Mesa y de su madre Mamea. Eliogábalo no tenia mucha mas edad cuando le declararon que el mundo entero estaba sometido á su voluntad.

Alejandro Severo (222-235).

Las dos emperatrices, aleccionadas por
acababan de ver realizarse ante su vi

desarrollar en el jóven príncipe las virtudes con que la naturaleza le habia dotado. Mamea le rodeó de los consejeros mas hábiles. Pablo y Ulpiano, y el historiador Dion Casio fueron sus ministros; diez y seis senadores formaron su consejo, y bajo aquel gobierno honrado pasó el imperio varios años pacíficos. Desterró de Roma las supersticiones extrangeras, purificó el palacio en que vivia con sencillez y pudor, reformó las monedas alteradas durante los últimos reinados, disminuyó los impuestos, se esforzó para contener los excesos del lujo y señaló á los veteranos en las fronteras, beneficios militares que no podrian heredar sus hijos sino con la condicion de llevar las armas.

Desgraciadamente, ni las virtudes de este príncipe, que hacia grabar en el frontispicio de su palacio estas palabras, fundamento de la moral social: «Haz á tu prójimo lo que quisieras que te hiciesen á tí mismo», ni la ilustracion y talento de Ulpiano, podian bastar para la ruda é ímproba tarea de mantener sujetos á la disciplina á unos soldados que tantas veces habian asesinado á sus jefes. Una vez, por una riña con el pueblo, hicieron correr la sangre por la ciudad durante tres dias, su descontento se aumentó con el odio que inspiró la codicia de la imperiosa Mamea, quien habia quedado dueña única del poder despues de la muerte de Mesa. Un dia, los guardias degollaron ante la vista del jóven emperador á su prefecto Ulpiano, y Dion Casio, que habia mandado en la Panonia con la antigua severidad, solo con gran trabajo logró escaparse. Alejandro no se atrevió ó no pudo castigar aquellas violencias indignas, y su reinado no fué sino una lucha inútil contra las costumbres de su tiempo. Dotado [illegible] un carácter [illegible]le, de una inteligencia abierta á [illegible]samie[illegible]sos, se hallaba fuera de su lu[illegible]tr[illegible]bo[illegible] y que estaba siempre [illegible] el *lararium* á donde [illegible]n frente de las imá[illegible] bienhechores de la [illegible]uesto las de Orfeo, de

en camino para dicha ciudad. El senado, alentado por su aproximacion, declaró á Didio enemigo público, le mandó dar muerte no obstante sus lágrimas y súplicas, castigó á los asesinos de Pertinax, y reconoció como emperador á Severo.

Severo derriba á Niger y á Albino (193-197).

Severo se habia casado con una Siria, y algunas veces se le ha considerado como el primer príncipe sirio, no obstante haber nacido en Leptis, en Africa, de una familia originaria, quizás, de las Galias. Cuando hubo llegado á cierta distancia de Roma, mandó llamar á los pretorianos, los cuales acudieron sin armas, segun costumbre. Entonces las legiones Ilirias les rodearon con el mayor silencio, y luego, Severo, reconviniéndoles duramente por la muerte de Pertinax y por la vergonzosa eleccion de Didio, mandó que les arrancasen las insignias militares, disolvió sus cohortes, y prohibió que se acercasen á Roma á una distancia menor de cien millas. Así cayó aquella guardia turbulenta que se habia elevado desde el orígen mas oscuro hasta el derecho de disponer del imperio. Desgraciadamente, Severo, en vez de abolirla, se contentó con cambiarla, y aun la hizo ser mas numerosa, porque durante su reinado llegó á componerse de 50.000 hombres. Pero para excitar la emulacion en el ejército, quiso que se reclutase siempre en las legiones entre los soldados mas valientes.

Verificado aquel castigo, Severo entró en Roma, y como aun no habian pasado todos los peligros, puesto que todavía estaban dos competidores en los extremos del imperio, se mostró lleno de moderacion y de dulzura. Pero muy pronto pudo ver Roma que época comenzaba para ella; los soldados de las legiones de Iliria, casi tan toscos y groseros como los Bárbaros á cuyo frente habian vivido siempre, consideraban á Roma cual una ciudad conquistada; se alojaron en los templos, en los edificios públicos, en los pórticos, saqueando las casas cuando no se satisfacian al momento sus exi-

gencias. Un dia, mientras Severo arengaba al senado, fueron á intimarle que concediese una gratificacion de 2.500 dineros por cabeza, y se vió obligado á acceder en gran parte á un deseo que aun no era bastante fuerte para despreciar.

Terminados los negocios mas urgentes, el emperador se ocupó de la guerra. Para no tener que combatir á dos enemigos á la vez, antes de entrar en Roma habia escrito á Albino, dándole el título de César: era como una especie de promesa de compartir el imperio con él. Tranquilo ya por esta parte, se ocupó de Niger é hizo pasar algunos soldados á Africa para que su rival no pudiese producir la escasez de víveres en Roma, interceptando los convoyes de Cartago y de Alejandría. Niger no contaba con una expedicion rápida: disfrutaba dulcemente, en Antioquía, de su nuevo título, aturdido por las aclamaciones de las provincias de Oriente, y sin ver los peligros del papel que estaba representando. Sus tropas, que hacia mucho tiempo que habian perdido la costumbre de los ejercicios militares, eran incapaces de luchar contra las valerosas legiones de Iliria. Derrotado en Cícica, cuando quiso impedir á Severo la entrada en Asia, lo fué por segunda vez cerca de Nicea, en Frigia; en vano fortificó los pasos del Tauro, pues su incansable adversario penetró en la Cilicia, le venció por tercera vez cerca de Issus, é hizo que le diesen muerte cerca de Antioquía, en el momento en que queria huir al territorio de los Partos (194). En un solo punto encontró Severo una resistencia obstinada. El ingeniero Prisco, que se habia metido en Bizancio, se resistió allí durante dos años: Severo, para castigar á aquella ciudad, la desmanteló y la puso bajo la dependencia de Perinta. Tambien Antioquía perdió sus privilegios. Los partidarios de Niger fueron perseguidos cruelmente; la persecucion se extendió hasta á algunos soldados que huyendo al territorio de los Partos, fueron á enseñar á estos la táctica de los romanos y el uso de sus armas.

Antes de esta expedicion, Severo habia sabido contemporizar diestramente con Albino. Por órden suya habian acuñado medallas con la efigie de este y le habia enviado las cartas mas amistosas, haciendo, tambien, que sus hijos escribiesen á los del nuevo César. Despues de la muerte de Niger, hizo que la noticia de su victoria se la llevasen unos mensajeros que tenian encargo de asesinarle. Albino conoció demasiado tarde que habia sido burlado; pero como el senado le llamase secretamente, quiso á su vez, anticiparse á su rival, y pasó á la Galia tomando el título de Augusto. Avanzó hasta Lyon, en donde el 19 de febrero de 197 se empeñó un combate sangriento entre las legiones de Bretaña y las de Iliria. Albino, vencido, se dió la muerte. Lyon, que le habia abierto sus puertas, fué saqueada é incendiada. Cuando Severo envió al senado la cabeza de Albino, le escribió una carta amenazadora, y cuando estuvo de regreso en Roma, ejerció las crueldades mas espantosas. No parecia sino que habian vuelto las proscripciones de Mario y de Sila, cuyos rigores ponderaba él mismo. No sólo perecieron los amigos de Albino, sino tambien muchos ciudadanos cuyo único crímen era su cuantiosa fortuna. Extinguiéronse bajo el hacha del verdugo 41 familias senatoriales. Con estas ejecuciones mezcló una fiesta amenazadora, el apoteosis de Cómodo.

Gobierno duro de Severo; guerras contra los Partos y los Bretones (197-211).

Para cubrir aquellas crueldades con alguna gloria, atacó á los Partos que habian formado alianza con Niger, y tomó á Seleucia y á Ctesifon, que entregó al saqueo; pero estas conquistas no fueron mas duraderas que las de Trajano. El imperio parto se salvó una vez mas de los ataques de las armas romanas por su inmensidad y sus desiertos. A su regreso visitó Severo la Siria y el Egipto: cuando regresó á Roma (199), ordenó la quinta persecucion contra los cris-

tianos, no obstante las apologías elocuentes de Tertuliano y de Minucio Felix.

El consejero principal de todas aquellas crueldades era su ministro Plauciano, africano como él, pero de baja extraccion; habia sabido adquirir sobre el ánimo de su amo una influencia que le hacia ser el segundo personage del imperio. Con la prefectura del pretorio, es decir, con la autoridad militar, reunia la jurisdiccion civil y criminal, la administracion de la policía y de la hacienda, en una palabra, todos los poderes, y lo aprovechó para satisfacer su codicia. Algun tiempo despues de la expedicion contra los Partos obtuvo que su hija fuese desposada con Basiano Caracalla, hijo mayor del emperador (203). La nueva esposa fué rodeada de un lujo oriental que habria bastado á diez reinas; pero el jóven príncipe aborrecia tanto á la hija como al padre, y Plauciano, insultado, amenazado, conspiró contra Severo, ó al menos Caracalla le acusó de ello é hizo que le diesen muerte ante la vista del emperador. Fué sustituido por el gran jurisconsulto Papiniano, quien habia sido abogado del fisco despues de Severo, y se ilustró, además, con las luces de Pablo y de Ulpiano.

Aquel grande hombre secundó al príncipe en sus reformas. Severo, tirano cruel pero activo, intentaba imponer al Estado la misma disciplina que al ejército; promulgó varias leyes para corregir las costumbres, negó toda influencia á los libertos, y castigó con rigor las malversaciones. Su administracion financiera fué tan económica que, cuando murió, se halló en los graneros de Roma trigo suficiente para siete años. Bajo aquella mano rígida, las provincias no tenian que temer las exacciones de sus gobernadores. Hizo mas aun: las hermoseó con expléndidas y numerosas construcciones; ruinas que aun se alzan erguidas en medio de los desiertos de Africa prueban su solicitud hasta por las comarcas mas remotas. Decia á sus hijos: «Contentad á los soldados y no os cuideis de los demás. Con ellos rechazareis á los Bárbaros y contendreis al pueblo. «No queria decir

que era preciso ceder á todos sus caprichos y descuidar la disciplina. Léjos de eso, nunca se mantuvo esta de un modo tan severo; pero al propio tiempo les concedia privilegios, un aumento de sueldo y distinciones, para constituirlos en único y exclusivo apoyo de su gobierno. Confesaba pública y brutalmente el principio que Augusto y sus sucesores habian ocultado bajo formas semi-republicanas, el despotismo militar; base frágil para servir de apoyo á un imperio de tan grande extension! Despues de algunos años de descanso, Severo fué llamado á Bretaña por una sublevacion; no le costó gran trabajo apaciguarla, y quiso aprovechar su presencia en la isla para acabar de someterla. Penetró muy adelante en las montañas de los Caledonios; pero hostigado sin tregua, cansado por continuos ataques que le costaron hasta 50.000 hombres, volvió á la política de Antonino y constituyó una muralla desde una á otra playa, sobre la línea trazada por Agrícola.

Durante esta expedicion habia estado constantemente enfermo; su hijo Basiano, denominado Caracalla por el nombre de un trage galo que gustaba de usar, no tuvo paciencia suficiente para aguardar su próximo fin. Un dia en que el emperador se dirigia á caballo á un parage en que habia de celebrar una conferencia con los Bárbaros, Caracalla, que iba detrás de él, desenvainó la espada para herirle; pero al grito de horror que lanzaron los guardias, el emperador se volvió. Cuando se hubo terminado la conferencia, se retiró á su tienda, llamó á su hijo y le dijo que entonces podia consumar su parricidio. Estos tristes pensamientos hicieron que se agravase su mal. Los Caledonios, al saber esta noticia, se sublevaron; Severo mandó que comenzase de nuevo la guerra, y que no concluyese sino con el exterminio de aquel pueblo; pero las tropas se asustaron de esta lucha encarnizada (1): estalló una sedicion y proclamaron Augus-

(1) En esta guerra es en donde han querido colocar las hazañas del héroe Ossian.

to á Basiano. Severo hizo que le llevasen al instante á su tribunal, ordenó el suplicio de los culpables, y hubiera mandado dar muerte á su hijo si no hubiese conocido que ya no le quedaban sino algunos dias de vida. Expiró diciendo: «Lo he sido todo, y el todo nada es.» Su última palabra fué *laboremus* (trabajemos). Dejaba dos hijos, Caracalla y Geta, habidos de la siria Julia Domna y que habian turbado ya el palacio con sus enemistades (211).

Caracalla y Geta (211-217).

Los dos hermanos, siempre enemigos, acompañados de su madre se apresuraron á abandonar la Bretaña y á llevar las cenizas de su padre á Roma, en donde ambos á la vez fueron reconocidos emperadores. Querian dividir el imperio, pero Julia Domna se opuso á ello, y con esto aumentaron los odios y discordias de aquellos. Muy luego llegaron á amenazar recíprocamente sus vidas; Caracalla fué el primero que realizó su intento, dando de puñaladas á su hermano en los brazos de su madre; citó á Rómulo é hizo el apoteosis de Geta. Sin embargo, atormentado por algunos remordimientos, intentó ahogarlos en sangre. Papiniano se negó á hacer una apología pública del fratricidio. «Mas fácil es cometer un crímen que justificarle,» dijo valerosamente. Así hablaron algunas veces nuestros grandes magistrados. Séneca no habia tenido estos escrúpulos. Papiniano sufrió la muerte, y con él perecieron 20.000 amigos y partidarios de Geta. El senado fué diezmado y escarnecido. Caracalla no solo se cebó en Roma, sino que llevó su crueldad á todas las provincias: sin embargo, á su reinado atribuyen la constitucion antonina *de civitate*, que elevaba á todos los provinciales al derecho de ciudadanía con el fin de imponerles la contribucion sobre las herencias, que solo pagaban los ciudadanos, y que él duplicó. Sus locas prodigalidades, sus construcciones ruinosas, el aumento de sueldos que habia concedido, hacian que fuese necesaria aquella medida. En tres dias disipó los tesoros reunidos por su padre.

En 213, Caracalla salió de Roma, y unas veces bajo el trage de Alejandro, y otras bajo el de Aquiles, recorrió las provincias del Danubio y del Asia, asolándolas. Despues de haber comprado la paz á los Alemanes, llegó á Alejandría, en donde, para vengarse de algunos epígramas, ordenó una matanza general (215). Prohibió á los sábios sus doctas reuniones en el Museo, y colgó en el Serapeum la espada con que habia herido á Geta, cual si hubiese estado consagrada.

Con el fin de poderse adornar con el nombre de Pártico, indujo al rey de los Partos á que le diese su hija en matrimonio; entonces pudo avanzar, con un ejército que solo parecia un séquito real, hasta el interior del imperio. Mientras que los Partos, con entera confianza, se entregaban á una alegría ciega, Caracalla dió de improviso la señal de la matanza, y los romanos hicieron una carnicería espantosa. Artaban solo pudo escaparse á costa de mil trabajos. En seguida fué saqueado el país, y el ejército regresó á la Mesopotamia. Allí encontró Caracalla la muerte. Un dia en que, con una comitiva poco numerosa, visitaba el templo de la luna en Charres, un centurion que tenia que vengar una injuria, y que además estaba estimulado por el prefecto de los guardias, Macrino, quien sabia que su propia vida estaba amenazada, dió muerte á Caracalla (217). El asesino fué muerto enseguida por los germanos que formaban guardia particular del emperador.

Macrino (217 218); Eliogabalo (218-222).

El ejército necesitaba un gefe para hacer frente á los Partos, quienes se disponian á vengarse; al cabo de tres dias eligió al prefecto de los guardias, Macrino, que ni siquiera era senador, y los soldados ignoraban su complicidad en el asesinato de Caracalla, á quien él se apresuró á poner en el número de los dioses.

Despues de una batalla sangrienta dada en la Mesopotamia, Macrino compró la paz al precio de 80 millones de dine-

ros. Cuando estuvo de vuelta en Antioquía, escribió al senado que bajo su gobierno habria libertad y tranquilidad; por eso le confirmaron con alegría los poderes imperiales. Los delatores, amenazados con la pena capital cuando no probasen su acusacion, volvieron á oscurecerse, y el derecho sobre las herencias fué reducido al antiguo tipo del vigésimo; pero las medidas severas adoptadas por Macrino para el restablecimiento de la disciplina, le arrebataron el apoyo de los soldados. Estos, amotinados en su campo, y sobornados por las dádivas de Julia Mesa, hermana de la emperatriz Julia Domna, proclamaron al jóven y hermoso gran sacerdote de Emesio, Basiano, hijo de Semis. Mesa, su abuela, sacrificando á la ambicion el honor de su hija, habria hecho pasar á Baciano por hijo de Caracalla, con el fin de lograr que fuese mas querido de las legiones. Las tropas enviadas contra el rebelde se pasaron á sus filas, y Macrino, que avanzaba al frente de todas sus fuerzas, fué vencido en las fronteras de la Siria y de la Fenicia por el nuevo Antonino (8 de junio de 218). Huyó á Calcedonia, en Bitinia, en don de una enfermedad le obligó á detenerse; los que le iban persiguiendo le alcanzaron y le dieron muerte, así como á su hijo Diadumeno. Todos los gobernadores de provincia que se habian mostrado favorables á Macrino fueron degollados.

Basiano ó Marco Aurelio Antonino, mas conocido con el nombre del dios sirio, de quien era sacerdote, Eliogábalo, tomó por sí mismo, sin aguardar los decretos del senado, el poder tribunicio y consular. Hasta entonces hubo muchos emperadores malos, pero al menos sus vicios tenian algo de romanos: esta vez eran las voluptuosidades mas impuras, el lujo mas insensato que Roma vió en tiempo alguno, y una depravacion capaz de causar rubor á Neron. Eliogábalo solo tenia 17 años de edad; llevaba consigo las supersticiones de la Siria y de la Fenicia, y su dios, la piedra negra de Emesio, á quien convirtió en divinidad suprema del imperio. Todo el Olimpo hubo de humillarse ante el

intruso dios, á quien casó solemnemente con la *Astartea* de Cartago.

Tan ignorante de las costumbres de los Romanos como de sus leyes, imitaba á esos monarcas asiáticos que van á buscar sus ministros en las últimas clases de la sociedad: dió los primeros cargos del Estado á bailarines y barberos; se formó un senado de mujeres, y lo mismo que el gran rey quiso ser adorado. Los suelos de su palacio estaban cubiertos de polvos de oro y de plata, sus trages, siempre recamados de pedrería, no se los ponia dos veces, y llenaba sus viveros con agua de rosa para bañarse en ellos; daba naumaquias en lagos de vino. Las confiscaciones y los impuestos, que volvieron al tipo marcado por Caracalla, sufragaron los gastos ocasionados por aquellas locuras. Sin embargo, los mismos soldados concluyeron por sentir repugnancia hácia aquel emperador monstruosamente afeminado, que se vestia de mujer, trabajaba en labores de estambre, y hacia que le llamasen *Domina* ó *Imperatrix*, pues el emperador solia ser entonces el hijo de un cocinero ó algun conductor de carros del circo. El afecto de los pretorianos se fijó entonces en su primo el jóven Alejandro Severo, á quien habia adoptado y nombrado César. Eliogábalo, envidiando su influencia, intentó en varias ocasiones desembarazarse de él haciendo que le diesen muerte, pero la vigilancia de su madre Mamea le salvó. Por fin, una sedicion de los pretorianos hizo justicia de aquel sirio que llevaba la púrpura; fué muerto el 11 de marzo de 222, con su madre Semis. En seguida aclamaron emperador al jóven Alejandro, que entonces contaba tan solo catorce años, y que quedó bajo la direccion de su abuela Mesa y de su madre Mamea. Eliogábalo no tenia mucha mas edad cuando le declararon que el mundo entero estaba sometido á su voluntad.

Alejandro Severo (222-235).

Las dos emperatrices, aleccionadas por la catástrofe que acababan de ver realizarse ante su vista, se consagraron á

desarrollar en el jóven príncipe las virtudes con que la naturaleza le habia dotado. Mamea le rodeó de los consejeros mas hábiles. Paulo y Ulpiano, y el historiador Dion Casio fueron sus ministros; diez y seis senadores formaron su consejo, y bajo aquel gobierno honrado pasó el imperio varios años pacíficos. Desterró de Roma las supersticiones extrangeras, purificó el palacio en que vivia con sencillez y pudor, reformó las monedas alteradas durante los últimos reinados, disminuyó los impuestos, se esforzó para contener los excesos del lujo y señaló á los veteranos en las fronteras, beneficios militares que no podrian heredar sus hijos sino con la condicion de llevar las armas.

Desgraciadamente, ni las virtudes de este príncipe, que hacia grabar en el frontispicio de su palacio estas palabras, fundamento de la moral social: «Haz á tu prójimo lo que quisieras que te hiciesen á ti mismo», ni la ilustracion y talento de Ulpiano, podian bastar para la ruda é improba tarea de mantener sujetos á la disciplina á unos soldados que tantas veces habian asesinado á sus jefes. Una vez, por una riña con el pueblo, hicieron correr la sangre por la ciudad durante tres dias, su descontento se aumentó con el odio que inspiró la codicia de la imperiosa Mamea, quien habia quedado dueña única del poder despues de la muerte de Mesa. Un dia, los guardias degollaron ante la vista del jóven emperador á su prefecto Ulpiano, y Dion Casio, que habia mandado en la Panonia con la antigua severidad, solo con gran trabajo logró escaparse. Alejandro no se atrevió ó no pudo castigar aquellas violencias indignas, y su reinado no fué sino una lucha inútil contra las costumbres de su tiempo. Dotado de un carácter amable, de una inteligencia abierta á todos los pensamientos generosos, se hallaba fuera de su lugar sobre un trono que se bamboleaba y que estaba siempre rodeado de sangre; mejor le convenia el *lararium* á donde iba diariamente á pasar algunas horas en frente de las imágenes de aquellos á quienes llamaba los bienhechores de la humanidad, y entre las cuales habia puesto las de Orfeo, de

Abraham y de Jesucristo. Mamea, su madre, habia conocido el cristianismo por sus conversaciones con Orígenes.

La ruina del reino de los Partos, desmembrado en principados hereditarios, y la fundacion de un nuevo imperio persa por el Sasásinada Artaxerxes, en 226, ocasionó una guerra en el Eufrates, porque el nuevo monarca que restituia á los montañeses de la Pérsida la dominacion que los Partos les habian arrebatado, suponia descender de los antiguos reyes y reclamó todas las provincias que Dario habia poseido en otro tiempo. Alejandro contestó atacando á los Partos por tres puntos. La expedicion no parece que fué muy feliz; algunos triunfos parciales y la retirada de los Persas permitieron que se presentase como una victoria (232). La noticia de una invasion de los germanos en Galia y en Iliria precipitó el regreso de Alejandro. Corrió presuroso hácia el Rhin, acompañado de su madre y de una parte de las legiones de Asia. En Maguncia se echó un puente sobre el rio, pero el ejército no le pasó; el emperador prefirió comprar la paz. Esta conducta indignó á los soldados, cuyo descontento fué aprovechado por el Tracio Maximino, que en otro tiempo habia sido pastor y á la sazon era uno de los jefes principales del ejército. Su fuerza extraordinaria y su impetuoso valor le habian grangeado el afecto de las tropas reclutadas en la Panonia y en las comarcas vecinas. Le aclamaron Augusto en medio del campamento, mientras que algunos soldados iban á buscar la cabeza de Alejandro y la de su madre. El desgraciado emperador solo contaba veinte y seis años de edad, y habia reinado trece (marzo de 235).

CAPÍTULO XXXI.

Dominacion de los ejércitos (235-285).

El godo Maximino (235); Pupiano y Balbino, Gordiano III (238).—El Arabe Filipo (244); Décio (249) y Galo (251); invasiones de los godos.—Valeriano (253); Galiano (260); los treinta tiranos.—Restauracion del imperio por los príncipes Ilirios (268-285); Claudio II (268); Aureliano (270); derrota de Zenobia (273).—Tácito (275); Probo (276); Caro (282); Carino y Numeriano (284).

El godo Maximino (235); Papiano y Balbino, Gordiano III (238).

Maximino era un Tracio, de orígen godo, que en su juventud habia guardado rebaños; una especie de gigante de siete piés de altura, grueso en proporcion, que diariamente comia cuarenta libras de carne, y bebia una ánfora de vino (1). Un dia, delante de Séptimo Severo, habia derribado á diez y seis legionarios uno despues de otro. El emperador le alistó en sus tropas; ascendió rápidamente y adquirió en el ejército gran fama y nombradía. La inesperada fortuna que le llegaba al ser elegido emperador no le hizo desconocer su escaso merecimiento para este cargo. Lleno de desconfianza, solo vió enemigos en los senadores, y dos motines le suministraron ocasion para perseguirlos. Uno de ellos, Magno, fué muerto con cuatrocientas personas que se le atribuyeron como cómplices. Aquel Bárbaro que no se atrevió á ir una sola vez á

(1) Una ánfora=1 pié cúbico=26 litros.

Roma, y que creía necesaria la crueldad para arrancar á los Romanos á su molicie, trató al imperio como á país conquistado, saqueando los templos y las ciudades, acuñando moneda con las estátuas de oro de sus dioses, confiscando las rentas municipales y las sumas destinadas á las fiestas y espectáculos.

Despues de algunos triunfos obtenidos sobre los Alemanes habia pasado á Panonia para atacar á los Sarmatas, cuando el procónsul de Africa, Gordiano I, rico senador que tenia ochenta años de edad, y su hijo Gordiano II, descendientes de los Gracos y aliados con la familia de Trajano, no obstante sus ruegos fueron proclamados emperadores en aquella provincia. El senado los reconoció, declaró á Maximino enemigo público, y se apresuró á organizar la resistencia en Italia. Pero el jóven Gordiano, atacado por el gobernador de la Mauritania, pereció en el combate, y su anciano padre, lleno de desesperacion, se dió la muerte. El senado habia avanzado en demasía para que pudiese retroceder; eligió dos emperadores de su seno, á un antiguo soldado, Máximo Pupiano, y al jurisconsulto Claudio Balbino. El pueblo exigió que se les agregase como César á un hijo del jóven Gordiano. Pero los soldados que habia en la ciudad á ninguno de ellos querian; se arrojaron sobre el pueblo, le fueron rechazando de casa en casa, y despues de haber saqueado estas, les prendieron fuego. Una gran parte de Roma fué destruida. Entretanto, Maximino, despues de prolongadas dilaciones que dejaron á las provincias tiempo suficiente para declararse contra él, fué á sitiar á Aquilea, en medio de un país que Pupiano habia asolado. La resistencia valerosa de aquella plaza, las molestias del sitio y la escasez de víveres que muy luego llegaron á sufrir sus soldados, produjeron una sedicion en la que Maximino fué degollado con su hijo (abril de 238). Habia ordenado la sexta persecucion contra los cristianos.

El imperio estaba libertado; todos contaban con una dominacion suave y venturosa, pero los pretorianos veían con enojo á aquellos elegidos del senado y á los guardias germa-

nos de que se rodeaban. En la fiesta de los juegos capitolinos (julio de 238) estalló un motin y ambos emperadores fueran degollados en su palacio. Entonces los pretorianos declararon único jefe del imperio á Gordiano III, el cual solo tenia trece años de edad; Misiteo, preceptor y suegro suyo, gobernó en su nombre con sabiduría. Los Francos fueron vencidos cerca de Maguncia por el tribuno Aureliano (241). Los soldados cantaban despues de aquel triunfo:

Mille Francos, mille Sarmates semel occidimus;
Mille, mille, mille Persas quærimus.

«Así pues el nombre de nuestros padres se encuentra por vez primera en una cancion de soldados que expresa á la par su valentía y el terror de los Romanos.» El jóven emperador expulsó por sí mismo á los Godos de la Mesia y á los Persas de la Siria. Pero la muerte de Misiteo, el *custodio de la república*, hizo que ascendiese al grado de prefecto del pretorio el Arabe Filipo, quien dió muerte al emperador y ocupó su puesto (febrero de 244).

El árabe Filipo (244); Decio (249) y Galo (251); invasiones de los godos.

El primer cuidado del usurpador fué estipular la paz con Sapor, quien recuperó la Mesopotamia y regresando á la capital celebró con gran pompa, en el año 248, el milésimo aniversario de la fundacion de Roma. Al cabo de cinco años, los soldados juzgaron que su reinado habia durado bastante, y en todas partes estallaron sediciones, al propio tiempo que los Bárbaros pasaron el Danubio, y que el senador Decio, á quien envió el emperador para que expulsase de la Panonia á los Godos, fué proclamado por las tropas. Dióse una batalla cerca de Verona (setiembre de 249,) y en ella fué muerto Filipo, mientras que degollaban á su hijo en Roma. La tranquilidad de que, durante su reinado, disfrutó la Iglesia, ha hecho creer erróneamente que fué cristiano.

Decio, oriundo de Panonia, buscó en las antiguas instituciones un remedio para los males del imperio: nombró un censor, Valeriano, y para grangearse de nuevo el favor de sus dioses, ordenó una persecucion cruel contra los cristianos. Cuanto mas inminente parecia la disolucion del imperio bajo la influencia de tantos desórdenes y revoluciones, tanto mas se acercaban, se organizaban y se tornaban amenazadoras las tribus germánicas. Los Godos, relegados en otro tiempo á las orillas del Vístula, y mas léjos en la Escandinavia, bajo su jefe ó dios Odin, acampaban á la sazon en las fronteras del imperio unidos con otros pueblos. Sometidos á un gobierno monárquico, observaban en sus ataques un órden regular. Primero invadieron la Dacia, luego la Mesia, y en 250 el rey Cniva, al frente de 70.000 guerreros, penetró hasta Filipópolis, en Tracia, y la tomó. Decio marchó contra ellos, y al pronto se vió reducido á hacer puramente una guerra de táctica. Este sistema logró buen éxito, y los tenia cercados y sufriendo el hambre, cuando pereció en una gran batalla dada en Mesia (octubre de 251).

El ejército reconoció á uno de sus jefes, Galo, quien estipuló con los Godos una paz vergonzosa, les dejó que volviesen á pasar el Danubio con todo su botin, y prometió además un tributo anual, quedando lastimado el orgullo romano con aquella cobardía que estimulaba los ataques de los Bárbaros. Sin embargo, el senado aceptó al nuevo emperador, pero imponiéndole por cólega á Hostiliano, hijo de Decio, al mismo tiempo que Galo nombró César á su hijo Volusiano. Una peste que se desarrolló con extremada furia, ó quizás un crímen de Galo, arrebataron á Hostiliano en 252; los Persas invadieron de nuevo la Siria, y los Godos penetraron en el Asia Menor hasta Efeso en Iliria, y hasta las orillas del Adriático. Galo hizo muy poco caso de esto y permaneció en Roma. Un general suyo, el moro Emiliano, rechazó á los Bárbaros, y envanecido con su victoria sobre unos enemigos de quienes su soberano se habia hecho tributario, tomó la púrpura que le ofrecia el ejército. Galo marchaba contra él, cuando fué

muerto por sus soldados amotinados (mayo de 253); Emiliano solo le sobrevivió cuatro meses, y sufrió la misma suerte. Valeriano, que se dirigía con las legiones del Rhin á vengar á Galo, fué proclamado emperador y recibido con aclamaciones en Roma.

Valeriano (253); Galiano (260); los treinta tiranos.

Hallábase el imperio en un desórden espantoso. Los Alemanes habian pasado el Rhin, los Godos el Danubio, los Persas el Eufrates; el hambre y la peste asolaban sin tregua las provincias, y las persecuciones contra los cristianos mostraban en todas las ciudades el aparato de los tormentos y de los suplicios. Entre todos estos enemigos, los Francos eran los mas audaces, y pasando los Pirineos, penetraron en España y atravesaron el estrecho de Hércules, viendo los Moros con terror á aquella raza nueva, vanguardia de los Vándalos. Valeriano se esforzó para contener tan inminente disolucion, y envió á su hijo Galiano con el galo Póstumo, quien habiendo quedado vencedor de los Francos, recibió en recompensa el mando superior de toda la Galia. El mismo Valeriano marchó en 258 contra los Persas, recobró á Antioquía, en donde aquellos habian entrado, derribó á un usurpador á quien sostenian, y penetró en la Mesopotamia; pero sufrió una derrota cerca de Edesa. Extraviado por un traidor, y atraido á una conferencia, fué hecho prisionero (260). Este cautiverio duró para él hasta su muerte, con ultrages indignos: Dícese que Sapor se servia del emperador romano como de un estribo para montar á caballo, y despues de su muerte, su piel, curtida, rellena de paja y teñida de encarnado, fué colgada en la bóveda del templo principal de los Persas, en donde permaneció durante varios siglos.

Merced á este triunfo, Sapor volvió á entrar en Antioquía y asoló una parte del Asia Menor. Balista, prefecto del pretorio, ayudado por el jefe árabe Odenato, le obligó, por fin, á que volviese á pasar el Eufrates; pero este jefe llegó á sér

bastante poderoso para hacer que Galiano le reconociese como Augusto (264). Palmira, su capital, situada en un oasis á tres jornadas del Eufrates, habia llegado á ser rica y poderosa por medio de un comercio inmenso. La literatura y las artes de la Grecia, importadas al centro del desierto, la dieron notable brillo. Ruinas imponentes demuestran aun su pasada grandeza.

Galiano, desde el cautiverio de su padre, gobernó solo durante ocho años que no fueron sino una lucha sin tregua contra los usurpadores, los Bárbaros y las calamidades de todas clases que cayeron sobre el imperio. Galiano no merece del todo su mala fama. Zósimo le representa trabajando á fuerza de valor y de prudencia para conjurar las desgracias públicas é impedir la ruina del Estado, y lo que le dañó fué su aficion á la elocuencia, á la poesía y á las artes, y el brillo, los placeres de una corte que, en tales tiempos, debiera haber sido mas severa; pero le dirigen erróneamente la reconvencion de no haber hecho esfuerzo alguno para libertar á su padre. En el año 260, nada pudo intentar contra los Persas, pues en aquella época ni siquiera era dueño de la Siria, en la que Macriano, por cuya traicion, segun toda probabilidad, fué apresado Valeriano, se habia proclamado Augusto. Sin embargo, el prefecto Balista continuó la guerra contra Sapor, con algun buen éxito, y Odenato penetró hasta el pié de los muros de Ctesifon (261), aunque sin obtener, empero, que soltasen á Valeriano. Los esfuerzos de Galiano en Oriente eran neutralizados, porque en cada provincia, en cada ejército, se alzaba entonces un emperador. Es la época que, por un recuerdo de la historia de Atenas, denominan el período de los Treinta tiranos. En realidad solo hubo diez y nueve ó veinte, en su mayor parte notables, porque aquellos hombres, «nacidos de los acontecimientos que obligan á los talentos á recobrar su soberanía natural,» defendieron al imperio al mismo tiempo que lo desgarraban.

Póstumo se habia declarado en Galia (261) y degolló al jóven Salonino, hijo mayor de Galiano. El desventurado pa-

dre atacó por dos veces al emperador y fué herido peleando contra él. Póstumo, protegido por los motines que estallaban en todas partes, quedó en posesion de la Galia; pero habiendo negado á sus soldados el saqueo de Maguncia, estos le dieron muerte (267). Su asesino, Loliano, ocupó su puesto y fué derribado á su vez por Victorino, á quien una sedicion privó poco tiempo despues del trono y de la vida en Colonia. Su madre, Victoria, que ejerció grande influencia sobre los soldados y habia recibido del afecto de estos el título de *madre de los campamentos*, hizo nombrar emperador á un antiguo armero, Mario, á quien un soldado, al cabo de dos ó tres meses, sepultó una espada en el pecho, diciéndole: «Tú mismo la forjaste.» El senador Tétrico á quien en seguida hizo elegir Victoria, se mantuvo prudentemente en Burdeos, lejos de las legiones, y sin duda á esta reserva debió la vida y un reinado de seis años. Aureliano le derribó en 274.

Lo que ocurria en la Galia acontecia tambien en cuantas partes habia ejércitos. Ingénuo fué proclamado por las légiones de Mesia, pero Galiano le derrotó cerca de Mursa y se suicidó. Memor, Celso, en Africa; un antiguo gefe de piratas, Trebeliano, en Isauria; el procónsul Valens, en Acaya; y Pison, en Tesalia, se revistieron de la púrpura, y en su mayor parte fueron asesinados al cabo de algunos dias. Saturnino, cuando sus soldados le fijaron en los hombros el manto imperial, les dijo: «Camaradas, perdeis un buen general y haceis un mal emperador.» Ellos mismos le dieron muerte por razon de su mucha severidad. Emiliano, proclamado en Alejandría, fué vencido por Teodoto, general de Galiano, y ahogado en la cárcel. Balista, el vencedor de los Persas, parece que tambien se rebeló en Siria; al menos Odenato le hizo degollar como traidor. Este príncipe valeroso, que libró alternativamente al Oriente de los Persas y de los Godos, los cuales habian desembarcado en el Asia Menor, é incendiado á Nicea, Nicomedia y el famoso templo de Efesio, fué asesinado en 267 por su sobrino. Su muger Zenobia hizo degollar al asesino y sucedió en el poder á su esposo.

Despues de la muerte de Ingénuo, Galiano diezmó sus legiones y trató con dureza á la Mesia; por eso, tan pronto como se hubo alejado, los soldados proclamaron á Regiliano, y luego le asesinaron. Al mismo tiempo, el ejército de Iliria habia saludado con el título de Augusto á su general Aureolo, quien acababa de derrotar al usurpador Macrino. Acontecia esto cuando Galiano se hallaba en lo mas fuerte de sus apuros, y Aureolo decia que se habia visto obligado á aceptar la púrpura. Galiano admitió la disculpa, le confirió poderes extraordinarios, y se sirvió de su talento para rechazar á un diluvio de bárbaros, sobre todo alemanes, que acababa de caer sobre la Italia; luego le llevó á la Galia contra Póstumo (262) y le dejó que continuase allí la guerra. En 265, despues de una expedicion contra Bizancio sublevada, Galiano reapareció en la Galia, en donde Aureolo, haciéndole traicion, proseguia las hostilidades con blandura. Una herida grave que recibió el emperador en el sitio de una plaza le obligó á regresar á Italia; Aureolo le siguió, y habiendo vuelto á ponerse al frente de las legiones de Iliria, en 268, planteó de nuevo sus antiguos proyectos. Galiano fué á buscarle, le derrotó, le encerró en Milan é iba á apoderarse de él cuando fué asesinado por sus oficiales. Los asesinos solo pudieron aplacar la cólera de los soldados prodigándoles sumas considerables. Galiano se habia casado aunque con arreglo á los ritos bárbaros, con la hija del rey de los Marcomanos, á quien concedió una parte de la Dacia ó de la Panonia. La verdadera emperatriz era Salonina, fué célebre por sus virtudes, su valor y su saber, y se habia hecho discípula de Plotino, uno de los fundadores del Neoplatonismo.

«Figuraos el Estado siendo presa de las diferentes usurpaciones, á los tiranos batiéndose entre sí, defendiéndose contra las tropas del príncipe legítimo, rechazando á los bárbaros ó llamándolos en auxilio suyo: Ingénuo tenia á sueldo á un cuerpo de Roxolanos, Póstumo á un cuerpo de Francos. Ya no se sabia donde estaba el imperio: Romanos y Bárba-

ros, todos estaban divididos: las águilas romanas contra las águilas romanas: las enseñas de los Godos contra las enseñas de los Godos. Cada provincia reconocia al tirano mas inmediato... Un retazo de púrpura era por la mañana el distintivo de un emperador, y por la noche de una víctima, era el adorno de un trono ó de una tumba... Y en medio de todo esto, juegos públicos, mártires, sectas entre los cristianos y escuelas entre los filósofos, en donde se ocupaban de sistemas metafísicos en medio de los gritos de los Bárbaros.» (Chateaubriand).

En efecto, á los espantosos desórdenes interiores de aquel reinado se habian agregado las invasiones de los Bárbaros. Los mas terribles eran entonces los Godos, establecidos en la costa del mar Negro y en la parte inferior del Danubio desde donde penetraban en el Asia Menor, en la Tracia ó en la Grecia, y los Hérulos que partian del mar de Azoff embarcados en 500 buques, é iban á saquear las costas y todas las islas del mar Egeo. Las ciudades, por órden del emperador, se rodearon de murallas. Así se libró de ellos Bizancio; pero Atenas, Corinto, Esparta y Argos fueron asoladas. Un godo queria incendiar las bibliotecas de Atenas; otro le detuvo, diciéndole: «Dejemos á nuestros enemigos esos libros que les quitan la aficion á las armas.» Sin embargo, los Atenienses, bajo el mando del historiador Dexipo, tuvieron la honra de derrotar á aquellos bandidos, quienes se vengaron en la Beocia, el Epiro, la Tracia y la Iliria. Galiano solo logró poner término á sus destrozos estipulando la paz con ellos y tomando á sueldo á un cuerpo de Hérulos. Pero la invasion solo estaba suspendida momentáneamente, y habia de recobrar su curso en tiempo de Claudio II.

Restauracion del imperio por los príncipes Ilirios (268-285); Claudio II (268); Aureliano (270); derrota de Zenobia (273).

Galiano, en el momento de expirar, habia elegido por su-

cesor suyo al Dalmata que era entonces el general mas afamado del imperio. Claudio vengó su muerte haciendo decapitar á Aureolo, instigador de la trama de que Galiano habia sido víctima. Los Alemanes penetraron en Italia; les hizo sufrir una derrota sangrienta cerca del lago de Garda, y Tétrico, amenazado por una guerra formal, abrió negociaciones para obtener, al menos, una participacion en la autoridad. Una invasion de 320,000 Godos suspendió el tratado, obligando á Claudio á acudir presuroso á socorrer á la Macedonia, en donde estaban sitiando á Casandria y á Tesalónica, y consiguió una gran victoria cerca de Naiso, persiguiendo á los restos de sus fuerzas hasta la Mesia; pero una peste que sobrevino arrebató al vencedor en Sirmium, en medio de sus preparativos contra Zenobia (abril de 270). La guarnicion de Aquilea proclamó á Quintilio, hermano de Claudio; pero cuando supo que las legiones del Danubio, por designacion del mismo Claudio habian reconocido á Aureliano, hizo que le abriesen las venas.

Aureliano, oriundo de Panonia, era de la mas baja estraccion, pero se habia señalado por su valór. Fué el primero que venció á los Francos, y los soldados no le llamaban ya sino *Aurelianus manus ad ferrum*. Lleno de actividad y de energía, era el hombre que exigian las circunstancias, y mereció el título de *restitutor orbis*. Se trasladó primero á Roma, y despues de una corta residencia fué á Panonia al encuentro de un ejército de Escitas, de Marcomanos, de Yutungos y de Vándalos. Pero, en seguida, exigió su presencia en otro punto una invasion de los Alemanes, que penetraron por la Recia hasta Plasencia, en donde destruyeron un ejército romano, y desde allí hasta las orillas del Adriático. Reinaba en Roma el terror. El senado consultó los libros sibilinos, y con arreglo á lo que indicaban sus respuestas, inmolaron varias víctimas humanas que entregó Aureliano. Una victoria obtenida en el Metauro, cerca de *Fanum Fortunæ*, libró á la Italia. El peligro que habia corrido Roma indujo al emperador á rodearla con una muralla de 21 millas de

extension. Fué menos afortunado contra los Godos; la batalla fué sangrienta é indecisa. Sin embargo, los Bárbaros retrocedieron; un tratado les abandonó la Dacia, cuyos habitantes trasladó á la Mesia, la cual tomó desde entonces el nombre de Dacia de Aureliano. El Danubio volvia á ser el límite del imperio.

Restablecida la tranquilidad en aquella frontera, pasó á Oriente (273) para combatir contra la reina de Palmira, princesa célebre por su valor y por su no comun inteligencia, quien pensaba nada menos que en fundar un gran imperio oriental. Le arrebató la Siria, el Egipto y una parte del Asia Menor, en donde ella mandaba. Dos batallas dadas cerca de Antioquía y de Emeza, obligaron á Zenobia á refugiarse en su capital, que Aureliano fué á sitiar en seguida. Cuando la ciudad se halló reducida al último extremo, Zenobia huyó en unos dromedarios hácia el Eufrates; pero fué detenida y conducida ante Aureliano. Su primer ministro era el sofista Longino, de quien aun nos queda un tratado *sobre lo Sublime*. Habiéndose sospechado que Longino era el autor de una carta ofensiva enviada por Zenobia á Aureliano, recibió la muerte; el emperador reservó la reina para su triunfo. Tan luego como Aureliano se hubo marchado, los Palmerianos se sublevaron; entonces retrocedió aquel, pasó á cuchillo á toda la poblacion y destruyó la ciudad.

En Egipto, Firmo, un rico mercader, porque el comercio habia acumulado fortunas colosales en algunas manos, apoyado por los Blemios, tomó la púrpura; pero fué derribado fácilmente, y todo el Oriente se halló sujeto al imperio.

En el Occidente, Tétrico gobernaba la Galia, la España y la Bretaña; pero solo aspiraba á dejar aquella carga, harto pesada para sus fuerzas, y suplicaba secretamente á Aureliano que le librase de sus legiones: *Eripe me his, invicte, malis*, le escribia citando á Virgilio. En la batalla de Chalons-sur-Marne (274), Tétrico hizo traicion á su ejército y se pasó á las filas de Aureliano. El triunfo del emperador fué el mas suntuoso y magnífico que habia visto Roma hacia mucho

tiempo; Tétrico y Zenobia aparecieron en él con sus hijos y numerosos prisioneros pertenecientes á las naciones mas remotas. El triunfador iba montado en un carro tirado por cuatro ciervos, tiro que habia sido cogido á un rey godo. Tétrico fué nombrado gobernador de Lucania, su hijo llegó á ser senador, y Zenobia se retiró á una hermosa casa de recreo del territorio de Tibur, situada entre las de Horacio y Adriano. Los hijos de Tétrico y de Zenobia se enlazaron por medio de casamientos con las familias mas ilustres: en el reinado de Valens vió Eutrope á sus descendientes.

Aureliano, libre ya de las dificultades exteriores, intentó restablecer el órden en la administracion, y la disciplina en los ejércitos. Los remedios sin duda alguna habian de ser enérgicos, y acaso los hiciese ser crueles; corrió mucha sangre. Una reforma que quiso aplicar á la moneda alterada produjo en Roma una sedicion en la cual perecieron 7,000 soldados suyos. Los vengó con suplicios. Acusaban tambien á su orgullo, porque fué el primer emperador que se atrevió á ceñir su frente con una diadema. Para ocupar el carácter turbulento de las legiones preparó una expedicion contra los Persas, quienes aun no habian expiado el baldon que impusieron al imperio con el cautiverio de Valeriano; pero su secretario Mnesteo, acusado de concusiones, y temiendo el castigo, le hizo asesinar entre Heraclea y Bizancio (enero de 275). Murió llorado por sus tropas, aborrecido por el senado, juzgado por todos como demasiado severo, pero con la nombradía de un príncipe afortunado y hábil, que, si hubiese vivido, acaso habria salvado al Estado.

Tácito (275); Probo (276); Caro (282); Carino y Numeriano (284).

Como no habia en el ejército gefe alguno que fuese popular entre las tropas, los soldados dejaron la eleccion al senado, el cual, acordándose de los Gordianos, los Pupianos y los Balbinos, rehusó prudentemente tamaña honra. Las legio-

nes se obstinaron en su negativa, lo cual era tambien una manera de imponer su voluntad. Así trascurrieron cerca de ocho meses. Pero habiendo hecho los Germanos una invasion en la Galia, á fines de setiembre de 275, se decidió el senado á proclamar á uno de sus miembros, á Tácito, anciano de 75 años, que pretendia descender del historiador, y que poseía en fincas una fortuna de 75 millones, con suficiente dinero en metálico para pagar el sueldo de todos los ejércitos. Esta eleccion no era acertada; debieron dejar á aquel anciano consagrado al reposo que tanto le agradaba, y enviar á los soldados un gefe entendido en el arte de la guerra. Sin embargo, las tropas le recibieron sin murmurar; echó del Asia Menor á los Alanos, y penetró hasta el Cáucaso, para comenzar por aquella parte la guerra contra los Persas. Pero murió ó fué muerto el 12 de abril de 276. Su hermano Floriano, que tomó la púrpura, sufrió la misma suerte, tres meses despues, cuando los que le habian sostenido supieron el advenimiento de Probo.

Esta vez los soldados habian elegido por sí mismos, y con sumo acierto. Probo, nacido en Sirmium, habia servido de una manera distinguida á las órdenes de Valeriano; Tácito le habia dado el consulado y el gobierno de Oriente. Pidió al senado la confirmacion de su eleccion, y despues de haberse presentado en Roma, corrió presuroso á la Galia, á la que los Alemanes habian invadido despues de la muerte de Póstumo. Les volvió á tomar 60 ciudades, pasó el Rhin detrás de ellos, y los arrolló hasta mas allá del Neckar. Varias colonias militares y campamentos cubrieron la orilla derecha del rio para defender sus cercanias, y volvieron á levantar las fortificaciones que iban desde el Danubio hasta el Rhin. Los Germanos, atemorizados, solicitaron la paz; entregaron 16,000 guerreros jóvenes que el emperador alistó en seguida en sus tropas, pero dispersándolos. Dos usurpadores se atrevieron á sublevarse contra él en Galia, Proculo en Lyon y Bonoso en Colonia; los derribó sin gran trabajo.

Restablecido el órden en el Norte de los Alpes derrotó en

la Iliria á los Sarmatas; en la Tracia á los Getas; en el Asia Menor á los bandidos de la Isauria y de la Panfilia; en Egipto á los Blemios, que habian tomado las ciudades de Coptos y de Tolemaida. El rey de Persia, Narses, asustado por aquellos triunfos, solicitó la paz. Los convidados fueron conducidos ante un anciano, sentado en el suelo, cubierto con un simple ropon de lana, y comiendo algunos guisantes cocidos con un poco de cecina. Aquel anciano, sin levantarse, les dijo que era el emperador, y que si su amo se negaba á hacer justicia, dejaria la Persia tan desnuda como estaba su cabeza, y al propio tiempo les enseñaba su calva. «¿Teneis hambre? añadió, tomad del plato, y sino retiraos.»

Probo, al regresar por la Tracia, estableció en las tierras del imperio á 100,000 Bastarnos que le permanecieron fieles, como habia establecido ya á muchos Germanos en la Bretaña y á Francos en las orillas del Ponto Euxino. Era un sistema peligroso, porque aquella invasion del imperio por los Bárbaros, invasion legal y que el mismo emperador dirigia, léjos de impedir la otra, que se verificó violentamente un siglo mas tarde, la facilitó. Tampoco aceptaban siempre su destierro los nuevos colonos. Los Francos relegados al Ponto Euxino, se dice que se apoderaron de algunas barcas, atravesaron el Bósforo, y asolando en su camino las costas del Asia Menor y de la Grecia, saqueando á Atenas, Siracusa y Cartago, pasaron el estrecho de Hércules, dieron vuelta á la España y la Galia, y se trasladaron á las bocas del Rhin, en donde refirieron á sus sorprendidos compatriotas que habian atravesado impunemente todo el gran imperio. Revelacion fatal y que entendieron en demasia los Frisones y los Sajones, quienes por aquel tiempo comenzaron á asolar con sus piraterías las costas del imperio.

Probo, antes de regresar á Roma, supo que la turbulenta poblacion de Alejandría habia aclamado emperador á Saturnino; no tuvo que hacer sino enviar á algunos soldados para castigar á aquel desventurado pretendiente, quien habia llorado al aceptar su título. Despues de un triunfo pom-

poso, celebrado en Roma sobre los Germanos y los Blemios, Probo se disponia á marchar contra los Persas. Pero su severidad, los rudos trabajos que imponia á sus soldados, á los cuales hacia plantar viñas (1), desaguar pantanos, etc., y lo que se decia acerca de él, de que esperaba que el imperio podria llegar á pasarse sin ejército, produjeron una sedicion en la cual pereció. Al dia siguiente le lloraron los soldados y le erigieron un sepulcro con una inscripcion pomposa, pero verídica (282). Casi habia puesto término á la primera gran tentativa hecha por los Bárbaros para establecerse en el imperio.

Las legiones eligieron enseguida á Caro, prefecto de los guardias, buen general, pero padre sobrado indulgente. Se apresuró á dar el título de César á sus dos hijos: Carino, jóven valiente, pero entregado á todos los excesos, y Numeriano, de carácter dulce y de no comun talento. El mayor obtuvo el gobierno del Occidente; el menor, despues de una derrota de los Godos y de los Sarmatas, siguió á su padre al Oriente. Caro asoló la Mesopotamia, tomó á Seleucia y á Ctesifon y pasó el Tiber; pero pereció por un rayo ó sucumbió á una enfermedad (25 de dic. de 283.) Sus hijos al instante fueron reconocidos emperadores, pero Numeriano se apresuró á entrar en tratos con los Persas. Cuando volvia con las legiones hácia el Bósforo, fué muerto por su suegro Arrio Aper (12 de set. de 284). Cinco dias despues proclamó el ejército, bajo los muros de Calcedonia, al Dalmata Diocleciano, quien por su propia mano degolló á Aper ante la vista de todo el ejército. Carino intentó derribar al que se apellidaba vengador de su hermano, pero en una batalla dada cerca de Marga, en Mesia, fué muerto por algunos oficiales suyos á quienes habia ultrajado (mayo de 285).

Ya habian vestido la púrpura 41 emperadores, sin mencionar á los que se denominaron los Treinta tiranos, que casi todos fueron muertos; de aquel número 25 habian sido asesi-

(1) Los viñedos del Rhin y de la Hungría le deben su orígen.

nados, otros 4 ó 5 perecieron: uno en el campo de batalla (Decio), otro en el cautiverio (Valeriano), otros acaso por el veneno (Claudio y Caro) ó por su propia mano (Oton). Solo los otros 11 ó 12 habian llegado naturalmente al término de su carrera. Qué prueba tan palmaria de la mala organizacion del poder supremo en el imperio romano, y de los peligros á que el despotismo expone al mismo que lo ejerce!

SÉPTIMO PERÍODO.

EL IMPERIO DESDE DIOCLECIANO HASTA TEODOSIO,

Ó

ÉPOCA DE LA ORGANIZACION MONÁRQUICA Y DE LA DECADENCIA.

110 años (285-395 de J. C.).

CAPÍTULO XXXII.

Organizacion monárquica del imperio Romano (285-337).

DIOCLECIANO (285), Y MAXIMIANO (286).—MAXIMIANO ASOCIADO AL IMPERIO (286).—LA TETRARQUÍA (292).—INTRODUCCION DEL CEREMONIAL DE LAS CORTES ASIÁTICAS.—GUERRAS AFORTUNADAS.—ABDICACION DE DIOCLECIANO (305).—SEIS EMPERADORES Á LA VEZ (306).—VICTORIAS DE CONSTANTINO.—CARÁCTER DE ESTE PRÍNCIPE Y SU CONVERSION.—EDICTO DE MILAN (313); EL CRISTIANISMO, RELIGION DOMINANTE EN EL IMPERIO.—CONCILIO DE NICEA (325).—FUNDACION DE CONSTANTINOPLA Y REORGANIZACION DEL IMPERIO; PREFECTURAS, DIÓCESIS, PROVINCIAS.—SEPARACION DE LAS FUNCIONES CIVILES Y MILITARES, DEGRADACION DEL EJÉRCITO; NOBLEZA ADMINISTRATIVA.—HACIENDA; MISERIA DE LOS CURIALES.—ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS DEL REINADO DE CONSTANTINO.

Diocleciano (285) y Maximiano (286).

Diocleciano, que por su talento se habia elevado desde una condicion humilde á los mas altos cargos militares, por medio de su habilidad, de su experiencia y de su moderacion, pero algunas veces tambien, por la astucia, la injusticia y la crueldad, supo mantenerse en el trono imperial cuanto tiem-

po quiso. Cambió la organizacion del imperio, destruyó el despotismo militar, aunque para sustituirle por otro; borró cuanto aun subsistia de los antiguos recuerdos de la república, y por su influencia hizo que en la corte imperial y en el gobierno predominasen el espíritu, hábitos y costumbres de las cortes orientales. No fué Roma la residencia exclusiva de los emperadores romanos: Diocleciano y sus cólegas se establecieron en *Nicomedia* (Ismid) convertida en capital del Asia-Menor, en Milan, que lo era de Italia, en Treveris ó en Arles, capitales de la diócesis de las Galias, en *Sirmium* (Sirmich), ciudad principal de la Panonia y de la Iliria. Al propio tiempo, los progresos de la religion cristiana amenazaban con una ruina próxima á la antigua religion, la cual hacia mucho tiempo que estaba minada por sus cimientos. Así pues, bajo el doble punto de vista político y religioso, el imperio iba á entrar en una nueva senda. Diocleciano comenzó la reforma bajo el punto de vista político, Constantino la concluyó bajo el punto de vista religioso.

Diocleciano manifestó al pronto gran dulzura, y despues de la muerte de Carino, dispensó buena acogida á todos sus partidarios. Desembarazado ya de aquel rival peligroso, se consagró á la doble tarea de restablecer el órden en el interior y la seguridad en las fronteras. Mientras que la tiranía de los gobernadores de la Galia hacia que se sublevasen los labriegos de aquella provincia (Bagaudes), los alemanes pasaban el Danubio, asolaban la Retia y las comarcas de la orilla izquierda del Rhin; los piratas Sajones saqueaban las costas de la Bretaña y de la Galia; y por último, los Francos iban hasta Sicilia á saquear á Siracusa. Para contener las incursiones de aquellos piratas, el Menapio Carausio, general hábil, recibió el mando de una escuadra que habia de proteger las costas de la Bélgica y de la Armórica; pero habiéndose sospechado que favorecia á los Bárbaros y que compartia con ellos el botin, fué sentenciado á muerte. Habiéndo llegado Carausio á saber esta órden, se proclamó emperador en Bretaña (286), hizo alianza con los piratas Sajones y

Francos, y se sostuvo hasta el año 293. Entonces fué asesinado por su ministro Alecto, pero este usurpador conservó todavía la Bretaña durante tres años.

Maximiano asociado al imperio (286).

Asustado Diocleciano de la situacion tan crítica del imperio, pensó en asociarse un cólega que se hallase en toda la fuerza de la edad, que estuviese probado por dilatados servicios en el ejército, y en quien pudiese encargar con entera confianza una parte de los cuidados de la guerra. Eligió á uno de sus antiguos compañeros de armas, á Valeriano Maximiano (286). Maximiano, descendiente de una familia oscura de Panonia, se habia distinguido por su actividad y su valor; tomó el sobrenombre de Hércules; con el de Júpiter designaban ya á Diocleciano. Los dos Augustos lucharon con buen éxito; Diocleciano en Oriente contra los persas, á los cuales arrebató de nuevo la Mesopotamia; y Maximiano en Galia, de donde expulsó á los Alemanes, á los Francos y á los Burgondes. Sin embargo, juzgaron necesario agregarse dos cólegas mas, con el fin de hacer que fuesen mas activas la vigilancia y custodia de las fronteras.

La Tetrarquía (292).

En 1.º de marzo de 292, Diocleciano proclamó en Nicomedia á dos Césares, ambos Ilirios tambien: Galerio, hombre tosco, pero lleno de valor, y que de su antiguo oficio conservó el sobrenombre de *Armentarius*, y Constancio Cloro, de carácter mas dulce y de imaginacion menos inculta. Diocleciano les obligó á separarse de sus mujeres para que se casasen con las hijas de los emperadores, con el fin de fortalecer con vínculos de sangre la union política de los cuatro príncipes. Entonces fué cuando Constantino repudió á la piadosa Elena, á la madre de Constantino el Grande para casarse con Teodora, hija adoptiva de Maximiano. En la parti-

cion del imperio, Diocleciano conservó el Oriente; Galerio tuvo la Tracia y las provincias del Danubio; Maximiano la Italia, el Africa y las islas; Constancio la Galia, la España con la Mauritania y la Bretaña. Sin embargo, la unidad del imperio no fué destruida por esta particion. Las ordenanzas dadas por cada príncipe eran válidas en las provincias de sus cólegas; además, Diocleciano siguió siendo el gefe supremo, y fué el alma del gobierno. Sus cólegas, sobre todo en el interior, nada pudieron hacer sino por su órden. La creacion de nuevos cuerpos para la guardia personal de los príncipes, los herculianos y los jovianos, debilitó el poder de los pretores de Roma. Cada uno de los cuatro príncipes tenia su capital y una corte. Roma abandonada por ellos, y el senado á quien dejaron de consultar, perdieron la consideracion que hasta entonces habian conservado, y los pocos recuerdos republicanos que aun subsistian se desvanecieron.

Diocleciano, por medio de su habilidad y de su espíritu de conciliacion, supo mantener la concordia entre los jefes tan desemejantes que habia dado al imperio. Pero despues de él, ¿quién podria mantener su obra y reprimir las pasiones que excitaba aquella particion de la autoridad? Reconozcamos, empero, que la ruina inminente del impero se retrasó algun tiempo por aquella precaucion, no obstante lo opresivo y costoso que el nuevo sistema debió ser para las provincias encargadas á la sazon de sufragar los gastos de cuatro cortes.

Introduccion del ceremonial de las cortes asiáticas.

Diocleciano fué el primer emperador romano que quiso rodear á la magestad imperial de toda la pompa exterior de las cortes asiáticas. Tomó una diadema, se vistió de seda y oro, y cuantos obtuvieron el permiso de acercarse á su persona, con arreglo al ceremonial asiático, hubieron de adorar de rodillas la divinidad y la magestad imperiales. No era por

vanidad, sino únicamente por tener á raya á los mas altos personages. Hacia un siglo que todos los males del imperio procedian de la facilidad con que era dado á los generales proclamarse emperadores; designando de antemano á tres Cêsares, colocaba entre él y los ambiciosos el interés de tres familias poderosas; por último, comenzaba á establecer esa gerarquía, tan necesaria en el gobierno monárquico para poner al príncipe y al Estado al abrigo de las revoluciones militares, pero tambien ese despotismo de corte, ese gobierno de serrallo, que matan el espíritu público y hacen que los servicios prestados á la persona del príncipe tengan una preeminencia sobre los que se prestan al Estado.

Guerras afortunadas.

En los tres continentes hubieron de sostener los emperadores una lucha encarnizada contra los enemigos del interior y del exterior. Maximiano rechazó á los Germanos, pasó el Rhin, y asoló el país enemigo: pero en el mismo corazon de la Galia tuvo que combatir á una rebelion terrible, la de los Bagaudes. El pueblo de las campiñas galas nunca se habia emancipado bien de la sujecion en que los nobles y los druidas lo habian tenido durante tanto tiempo. A las miserias de su antigua condicion, los campesinos habian visto agregarse los males que les imponian la concentracion de las fortunas, la decadencia de la agricultura, y el peso, cada vez mas abrumador, de los impuestos. A fines del siglo III, se sublevaron, y si Maximiano, despues de prolongados esfuerzos, logró dar muerte á sus gefes y arrebatarles las posiciones en que se habian fortificado, solo pudo dar á la Galia un reposo momentáneo. Los Bagaudes continuaron recorriendo los campos, y solo desaparecieron en el tumulto y la confusion de la gran invasion.

En Oriente alcanzó Diocleciano mejor éxito. En 292, se presentaron nuevos peligros. Los Persas habian echado del trono de Armenia á un partidario de los Romanos, y amenaza-

cion del imperio, Diocleciano conservó el Oriente; Galerio tuvo la Tracia y las provincias del Danubio; Maximiano la Italia, el Africa y las islas; Constancio la Galia, la España con la Mauritania y la Bretaña. Sin embargo, la unidad del imperio no fué destruida por esta particion. Las ordenanzas dadas por cada príncipe eran válidas en las provincias de sus cólegas; además, Diocleciano siguió siendo el gefe supremo, y fué el alma del gobierno. Sus cólegas, sobre todo en el interior, nada pudieron hacer sino por su órden. La creacion de nuevos cuerpos para la guardia personal de los príncipes, los herculianos y los jovianos, debilitó el poder de los pretores de Roma. Cada uno de los cuatro príncipes tenia su capital y una corte. Roma abandonada por ellos, y el senado á quien dejaron de consultar, perdieron la consideracion que hasta entonces habian conservado, y los pocos recuerdos republicanos que aun subsistian se desvanecieron.

Diocleciano, por medio de su habilidad y de su espíritu de conciliacion, supo mantener la concordia entre los jefes tan desemejantes que habia dado al imperio. Pero despues de él, ¿quién podria mantener su obra y reprimir las pasiones que excitaba aquella particion de la autoridad? Reconozcamos, empero, que la ruina inminente del impero se retrasó algun tiempo por aquella precaucion, no obstante lo opresivo y costoso que el nuevo sistema debió ser para las provincias encargadas á la sazon de sufragar los gastos de cuatro cortes.

Introduccion del ceremonial de las cortes asiáticas.

Diocleciano fué el primer emperador romano que quiso rodear á la magestad imperial de toda la pompa exterior de las cortes asiáticas. Tomó una diadema, se vistió de seda y oro, y cuantos obtuvieron el permiso de acercarse á su persona, con arreglo al ceremonial asiático, hubieron de adorar de rodillas la divinidad y la magestad imperiales. No era por

vanidad, sino únicamente por tener á raya á los mas altos personages. Hacia un siglo que todos los males del imperio procedian de la facilidad con que era dado á los generales proclamarse emperadores; designando de antemano á tres Cêsares, colocaba entre él y los ambiciosos el interés de tres familias poderosas; por último, comenzaba á establecer esa gerarquía, tan necesaria en el gobierno monárquico para poner al príncipe y al Estado al abrigo de las revoluciones militares, pero tambien ese despotismo de corte, ese gobierno de serrallo, que matan el espíritu público y hacen que los servicios prestados á la persona del príncipe tengan una preeminencia sobre los que se prestan al Estado.

Guerras afortunadas.

En los tres continentes hubieron de sostener los emperadores una lucha encarnizada contra los enemigos del interior y del exterior. Maximiano rechazó á los Germanos, pasó el Rhin, y asoló el país enemigo: pero en el mismo corazon de la Galia tuvo que combatir á una rebelion terrible, la de los Bagaudes. El pueblo de las campiñas galas nunca se habia emancipado bien de la sujecion en que los nobles y los druidas lo habian tenido durante tanto tiempo. A las miserias de su antígua condicion, los campesinos habian visto agregarse los males que les imponian la concentracion de las fortunas, la decadencia de la agricultura, y el peso, cada vez mas abrumador, de los impuestos. A fines del siglo III, se sublevaron, y si Maximiano, despues de prolongados esfuerzos, logró dar muerte á sus gefes y arrebatarles las posiciones en que se habian fortificado, solo pudo dar á la Galia un reposo momentáneo. Los Bagaudes continuaron recorriendo los campos, y solo desaparecieron en el tumulto y la confusion de la gran invasion.

En Oriente alcanzó Diocleciano mejor éxito. En 292, se presentaron nuevos peligros. Los Persas habian echado del trono de Armenia á un partidario de los Romanos, y amenaza-

ban á la Siria; cinco pueblos africanos se sublevaron; al propio tiempo, Juliano en Italia y Aquileo en Egipto, tomaron la púrpura. Diocleciano venció muy luego á Aquileo, cuyos partidarios todos fueron degollados; Maximiano derrotó á Juliano, y los Moros fueron dominados. Al propio tiempo Galerio, venció á varios pueblos de las orillas del Danubio, y en 294 marchó contra los Persas. Una derrota que sufrió fué gloriosamente resarcida, y, en 297, cedió Narses la Mesopotamia, cinco provincias de allende el Tigris, con la soberanía sobre la Armenia y la Iberia al pié del Cáucaso. Era este el tratado mas glorioso que el imperio habia firmado hasta entonces. Diocleciano, para conservar aquellas conquistas, levantó allí numerosas fortificaciones.

En el otro extremo del mundo romano, Constancio, despues de haber expulsado á los Francos de la Galia y de la Batavia, desembarcó en Bretaña, y venció, en 296, al usurpador, Alecto que habia sucedido á Carausio. Una invasion de los Alemanes le llamó á la Galia; los alcanzó cerca de Langres y los derrotó, no obstante una herida que recibió en la accion (301).

Restablecida la tranquilidad en todas partes, Diocleciano, para mantenerla, se consagró á sembrar la discordia entre los Bárbaros, é hizo que los Godos y los Vándalos, los Gépidos y los Burgundios tomasen las armas unos contra otros; en seguida, hizo reparar todas las fortificaciones delas fronteras, y construir nuevos puestos militares, y en muy pocos años volvió á encontrarse el imperio en un pié de guerra formidable. Estas victorias fueron celebradas con un triunfo pomposo, que fué uno de los últimos que vió Roma (303).

Abdicacion de Diocleciano (305).

Desgraciadamente todo varió muy pronto; Diocleciano, que castigaba con extremado rigor toda negativa de ciega obediencia, se dejó arrastrar por Galerio á ordenar una persecucion contra los cristianos. Estos eran numerosos en los

ejércitos, en las ciudades, y llebavan ostensiblemente los signos de su culto. Un gran sacerdote, que con dolor veía cada dia mas abandonados sus indignos altares, intentó inducir á Diocleciano á que publicase un edicto contra la nueva religion. El príncipe resistió al pronto, comprendiendo perfectamente que contaba con sobrados partidarios para que pudiese ser extirpada sin peligro. Pero Galerio arrancó al anciano emperador un edicto que prohibia á los cristianos ocupar los cargos públicos y entrar en los tribunales, cerraba sus iglesias y les prohibia el uso de todo signo exterior de su fe. El edicto se fijó en Nicomedia, y un cristiano le hizo pedazos. Diocleciano, que era terrible en cuanto menospreciaban su autoridad, aun no habia proscrito mas que el culto, y entonces proscribió á las personas; un incendio que ocurrió en el palacio imperial, y del que acusaron á los cristianos, aumentó su cólera, y en todo el imperio, excepto en las provincias en que imperaba Constancio Cloro, resonó el ruido de los tormentos.

Poco tiempo despues del principio de esta persecucion, Diocleciano cayó enfermo, y sus padecimientos, que le atormentaron durante un año, le debilitaron en tal manera que llegó á circular el rumor de su muerte. Cuando pareció que recobraba la salud, disgustado del poder, abdicó en 1° de mayo de 305, en Nicomedia. Maximiano, aunque apesar suyo, siguió aquel ejemplo, y en el mismo dia dejó en Milan la diadema. El antíguo jefe del mundo romano se retiró á una quinta magnífica que se habia hecho edificar cerca de Salone (Spalatro), en las costas de Dalmacia, y pasó su vejez léjos del ruido de las armas y de los negocios consagrado á pacíficos trabajos. Un dia en que Maximiano le apremiaba para que volviese á subir al trono, le contestó: Si pudieses ver las hermosas legumbres que yo mismo cultivo, no me hablarias de tales molestias y fatigas». Murió ocho años despues, en 313, en aquel palacio cuyas ruinas existen todavía.

Seis emperadores á la vez (306).

Los dos Césares, Galerio y Constancio, tomaron el título de Augustos. Galerio, que se creia el jefe supremo del imperio, no aumentó las provincias de su cólega, y sin consultarle nombró dos nuevos Césares. El primero, designado ya por Diocleciano, fué un pariente de Galerio, tosco y desprovisto de talento, el jóven Daya, que tomó el nombre de Maximino y recibió el gobierno de la Siria y del Egipto; el segundo, Flavio Severo, obtuvo la Italia y el Africa, y mas tarde el título de Augusto. Constantino, hijo de Constancio, quedó como en rehenes en la corte de Galerio. Solo pudo escaparse de ella por medio de la astucia, cuando supo la enfermedad de su padre, quien, poco tiempo despues de su llegada, murió en York, en Bretaña, llevándose la denominacion mas hermosa que puede haber usado en tiempo alguno un príncipe absoluto: «Constancio el Pobre.» Las legiones pusieron en su lugar á Constantino, y le confirieron el título de Augusto; Galerio solo quiso reconocer el de César (306).

Galerio se habia hecho odioso por sus crueldades y sus exigencias fiscales. Roma irritada por el abandono en que la dejaban los nuevos emperadores, se sublevó, y los pretorianos, usando por vez postrera de su derecho, aclamaron Augusto á Magencio, hijo de Maximiano (306). Enseguida tomó por cólega á su padre, de modo que el imperio tuvo seis dueños á la vez: Galerio y Severo, los dos Augustos; Constantino y Maximino, los dos Césares; y por último, los dos usurpadores Magencio y Maximiano. Severo marchó contra estos (307), pero halló cerradas las puertas de Roma, y sus tropas se pasaron al enemigo; se metió en Rávena, no pudo defenderse y se vió obligado á entregarse á Maximiano, quien le mandó dar muerte. Galerio no pudo vengarle, pero le sustituyó: proclamó Augusto á su amigo Licinio. Maximino, el gobernador de Egipto, no quiso quedarse atrás, y tomó el mismo título, que otros seis príncipes usaron al mismo tiempo.

Victorias de Constantino.

El primero que le perdió fué Maximiano. Su hijo se cansó de la autoridad que pretendia ejercer sobre él, y le obligó á buscar un refugio, primero en Iliria, y luego al lado de su yerno Constantino en Tréveris. Allí anudó secretas intrigas; pero habiéndole hecho traicion su propia hija Fausta, tuvo que huir de nuevo y se retiró á Arles, desde donde intentó sublevar á los Galos. Constantino, que habia acudido desde las orillas del Rhin, le sitió en Marsella, y le obligó á darse la muerte (310). En el año siguiente murió Galerio, arrebatado por sus excesos. Maximino y Licinio repartieron sus provincias.

Así pues, ya no habia mas que cuatro emperadores, pero muy poco dispuestos á vivir en paz. Magencio fué el primero que sucumbió. Envanecido con haber derribado en Africa al usurpador Alejándro, que habia reinado durante tres años en aquella provincia, Magencio solo hacia uso de su poder en Roma para satisfacer su crueldad y sus vergonzosas pasiones. Miraba á sus cólegas como lugar-tenientes suyos, y se atrevió á desafiar á su cuñado Constantino, quien fué á atacarle en Italia y derrotó á sus tropas en varios encuentros; la última vez fué cerca del monte Milvio, sobre el Tiber. Magencio, al huir, se ahogó en el rio (28 de oct. de 312). Durante esta expedicion fué cuando Constantino excitó en el mas alto grado, en favor suyo, el entusiasmo de los cristianos colocando la cruz en sus estandartes (312).

Mientras que Constantino se apoderaba de Roma, en donde exterminaba á toda la familia de Magencio, los Francos invadieron la Galia; corrió presuroso á su encuentro, libró al país, y arrojó á su príncipe á las fieras en el anfiteatro de Tréveris. Enseguida recorrió por sí mismo la orilla derecha del rio, sobre el cual construyó, en frente de Colonia, un puente de piedra, al que guareció con un campo atrincherado (Deutz). Venció, tambien, á los Bructeros en el Lippe, y cerró las brechas del atrincheramiento del territorio de los Decumates.

En el momento de atacar á Magencio, aliado de Maximino, indujo á Licinio á que se pusiese de su parte, y le hizo casarse en Milan con su propia hermana. El resultado de esta union fué una expedicion de Licinio contra Maximino, quien, derrotado cerca de Andrinópolis, fué á morir á Tarsia en donde se envenenó (agosto de 313). Todo el Oriente se sometió al vencedor, quien no por eso dejó de proceder con espantosa crueldad contra los parientes y amigos de los vencidos. Ni siquiera perdonó á la viuda y á la hija de Diocleciano.

De este modo, el imperio solo tenia, á la sazon, dos dueños: Licinio en el Oriente, Constantino en el Occidente. Aun sobraba uno; estos ambiciosos, rompiendo los vínculos de sangre que les unian, en vez de vivir en paz para cerrar las heridas del imperio, solo procuraron derribarse uno á otro. Licinio fomentó una conspiracion contra su rival, quien en cambio le declaró la guerra (314), le derrotó cerca de Cibalis en Panonia, verificó lo propio por segunda vez en Andrinópolis, y solo le concedió la paz obligándole á cederle la Panonia, la Dalmacia, la Dacia, la Macedonia y la Grecia. Al mismo tiempo declaró Césares en Occidente á sus dos hijos Crispo y Constantino. Luciano, hijo de Licinio, obtuvo igual título en Oriente.

Duró esta paz 9 años que Constantino invirtió en introducir el órden en la administracion, y que utilizó para su gloria y su poder por medio de una victoria sobre los Godos, de los que 40,000 guerreros entraron á servir bajo sus órdenes con el nombre de *fœderati*. Bajo el pretesto de proteger á los cristianos, á quienes perseguia su colega, Constantino le atacó. Hacia mucho tiempo que Licinio se habia preparado para esta lucha, y ocupaba cerca de Andrinópolis una posicion muy fuerte, mas no por esto dejó de ser completamente derrotado (3 de julio de 323), y perseguido en Bizancio y en Calcedonia, en donde sufrió una nueva derrota que le obligó á entregarse al vencedor en Nicomedia. Constantino le despojó de la púrpura, pero prometió respetar su vida; algun tiempo despues le mandó dar muerte en Tesalónica.

Despues de 17 años de desórdenes, que habian cubierto de ruinas y de sangre toda la extension del imperio, Constantino, á fuerza de crueldad y de perfidia, pero tambien á costa de mucho talento y actividad, se encontraba dueño único del imperio.

Carácter de este príncipe y su conversion.

Sin duda alguna merece este príncipe el título de Grande, que vá unido á su nombre, en el sentido dado á este epiteto cuando se aplica al conquistador. Al talento militar agregaba la actividad necesaria para llevar á cabo las empresas mas difíciles, y rara vez dejaba de alcanzar buen éxito, porque, tanto en la eleccion como en el uso de los medios, vacilaba muy poco para ejecutar lo que le era útil. Pero su desmesurada ambicion, su carácter receloso, su deseo de venganza, le arrastraron á cometer actos que son manchas en su vida. Su pérfida conducta para con Licinio, su crueldad para con los príncipes francos Ascarico y Regais, á quienes mandó arrojar á las fieras en el circo de Tréveris, el mismo suplicio impuesto á los prisioneros Bructeros, el asesinato de su suegro Maximiano, quien de seguro era culpable, pero cuya edad y antiguos servicios debió respetar; la muerte de su propio hijo Crispo, á quien acaso sacrificó al odio de una madrastra; la muerte, en fin, de su muger Fausta y de tantas otras víctimas de sus sospechas, muestran con que facilidad derramaba la sangre, y se tendrá tanto mayor derecho para echarle en cara su crueldad, en cuanto que ni siquiera tuvo la escusa vulgar de una necesidad imperiosa.

Constantino, que hizo sentar al cristianismo en el trono imperial, ha sido elogiado con exceso por los escritores cristianos; pero en cambio los paganos le dirigen las reconvenciones mas sangrientas. Estos han llegado hasta el extremo de representarle como un Neron, mientras que los cristianos le habrian convertido gustosos en un santo. Estas opiniones tan diametralmente opuestas se explican con facilidad por la

situacion en que se encontró Constantino: por una y otra parte son apasionados los juicios. A los ojos de la historia imparcial, pero severa, Constantino solo puede ser un gran monarca con la condicion de conservar tambien la justa responsabilidad de actos culpables. La ambicion y el interés personal fueron sus móviles principales, y si le conmovió la sublime moral del cristianismo, si al hacerla triunfar creyó que procuraba el triunfo de la verdad, debemos reconocer, al propio tiempo, que aquella moral ejerció muy poca influencia en su conducta, y que el cristianismo fué especialmente para él un instrumento de poder, un medio de encumbrarse sobre los adversarios que le perseguian. Como la religion de Cristo crecia y progresaba de dia en dia, declararse en su favor equivalia á poner de su parte á una fuerza inmensa.

El paganismo, estrechamente unido á las instituciones republicanas, habia sufrido igual decadencia que estas. Hacia mucho tiempo que los pueblos se apartaban con repugnancia de aquellas creencias pueriles ó vergonzosas. Abandonados, sin consuelo y sin esperanza, por la religion oficial, acudian al criatianismo que les abria un nuevo cielo. Luciano se rió mucho de los singulares prosélitos que encontraba aquel culto. Pero aquellos pobres, aquellos enfermos, aquellos esclavos á quienes la sociedad pagana rechazaba y la sociedad cristiana llamaba á su seno, socorria en sus miserias y aliviaba en sus sufrimientos; á quienes hacia ser hombres mostrándoles que la dignidad humana consiste no en la condicion y en las riquezas, sino en la virtud y en la caridad; á quienes regeneraba, enfin, excitando en ellos un entusiasmo piadoso por medio de la inmensa esperanza de una vida mejor en la que todos, llegando á ser iguales, serian recompensados segun sus méritos; todos aquellos réprobos constituían la inmensa mayoría en el imperio, y para ellos fué para quienes llegó la *buena noticia*. La Iglesia, como su divino Maestro, dijo: «Dejad venir á mí á los niños» y á los débiles, mientras llegaba el momento de que triunfase de los fuertes por la superioridad de su dogma.

El mundo nunca habia oido aquellas voces que salian del corazon, porque la de Marco Aurelio quedó sin eco; y se descubrió todo un lado nuevo de la humanidad que hasta entonces habia permanecido oculto bajo las declamaciones vanas y frias de los retóricos, y bajo la lógica estrecha, árida y tan frecuentemente inútil de los filósofos. Hasta entonces, excepto en los últimos estóicos moralistas, nunca habia habido sino espíritu ó materia, orgullo de la inteligencia y sensualismo. Al soplo del Evangelio se abrió el corazon del hombre como el de Cristo, y de él se exhalaron todos los sentimientos dulces, todas las buenas pasiones, la caridad, el amor, la castidad, la humildad y la abnegacion. Al culto de la vida y de sus torpes placeres sucedió el culto de la muerte, porque al terminar el destierro en este mundo, en una tierra de pruebas, los cristianos veían la reunion con Dios y los goces eternos.

Por eso hizo el cristianismo progresos rápidos, no obstante las alternativas crueles de paz y de guerra por las cuales le hizo pasar el gobierno imperial desde la primera persecucion de Neron, en 64, hasta la última y la mas cruel, la que Galerio ordenó en el reinado de Diocleciano, en 303 (1). Pero

(1) El diácono Esteban, proto-mártir (33 de nuestra era). Primer concilio de Jerusalen (50).—Primera persecucion en tiempo de Neron con motivo del incendio de Roma (Martirio de San Pedro y de San Pablo, 64-68).—Hallándose confundidos los cristianos con los judíos, participaban del odio que estos inspiraban desde su sublevacion, y como no se habian retirado los edictos contra los cristianos, continuaban sacrificando algunas víctimas en el intérvalo que separa á las grandes persecuciones.—En tiempo de Domiciano, segunda persecucion. Perecieron un sobrino de Vespasiano y su muger. El apóstol Juan fué desterrado á Pathmos, despues de haber sufrido el tormento (95).—Tercera persecucion en tiempo de Trajano (107). —Sin embargo, como la iglesia adquiria mayor extension, sus doctrinas eran mejor conocidas. Los paganos le oponian los supuestos milagros de Vespasiano, sobre todo los de Apolonio de Tiana, filósofo pitagórico y taumaturgo, y daban á su culto formas nuevas y misteriosas, á propósito para impresionar las imaginaciones, y por consiguiente para retenerlas bajo su influencia (iniciaciones, expiaciones, el tauróbolo, etc.). Tambien intentaron purificar el paganismo para hacerle menos indigno de luchar contra la religion de Cristo, y Epicteto y Márco Aurelio elevaron á grande al-

San Cipriano consideraba útiles las persecuciones para mantener á los fieles en la pureza de la fe y de las costumbres; y «la sangre de los mártires, decia Tertuliano, es una semilla de cristianos.» En efecto, no obstante los verdugos, la doctrina de Jesucristo se difundió por todas las provincias; los mismos filósofos pasaron por ello (Modesto, Arístides, Minucio Félix, Hermias, etc.), y los Bárbaros que invadian las tierras del imperio, fueron conquistados por la religion. Mucho tiempo antes de Constantino contaba ya, desde el Ganges hasta el Atlántico, millones de fieles, unidos, no solo por los vínculos de una comun creencia, sino por los de una organizacion que hacia de los cristianos una sociedad aparte en la gran sociedad romana. Esta comunidad comprendia á principios del siglo IV, una minoría enérgica, en cuyo seno se habia refugiado casi toda la vida espiritual del imperio. Constantino, al ver su fuerza, sin duda, se decidió á protegerla: dió la paz á los cristianos, y estos le dieron el imperio.

Esta inteligencia de la fuerza de los cristianos no pertenece

tura la moral pagana. Pero la filosofía continuó siendo impotente, y las heregías no alcanzaron mejor éxito. En efecto, en el siglo III habia llegado á ser la Iglesia bastante numerosa para que de su seno surgiesen hereges. Unos querian ilustrar el texto sagrado esplicándolo (*Ebionitas*, *Nicolaitas*, *Mercionitas*, etc.); otros llegaban hasta el extremo de predicar un nuevo Evangelio (Simon Mago, Menandro, los Docetos, Gnósticos). Los cuatro Evangelios y las Epístolas de los Apóstoles mantuvieron la unidad. Arístides y Justino presentaron á Adriano y á Antonino dos apologías que valieron á los fieles algun descanso. Pero los sofistas impulsaron á Marco Aurelio á ordenar una cuarta persecucion, 166-177 (martirio de Justino, de Policarpo, de Plotino, etc).—Hasta el reinado de Severo, la Iglesia estuvo casi tranquila; pero este príncipe se alarmó con las reuniones secretas de los cristianos, y ordenó la quinta persecucion, 199-201 (Apología de Tertuliano, tolerancia y simpatía de Alejandro Severo). La sexta tuvo efecto en tiempo de Maximino, 235-238.—Tolerancia de Filipo, á quien Orígenes dirigió varios escritos.—En tiempo de Decio, las desgracias del imperio, atribuidas á la cólera de los dioses, produjeron una persecucion terrible, renovada por Galo y Valeriano, 256-260; mas tarde por Aureliano, 275; pero fué interrumpida por un edicto de Galiano en favor del público ejercicio de la religion cristiana.—La décima y última persecucion, la de Diocleciano, ó mas bien de Galerio, mereció ser llamada la era de los mártires, 303-312.

ció exclusivamente en aquella época al hábil heredero de Constancio Cloro. Algunos adversarios suyos comprendieron el peso que arrojarian en la balanza aquellos hombres que, cuando reinaba la anarquía mas completa en el seno de la sociedad pagana, eran los únicos que tenian una disciplina fuerte, una gerarquía severamente ordenada, sínodos, y sobre todo una vida, ideas y creencias comunes. Desde la Bretaña á las orillas del Eufrates, un cristiano que viajase con una carta de su obispo encontraba auxilio y proteccion en todo el camino. Socorrido si era pobre, cuidado y atendido si estaba enfermo, en todas partes encontraba hermanos; una seña le servia en vez de palabras, y sin comprenderse se entendian, porque, no obstante la diversidad de lenguas y de países, todos ellos formaban una sola familia. Su perseguidor mas cruel, Galerio, creyó necesario guardarles alguna consideracion, y algun tiempo antes de su muerte revocó los edictos de persecucion que habia obtenido de Diocleciano, poniendo término de este modo á los sufrimientos que, desde dos siglos y medio antes, imponia el imperio á la iglesia. Otro emperador, Magencio, proclamó en Roma la tolerancia, pero sin practicarla. Por eso, no obstante estos pasos conciliadores, no era en aquellos príncipes en quienes los cristianos fijaban sus miradas y cifraban sus esperanzas, sino en aquella corte de Tréveris, en la que los fieles de la Galia, de la Bretaña y de la España habian encontrado ya un protector, en Constancio Cloro; en la que la emperatriz Fausta, su madre Eutropia, y sobre todo la piadosa Elena, madre de Constantino, llamaban hácia el nuevo culto, el favor del emperador.

Edicto de Milan (313); el cristianismo, religion dominante en el imperio.

En su expedicion contra Magencio fué cuando Constantino se declaró abiertamente defensor de la fe cristiana. Puso la cruz en sus estandartes, é hizo que en Roma le erigiesen una

estátua en la que se le representaba con una cruz en la mano. En 313 dió en Milan un edicto de tolerancia, y restituyó á los cristianos sus bienes confiscados y que aun no estaban ocupados, con el derecho de entrar á ocupar los cargos y de edificar templos.

Sin embargo, Constantino se guardó muy bien de incurrir en la misma falta que sus predecesores, y de convertir al cristianismo en perseguidor. Favoreció sus progresos, pero evitó promulgar edictos amenazadores contra los paganos. Conservó el título de pontífice máximo, al cual iban unidos derechos muy importantes, y si sus monedas llevaban por un lado el monógrama de Cristo, en el otro se veía una divinidad pagana. En el mismo año en que mandó celebrar el descanso religioso del domingo, publicó una ley sobre las consultas de los arúspices. Por último, cuando hubo fundado Constantinopla, para dar al imperio una capital cristiana, todos los años mandó llevar al Circo su estátua con una imágen de la Fortuna en la mano. Acaso esta mezcla de fe cristiana, y de usos y preocupaciones paganas, fuese una necesidad de aquella época en que se verificaba pacíficamente la evolucion mas grande de la humanidad.

Mientras vivió Licinio, adorador de los antiguos dioses, la misma política le impuso la necesidad de guardar estas consideraciones; pero renunció á ellas cuando fué ya dueño exclusivo del imperio. Desde el año 321, dos antes de las batallas de Andrinópolis y de Calcedonia, concedió á la Iglesia la facultad de recibir donativos y legados; él mismo la colmó de dádivas, á costa del patrimonio imperial, y le garantizó para siempre su posesion. Trasmitió á los sacerdotes cristianos todos los privilegios de que disfrutaban los pontífices del paganismo, es decir, el derecho de asilo para sus templos, y para ellos la exencion de cargas públicas y de impuestos. El clérigo mas insignificante no pudo ser sometido al tormento, y se prescribió el descanso del domingo, favor muy importante para los esclavos.

Por una parte favoreció las conversiones concediendo á

cristianos los innumerables puestos de la nueva administracion que organizó en el imperio, intimando á los gobernadores paganos la órden de renunciar á su culto, y concediendo privilegios á las ciudades que derribaban los altares de los ídolos; por otra parte, intentó extinguir la idolatría, primero por medio de exhortaciones dirigidas á sus pueblos en numerosos edictos, y mas tarde, cuando el cristianismo triunfó en todas partes y que ya no hubo que temer sublevaciones peligrosas, por medio de disposiciones severas que, excepto en Roma, cerraron los templos y derribaron los ídolos, aunque sin derramar la sangre de los que permanecieron adictos al antiguo culto. No quiso que, en su reinado pudiese el paganismo reclamar el derecho de haber tenido tambien sus mártires.

El gobierno de la iglesia se habia concentrado en manos de los *obispos* ó vigilantes elegidos por cada comunidad cristiana, y á quienes los ancianos ó *sacerdotes*, los *diáconos* y los *subdiáconos* ayudaban en sus funciones. Cuanto mas se extendia el campo desmontado ya por los piadosos obreros de Cristo, tanto mas habia tenido que aumentarse el número de los trabajadores. Formaban á la sazon un cuerpo numeroso que llamaban el clero, es decir, la *parte* del Señor. Naturalmente habia de concederse anchuroso puesto en la sociedad civil á los gefes de la nueva sociedad religiosa. Para librar á los fieles de la peligrosa necesidad de someter sus disidencias y cuestiones á los tribunales paganos, los obispos se habian encargado de la conciliacion de los pleitos. Constantino convirtió esta costumbre en un derecho; mandó que en materia civil pudiesen las partes someterse al arbitrage de los obispos, y que las decisiones de estos tuviesen fuerza de ley. Los gobernadores de las provincias recibieron la órden de vigilar la ejecucion de las sentencias.

Así pues, los obispos no solo eran dueños del culto, sino hasta cierto punto magistrados públicos. Constantino aumentó el respeto que les tributaban los fieles con las consi-

deraciones que les guardó. Los admitió en su palacio, junto á su persona, en su comitiva habitual; y en el concilio de Nicea nunca quiso sentarse sino despues que la asamblea entera le invitaba á hacerlo. Si no se decidió á recibir el bautismo hasta que estuvo en su lecho de muerte, no por eso tuvo una fe menos viva y sincera. Lo probó con su conducta, con sus leyes que hemos citado ya, con la eleccion que hizo de Lactancio, del Ciceron cristiano, para servir de preceptor á su hijo Crispo, con su deferencia á todos los deseos de su madre Elena, cuyo piadoso celo secundó en el viaje memorable que esta emprendió á Palestina para buscar la cruz de Jesus y purificar los Santos Lugares.

La benéfica influencia de las doctrinas cristianas se hizo sentir muy luego en la legislacion y en el gobierno. Constantino prohibió los combates de gladiadores, el castigo del látigo y el tormento para los deudores insolventes del Estado, y él, que en otro tiempo hacia arrojar á sus prisioneros á las fieras del anfiteatro, prometió una gratificacion en metálico á sus soldados por cada enemigo que le llevasen vivo. Reprodujo una institucion de los Antoninos, y le dió mayor ensanche. Algunos pobres abandonaban con frecuencia á sus hijos recien-nacidos, y mandó que los niños á quienes no pudiesen mantener fuesen llevados á los oficiales imperiales, y los padres recibian ropa, víveres y limosnas en dinero. Los necesitados, las viudas y los huérfanos fueron socorridos, se fundaron hospitales para dar asilo á los enfermos (1), y los prisioneros no fueron ya abandonados sin consuelo ni auxilio á la desesperacion ó al vicio.

El gran principio que el cristianismo llevaba en sí, y en el cual se hallaba depositada en gérmen toda la civilizacion del porvenir (2), la igualdad moral y la fraternidad humana, era incompatible con el mantenimiento de la esclavitud. Pero el

(1) Genodoquias, Orfanotrofias, Gerontocomias etc. Estas casas se hallaban servidas por clérigos ó por legos no asalariados.

(2) Debemos añadir la idea de la caida y de la redencion por la fe y por las obras, principio de actividad y de continuo perfeccionamiento.

cristianismo no tenia la mision de trastornar por completo y de una manera violenta la sociedad civil. Bastábale haber hecho que fuesen mas numerosas las emancipaciones, y haber endulzado la suerte del esclavo mostrando que, ante Dios, era el igual y el hermano del hombre libre. La Iglesia, que dirigia incesantemente hácia el cielo el pensamiento de los fieles, y que ya tenia sus solitarios y sus monges, habia de hacer como un desprendimiento de las cosas mundanas el celibato que exigia á sus ministros. Constantino suprimió la ley Papia-Poppæa, cuyo espíritu era diametralmente opuesto; pero al propio tiempo, el matrimonio, vínculo social é institucion de órden, fué regido por una legislacion que cada dia se tornó mas severa, y que habia de restituirle su dignidad.

Concilio de Nicea (325).

Habiendo llegado á ser la religion cristiana la del Estado, era en extremo importante para el mismo gobierno que reinase la paz en la Iglesia turbada por los *donatistas*. En 311, Ceciliano fué elevado á la silla episcopal de Cartago, y recibió la imposicion de manos de un obispo que pertenecia al número de aquellos á quienes la iglesia habia mancillado con el nombre de *traditores*, por haber entregado los libros sagrados durante la última persecucion con el fin de salvar su vida. El obispo Donato, que queria expulsar de la comuion de los fieles á aquellos hombres cuyo celo se habia entibiado, se negó á reconocer la eleccion de Ceciliano. Toda la iglesia de Africa se dividió entre ambos. La paz pública fué turbada por aquellas disensiones que el gobernador de la provincia no logró apaciguar, y Constantino, para poner término á tal estado de cosas, citó en Roma á Ceciliano y á Donato. El 2 de octubre de 313, comparecieron ante el pontífice romano, que se hallaba rodeado de 19 obispos italianos; pero habiendo continuado ambos adversarios su disputa, en el año siguiente se reunió un nuevo concilio en Arles. Los donatistas, sentenciados, apelaron al emperador, quien los condenó tambien, y empleó

la fuerza pública para sujetarlos á la obediencia. Este medio alcanzó mal éxito: en Africa estalló una guerra; detenida por Constantino, comenzó de nuevo con furor despues de su muerte, y continuó asolando aquella provincia hasta la invasion de los Vándalos (1).

La heregía de los donatistas no atacaba al dogma; mas la de Arrio le ponia en peligro. Este sacerdote de Alejandría negaba la divinidad del Verbo, y sostenia que la naturaleza de Cristo no era de la misma sustancia que Dios, sino de otra análoga. Esta doctrina, que queria esplicar el misterio de la Trinidad, atacaba á la unidad de la Trinidad cristiana y conducia al deismo puro. Desde la religion volvian á caer en la filosofía, y esta habia demostrado suficientemente su impotencia. Constantino, para poner término á aquella contienda que agitaba á todo el Oriente, convocó un concilio ecuménico en Nicea, en Bitinia; 318 obispos, sacerdotes y diáconos correspondieron á este llamamiento, y celebraron los primeros estados generales de la cristiandad. Era un espectáculo grandioso el que ofrecian aquellos personajes venerables, de los que algunos llevaban todavía las señales del martirio, discutiendo las cuestiones mas importantes que puede promover la humana inteligencia, y fijando el símbolo de fe que aun profesa la Iglesia Católica al cabo de quince siglos.

Se hallaba concebido en estos términos: «Creémos en un solo Dios, padre omnipotente, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios, engendrado por el Padre y consustancial del Padre; por quien se han hecho todas las cosas en el cielo y en la tierra; quien para nuestra salvacion bajó de los cielos, se encarnó y se hizo hombre, sufrió resucitó al tercer dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Creémos tambien en el Espíritu Santo. En cuanto á los que di-

(1) Los Circunceliones, especie de donatistas, interpretaron el Evangelio en el sentido de la igualdad social; rompieron las cadenas de los esclavos, repartieron los bienes de los amos, pusieron en libertad á los deudores, etc. De aquí resultó una guerra salvaje.

cen: hubo un tiempo en que no existia, ó suponen que el hijo de Dios es de otra sustancia, la santa Iglesia católica les dice anatema». Todos los obispos firmaron este símbolo, y Constantino amenazó con la destitucion y el destierro á los arrianos que se negasen á aceptarle.

El concilio fijó tambien el dia de la Pascua en el domingo siguiente á la luna llena mas inmediata al equinoccio de la primavera, y dictó 20 cánones ó reglas generales de disciplina.

I. Exclusion de las órdenes sagradas pronunciada contra aquellos á quienes un celo mal entendido inducia á mutilarse como Orígenes.

II. Prohibicion de conferir órdenes á los neófitos, y necesidad de aguardar á que estuviesen mas instruidos y probados.

III. Prohibicion del matrimonio á los clérigos. Sin embargo, todos los que estaban casados antes de ordenarse conservarán su muger, y cada iglesia guardará respecto de esto su libertad y sus usos.

IX. El que haya sido ordenado de sacerdote sin exámen ó despues de haber confesado sus pecados en el exámen, no podrá ser recibido.

X. Se negarán las órdenes á aquellos que, durante la persecucion, hayan sacrificado á los falsos dioses (los *lapsi* ó apóstatas).

XVII. Se prohibe la usura á los clérigos.

XVIII. Los diáconos administradores, bajo la vigilancia de los obispos y de todo el temporal de las iglesias, de las limosnas á los pobres, de las pensiones á los clérigos, etc., quedarán subordinados á los sacerdotes y estos á los obispos.

IV. El obispo será instituido cuando menos por tres obispos de su provincia con la autorizacion escrita de la mayoría de los ausentes; el metropolitano ú obispo de la capital de la provincia, confirmará lo que se haya hecho.

XV. No se trasladará de una á otra ciudad á los obispos, á los sacerdotes, ni á los diáconos.

XVI. Aquellos que se retiren de la iglesia en que sean sacerdotes, diáconos ó que ocupen cualquiera otro grado en el clero, no serán recibidos en otra iglesia, á no ser que preceda el consentimiento de su primer obispo.

VI. Obsérvense las antiguas costumbres de las iglesias establecidas en el Egipto, la Libia y la Pentapola, de modo que el obispo de Alejandría ejerza autoridad sobre todas aquellas provincias, puesto que el obispo de Roma disfruta de igual ventaja. Tambien en Antioquía y en las demás provinciaa ha de conservar la iglesia sus privilegios. «Este cánon, dice el abate Fleury, muestra que hay un grado superior á los metropolitanos, es decir, una jurisdiccion sobre varias provincias, atribuida á ciertos obispos, que mas tarde fueron denominados patriarcas ó primados, como tambien denominaron arzobispos á los metropolitanos. Así pues, los obispos de Roma, de Alejandría y de Antioquía tenian jurisdiccion sobre las provincias inmediatas, como el obispo de Efeso en el Asia propiamente dicha, los de Cesárea en Capadocia, de Heraclea en Tracia, y de Cartago en Africa.» Además de esta jurisdiccion particular del obispo de Roma, como patriarca en Occidente, la Iglesia católica le considera, en concepto de sucesor de San Pedro, como el gefe de la Iglesia universal y el vicario de Cristo en la tierra.

VII. El obispo de Jerusalen conservará sus honores.

V. Las excomuniones pronunciadas por un obispo serán observadas por sus cólegas. Pero todos los años se reunirán dos veces los obispos de la provincia para examinar si aquellas excomuniones han sido dictadas por la debilidad y el odio.

XI, XII y XIV. Estos cánones prescriben las penitencias públicas impuestas á los apóstatas, las cuales eran graduadas. Los *flentes* permanecian fuera de la iglesia, llorando é invocando las preces de los fieles; los *audientes* eran admitidos á la instruccion, pero se retiraban cuando comenzaban las oraciones; los *prostrati* permanecian de rodillas mientras la reunion oraba por ellos; los *consistentes* asistian á la cele-

bracion de los misterios, pero sin comulgar. Cada una de estas penitencias podia durar años enteros. La excomunion ó expulsion de la sociedad de los fieles era pronunciada contra los hereges ó los pecadores empedernidos.

El cánon XIII es relativo á los moribundos y á su última comunion; los cánones VIII y XIX, á ciertos hereges (novacianos y paulianistas). Trátase, tambien de las diaconisas, que recibian, lo mismo que los diáconos, la imposicion de las manos, y desempeñaban para con las mugeres enfermas y pobres, en los hospicios, en la entrada de la iglesia y en la ceremonia del bautismo, las mismas funciones que los diáconos para con los fieles del otro sexo.

El cánon XX recomendaba á los fieles, segun la antigua costumbre, que las oraciones que se deben á Dios las hiciesen de pié.

Habiéndose separado este concilio memorable que precisó el dogma y fijó la disciplina eclesiástica, el emperador escribió á todas las iglesias «para que se conformasen con la voluntad de Dios expresada por el concilio,» y publicó un edicto que mandó destruir los libros de los arrianos; otro sujetó á los partidarios del sectario á pagar un impuesto de capitacion diez veces mayor. Sin embargo, algunos años despues, accediendo el emperador á los ruegos de su hermana, llamó á Arrio del destierro y le sostuvo contra las elocuentes acusaciones de san Atanasio, obispo de Alejandría. El heresiarca murió en 336, pero su doctrina le sobrevivió y turbó durante mucho tiempo al imperio bajo la dominacion de los hijos de Constantino.

Fundacion de Constantinopla y reorganizacion del imperio; prefecturas, diócesis, provincias.

Habíase completado la revolucion en el órden religioso; el cristianismo llegaba á ser el culto dominante del imperio, hecho inmenso y cuyas consecuencias duran todavía. Uno de sus resultados mas inmediatos habia de ser un cambio

completo en el gobierno, y Constantino no retrocedió ante este ímprobo trabajo. Tambien en esto se hallaba de acuerdo su política con sus creencias. En efecto, Diocleciano no habia hecho sino bosquejar la nueva organizacion que, para poner término á las revoluciones producidas por el despotismo de los soldados, habia de hacer que prevaleciese por fin el órden civil sobre el militar. Para comenzar, Constantino renegó á Roma, llena todavía de sus recuerdos republicanos y de sus dioses que no le eran ya aceptables, y fué á fundar otra capital á orillas del Bósforo, entre la Europa y el Asia, en la posicion mas admirable que pueda ocupar una gran ciudad. Alzóse Constantinopla sobre el sitio que ocupó Bizancio, bastante léjos de las fronteras orientales para no temer los ataques del enemigo, bastante cerca de ellas para vigilarlas mejor y defenderlas. Estaba tan bien elegido el sitio, que durante diez siglos pasó la invasion por el pié de las murallas de la ciudad, sin apoderarse de ella. Las construcciones comenzaron en 326, y en el año 330 consagró Constantino como capital del imperio á la nueva Roma, que así la denominaba. Estableció en ella un senado, tribus, curias; levantó un Capitolio consagrado, no á los dioses del Olimpo, destronados ya y muertos, sino á la ciencia; edificó palacios, acueductos, termas, pórticos, un miliario y once iglesias. El terreno formaba siete colinas, y le dividió en catorce regiones. El pueblo tuvo tambien allí distribuciones gratuitas; importacion funesta de una costumbre cuyos resultados habian sido apreciados en Roma. El Egipto envió á Constantinopla sus trigos, las provincias sus estátuas y sus monumentos mas hermosos (1). Roma, abandonada por su emperador, por sus familias mas ricas y poderosas que fueron á establecerse á donde estaba la corte, «se aisló gradualmente en medio del imperio, y mientras se batian en torno suyo, se sentó á la sombra de su nombre, aguardando su ruina.»

(1) Constantinopla, mas aumentada aun en tiempo de los sucesores de Constantino, despues del reinado de Teodosio, tenia un diámetro de 14.075 piés.

Enseguida quedó dividido el imperio, como lo habia sido en tiempo de Diocleciano, en cuatro prefecturas, y estas en 14 diócesis que contenian 119 provincias.

La prefectura de Oriente tuvo 6 diócesis: Oriente, Egipto, Asia, Vicariato, Ponto y Tracia, que contenian 49 provincias.

La prefectura de Iliria tuvo 2 diócesis: Macedonia y Dacia, que contenian 11 provincias. La prefectura de Italia 3: Italia, Iliria y Africa, 30 provincias. La prefectura de las Galias, 3 tambien: España, Galia y Bretaña, 29 provincias.

Hé aquí el cuadro general:

Prefecturas.	Diócesis.	PROVINCIAS.	Metrópolis.
GALIAS.	ESPAÑA. 7 provincias.	Bética.	*Hispalis* (Sevilla).
		Lusitania.	*Emerita Augusta* (Mérida).
		Gallecia.	*Bracara Augusta* (Braga).
		Tarraconenses.	Tarragona.
		Carthaginiensis.	Cartagena.
		Baleares.	Palma y *Portus Magonis* (Mahon).
		Mauritania Tingitania (entre el Océano y el Malva).	Tánger.
	GALIAS. 17 provincias.	Narbonensis I y II.	Narbona y Aix.
		Viennensis.	Vienne.
		Alpes maritimæ.	Embrun.
		Alpes penninæ.	Centros, en el Valle Tarentaise.
		Aquitania I, II y III.	Bourges, Burdeos, *Elusa* (Eauze).
		Lugdunensis I, II, III y IV.	Lyon, Rouan, Tours, Sens.
		Maxima Sequanorum.	Besanzon.
		Belgica I y II.	Treveris, Reims.
		Germania I y II.	Colonia y Maguncia.
	BRETAÑA. 5 provincias.	Britania I y II.	Lóndres é *Isca Silurum* (Caerleon).
		Flavia Cesariensis.	*Venta Belgarum* (Winchester).
		Maxima Cesariensis.	York.
		Valentia.	
ITALIA.	ITALIA. 17 provincias.	Rhetia I y II.	Coira y Augsburgo.
		Alpes cottiæ.	Suze.
		Liguria.	Milan.
		Venetia é Istria.	Aquilea.
		Æmiliæ	Plasencia.
		Picenum annonario y Flaminia.	Ravena.
		Etruría y Umbria.	Florencia.
		Picenum suburbicarium.	Espoleto.
		Valeria.	*Amiternum* (S. Vittorino.)

Prefecturas.	Diócesis.	PROVINCIAS.	Metròpolis.
ITALIA.	ITALIA. 17 provincias.	Samnium.	*Corfinium* (S. Pelino).
		Campania.	Nápoles.
		Apulia y Calabria.	*Luceria* (Lucera).
		Lucania y Brutium.	Cosenza.
		Sicilia.	Siracusa.
		Sardinia.	Cagliari
		Corsica.	*Aleria* (Aleria).
	ILIRIA (occidental) 7 provincias.	Dalmatia.	*Salona*.
		Savia.	*Siscia* (Sisseck).
		Pannonia I y II.	*Petobio* (Petau) y *Bregetio* (Szony).
		Valeria	*Acincum* (Antiguo Bude).
		Noricum mediterraneum.	*Virunum* (Klagenfurth).
		Noricum ripense.	Lorch.
ILIRIA.	AFRICA (occidental) 6 provincias.	Tripolis.	*Leptis Magna* (Lébida).
		Byzacium	*Byzacium* (Begui).
		Africa.	Cartago.
		Numidia.	Constantina.
		Mauritania sitifensis.	Setif.
		Mauritania cesariensis.	*Cæsarea* (Cherchell).
	DÁCIA. 5 provincias.	Dacia ripensis et mediterranea.	*Batiaria* y *Sardica* (Azer Palenka y Trieditza).
		Mœsia I.	*Viminacium* (Widdin).
		Dardania.	*Scupi* (Uskup).
		Prevalitana.	*Scodra* (Scutari).
	MACEDONIA. 6 provincias.	Macedonia.	*Thessalonica* (Saloniki).
		Epirus nova et vetus.	*Dyrrachium* (Durazzo), *Nicopolis* (Preveza).
		Thessalia.	*Larissa* (Larisse).
		Creta.	*Gnossus* (Ginossa).
		Achaia.	Corinto.

Prefecturas.	Diòcesis.	PROVINCIAS.	Metròpolis.
ORIENTE.	ORIENTE. 15 provincias.	Palestina I, II y III.	*Cesarea* (Kaisarieh), *Scythopolis* (El-Baisan) y *Petra* (Krok ó Karak).
		Arabia.	*Bostra* (Basrá).
		Phenicia maritima.	Tiro, y mas tarde Berite.
		Phenicia Libanensis.	Damasco ó Emesio.
		Syria I y II.	Antioquía y Apamea.
		Euphratensis.	*Hierapolis* (Bambig).
		Osrhoene.	*Edesse* (Orfa).
		Mesopotamia.	*Amida* (Diarbekir).
		Cilicia I y II.	Tarsis y *Anazarbe* (Ac-Sarai).
		Isauria.	Seleucia Trachea (Selefkeh).
		Cyprus.	*Constantia* (Costanza).
	EGIPTO. 6 provincias.	Egyptus.	Alejandría.
		Arcadia.	*Memphis* (Sakkarah).
		Thebais.	Tebas.
		Lybia I y II.	*Parœtonium* (El-Bareţoum) y *Cyrene*.
		Augustamnica.	*Pelusa* (Tineh).
	Vicariato de ASIA. 8 provincias.	Pamphylia.	*Aspende* (Menougat) ó *Perge* (Karahissar).
		Lycaonia.	*Iconium* (Konieh).
		Pisidia.	*Antiochia Pisidiæ* (Ak-Cheher).
		Phrygia salutaris et Pacatiana.	*Synnada* (Said-Gazelle) y *Laodicea* (Ladikieh).
		Lycia.	*Myra* (Makre).
		Caria.	*Halicarnassus* (Boudroun) ó *Aphredisias*.
		Lydia.	*Sardes* (Sart).
	Proconsulado de ASIA. 3 provincias.	Asia.	*Pergamus* (Pergamo).
		Hellespontus.	*Abydos* (Nagara-Bouroun).
		Insulæ.	Rodas.
	PONTO. 11 provincias.	Galatia I y II.	*Ancyra* (Angouri) y Pessinus (Bosan).
		Bithynia.	*Nicomedia* (Ys-Nikmid).

Prefecturas.	Diócesis.	PROVINCIAS.	Metrópolis.
ORIENTE.	PONTO 11 provincias.	Honorias.	*Claudiopolis* (Castomena).
		Cappadocia I y II.	*Cesarea* y *Tyana* (Kaisarieh y Nikdeh).
		Helenopontus..	*Amasea* (Amasiah).
		Pontus Polemonicus.	*Neocesarea* (Niksara) ó *Trapezus* (Trebizonda).
		Armenia I y II.	*Sebaste* y *Melitene* (Siwas y Malathija).
		Paphlagonia.	*Gangra* (Kiangari).
	TRÁCIA. 6 provincias.	Europa.	*Heraclea* (Erekli).
		Rhodope..	*Abdere* ó *Trayanopolis* (Orikhova).
		Hæmus mons.	Andrinópolis.
		Thracia.	*Philippopolis* (Filipopoli).
		Mæsia II.	*Marcianopolis* (Perejaslaw).
		Scythia.	*Tomi* (Tomisvar), (1)

(1) Este cuadro, tomado de la *Notitia imperii*, presenta el estado del imperio en una época muy posterior á Constantino; muchas de las provincias que en él figuran fueron formadas despues de aquel príncipe, como la Augustamnica, la Galatia saludable, la Honoriado, la Retia II, la Valeria y la Cilicia II.

Separacion de las funciones civiles y militares; degradacion del ejército; nobleza administrativa.

Las prefecturas estaban administradas por los prefectos del pretorio, que correspondian con los ministros del emperador y se hallaban investidos de todos los poderes civiles; las diócesis, por viceprefectos ó vicarios, subordinados á los prefectos; las provincias, por procónsules, consulares, correctores y presidentes encargados, bajo la vigilancia de los vicarios, de todas las relaciones entre el poder y los habitantes del imperio. Ninguno de aquellos magistrados, ni aun los prefectos del pretorio, tenian autoridad militar (1). Esta pertenecia al *magister utriusque militiæ* ó generalísimo, que tenia bajo sus órdenes á los *magistri peditum et equitum*, los cuales mandaban á su vez á los condes y á los duques. El principio de la nueva organizacion era, pues, el desmembramiento de las provincias, lo mismo que el de los mandos, y la separacion de las funciones civiles y de las militares, á fin de que los dos órdenes de funcionarios se equilibrasen el uno al otro, y de que cada uno de los agentes de la autoridad pública, reducido á un poder restringido y envuelto en una gerarquía numerosa, no hallasen ya la facilidad que los poderosos gobernadores de otro tiempo tenian para sublevarse. Pero aquella administracion complicada muy pronto iba á tornarse molesta, queriendo mostrarse y obrar incesantemente en los puntos en que los agentes de la república nunca se daban á ver ni obraban. Esta intervencion continua habria bastado por sí sola para hacerla ser opresora y odiosa.

El ejército activo no se componia sino de bárbaros, y sobre todo de Germanos. Estas tropas mercenarias, mandadas

(1) Galiano habia prohibido ya el servicio militar á los senadores.

por sus gefes nacionales y conservando sus enseñas, fueron colocadas de modo que guarnecian las fronteras; medida altamente peligrosa, porque podia llegar un dia en que se volviesen contra el imperio que estaban encargadas de defender, y se convirtiesen en vanguardia de la invasion. Las legiones, reducidas á mil quinientos hombres, fueron á situarse de guarnicion en las ciudades del interior, excepto los cuerpos denominados *ripenses*. Los *palatinos*, quienes desde la supresion de los pretorianos, despues de la derrota de Majencio, formaron la guardia particular del emperador, fueron los mejor pagados y mas considerados; despues de ellos iban los soldados de las legiones del interior; en el último rango, y con un sueldo una tercera parte menor, figuraban los de las fronteras; de modo, que la consideracion y las ventajas se concedian en razon inversa de los servicios. «Los soldados, dice Zócimo, llevaron sus vicios á las ciudades en donde se afeminaron, y las ciudades quedaron indefensas.» Constantino, en su deseo de debilitar á los gefes militares, separó tambien las dos armas de infantería y caballería, de las que formó dos mandos distintos.

De este modo, para atajar un mal hacia nacer otro. Los primeros emperadores habian dado al poder militar la preponderancia sobre el civil; Constantino hizo lo contrario: rebajó, degradó al estado militar; relegó al gefe de los soldados al último rango de la nobleza que constituyó, y esto en una época en que los enemigos del exterior iban á mostrarse mas amenazadores que nunca. A la verdad, con estas medidas dificultó mucho las sublevaciones de las legiones y de los generales, pero si así garantizó la seguridad del monarca, expuso la del imperio. Fácil será juzgar lo que podian valer los soldados de aquel tiempo con solo saber que no eran reclutados sino entre los proletarios, y que, con el fin de poderlos conocer siempre si desertaban, les imprimian en el brazo ó en la pierna una marca indeleble. El legionario era señalado como el esclavo ladron ó fugitivo: el campamento se convertia en un presidio!

Separacion de las funciones civiles y militares; degradacion del ejército; nobleza administrativa.

Las prefecturas estaban administradas por los prefectos del pretorio, que correspondian con los ministros del emperador y se hallaban investidos de todos los poderes civiles; las diócesis, por viceprefectos ó vicarios, subordinados á los prefectos; las provincias, por procónsules, consulares, correctores y presidentes encargados, bajo la vigilancia de los vicarios, de todas las relaciones entre el poder y los habitantes del imperio. Ninguno de aquellos magistrados, ni aun los prefectos del pretorio, tenian autoridad militar (1). Esta pertenecia al *magister utriusque militiæ* ó generalísimo, que tenia bajo sus órdenes á los *magistri peditum et equitum*, los cuales mandaban á su vez á los condes y á los duques. El principio de la nueva organizacion era, pues, el desmembramiento de las provincias, lo mismo que el de los mandos, y la separacion de las funciones civiles y de las militares, á fin de que los dos órdenes de funcionarios se equilibrasen el uno al otro, y de que cada uno de los agentes de la autoridad pública, reducido á un poder restringido y envuelto en una gerarquía numerosa, no hallasen ya la facilidad que los poderosos gobernadores de otro tiempo tenian para sublevarse. Pero aquella administracion complicada muy pronto iba á tornarse molesta, queriendo mostrarse y obrar incesantemente en los puntos en que los agentes de la república nunca se daban á ver ni obraban. Esta intervencion continua habria bastado por sí sola para hacerla ser opresora y odiosa.

El ejército activo no se componia sino de bárbaros, y sobre todo de Germanos. Estas tropas mercenarias, mandadas

(1) Galiano habia prohibido ya el servicio militar á los senadores.

por sus gefes nacionales y conservando sus enseñas, fueron colocadas de modo que guarnecian las fronteras; medida altamente peligrosa, porque podia llegar un dia en que se volviesen contra el imperio que estaban encargadas de defender, y se convirtiesen en vanguardia de la invasion. Las legiones, reducidas á mil quinientos hombres, fueron á situarse de guarnicion en las ciudades del interior, excepto los cuerpos denominados *ripenses*. Los *palatinos*, quienes desde la supresion de los pretorianos, despues de la derrota de Majencio, formaron la guardia particular del emperador, fueron los mejor pagados y mas considerados; despues de ellos iban los soldados de las legiones del interior; en el último rango, y con un sueldo una tercera parte menor, figuraban los de las fronteras; de modo, que la consideracion y las ventajas se concedian en razon inversa de los servicios. «Los soldados, dice Zócimo, llevaron sus vicios á las ciudades en donde se afeminaron, y las ciudades quedaron indefensas.» Constantino, en su deseo de debilitar á los gefes militares, separó tambien las dos armas de infantería y caballería, de las que formó dos mandos distintos.

De este modo, para atajar un mal hacia nacer otro. Los primeros emperadores habian dado al poder militar la preponderancia sobre el civil; Constantino hizo lo contrario: rebajó, degradó al estado militar; relegó al gefe de los soldados al último rango de la nobleza que constituyó, y esto en una época en que los enemigos del exterior iban á mostrarse mas amenazadores que nunca. A la verdad, con estas medidas dificultó mucho las sublevaciones de las legiones y de los generales, pero si así garantizó la seguridad del monarca, expuso la del imperio. Fácil será juzgar lo que podian valer los soldados de aquel tiempo con solo saber que no eran reclutados sino entre los proletarios, y que, con el fin de poderlos conocer siempre si desertaban, les imprimian en el brazo ó en la pierna una marca indeleble. El legionario era señalado como el esclavo ladron ó fugitivo: el campamento se convertia en un presidio!

La corte imperial, constituida con arreglo al modelo de las cortes asiáticas, encerró en su seno un número considerable de funcionarios de todas gerarquías, que rodearon á la sagrada persona del príncipe. A su frente se hallaban siete ministros: el *præpositus sacri cubiculi*, especie de mayordomo mayor, cargo conferido generalmente á un eunuco; el *magister officiorum*, canciller y ministro del interior, gefe de cuantos tenian un cargo imperial. Bajo sus órdenes trabajaban ciento cuarenta y ocho escribas divididos en cuatro oficinas (*scrinia*); el *quæstor*, ministro de la justicia; el *comes sacrorum largitionum*, ministro de hacienda; el *comes rerum privatarum princípis*, ministro del tesoro particular y de las fincas del Estado; dos *comites domestici*, gefes de la guardia imperial compuesta de tres mil quinientos Armenios, divididos en siete cuerpos (*scholæ*), de los que dos daban el servicio en el interior del palacio. Bajo las órdenes del *præpositus sacri cubiculi*, se hallaban el *primicerius sacri cubiculi*, los *decani*, todos los condes del palacio y los *cubicularii* ó mayordomos, divididos en cuatro secciones. Habia tambien el *comes castrensis* (aposentador mayor); el *primicerius mensarum* (furrier general); el *primicerius cellariorum* (gran cillerero); el *primicerius lampadariorum*, el *comes sacræ vestis*, los *silentiarii*, los *comites domorum* (gobernadores de los dominios imperiales); los *chartularii sacri cubiculi*, *magistri memoriæ*, *libellorum*, *epistolarum*, etc., etc. (secretarios).

Estos cargos, divididos en gerarquías, daban á los que se hallaban investidos con ellos títulos de nobleza personal é intransmisible. Los cónsules, los prefectos y los siete ministros se llamaban los *ilustres*; los procónsules, los vicarios, los condes y los duques eran *spectabiles*; los consulares, los correctores y los presidentes eran *clarissimi*. Hubo, tambien, *perfectissimi* y *egregii*. Los príncipes de la casa imperial llevaban el título de *nobilissimi*.

Roma conservó sus cónsules anuales, pero el emperador dió dos á Constantinopla. Conservó tambien el patriciado, solo que no fué ya una nobleza hereditaria, sino que el títu-

lo moria con quien le hábia recibido. Estas innovaciones entraron tan pronto en las costumbres, al menos en las de la corte, que los sucesores de Constantino declararon que el mantenimiento de los rangos y de las clases debia ser el asunto principal del Estado, y que las usurpaciones de títulos eran uno de los delitos mas graves.

Hacienda; miseria de los curiales.

Esa gerarquía divina, como la denominaron en el lenguaje oficial, ese ejército de funcionarios, aumentaron el brillo y explendor de la corte, pero no la fuerza del gobierno, porque aquella nobleza individual y no hereditaria, que dependia tan solo del favor del príncipe, no pudo echar raices profundas en el país, para el cual no fué sino orígen de nuevos gastos. Hubo que señalar sueldos á aquel personal inmenso, que se cuidó mucho mas de agradar al príncipe que de trabajar para el bien público, y los gastos de la administracion se acrecentaron desmesuradamente en los momentos en que el Estado necesitaba mas que nunca todos sus recursos para sus ejércitos, para sus caminos, para sus fortalezas de las fronteras. Así pues, hubo que aumentar los impuestos, cuando ya se habia extendido hasta el corazon de las provincias mas ricas la miseria general, resultado de los desórdenes de la anarquía militar y de los saqueos de los bárbaros, de la decadencia de la agricultura, y de la concentracion de las propiedades. Entonces principió entre la Hacienda y los contribuyentes una guerra llena de astucia y de violencias, siendo uno de sus resultados inmediatos el de irritar á las poblaciones y apagar hasta los últimos restos del patriotismo.

El fisco (*arca largitionum*) estaba colocado bajo la direccion del ministro de Hacienda, cuyos agentes se hallaban distribuidos en diez oficinas. Cada provincia tenia una caja provincial que se llenaba con las entregas que hacian los *rationales* (recibidores particulares); los *præfecti thesaurorum* vi-

gillaban los ingresos, y los *comites largitionum* los gastos. El sobrante de los ingresos se llevaba á las cajas del Estado.

El cobro de los impuestos era tan difícil y tan numerosos los agentes, que los gastos de recaudacion absorvian quizás la cuarta parte de los ingresos. La mas odiosa entre estas contribuciones era el impuesto territorial permanente, que se cobraba antes del fin de cada año á los propietarios, parte en géneros y parte en metálico, y que se fijaba con arreglo á la renta que producian las propiedades de cada distrito. Se le denominaba *jugatio* ó *capitatio*, porque la contribucion para cada provincia estaba dividida en cierto número de partes que se llamaban cabezas de impuestos (*capita*); de modo que un propietario rico podia representar por sí solo varias cabezas, y varios pobres estaban reunidos para formar una sola. La suma que habia de pagar cada provincia la fijaba el emperador (*indicebatur*, de aquí *indictio*), con arreglo á un catastro en el que figuraban, no solo las tierras, sino los esclavos, los colonos y los rebaños que se habian encontrado en las tierras. Los gobernadores hacian el reparto por ciudades, y los decuriones ó magistrados de estas, á cada contribuyente, ó como decíamos antes á cada cabeza de impuesto, le señalaban su cuota, cuyo importe percibian por sí mismos por su cuenta y riesgo, para entregar intacta y entera á los oficiales imperiales la suma impuesta á su ciudad. El catastro solo se revisaba cada quince años (1); si en el intervalo, por una invasion de los bárbaros ó por cualquiera otra calamidad, perdia una ciudad la mitad de sus propiedades, no por eso podia dejar de pagar, hasta la próxima indiccion, por las tierras que habian quedado eriales, lo mismo que si hubiesen continuado produciendo.

Habia tambien la *capitatio plebeia vel humana*, impuesta á los que no eran propietarios, á los artesanos, á los jornaleros, á los colonos y á los esclavos, cuya cuota era pagada por los

(1) De aquí el ciclo de las indicciones que comenzaba entre los Griegos el 1.°. en los actos imperiales el 24 de setiembre (312), y en la Iglesia romana el 1.° de enero (313).

amos. El *aurum lustrale*, la *lustralis collatio* ó el *chrysargyre* se imponia al comercio y á la industria, con tanto rigor, que hasta el artesano mas pobre lo pagaba, y el mismo labriego que llevaba al mercado los productos de sus tierras solia ser considerado como mercader, y en tal concepto se le sometia al pago de la cuota. Una ley de Teodosio II, que prohibia á los agentes del fisco aquella exaccion, prueba que anteriormente tenia efecto. El *aurum coronarium*, que en otro tiempo era voluntario cuando las ciudades enviaban á los cónsules ó á los emperadores, en ocasiones solemnes, suntuosas coronas de oro, habia llegado á ser un impuesto obligatorio.

A estos recursos hay que agregar un impuesto particular sobre los senadores, los productos de las posesiones imperiales, lo que producia el monopolio de la fabricacion de las telas de seda y de lino, de la púrpura y de las armas; la renta de las minas y de las canteras de mármol y de piedra, los derechos de aduanas, y el impuesto sobre los artículos de consumo, el vigésimo sobre el precio de los esclavos libertos, el vigésimo de las herencias y confiscaciones, etc.

Constantino declaró al clero libre de impuestos (1), y dotó ámpliamente á la Iglesia con los bienes imperiales; los militares disfrutaban de igual exencion. Toda la nobleza de la corte y toda la gente de palacio quedaron tambien libres de las cargas municipales, no solo para sí mismos, sino para sus hijos y nietos; no pagaron mas impuesto que la indiccion ánua. Los profesores de artes liberales y los médicos disfrutaron igualmente completa inmunidad. Así pues, todo el peso de las cargas públicas recayó sobre los propietarios de tierras, y sobre los habitantes ricos de las ciudades. Estos, colocados entre la nobleza administrativa (*honorati*) y los proletarios (*plebeii*), formaban un órden á parte cuya condicion fué empeorando cada vez mas desde el tiempo de Constantino. Los

(1) Pero por una ley del año 326 prohibió Constantino que se eligiese sacerdote á un curial. «Es preciso, decia, que los ricos lleven las cargas del siglo, y que los pobres sean mantenidos con los bienes de las iglesias».

notables *(curiales, decuriones)*, es decir, todos aquellos que poseían por lo menos 25 *jugera* de tierra, componian una corporacion hereditaria, y la ley habia establecido solidaridad entre ellos para las cargas y censos municipales. Sobre ellos y sobre los demás poseedores pesaban los impuestos territoriales, los indirectos, los extraordinarios, los supuestos donativos gratuitos, y numerosas gabelas. Si faltaba algo en la contribucion que habia de pagar la ciudad, lo completaban los curiales. Si unas tierras quedaban abandonadas por su propietario arruinado, aquellos tenian que tomarlas á su cargo, de modo que, como sus posesiones crecian y les imponian nuevas obligaciones, sin que aumentasen sus capitales para sufragar los gastos de las labores, convertíanse á la vez en propietarios mas fuertes y mas pobres. Los decuriones, sujetos á su condicion por reglamentos severos, no podian sustraerse á las cargas que les arruinaban. La Iglesia, el ejército y la administracion les estaban vedados, y 192 leyes del código de Teodosio precavian y condenaban las intrigas y astucias por medio de las cuales procuraban desembarazarse de su título. Un emperador llegó al extremo de mandar que hiciesen volver á su ciudad á los que habian huido al desierto. «Ciertos hombres cobardes y perezosos, escribia Valente en 378, abandonan los deberes de ciudadanos, buscan la soledad y bajo el pretexto de religion, se mezclan con las congregaciones de frailes; mandamos por lo tanto que el conde del Oriente les arranque de sus retiros y los llame al cumplimiento de sus deberes para con la patria.»

Estos males que agoviaban á los curiales habian de ir creciendo con las desgracias y desórdenes del imperio. El número de los propietarios disminuyó, pues, diariamente en provecho de una clase nueva que fué casi desconocida de la antigüedad, y que habia de formar la gran mayoría de la poblacion en la edad media: me refiero á los colonos ó campesinos dedicados á la labranza de una tierra, que no eran del todo libres ni esclavos, siervos del terreno, como se les habia de denominar mas tarde, vendidos con la tierra que cultiva-

ban, aunque con la condicion de que el comprador, si se dividia la finca, no separaria al padre de los hijos, al marido de la muger, compartiendo con el dueño una parte de los frutos de la tierra. Libres de la mayor parte de las cargas públicas, exentos del servicio militar, se multiplicarán con entero desahogo, y verán acrecentarse su número con todos aquellos á quienes la miseria obligue á renunciar á una libertad onerosa.

Últimos acontecimientos del reinado de Constantino.

Tres grandes hechos, á saber: el establecimiento del cristianismo como religion dominante en el imperio, la fundacion de Constantinopla, y la reorganizacion administrativa, llenan todo el reinado de Constantino. Desde la caida de Licinio en 323, hasta su muerte en 337, solo se encuentran en su historia las tragedias sangrientas del palacio imperial, en donde recibieron la muerte, por órden suya, su hijo Crispo, la emperatriz Fausta, nueva Fedra, y el jóven Licinio, niño de doce años. Varias embajadas de los Blemios, de los Etíopes y de los Indios, un tratado con Sapor II, quien prometió suavizar la condicion de los cristianos en Persia, y dos expediciones afortunadas contra los Godos y los Sarmatas (332), hicieron olvidar aquellas desgracias domésticas, y mostraron gloriosamente el nuevo estandarte del imperio en las orillas del Danubio. Constantino obtuvo del rey godo Alarico un contingente anual de 40.000 bárbaros, y recibió en los ejércitos ó como colonos á 300.000 Sarmatas expulsados de su país. En 337, habiéndose atrevido Sapor á reclamar las provincias transtigritanas, Constantino, no obstante sus 64 años, hizo tales preparativos que el Sasánida retrocedió y solicitó la paz. La muerte llegó á sorprender al emperador en medio de aquella actividad, y cuando conoció que se acercaba su fin, concedió á la Iglesia el doble consuelo que aguardaba de él hacia tiempo, hizo que le administrasen el bautismo, y llamó á San Atanasio y á los obispos cuyo destierro habian obtenido los arrianos desde su vuelta al favor.

La familia de Constantino era numerosa. A sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante, y á su sobrino Dalmacio, les habia dado (en 335) el título de César con la posesion, mas bien nominal que verdadera, de las provincias que formaban la prefectura de las Galias: al primero el Asia; al segundo la Siria y el Egipto; al tercero la prefectura de Italia; al cuarto la Tracia, la Macedonia y la Acaya. Anibaliano, que era á la vez su sobrino y su yerno, obtuvo el Ponto, la Capadocia y la pequeña Armenia, con el título de rey. Sus dos hermanos solo obtuvieron títulos honoríficos sin funciones.

En los 80 años últimos, el imperio habia visto veinte y cuatro emperadores, de los cuales solo dos no perecieron de muerte violenta, y cuarenta tiranos. Desde el advenimiento de Decio hasta el de Diocleciano, durante 35 años, los bárbaros habian invadido y asolado todas las provincias. Los emperadores Ilirios, Claudio, Aureliano, Probo y Caro, rechazaron á los bárbaros y derribaron á los tiranos. Aquellos capitanes hábiles y experimentados salvaron la existencia y la unidad del imperio, aunque sin fundar una seguridad duradera. Dos hombres superiores, Diocleciano y Constantino, pensaron en evitar la reproduccion de tales calamidades organizando la monarquía; pero les pareció que el mayor enemigo era la anarquía interior, y solo contra él adoptaron sus precauciones. Desmembraron las provincias y los mandos, y Constantino arrojó sobre el imperio la capa exterior de una gerarquía extensa, y el vínculo moral de una misma religion que, á no ser por las heregías que engendró el carácter disputador de los Griegos y predicando algo mas el amor á la patria terrestre, hubiera podido dar á las almas á quienes iba á regenerar un poco del patriotismo que salva á los Estados. Desgraciadamente, soldados degradados y generales ignorantes no supieron defender ya las fronteras, y de seguro no se podia contar con los habitantes de las ciudades y de los campos para detener á los bárbaros. Tropas poco numerosas habian de aterrar á aquella multitud que habia perdido hacia tres siglos la costumbre de manejar

las armas, y á la que oprimía é irritaba una administracion hábil en verdad, para mantener el órden (1), pero mas aun para apurar los recursos de las poblaciones en provecho propio y en el de una corte fastuosa y codiciosa. El mismo Constantino no pudo librarse de la influencia fatal de los cortesanos; los sació de riquezas, al paso que les decia: «Aun cuando tuvieseis todo el oro del mundo, muy pronto no poseeriais nada mas allá de este angosto espacio, y esto si se os concedia;» y con su lanza trazaba en la arena los seis piés de tierra que son nuestra última morada.

(1) Menos, sin embargo, de lo que se dice, puesto que no impidió las rebeliones de Magnencio, de Vetranion, de Nepotiano, de Silvano, de Galo y de Juliano.

CAPÍTULO XXXIII.

Los segundos Flavios (337—363), la familia de Valentiniana y Teodosio (363—395).

ASESINATOS EN LA FAMILIA DE CONSTANTINO; TRES EMPERADORES.—MUERTE DE CONSTANTINO II (340) Y DE CONSTANTE (350); USURPACION DE MAGNENCIO (353).—CONSTANCIO EMPERADOR ÚNICO; MUERTE DE GALO (354); ELEVACION (355) Y REBELION DE JULIANO (361). — JULIANO (361-363).-JOVIANO (363); PARTICION DEL IMPERIO ENTRE VALENTINIANO Y VALENTE (364). —LUCHA DE VALENTINIANO CONTRA LOS BÁRBAROS DEL OCCIDENTE (364-375).—INVASION DE LOS GODOS EN ORIENTE (375); BATALLA DE ANDRINÓPOLIS Y MUERTE DE VALENTE (378).—GRACIANO (375-383) Y TEODOSIO (379-395).

Asesinatos en la familia de Constantino; tres emperadores.

La tetrarquía establecida por Diocleciano solo pudo ser una forma de gobierno transitoria, buena, si uno de los príncipes era bastante respetado y bastante fuerte para que los demás se contentasen con ser sus lugar-tenientes; mala, si habia rivalidad entre ellos. Constantino, en sus últimos años, cometió el grave error de volver á aquel sistema y de repartir el imperio entre sus hijos y sus sobrinos. Mientras él viviese, esta particion no ofrecia peligro alguno, pero despues de su muerte, ¿quién sabria mantener el equilibrio entre aquellas ambiciones encontradas? Esta falta la expiaron cruelmente aquellos mismos á quienes parecia favorecer. Los soldados excitados secretamente, asesinaron á los dos herma-

nos y siete sobrinos de Constantino, entre los cuales se hallaban Dalmacio y Anibaliano. Galo y Juliano, que eran los hijos menores de Julio Constancio, fueron los únicos que se salvaron del furor de la soldadesca.

Los tres hijos de Constantino, proclamados Augustos, hicieron entonces una nueva particion que produjo guerras civiles y catástrofes sangrientas. Constancio tuvo el Oriente, Constante la prefectura de Italia, y Constantino II la de las Galias.

Muerte de Constantino II (340) y de Constante (350); usurpacion de Magnencio (353).

Constantino II, descontento con la parte que le habia tocado, quiso arrebatar la Italia á su hermano Constante y pereció en una batalla cerca de Aquilea (340). El vencedor pasó en seguida á la Galia, que se hallaba invadida por los Francos, y dos años de guerra no alcanzaron á arrancarles la Bélgica, el país de los Bátavos y el Norte de la Galia, en donde quedaron establecidos. Constancio, por su parte, luchaba contra los Persas que, envalentonados por la muerte de Constantino, habian restablecido su supremacia sobre la Armenia y sitiaban á Nísibe; derrotóles cerca de Síngara, en Mesopotamia (348); pero una persecucion imprudente produjo una derrota que inutilizó su victoria. Afortunadamente, la ignorancia de los Persas en el arte de los sitios, y las precauciones adoptadas por Diocleciano de rodear con sólidas y robustas murallas todas las ciudades de aquellas regiones, impidieron que los Persas hiciesen progresos duraderos. Además, Sapor se vió obligado á retroceder á consecuencia de una invasion de los Masagetas; pero al propio tiempo Constancio tuvo que ir á pelear contra dos usurpadores en Occidente.

Constante, sobre quien pesaba la vergüenza de dejar una parte de la Galia en poder de los bárbaros, vivia en la molicie y en las orgías, cuando, sublevándose los guardias en

350, proclamaron en Autun á Magnencio, que era de orígen franco, pero que de grado en grado habia subido hasta el mando de los jovianos y de los herculanos. Muy luego tuvo el nuevo emperador numerosos partidarios, entre otros á Marcelino, conde de las Liberalidades, y dejando la Galia á su hermano Decencio, á quien habia nombrado César, marchó hácia la Italia. Un segundo usurpador, Nepotiano, sobrino de Constantino, quiso defenderla é hizo que le proclamasen emperador en Roma; pero Marcelino le derribó, y persiguió cruelmente á sus partidarios. En cuanto á Constante, alcanzado en su fuga hácia España, fué muerto en la ciudad de Elena, al pié de los Pirineos. Las legiones de Iliria, aprovechando el caos que comenzaba de nuevo, proclamaron tambien á su anciano general Vetranion. Tan toscas eran ya las costumbres, que este hombre, elevado á los empleos mas altos, no sabia leer ni escribir. Elegido contra su voluntad, no podia ser un adversario peligroso. Cuando en 25 de diciembre de 350, llegó Constancio con un ejército numeroso, engañó á Vetranion por medio de fingidas negociaciones, le sedujo sus tropas, luego le dió la órden de dejar la púrpura y licenciar á su corte, prometiéndole en cambio una pension anual con la cual fué á vivir en el descanso y la oscuridad.

La necesidad de contener en el Oriente á los Persas, y de combatir en el Occidente al enemigo encarnizado de la casa Flaviana, obligó á Constancio á sacar á su primo Galo del retiro en que le hacia educar. Le nombró César y le confió el cuidado de continuar la guerra desgraciada que hasta entonces habia sostenido contra Sapor. Tranquilo ya un momento por aquella parte, y reunidas sus tropas con las legiones ilirias de Vetranion, marchó contra Magnencio, le ofreció partir el imperio con él, y habiendo sufrido una negativa desdeñosa, le dió la batalla de Mursa, en Panonia, que le hizo ganar la defeccion del Franco Silvano (351); 50.000 soldados de los mejores del imperio sucumbieron en aquella accion mortífera. Magnencio se retiró á Italia, y cerca de Pavía derrotó á un ejército imperial. Sin embargo, contando con fuerzas harto

escasas para encerrarse en la Península, en donde podian interceptar sus comunicaciones con las regiones transalpinas, retrocedió hasta la Galia, y viéndose allí abandonado de todos, no tuvo mas recurso que el de atravesarse con su espada. Su hermano Decencio le imitó (353). La Galia, la España y aun la Bretaña fueron sometidas á una inquisicion cruel; las confiscaciones y los suplicios decretados contra todos aquellos que se creyó habian sostenido al usurpador, aterraron á las tres provincias é hicieron que fuese inevitable una nueva sublevacion. Juliano aprovechó estas disposiciones.

Constancio emperador único; muerte de Galo (354); elevacion (355) y rebelion de Juliano (361).

El imperio se encontraba de nuevo sometido á un solo dueño, pero el tímido y receloso Constancio se dejaba gobernar por las mujeres, los eunucos y los aduladores. Consagrado por entero á las contiendas religiosas que promovia el arrianismo, sin que por eso tuviese una fe muy firme ni muy viva; absorto por los graves cuidados que le producia el mantenimiento de la etiqueta de la corte imperial (1), Constancio no vió que en Oriente se preparaba una nueva sublevacion. Galo, estimulado por su mujer, la ambiciosa Constantina, queria el título de Augusto; pero su crueldad y sus vicios le habian dejado un número escaso de partidarios. Constancio, con el fin de no darle tiempo para que llegase á ser peligroso, le llamó de Asia haciéndole promesas alhagüeñas; Galo se puso en camino con sentimiento. Cuando hubo llegado á la Panonia superior, á Petobio, situada sobre el Drave, los mismos que le acompañaban le cargaron de cadenas y le condujeron á Pola, en Istria, donde fué decapitado despues de un breve interrogatorio.

(1) Amm. Marcelino (XVI, 10) ha referido la entrada de Constancio en Roma. Iba sobre un carro en el que solo se veian oro y piedras preciosas, y durante toda la marcha permaneció inmóvil como una estátua, sin mover la cabeza ni las manos, sin volver los ojos á la derecha ni á la izquierda. Esta inmovilidad era una de las mil reglas introducidas por los eunucos, y hace que se pueda juzgar como serian las demás.

Igual suerte le estaba reservada á su hermano Juliano, pero la emperatriz Eusebia obtuvo que se le perdonase. Despues de haber permanecido durante algun tiempo bajo una vigilancia severa, fué enviado á Atenas, en donde pudo consagrarse con entera libertad á su aficion al estudio, y hacer que le iniciasen en las doctrinas platónicas los numerosos filósofos que vivian en aquella capital de la antigua civilizacion. Al cabo de 14 meses volvió á ser llamado á la corte. La causa de esta fortuna que volvia á favorecerle era, tambien, el apuro en que se encontraba Constancio. El hábil general Silvano, que residia en Colonia, en donde sus relaciones con los Francos habian llegado á hacerle ser sospechoso, temió las venganzas imperiales, y para salvar su cabeza no halló mas recurso que el de hacer que le proclamasen emperador (355). Ursino, enviado secretamente por Constancio, fué á Colonia acompañado por el historiador Ammiano Marcelino, y preparó por medio de sordas intrigas la caida de Salviano, quien fué arrancado de una capilla cristiana á la que se habia refugiado, y asesinado por unos soldados á quienes se habia pagado para ejecutar aquella muerte. El usurpador estaba derribado, pero Constancio volvió á sentirse incapaz de gobenar por sí solo el imperio. Creyó que solo la presencia en la Galia de un príncipe de la familia imperial podria poner término á las continuas sublevaciones que allí estallaban, y que así le quedaria suficiente libertad para fijar su atencion en el Oriente, en donde los Persas volvian á mostrarse amenazadores. Así pues, Constancio llamó á Juliano, obligándole á trasladarse desde Atenas á Milan, le hizo que se casase con su hermana Elena, y le confió el encargo de librar á la Galia de los destrozos de los Germanos que la habian invadido despues de la muerte de Silvano.

Los Francos, habian tomado á Colonia; los Alemanes habian destruido á Estrasburgo y Maguncia; 45 ciudades florecientes estaban saqueadas, y partidas innumerables de cautivos galo-romanos habian sido conducidas á la orilla derecha del Rhin, en donde desmontaban las tierras, mientras que sus

campos de la orilla izquierda quedaban incultos y eriales. Juliano, aunque lanzado sin experiencia alguna en medio de aquellas guerras, guiado por el prefecto Salustio, se condujo como un general aguerrido. Dos pueblos ocupaban una parte de la Bélgica, los Alemanes y los Francos; venció á los primeros en varios encuentros, particularmente en la gran batalla de Estrasburgo (agosto de 357), la cual limpió de bárbaros todo el país comprendido entre Basilea y Colonia. El rey de los Alemanes, Cnondomaro, fué hecho prisionero, y Juliano pasó el Rhin en seguimiento de los fugitivos, restableció las fortificaciones del Tauno, y rescató un número considerable de cautivos galos y de legionarios prisioneros. Los Francos se hallaban sobrado fuertemente establecidos sobre el Rhin inferior para que pensase en expulsarlos; pero al menos les arrebató á Colonia, supo inspirarles respeto hácia el imperio, derrotando á varias partidas suyas, y tomó á sueldo á un gran número de aquellos bárbaros. Al propio tiempo su administracion hábille grangeó el afecto de los Galo-Romanos.

Los cortesanos no desperdiciaron aquella ocasion para excitar contra Juliano la envidia de Constancio, quien en los mismos momentos dirigia desde Sirmio otra guerra contra los Germanos del Danubio, y no recibia sino malas noticias del Oriente, en donde sus generales se dejaban derrotar por los Persas. De aquella parte parecia que procedian los peligros mas sérios, aunque en realidad, merced á la naturaleza del gobierno persa y á las costumbres de sus pueblos, el peligro existió mas bien en las orillas del Rhin y del Danubio. Constancio, despues de algunos triunfos obtenidos sobre los Cuados y los Dacios, quiso ponerse por sí mismo al frente del ejército de Siria, y para llevar á cabo esta expedicion pidió á Juliano una parte de sus tropas. Este servicio lejano asustó á las legiones galas, las cuales, por no obedecer, proclamaron Augusto á su general en Paris.

Juliano, por su moderacion, su justicia y su habilidad, de seguro merecia el rango supremo. Es muy sensible que le obtuviese por una rebelion, pero nada prueba que esta la

provocase él. Durante una noche entera estuvo resistiendo á los clamores de los soldados; mas le habria sido difícil seguir rechazando sus deseos, y si lo hubiese hecho se hubiera perdido, pues Constancio nunca le habria perdonado una popularidad tan peligrosa. Cuando por fin hubo aceptado, distribuyó á los soldados el *donativum* ordinario, pero manteniendo severamente la disciplina, sin complacencias cobardes hácia aquellos que le daban el imperio, y sin persecuciones, contra aquellos que permanecian fieles á Constancio. Al pronto quiso negociar, y Constancio, que no tenia heredero alguno, sin duda habria aceptado sus ofrecimientos, pero los cortesanos temieron las venganzas de Juliano; sus proposiciones fueron rechazadas y se dispusieron para la guerra. Juliano tomó la ofensiva, despues de haber dado todavía un nuevo golpe á los bárbaros, antes de su marcha, para impedir que se aprovechasen de su ausencia. Una marcha rápida y atrevida le habia conducido ya al corazon de la Iliria, cuando Constancio, aunque solo contaba 45 años de edad, murió el 3 de Octubre de 361, en Mopsucrena, cerca de Tarsis, en Cilicia, y olvidando sus agravios, llamó para sucederle á su rival, que era el último de la familia de Constantino.

Juliano (361—363).

Juliano, denominado el Apóstata, solo contaba seis años cuando fueron asesinados todos los suyos. Educado en la religion cristiana, observó al principio todos sus ritos; pero los maestros que le dieron, los sofistas y los retóricos paganos de que se rodeó en Atenas, le inspiraron hácia la literatura de Grecia un entusiasmo que perjudicó á su fe.

La Iglesia se hallaba desgarrada entonces por el cisma de Arrio. Constancio protegia á los sectarios, y comenzaba de nuevo la persecucion contra los obispos que permanecian fieles al símbolo de Nicea. Habíase apoderado de la corte y del pueblo la manía de discutir sobre los problemas mas arduos; todas las Iglesias se hallaban turbadas, y los partidarios del

antiguo culto triunfaban al ver á la nueva religion en lucha consigo misma. Este espectáculo llamó sin duda la atencion de Juliano; pero lo que mas influencia ejerció en su imaginacion viva y ardiente, fueron las doctrinas neoplatónicas, mezcla de sutilezas metafísicas y de meditaciones religiosas que procuraban hacer antiguas queriendo hallarlas en los poemas de Homero ó de Hesiodo. Esta filosofía se habia propuesto reunir todos los sistemas anteriores en una extensa síntesis, y no queriendo quedar encerrados en los límites de la escuela, sino obrar sobre el mundo entero y convertirse en una religion, segun el espíritu de la época, habia tomado un carácter de misticismo é iba á parar al éxtasis, á comunicaciones directas con los dioses, á evocaciones de almas, es decir, á supersticiones teúrgicas y á operaciones de mágia.

Esta union del espíritu filosófico y del misticismo, esta doctrina que no rompia con el pasado, sino que divinizaba las obras maestras de la Grecia y salvaba por medio de explicaciones morales, y hasta cierto punto racionales, á los dioses del antiguo Olimpo, que durante tanto tiempo habian sido protectores del imperio, cautivó á Juliano, quien nunca practicó con mucho ardor una religion impuesta por el asesino de su hermano y de toda su familia. Tan luego como dejó traslucir sus tendencias secretas, acudieron presurosos los sofistas, sorprendidos y llenos de júbilo al ver que encontraban á uno de los suyos en un príncipe de aquella familia Flavia tan fatal para el paganismo. Juliano estaba todavía en Atenas cuando ya su condiscípulo San Basilio preveía que el cristianismo tendria en él un enemigo peligroso. En efecto, tan pronto como hubo subido al trono profesó públicamente el antiguo culto, y volvió á abrir los templos; esa desconocer de una manera singular la sociedad que estaba llamado á regir, el querer dar nueva vida á lo que la muerte habia alcanzado tan legítimamente, y si hubiese vivido aquel emperador mas tiempo, sin duda alguna habria expiado de una manera cruel aquella vuelta inoportuna y torpe hácia el pasado. Al menos no intentó hacer que

triunfase la reaccion auxiliándola con la violencia. «No quiero, escribia, que se dé muerte á los Galileos, que se les ofenda injustamente, ni que se les maltrate en manera alguna; pero quiero de un modo absoluto que se conceda la preferencia á los adoradores de los dioses.» Por consiguiente promulgó un edicto de tolerancia que permitió los sacrificios prohibidos por Constancio, y llamó á los desterrados de todos los partidos religiosos. «Igualdad y justicia para todos,» tal era su lema. En efecto, dejó á los Galileos, como él les llamaba, la misma libertad de conciencia que Constantino habia dejado á los paganos. Sin embargo, se le puede echar en cara la pérfida disposicion que prohibió á los cristianos la enseñanza de la retórica y de las bellas letras, bajo el pretexto de que nada tenían que hacer con una literatura llena de ideas y creencias contra las cuales pronunciaban diariamente el anatema.

Al propio tiempo procuraba purificar el servicio de los dioses, obligaba á sus sacerdotes á mostrar costumbres severas, fundaba algunas instituciones benéficas, y para que su tolerancia pareciese que se extendia á todos, permitió á los Judíos que reedificasen el templo de Jerusalen; mas su muerte y un temblor de tierra acompañado de erupciones volcánicas, ó mas bien de explosiones de gases inflamables, interrumpieron los trabajos. El emperador ostentó una sencillez antigua y aun algunas veces el cinismo de un estóico rígido. Al entrar en el palacio encontró 1,000 gentiles hombres de boca, otros tantos barberos, coperos, etc. y despidió á toda esta servidumbre inútil y ruinosa. Las economías que introdujo en la casa imperial le permitieron que disminuyese una quinta parte de los impuestos; mas tal vez los sofistas y los hierofantes repusieron demasiado pronto á los coperos. Sin embargo, no desperdició su tiempo en cuestiones inútiles, y sus cartas y sus obras (el *Misopogon*, los *Césares*) prueban que se hallaba dotado de una imaginacion verdaderamente activa é inclinada al bien.

El tribunal que estableció en Calcedonia, despues de su

advenimiento, para juzgar á todos los funcionarios prevaricadores, á los ministros y á los favoritos de Constancio, fué acusado de haber dictado sentencias inicuas y condenado á inocentes. Sin embargo, en una ocasion en que le hubiera sido lícito mostrar severidad, manifestó una paciencia que le honra mucho. Ambicionaba el honor de vengar por fin en los Persas las prolongadas injurias sufridas por el imperio, y se trasladó con su ejército á la Siria, y en Antioquía, los habitantes, celosos cristianos, se burlaron de él por su barba inculta y su sencillez, y llegaron hasta el extremo de insultarle. El emperador podia castigar; el filósofo se contentó con responder con una sátira acerca de sus costumbres afeminadas (el *Misopogon*).

Al frente de 35.000 hombres penetró hasta Ctesifon, pasó el Tigris y quemó su escuadra. Pero poco despues, extraviado por unos traidores, careciendo de víveres en un país que el mismo Sapor hacia asolar, y no recibiendo los auxilios que habian de llevarle el rey de Armenia y sus generales Procopio y Sebastian, hubo de pensar en replegarse sobre la Gordiena, cuyo camino le fué abierto por una victoria. En un segundo combate cayó mortalmente herido, y falleció conversando con sus amigos acerca de la inmortalidad prometida al alma del justo. Tenia 32 años y habia permanecido menos de 21 meses en el trono, término harto breve para que su reinado justificase los temores y las esperanzas que habia hecho concebir (26 de junio de 363).

Joviano (363); particion del imperio entre Valentiniano y Valente (364).

Hallábase el ejército en una situacion muy peligrosa, y á consecuencia de la negativa del docto y prudente Salustio, se apresuraron á proclamar á Joviano, jefe de los *protectores*, el cual continuó la retirada hasta el momento en que Sapor, perdiendo la esperanza de aniquilar á las legiones, consintió en entrar en negociaciones. Joviano le abandonó la supremacía sobre la Armenia y la Iberia, las cinco pro-

vincias transtigritanas, con quince plazas fuertes entre las cuales se hallaban Nisibis y Singara, baluartes del imperio. En vano solicitaron los habitantes de Nisibis, que les dejasen defender por sí mismos sus murallas; fueron trasladados á Amina. No parece sino que Joviano no pudo sufrir la vergüenza de aquel tratado humillante, el mas desastroso de cuantos Roma habia firmado, y murió ocho meses despues en Bitinia, antes de llegar á Constantinopla. Joviano era cristiano. Como el favor imperial cesó de sostener al paganismo, este cayó para no volverse á levantar (febrero de 364).

Así pues, en menos de un año era llamado el ejército por segunda vez para elegir un emperador. Todos los generales estuvieron acordes para proclamar á un Panonio de talento poco cultivado y de carácter duro, pero de probada capacidad, á Valentiniano, que á la sazon era tribuno de los guardias. Comprendian tan bien la necesidad de dar dos gefes al imperio, que los soldados impusieron al nuevo Augusto la eleccion de un cólega; nombró á su hermano Valente y le dejó el Oriente, tomando para sí el cuidado de vigilar el Rhin y el Danubio.

Lucha de Valentiniano contra los bárbaros del Occidente (364—375).

Desde que se alejó Juliano, los bárbaros, rechazados por un momento, habian vuelto á encaminarse á las provincias romanas. Los Alemanes y los Burgundios pasaron el alto Rhin, los Cuados y los Sarmatas el Danubio; los Francos salieron de sus acantonamientos situados sobre el Rhin inferior, y los piratas sajones cubrieron de nuevo el mar. En Bretaña, los Pictos y los Scots bajaban de sus montañas, y en Africa se habia sublevado un gefe moro llamado Firmo. Parecia que todo el mundo bárbaro se levantaba en masa para atacar al imperio vacilante y humillado. Valentiniano tenia el valor necesario para hacer frente al peligro, y generales muy

hábiles y experimentados, como Jovino, Sebastian, y sobre todo Teodosio, le ayudaron en tan ruda empresa. En el año 365 fué á establecerse en Paris para vigilar mas de cerca á los bárbaros, degradó á los cuerpos que se dejaron arrebatar sus banderas, y mas seguro ya de sus tropas despues de aquella severidad que recordaba los antiguos tiempos, marchó contra los Alemanes, á quienes derrotó cerca de Chalons (366), y dos años despues, uno de sus reyes, Rando, sorprendió en un dia de fiesta la ciudad de Maguncia, y se llevó de ella mucho botin y cautivos. Preparábanse otras expediciones de igual género, y toda la línea de los Alemanes estaba en movimiento. El emperador siguió la política de Diocleciano, de Tiberio y de Augusto; sembró la division y la discordia entre los bárbaros. Los Burgundios, que hacia mucho tiempo eran aliados de los Romanos y que se habian elevado á cierto grado de civilizacion, fueron seducidos y opuestos á los Alemanes. El mismo emperador pasó el Rhin con un ejército numeroso, y venció cerca de Salzbach á aquellas tribus turbulentas (368), empleando una parte del año siguiente en levantar de nuevo las fortificaciones que guardaban los pasos del rio, y comenzando sobre el Neckar, cerca de Manheim, unas obras á las que queria dar grande importancia. Para mostrar á los bárbaros de un modo evidente que el imperio intentaba volverse á colocar respecto de ellos en su posicion agresiva, echó un puente sobre el Rhin, cerca de Maguncia para tener una vía de comunicacion con el gran valle del Meim, que penetra en el corazon de la Germania, y lleno de temor, el rey aleman Macriano, solicitó la paz, volviendo Valentiniano á entrar triunfante en Treveris con su hijo Graciano. El poeta Ausonio, de Burdeos, preceptor del jóven príncipe, y Símaco, el último orador de Roma, celebraron las hazañas que restituian la tranquilidad á la Galia.

Durante estas operaciones en el Rhin, los *reyes del mar* de los Sajones habian sido expulsados de las costas que habian contraido la costumbre de saquear, y el conde Teodosio, el padre del futuro emperador, habia adquirido en la Bretaña

una nombradía casi igual, para los contemporáneos, á la de Agrícola, si bien no tenia por yerno á Tácito. Libró á los Bretones del saqueo de los Pictos, restableció la dominacion romana, casi expulsada de la isla, y la consolidó por medio de una administracion hábil. Algun tiempo despues, desplegó en Africa el mismo talento. Las exacciones de los últimos gobernadores y sus crueldades para con los donatistas, habian producido tal desafecto en los ánimos, que al moro Firmo le fué dado conquistar una gran parte del país. Teodosio comprimió aquella sublevacion y restituyó la tranquilidad á la provincia; pero envuelto algun tiempo despues en una intriga oscura, no obstante su inocencia y sus servicios, fué decapitado en Cartago.

En el gobierno interior de sus provincias era Valentiniano duro y aun algunas veces cruel. Para todos los delitos no tenia mas que un castigo: la muerte y si hubiese de creerse cierto relato sospechoso, habríamos de decir que alojó en su palacio á dos osos monstruosos, á los que con frecuencia hacia devorará los criminales ante su vista. En los asuntos religiosos, observó respecto de todas las religiones los principios de la tolerancia, aunque pertenecia á la Iglesia ortodoxa; únicamente los magos, que entonces pululaban, fueron muy perseguidos. Leyes sábias contra la exposicion de los niños, para la disciplina de las escuelas, para el mantenimiento en Roma de médicos asalariados, y para el establecimiento en las ciudades provinciales de patronos ó defensores de ellas, muestran que no fué solo hombre de guerra. Desgraciadamente para el imperio, murió en una expedicion contra los Cuados. Estos pueblos, á los que queria castigar por una incursion que habian hecho en la Iliria, al tener noticia de que se acercaba, le enviaron una humilde embajada que él se negó á escuchar, y cuando hubo desolado desapiadadamente su país, consintió en recibir á sus diputados, pero les habló con tal violencia y arrebato que se le rompió en el pecho un vaso y espiró algunos minutos despues (375).

El sucesor de Valentiniano I fué su hijo Graciano, quien

ya llevaba el título de Augusto desde 367, aunque todavía no contaba mas que 17 años de edad. Se asoció en seguida á su hermano Valentiniano II, que solo tenia cuatro años, y le cedió las prefecturas de Italia y de Iliria, bajo la direccion de su madre Justina.

Invasion de los Godos en Oriente (375); batalla de Andrinópolis y muerte de Valente (378).

Durante estos acontecimientos reinaba en Oriente un príncipe receloso y débil, y por consiguiente cruel, Valente, quien habia tenido que reprimir la peligrosa sublevacion de Procopio, primo de Juliano. Cogido este usurpador en plena traicion, y decapitado (366), Valente, léjos de imitar la reserva prudente de su hermano, turbó todo el Oriente con una persecucion cruel contra los magos y contra todos aquellos que les consultaban, y con su parcialidad en favor de los arrianos. Los fieles de la iglesia ortodoxa fueron inquietados de nuevo, los obispos arrojados de sus sedes, y un arriano colocado en la sede arzobispal de Constantinopla. Habrianse impuesto á la Iglesia sufrimientos mas crueles, si la gravedad de los acontecimientos políticos que llenaron aquel reinado hubiese dejado á Valente tiempo suficiente para responder á todas las instancias de los heresiarcas. Sapor habia destronado á los reyes de Armenia y de Iberia; Valente les restableció, y obligó al gran rey á estipular una tregua con el imperio. Esto era un triunfo; desgraciadamente, por la parte de Tracia se preparaba una catástrofe espantosa.

Procopio, en su rebelion, habia tomado á sueldo un cuerpo de 30,000 Visigodos; derribado el usurpador, Valente quiso castigar á los bárbaros por el apoyo que á aquel habian prestado, y una guerra de tres años terminó por un tratado que arrojaba á todos los bárbaros allende el Danubio, suprimia los subsidios que les pagaba el imperio, designaba dos ciudades fronterizas para los cambios, y Atanarico, uno

de los jefes principales de los Godos del Oeste ó Visigódos que habitaban al Norte del Danubio inferior, aceptó para su pueblo aquella convencion. No olvidó entonces Valente su celo en favor del arrianismo. Hizo que profesase esta doctrina el obispo Ulfilas, quien acababa de convertir á los Gódos, y de componer en su lengua una traduccion de los Evangelios, el primer monumento escrito de su idioma. De esta obra existe una copia manuscrita en Upsal. Ulfilas tuvo que formar primero un alfabeto, cuyos caracteres tomó en gran parte del griego, de modo que el arrianismo debia volver con los bárbaros durante la invasion.

Llegamos á esta invasion despues de haberla visto constantemente amenazadora desde hace cerca de dos siglos. El pueblo que la decidió era estraño á la raza germánica; fueron las tribus húnicas que pertenecian á la raza mongola, segun puede deducirse de la descripcion que los escritores antiguos nos han dejado de la figura y trajes de aquellas hordas feroces. Los Hunos eran nómadas y apenas conocian los vínculos sociales. Sus tribus seguian en sus expediciones á gefes particulares, quienes, sin embargo, solian entenderse entre sí algunas veces para acometer empresas de comun interés. Uno de ellos, llamado Atila, fué quien primero supo hacer que la nacion entera reconociese su autoridad. Todos los Hunos eran ginetes, y no tenian mas moradas que sus tiendas ó chozas. Tan codiciosos y crueles como los Mongoles de la edad media que, bajo el mando de Dienguyz-khan, dieron muerte á cinco ó seis millones de hombres, robaban el oro y la plata, no para servirse de ellos, puesto que desconocian su uso, sino para enterrarlos; y con el objeto de aventurar tan inútiles tesoros, é impulsados tambien por su carácter vagamundo, emprendian expediciones desastrosas contra los pueblos civilizados. Sus incursiones rápidas é imprevistas infundian mas terror que las de otro pueblo alguno de aquel tiempo, pues por donde quiera que pasaban destruian por el mero placer de hacer daño. Atila, su gran gefe, se alababa mas tarde de que no volvia á nacer la

yerba en los sitios por donde habia pasado su caballo. Se les suponia nacidos en el desierto del trato de los demonios con las brujas, y su crueldad para con las mugeres, á las que al mismo respetaban los germanos en sus destrozos, parecia confirmar aquel orígen impuro.

¿Cuál fué su primera morada, y qué causa produjo su emigracion hácia el Oeste? se ignora. Solo parece probado que en el tiempo en que comenzaron los movimientos de las tribus escandinavas y germánicas, las hordas nómadas del Asia occidental levantaron espontáneamente sus tiendas y se acercaron al Oeste. Su marcha interrumpida varias veces y durante largos intérvalos, por la resistencia pertinaz de algunas tribus, emprendia de nuevo su curso cuando habian derribado el obstáculo ó arrastrado consigo al pueblo que les detenia. Esto fué lo que le sucedió á Valente. Los Hunos pasaron el Oural y subyugaron á los Alanos, que habitaban entre el Volga y el mar Negro. Una parte de este pueblo huyó detrás del Cáucaso, en donde aun habitan sus descendientes bajo el nombre de Edeki Alan; la otra siguió á los vencedores, quienes, desembocando en las extensas llanuras de la Sarmacia, se hallaron enfrente del gran reino de los Godos.

Esta nacion germánica, que gradualmente habia bajado desde las bocas del Oder hasta el Danubio y el Ponto-Euxino, permaneció dividida durante mucho tiempo entre un gran número de gefes. Pero Ermanarico habia reunido á la mayor parte de sus tribus, y fundado un Estado poderoso, el reino de los Ostrogodos ó Godos del Este, que se extendia desde el Báltico hasta el mar Negro; muchos pueblos le estaban sometidos. Aquel reino cerraba la entrada de todo el continente, y sin duda alguna habria detenido la invasion á no hallarse ya en plena disolucion. Cuando el anciano Ermanarico supo la aproximacion del enemigo, no obstante sus 110 años de edad, hizo grandes preparativos; pero las tribus vasallas mostraron muy poco celo para aquella temida guerra. Dos gefes roxolanos, á cuya hermana habia hecho

perecer bajo los piés de sus caballos porque su marido se negaba á tomar las armas en favor suyo, intentaron asesinarle; otros gefes le negaron obediencia, y el anciano rey, lleno de desesperacion, se atravesó con su espada. Su sucesor Witimero fué vencido y muerto, dejando un hijo de corta edad que fué salvado por Alateo y Safrax, dos guerreros godos que habian servido mucho tiempo en los ejércitos romanos. Dejando á la mayoría de la nacion que se sometiese á los vencedores, por medio de marchas habilmente calculadas y ejecutadas, llegaron con el niño real al interior del país, y se libraron de la persecucion de los Hunos, ocupados á la sazon en combatir contra un nuevo enemigo. Atanarico, gefe de los Godos del Oeste, se habia adelantado hasta el Dniester para defender el paso de este rio; pero la caballería enemiga le vadeó por la noche y fué á atacarle por retaguardia. Entonces hubo de retroceder hasta el Pruth; allí queria levantar Atanarico, desde los Carpatos hasta el mar, fortificaciones que habrian detenido á los Hunos; pero su pueblo, desalentado, prefirió mendigar un asilo en las tierras del imperio. Aquel gefe valeroso no quiso aceptar para sí semejante baldon, ó no se atrevió á confiar en la hospitalidad de Valente, y se lanzó á la montaña con algunos guerreros fieles (375).

Cuando noticiaron al emperador que lo que quedaba de la nacion goda le tendia sus manos suplicantes, su lisongeado orgullo le hizo olvidar la prudencia, y abrió las puertas del imperio á aquella multitud que aun contaba 200,000 combatientes, imponiéndoles por única condicion la de que entregasen sus armas y diesen en rehenes una parte de sus hijos, que fueron enviados á las poblaciones pequeñas del Asia Menor. Los bárbaros se sometieron á todo; pero los oficiales imperiales, al verlos desarmados, no les dieron víveres sino á un precio muy subido. Primero invirtieron todos sus recursos, luego sus esclavos, luego hasta sus hijos que vendieron, y cuando nada tuvieron ya, viéronse precisados á tomar por fuerza lo que les negaban, merodeando por el país. No habian entregado todas sus armas, y además fabricaron

otras, y Alateo y Safrax que, hácia la misma época forzaron el paso del Danubio y fueron á reunirse con sus compañeros, aumentaron su número y acrecentaron su confianza. Entonces toda la Tracia fué entregada al saqueo, acudiendo tambien Hunos y Alanos para tomar parte en la contienda.

Valente reunió sus fuerzas para combatirlos é invocó el auxilio de su sobrino; Graciano prometió auxilios; pero un Aleman jóven de su guardia que estaba con licencia en su país, habló de aquellos preparativos; los Alemanes juzgaron propicia la ocasion para atacar las fronteras desguarnecidas, y este movimiento obligó á conservar las tropas destinadas á auxiliar á Valente. Entretanto el peligro aumentaba diariamente para este príncipe. Todos los bárbaros establecidos en las provincias del Danubio, todos los cautivos germanos que los emperadores habian trasportado allí, corrian presurosos á reunirse con sus hermanos, y durante un año entero las legiones intentaron inútilmente contener aquel trastorno. Por último, en 378, llegó Valente con una parte del ejército de Oriente; tambien Graciano estaba en marcha; pero Valente quiso evitar la concentracion de los bárbaros en un solo cuerpo y avanzó contra ellos. Fritigerno, su gefe, le engañó durante algun tiempo con fingidas negociaciones, y luego, habiendo reunido todas sus fuerzas, atacó al emperador el 9 de agosto de 378, cerca de Andrinópolis, batalla que fué una derrota mas desastrosa que la de Canas. Apenas se libró una tercera parte del ejército romano, y el mismo emperador, herido, fué llevado á una cabaña á la que prendieron fuego los bárbaros, y pereció en ella en medio de las llamas, siendo todo el país llano hasta el pié de las murallas de Constantinopla, entregado al saqueo mas espantoso. La emperatriz Dominica defendió la capital con el auxilio de algunas tropas de sarracenos llamadas de Asia. Estos hijos del desierto de Arabia se hallaron por primera vez frente á frente con los hombres del Norte: dos siglos y medio mas tarde habian de volver á encontrarse en el extremo opuesto del Mediterráneo.

Graciano (375-383) y Teodosio (378-395).

Graciano, mas afortunado, derrotaba en los mismos momentos á los Alemanes cerca de Colmar. Pero el imperio de Oriente estaba sin gefe; Graciano que no podia pensar en reunir aquella pesada corona con la que ya ceñia, fijó la vista para la ímproba tarea de reparar el inmenso desastre que lloraba el imperio, en el hijo del valeroso conde Teodosio. Despues de la muerte desgraciada de su padre, Teodosio se habia retirado á España, su patria. Graciano le llamó, y el 19 de enero de 379, le dió con el título de Augusto las dos prefecturas de Oriente y de Iliria. Teodosio se consagró atrevidamente á su obra. El Asia estaba tranquila, merced á una medida espantosa; todos los Godos enviados como rehenes á las provincias habian sido convocados en un mismo dia á las metrópolis, para recibir donativos en dinero y en tierras; pero allí les aguardaban tropas, y sorprendidos indefensos, fueron todos asesinados. En la Tracia, sus hermanos y sus padres los vengaban. Teodosio tenia que rehacer un ejército, y sobre todo habia de reanimar el valor de los soldados, y lo consiguió suministrándoles ocasion de empeñar mil combates parciales ó de escasa importancia, en los que tuvo buen cuidado de asegurarles la victoria. Era la antigua táctica de Fabio Cunctator contra Anibal, y en la presente ocasion alcanzó un éxito aun mas excelente. No dejó que ninguna plaza fuerte cayese en poder del enemigo, cuyo número disminuyó promoviendo defecciones, de modo que sin haber llegado á ganar ninguna gran victoria, obligó á los Godos á entrar en negociaciones. Fritigerno, el vencedor de Andrinópolis, habia muerto; el valeroso Atanarico, su sucesor, se dejó atraer á Constantinopla, y allí, deslumbrado por el explendor de aquella corte pomposa, decidió á su pueblo á que aceptase los ofrecimientos del emperador (octubre de 382). En el fondo, Teodosio les daba lo que querian, y les estableció en la Tracia y en Mesia, con el cargo de defender el paso del Danubio; 40,000 guerre-

ros Godos fueron admitidos en las tropas imperiales. Esto equivalia á entregarles el imperio; porque aquellos Godos que permanecian constituidos en cuerpo de nacion, bajo el mando de sus gefes nacionales, con su propia organizacion militar, sintieron muy pronto que se despertaban en ellos los instintos de saqueo y la necesidad de aventuras. En el término de 30 años habian de tomar á Roma, despues de saquear la Grecia y la Italia, y la guerra que llevasen al mismo corazon del imperio, habia de derribar las barreras por encima de las cuales pasaria el torrente de la invasion.

Por el momento, Teodosio habia puesto término á una situacion desastrosa por medio de un recurso empleado ya anteriormente, aunque nunca en tan vastas proporciones. El imperio, que se creia salvado, le manifestó por ello su gratitud. Los tristes acontecimientos que presenció el Occidente y que fueron causa de que por algunos dias estuviese reunida bajo su autoridad toda la herencia de Augusto, aumentaron su nombradía. La Iglesia, sobretodo, á la que libertó del arrianismo, vió en él á un nuevo Constantino, y el epiteto de Grande ha quedado unido al nombre del último duelo del mundo romano.

Graciano, activo, inteligente y valiente, fué derribado, sin embargo por un usurpador. Apasionado á la caza, olvidaba los deberes de un príncipe, y no se le veia sino rodeado de arqueros alanos. Los soldados se irritaron con aquella preferencia, y las legiones de Bretaña proclamaron á su gefe Máximo, que era uno de los compañeros mas aguerridos del conde Teodosio. Máximo pasó en seguida á la Galia; Graciano, abandonado por sus tropas, intentó trasladarse á los Alpes, pero fué alcanzado y muerto cerca de Lyon (25 de agosto de 383). Para llevar á cabo esta expedicion habia retirado Máximo las legiones de la Bretaña; la isla quedó indefensa, y muy luego fué asolada por las correrías de los Pictos y de los Scots, y por los desembarcos de los Sajones y de los Frisones.

Teodosio hubiera deseado vengar á su bienhechor, pero aun

no estaba restablecida la tranquilidad en Oriente, y acaso una guerra civil lo hubiera perdido todo; así es que reconoció al usurpador como dueño de la prefectura de las Galias, con la condicion empero de que dejaria la de Italia al jóven Valentiniano II (385). La madre de este príncipe, Justina, llena de celo en favor del arrianismo, procuraba propagar la herejía en las provincias de su hijo que le eran poco favorables. En Milan, sobre todo, la oposicion era muy viva, y quiso vencerla desterrando al arzobispo de aquella ciudad, San Ambrosio, pero la poblacion rechazó á sus guardias bárbaros. Máximo juzgó propicia la ocasion, pasó los Alpes, y Valentiniano II huyó á Tesalónica (387), al lado de Teodosio, quien acababa de rechazar victoriosamente una tentativa hecha por los Ostrogodos para pasar el Danubio.

Teodosio que se habia pronunciano ya de una manera muy vehemente en contra de los arrianos, recibió el bautismo en el año 380, y promulgó edictos en favor de la ortodoxia. El patriarca Damófilo habia sido expulsado de Santa Sofía y su silla fué dada á Gregorio Nacianceno, y un concilio reunido en Constantinopla (381), condenó de nuevo la heregía y confirmó el símbolo de Nicea. Justina debia sus desgracias á su celo por el arrianismo, pero Teodosio se habia casado con su hija, la hermosa Gala; así pues, la emperatriz, no obstante sus imprudencias, podia contar con el apoyo de su yerno. Sin embargo, aun vaciló este durante un año hasta que llegó á saber que Máximo, por su dureza de carácter, hacia que se sublevasen contra él todos los Italianos.

Teodosio entró en Panonia en el año 388, y mandó que los Sajones y los Francos hiciesen una diversion en Galia; Máximo se valió contra él de los mismos medios, y tentó la fidelidad de sus tropas bárbaras. De seguro habrian estallado defecciones peligrosas si Teodosio no las hubiese evitado por medio de medidas severas. El usurpador, vencido á orillas del Sava, fué entregado por sus propios soldados, y recibió la muerte en Aquilea. Teodosio nada guardó de su conquista que abandonó á Valentiniano, y para afirmar el poder del jó-

ven príncipe y extirpar con la heregía los últimos restos de paganismo que aun se conservaban en las provincias occidentales, permaneció tres años en el gobierno de su cuñado. Cuando se marchó, le dejó como primer ministro al Franco Arbogasto, que acababa de librar á la Galia de los Germanos, y confirió á bárbaros todos los cargos civiles y militares. Valentiniano no sufrió durante mucho tiempo esta tutela, y quiso privar al conde de todos sus empleos. «He obtenido mi empleo de Teodosio, contestó Arbogasto en presencia de toda la corte, y solo él puede quitármelo.» Valentiniano, poseido de violenta cólera, se arrojó sobre él con espada en mano, y algunos dias despues, el emperador fué hallado muerto en su cama (15 de mayo de 392).

Arbogasto no podia abrigar la esperanza de que Teodosio dejase impune aquel asesinato; no atreviéndose á proclamarse á sí mismo, arrojó la púrpura sobre los hombros de uno de sus secretarios, el retórico Eugenio. Teodosio, el vengador de la ortodoxía, tenia en su favor al clero católico; Arbogasto y Eugenio procuraron adherir á su causa á los paganos que quedaban aun, y esta conducta hizo que se sublevase contra ellos la poblacion cristiana; una sola batalla dada cerca de Aquilea puso término á aquella dominacion. Eugenio cayó prisionero y fué muerto; Arbogasto se suicidó (394) y esta vez el vencedor conservó su conquista.

Un ermitaño habia anunciado á Teodosio esta victoria y con ello se aumentó su fervor hácia la ortodoxía. Prohibió bajo penas muy severas el culto de los dioses, que desterrado de las ciudades, se refugió á las campiñas (*pagani*); el emperador privó tambien á los hereges de los derechos de obtener honores y de disponer de sus bienes por testamento. Pero, por otra parte, reglamentos numerosos y prudentes demostraron el continuo cuidado del príncipe para curar algunos de los males que minaban á aquella sociedad moribunda, y si no pudo conseguirlo, porque el mal era incurable, honró al menos los últimos dias del imperio, mostrando en el trono virtudes que los pueblos habian tenido que res-

petar en él muy pocas veces. Se ha visto su gratitud hácia la familia de su bienhechor, y su desinterés; debemos añadir que siempre reinó la paz en su numerosa familia, y que, si conservó cortesanos, tambien tuvo amigos.

Antes de espirar (17 de enero de 395), dividió el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio; separacion irrevocable y que dura todavía en la religion y en la civilizacion diferentes de esas dos mitades del antiguo mundo (1).

(1) *Resúmen de los últimos años del imperio de Occidente.* Constantinopla, merced á su situacion, podrá resistir durante diez siglos á la invasion que pasa, sin alcanzarla, al N. y al S. de sus muros. Roma fué tomada por los bárbaros casi al momento, y el imperio de Occidente se agitó durante 80 años en una agonía dolorosa. Alarico, gefe de los Visigodos, dió la señal, invadiendo la Italia. Fué vencido por Estilicon en Polencia (403), pero habia abierto la puerta á la invasion de Radagasio, quien, aprovechando la circunstancia de la partida de las legiones llamadas á Italia, habia pasado la frontera y seguido sus huellas hasta Florencia. En este punto fué derrotado y muerto. Victoria inútil, porque, detrás de él, los Alanos, los Suevos, los Vándalos y los Burgundios, inundaban la Galia y la España (407). Tres años mas tarde era tomada Roma por Alarico, y en 419 los Visigodos fundaban un reino en el Sur de la Galia y en España. Los Burgundios (413), los Suevos (419), fundaron otros dos Estados bárbaros; y los Vándalos, habiendo pasado á Africa en 429, en el reinado de Valentiniano II, dieron orígen al cuarto reino fundado por los Germanos en el imperio (435). A mediados del siglo, un enemigo mas temible se adelantó: Atila, rey de los Hunos, habia sometido todo el mundo bárbaro desde el Volga hasta el Rhin; pasó este rio, reclamando como esclavos suyos fugitivos á los Germanos establecidos ya en el imperio; pero estos, Francos, Visigodos y Burgundios, reunidos con los restos de las legiones romanas mandadas por Aecio, le obligaron á levantar el sitio de Orleans y le vencieron en las llanuras de Chalons (451). Retrocedió, y en el año siguiente se vengó sobre la Italia, y afortunadamente para el mundo le sorprendió la muerte en 453.

Honorio habia muerto en 423; Valentiniano III, su sobrino, reinó desde 423 á 454. Fué muerto por el senador Máximo, quien ocupó su puesto. Su viuda Eudoxia, para vengar su muerte, llamó al Vándalo Genserico quien saqueó á Roma (455). Mayoriano, proclamado emperador en 457, se mostró digno de luchar contra las innumerables dificultades que le rodeaban: pero el Suevo Ricimero le hizo asesinar y dió sucesivamente su puesto á tres senadores. El mismo pereció (473) con el último, Olibrio, á quien sustituyeron Glicerino, luego Julio Nepote, y por último Rómulo Augustulo, en cuyo tiempo puso término al imperio de Occidente el rey de los Hérulos, Odoacro (476), fundando el nuevo reino bárbaro de Italia.

Un acto grandioso honra en extremo á Teodosio. El pueblo de Tesalónica, en una sedicion, habia dado muerte al gobernador y á varios oficiales imperiales. En una ocasion análoga habia perdonado Teodosio á los habitantes de Antioquía; pero esta vez se entregó á una cólera violenta, y dió órdenes que costaron la vida á siete mil personas. Esta matanza excitó un sentimiento de horror en todo el imperio, cuando Teodosio se presentó algun tiempo despues en las puertas de la catedral de Milan, San Ambrosio tuvo valor suficiente para detenerle; le reconvino por su crímen en presencia de todo el pueblo, y le prohibió que entrase en la iglesia y que se acercase á la mesa de la comunion. Teodosio aceptó la penitencia pública que el santo obispo le imponia en nombre de Dios y de la humanidad ultrajada, y durante ocho meses no pasó del átrio del templo.

Nos detendremos aquí, porque han concluido los tiempos antiguos y comienza la edad media. El paganismo acaba de morir; el cristianismo triunfa; el imperio está irrevocablemente dividido, y los bárbaros lo ocupan todo, los cargos, el ejército, las provincias. Ya están abiertos los manantiales vivos que han de renovar la vida del mundo. La Germania, *fábrica de naciones*, derrama sus torrentes de hombres que van á regenerar á las empobrecidas razas, y la Iglesia, nuevo espíritu, obliga ya á los poderosos á inclinar la cabeza ante su palabra. San Ambrosio acaba de decir lo que han de repetir muy pronto San Remigio y Gregorio VII: *Mitis depone colla.*

FIN.

ÍNDICE ANALÍTICO DE MATERIAS.

LOS NÚMEROS INDICAN LAS PÁGINAS,

y las cifras romanas los tomos.

A.

Actium (batalla de). 97, II.
Administracion de la Italia y cuadro de las costumbres y de la constitucion romanas despues de las guerras púnicas. 147, I.
Administracion municipal (reorganizacion de la), en tiempo de Adriano. 196, II.
Adriano. 196, II.
Africa despues de la batalla de Zama. 195, I.
Africa Cartaginesa (sumision del). 218, I.
Africa (guerra en) en tiempo de Régulo. 160 I; en tiempo de Escipion el Africano. 191, I; en tiempo de Escipion Emiliano. 218 I; en tiempo de César. 52, II.
Africa (espedicion al) en tiempo de Augusto. 129, II.
Agrarias (las) de Espurio Casio. 28 I; de Lic. Stolon. 121, I; de Tiberio Graco. 264, I.
Agrícola (Triunfos de) en Bretaña. 181, II.
Agripina. Su ambicion. 163, II; su muerte. 165, II.
Aix (batalla de). 288, I.
Alba (ruina de). 54, I.

Albino. 242, II.
Alesia (sitio de). 22, II.
Alejandro Severo. 250, II.
Allia (batalla del). 115, I.
Alpes (los). 85, I; paso de los Alpes. 40 y 175, I.
Amilcar; sus servicios en Sicilia. 163, I; en la guerra de los mercenarios. 169, I; en sus conquistas de España. 169, I.
Amnistía despues de la muerte de César. 65, II.
Anco Marcio. 55, I; sus guerras contra los Latinos. 55, I.
Andrinopolis (batalla de). 321, II.
Aníbal; su mando en España. 169, I; pasa el Ródano y los Alpes 175, I; sus victorias del Tesino. 171, I; del Trebia. 177, I; del Trasimeno. 178, I; de Canas. 180, I; sus descalabros en Campania. 181, I; es espulsado de la Campania por Fabio y por Marcelo. 183, I; marcha sobre Roma. 187, I; sale de Italia y pierde la batalla de Zama. 192, I; su muerte. 211, I.
Antioco en Grecia. 203, I.
Antonio; su omnipotencia despues de la muerte de César. 68, II; oposicion contra él. 70, II; sus exacciones en Asia. 83, II; su regreso á Italia. 86, II; su expedicion contra los Partos. 92, II; contraste de su conducta con la de Octavio. 95, II; su rompimiento con este. 97, II; su derrota en Actium. 97, II; su muerte. 101, II. (Véase *Cleopatra*).
Antonino Pio. 202, II.
Antoninos (los). 188, II.
Apenino (el). 35, I.
Apio el Decemviro. 102, I.
Apio el censor. 137, I.
Apuleyo. 229, I.
Aquilonia (victoria de). 139, I.
Aquitania (conquista de la). 17, II.
Ariovisto y los Helvecios. 12, II.
Aristides (el retórico). 229, II.
Armórica (conquista de la). 17, II.
Arriano. 229, II.
Artes (bellas) entre los Romanos bajo el dominio de los Re-

yes. 75 I; durante el imperio. 141, II; decadencia de las artes desde el tiempo de los Antoninos. 230, II.
Asculum (batalla de). 144, I.
Asdrubal. 168, I.
Asilo abierto por Rómulo. 51, I.
Asinio Polion. 140, II.
Asamblea centuriada. 71, I.
Asamblea curiada. 66, I.
Asamblea por tribus. 92, I.
Ateneo. 229, II.
Aienas (sitio de). 316, I.
Atenion. 291, I.
Augures (influencia de los). 70, I.
Augusto. 105, I; apariencias republicanas de su gobierno y en realidad poder monárquico. 112, II; nuevos cargos, ejércitos permanentes. 112, II; su administracion en Roma clasificacion de las personas, distribuciones gratuitas, juegos, construcciones, policía, reformas religiosas y civiles. 116, II; en las provincias. 122, II; organizacion de las provincias occidentales. 124, II; organizacion de las provincias orientales. 127, II; medidas generales de su administracion. 127, II; su muerte. 136, II (Véase *Octavio*).
Aulo Gelio. 229, II.
Aureliano. 261, II.

B.

Babrio el Fabulista. 229, II.
Balbino (el emperador). 253, II.
Batavos (sublevacion de los). 176, II.
Bélgica (conquista de la). 17, II.
Benevento (batalla de). 144, I.
Boyos (los) emigran hácia el Danubio. 209, I.
Bretaña (expedicion de César á). 19, II.
Bretaña (conquista de la) en tiempo de Claudio. 166, II.
Bretones (guerra de Severo contra los). 244, II.

Brindes (tratado de). 86, II.
Británico (envenenamiento de). 163, II.
Bruto el primer cónsul. 59, I.
Bruto contra César (conjuracion). 162, II, su derrota y su muerte en Filipes. 79, II.

C.

Cayo Graco (peticiones y poder de). 270, I; su muerte. 273, I.
Caligula, su buen principio, sus locuras y sus crueldades. 156, II.
Calpurnio. 229, II.
Camilo. 114, I.
Campamentos. (Véase *Castrametacion y Ejércitos Romanos*). 211, II.
Canales. 286, 287, I. y 212, II.
Canas (batalla de). 180, I.
Capitolio (construccion del). 67, I; sitio del Capitolio. 116, I.
Capiton. 140, II.
Cápua (adquisicion de). 129, I; sitio de Cápua. 187, I.
Caracalla. 247, II.
Carbon (descalabro de). 322, I.
Carino (el emperador). 264, II.
Cartago, su gobierno. 156, I; extension de sus posesiones en 219. 171, I. (Véase *Guerras púnicas*).
Cartagena (Toma de). 189, I.
Caro (el emperador). 264, II.
Casamientos (autorizacion de los) entre los dos órdenes. 132, I.
Castramelacion de los Romanos. (Véase *Ejércitos Romanos*). 228, I.
Caton (triunfo de). 208, I.
Catilina (conjuracion de). 353, I.
Caton; su orígen, su carácter. 253, I; su censura. 255, I.
Caton el de Utica. 357, I; su muerte. 52, II.
Cátulo. 137, II.

Celso. 140, II.
Celtas. 42, I.
Censorino. 229, II.
Censura (creacion de la). 110, I; su poder. 153, I.
Cerdeña (expediciones á). 165, I.
César, su principio. 349, I; forma el primer triunvirato. 7, II; su consulado. 8, II; ataques contra él en el senado. 37, II; sus campañas en Galia 17, II; pasa el Rubicon y conquista la Italia. 40, II; su dictadura. 42, II; le sitian en Alejandria. 49, II; Victoria que obtiene sobre Farnacio. 50, II; decretos del senado á favor suyo. 55, II; su triunfo. 55, II; moderacion de su gobierno 55, II; concentra en su mano todos los poderes. 59, II; sus proyectos 59, II; conjuracion contra él. 62, II; su muerte. 62, II; sus funerales. 65 II.
César escritor. 137, II.
Ceson. 98, I.
Cristianos (persecuciones contra los). 167, y 274, II.
Cristianismo (historia del). 231, II; el cristianismo religion dominante en el imperio. 283, II.
Ciceron, su consulado. 353, I; su destierro. 11, II; su conducta durante el segundo triunvirato. 70, II; su muerte. 74, II; Ciceron como escritor y como filósofo. 77, II.
Cimbros (invasion de los) y de los Teutones en la Nórica, la Galia y la España. 286 I; su derrota en Aix y en Verceil. 288, I.
Cincinato. 96, I.
Cina llama á Mario. 309, I.
Cisalpinia (guerra en) 165, I.
Cisalpinos (sublevacion de los). 209, I.
Clase media (destruccion de la). 242, I.
Clases (dos) en la república, los ricos y los pobres; venalidad de los unos, orgullo y rapiña de los otros. 247, I.
Claudio, leyes útiles; concesiones á los provinciales. 158, II; su muerte. 163 II.
Claudio II. 261 II.
Claudio (derrota de) en Drépano. 162, I.

Cleopatra y César. 50, II; Cleopatra y Antonio. 83, II; muerte de Cleopatra. 101, II.
Clientes. 66, I.
Clodio. 11, II; sus disensiones con Milon. 28, II.
Coalicion (segunda y tercera) de los pueblos italianos. 137, I.
Colegios Sacerdotales. 66, I.
Colonias. 150, I.
Columela. 228, II.
Comercio. 221, II.
Cómodo. 207, II.
Concesiones al pueblo, despues del destierro de los Tarquinos. 82, I.
Concesion de las tierras públicas del Aventino á los plebeyos. 101, I.
Concesiones á los vecinos de Roma. 147, I.
Concesiones menos extensas á los demás Italianos. 149, I.
Conferencia de Luca. 30, II.
Conjurados (inaccion de los) despues de la muerte de César. 65, II.
Conquistas de Roma y de Cartago entre la primera y la segunda guerra púnica. 164, I.
Constancio. 309, II; Constancio emperador único. 311, II; su muerte. 314, II.
Constante. 309, II; su muerte. 309, II.
Constantino, su carácter. 308, II; su conversion. 308, II; reorganiza la administracion y funda á Constantinopla. 291, II. últimos acontecimientos de su reinado. 305, II.
Constantino II. 303, II; su muerte. 309, II.
Constantinopla (fundacion de). 291, II.
Constitucion y leyes populares del rey Servio. 71, I.
Constitucion (nueva) del año 444. 110, I; luchas para su ejecucion 111, I.
Consulado (establecimiento del). 82, I; particion del consulado. 121, I.
Corbulon, 168, II.
Coroliano. 93, I.

Córcega (expedicion á). 165, I.
Correos y caminos en tiempo de Augusto. 127, II.
Costumbres de los Romanos: costumbres domésticas de los Romanos bajo el dominio de los reyes. 76, I; costumbres públicas en Roma en la misma época; patriotismo, espíritu religioso, fidelidad á los compromisos contraidos. 78, I; costumbres y constitucion de los Romanos antes de las guerras púnicas. 147, I; depravacion de las costumbres. 236, I y 221, II.
Craso. 357, I; Su expedicion contra los Partos. 30, II.
Culto. (Véase *Colegios Sacerdotales* y *divinidades griegas*). 68, I y 116, II.
Curiales (miseria de los). 301, II.
Curias. (Véase *Asambleas Curiadas*). 65, I.
Curion. 37, II.
Cinocéfalos. 202, I.

D.

Dacios (guerra contra los). 193, II.
Decadencia de las artes y de las letras desde el tiempo de los Antoninos. 230, II.
Decenviros (los). 98, I.
Decencio. 311, II.
Decio (el emperador). 255, II.
Dionisio de Halicarnaso. 141, II.
Deudas (leyes sobre las). 106, y 122 I.
Dictadura (creacion de la). 85, I.
Didio Juliano. 240, II.
Diócesis. 294 á 297, II.
Diocleciano. 269, II: su abdicacion. 274, II.
Diodoro de Sicilia. 141, II.
Diógenes Laercio. 229, II.
Dion Casio. 229, II.
Dion Crisóstomo. 229, II.
Divinidades griegas (introduccion de las) en Roma. 76, I.

Domiciano. 184, II.
Derecho latino. 149, I.
Druso (el tribuno). 298, I.
Druso, hermano de Tiberio (expedicion de) en tiempo de Augusto. 131, II.
Druso, hijo de Tiberio; sus triunfos políticos en el Danubio. 145, II; su muerte. 151, II.
Duunvirato de Octavio y de Antonio. 91, II.
Dirraquio (combate en torno de). 44, II.

E.

Ecnome (batalla de). 160, I.
Edilidad Curul (creacion de la). 122, I.
Ejércitos Romanos; su organizacion. 155, I; reclutamiento de las tropas. 226, I; penas y recompensas. 233, I; ejércitos permanentes en tiempo de Augusto. 112, II; administracion de los ejércitos. 217, II; degradacion del ejército. 298, II.
Eliogábalo. 248, II.
Emperadores (autoridad absoluta de los). 214, II.
Emperadores (los) de la casa de Augusto. 142, II.
Emperadores (seis) á la vez. 276, II.
Enio. 238, I.
Epicteto. 140, II.
Equilibrio de los diferentes poderes. 153, I.
Escipion el Africano; sus triunfos en España. 189, I; en Africa. 190, I; su destierro. 252, I.
Escipion Emiliano. 258, I; Escipion Emiliano y los Italianos. 268, I.
Esclavos (sublevacion de los). 262, I.
España (guerra de) en tiempo de César. 42, II.
Españoles (sublevacion de los). 208, I.
Espartaco. 336, II.
Esparciano. 229, II.
Espurio Melio. 111, I.

Estacio. 227, II.
Estrabon. 141, II.
Estado del mundo antiguo hácia el año 200. 195, I.
Estado interior de la república antes de los Gracos. 236, I.
Etruscos. (Véase *Roma*). 41, I.
Eumenio. 229, II.
Euno, rey de los esclavos. 262, I.
Expediciones (diferentes) de los Romanos para asegurarse un camino por tierra hácia la Grecia y la España. 284, I.

F.

Fabios (los). 90, I.
Fabio Cunctator (dictadura de). 178, I.
Fabio Máximo (censura de). 136, I.
Familia Romana (la), derechos del padre de familia, la muger y los hijos. 76, I.
Farnacio (expedicion contra). 50, II.
Farsalia. 44, II.
Favorino. 229, II.
Fedro. 227, II.
Filipo (derrota de). 185, I; guerra contra Roma; sus aliados. 201, I; sus preparativos secretos. 211, I; su muerte. 213, I.
Filipo (el emperador). 255, II.
Filipes (batalla de). 79, II.
Filon. 229, II.
Filopémenes (muerte de). 211, I.
Filostrato. 229, II.
Flaco. 140, II.
Flaminino. 202, I.
Flaminio. 178, I.
Flavios. (los primeros). 171, II; los segundos Flavios. 308. II.
Floro. 228, II.
Funciones civiles y militares (separacion de las). 298, II.
Fortificaciones de las fronteras. 211, II.
Frontino. 228, II.

Fronton. 229, I.
Frugalidad y desinterés de los Romanos. 152, I.

G.

Gayo. 229, II.
Galatas (sumision de los). 205, I.
Galba. 171, II.
Galiano. 229, II.
Galo (el emperador). 255, II.
Galo (muerte del César) en tiempo de Constancio. 311, II.
Galo (el poeta). 139, II.
Galias (guerra de las), 12, II; medidas adoptadas por César para pacificar la Gália 25, II.
Gentes. 65, I.
Germanos (expediciones de César contra los). 19, II; de Druso. 131, II; de Germánico. 144, II; actitud hostil de los Germanos en el siglo III. 213, II.
Germánico; sus expediciones contra los Germanos. 144, II; sus triunfos políticos en Oriente. 145, II; su muerte. 148, II; destruccion de la familia de Germánico. 151, II.
Geta. 247, II.
Gordiano III. 253, II.
Godos; llegan á orillas del Danubio. 214, II; destrozos que hacen. 255, II; su invasion en Oriente. 321, II.
Gobernadores; su dependencia. 122, II.
Gracos (los). 262, I.
Grecia (la) hácia el año 200. 197, I; reduccion de la Grecia á provincia. 217, I.
Guerras Civiles entre Mario y Sila. 307, I; entre César y Pompeyo. 40, II; entre los triunviros y los asesinos de César. 79, II; entre Octavio y Antonio. 97, II; entre Oton y Vitelio. 172, II; entre Vitelio y Vespasiano. 174, II.

H.

Hacienda. 116, II.
Helenos. 43, I.
Heraclea (batalla de). 142, I.
Herdonio (el Sabino). 98, I.
Hermógenes. 229, II.
Herodiano. 229, II.
Hieron (tratado con). 158, I.
Historia Augusta. 229, II.
Horacio. 137, II.
Horcas Caudinas. 134, I.
Hortensio (dictadura popular de). 139, I.
Hostiliano. 256, II.
Higinio. 140, II.

I.

Iberos. 32, I.
Idistaviso (Victoria de). 144, II.
Igualdad Civil. 105, I.
Igualdad Política. 153, I.
Islas de la Italia. 39, I.
Iliria (guerra en). 165, I.
Ilirios. 41, I.
Imperio (límites del). 210, II; estado del imperio durante los dos primeros siglos. 210, II.
Imperio Romano (organizacion monárquica del). 209, II.
Industria. 221, II.
Interregno. 34, II.
Invasion Gala. 115, II.
Istria (guerra en). 168, I.
Italia (geografía de la) antes de la guerra del Samnium. 126, I.
Italia despues de la batalla de Zama. 195, I.
Italianos (concesiones á los). 147, I; opresion de los italia-

nos... 296, I; procuran establecerse en Roma... 297, I; su rebelion... 300. (Véase *Guerra Social*).
Iugurta (guerra de). 287, I.

J.

Jerusalen (destruccion de). 179, II.
Josefo. 229, II.
Joviano. 317, II.
Judea (reduccion de la) á provincia. 160, II.
Juliano (elevacion y rebelion de). 311; II. Juliano emperador. 314; II sus esfuerzos para restablecer el paganismo. 316, II.
Julio Obsequens. 229, II.
Justicia (administracion de la). 217, II.
Justino. 229, II.
Juvenal. 227, II.

L.

Labeon. 140, II.
Lagos de la Italia. 37, I.
Lamprido. 229, II.
Latinos (defeccion de los). 131, I.
Legion; sus diferentes cuerpos. 225, I.
Legislacion de Sila. 326, II.
Lépido (destitucion de). 88; II.
Libertad griega (proclamacion de la). 202, I.
Lilibea (sitio de). 162, I.
Literatura entre los Romanos bajo el dominio de los reyes. 75; I. bajo el de Augusto. 137; II. carácter de la literatura en tiempo del imperio. 224, II. su decadencia desde los Antoninos 227, II.
Libros Sibilinos (los). 59, I.
Ley Julia. 304, I.
Ley Plautia-Papiria. 304, I.
Leyes Agrarias (véase *Agraria*); inejecucion de la ley agraria. 122, I.

Leyes de Publilio Filo. 131, I.
Leyes de las XII Tablas. 104, I; derecho de las personas y de las cosas. 104, I; disposiciones favorables para los plebeyos. 105, I.
Leyes Licinias. 121, I.
Leyes Penales de Sila. 328, I.
Leyes Populares de Valerio y de Horacio. 108, I.
Leyes suntuarias. 255, I.
Longino. 229, II.
Longo. 230, II.
Lucano. 227, II; su muerte. 168, II.
Luciano. 229, II.
Lucilio. 237, I.
Lucrecia (muerte de). 59, I.
Lucrecio (el poeta). 137, II.
Lúculo; sus campañas contra Mitrídates. 341, I.
Licia (reduccion de la) á provincia. 161, II.

M.

Macedonia (la) hácia el año 200. 197, I; reduccion de la Macedonia á provincia. 217, I.
Macrino. 248, II.
Magnencio (usurpacion y caida de). 309, II.
Magnesia (batalla de). 205, I.
Mamertino. 229, II.
Manlio. 119, I.
Marco Aurelio el Filósofo. 203, II.
Marcelo (muerte de). 188, I.
Mario. 276, I; su principio en Africa. 281, I; derrota á los Cimbros y los Teutones. 286, I; su rivalidad con Sila. 306, I ayudado por Sulpicio expulsa á Sila de Roma. 306, I; su fuga. 307, I; es llamado por Cina. 309, I; sus proscripciones. 309, I; su muerte. 309, I.
Marsella (sitio de). 42, II.
Marcial. 227, II.

Máximo de Tiro. 229, II.
Maximiano. 271, II.
Maximino (el Godo). 253, II.
Mela. 228, II.
Mercenarios (guerra de los). 168, I.
Mesalina. 161, I.
Metauro (batalla del). 188, I.
Metelo (mando de) en Africa. 281, I.
Milan (edicto de). 283, II.
Milon y *Clodio*. 28, II; destierro de Milon. 34, II.
Misena (tratado de). 86, II.
Mitridates, sus primeras disensiones con Roma. 312, I; hace asesinar á todos los Romanos en Asia. 314, I; paz con los Romanos. 318, I; quiere aprovechar los apuros de Roma; Lúculo le rechaza al Ponto. 341, I; sus últimos esfuerzos contra Roma. 346, I; su muerte. 347, I.
Módena (guerra de). 71, II.
Mónimo. 343, I.
Movimientos populares (nuevos) en tiempo de Mario. 292 I.
Multas (leyes sobre las). 101, I.
Munda (batalla de). 58, II.
Municipios. 149, I.
Mursa (batalla de). 310, II.

N.

Nabis. 203, I.
Nevio. 239, I.
Nepoliano. 310, II.
Neron. 163, II; sus desórdenes. 165 II; su viaje á Grecia. 168 II; su muerte. 169, II.
Nerva. 188, II.
Nicea (concilio de). 287, II.
Nicolás de Damasco. 141, II.
Niger. 242, II.
Nilo (victoria del). 49, II.

Nobleza Administrativa. 298, II.
Nombre Latino (el). 147, I.
Numa Pompilio. 143, I.
Numancia. 220, I.
Numeriano. 264, II.

O.

Octavio. 68, II; su habilidad. 91, II; contraste de su conducta con la de Antonio. 95, II; su rompimiento con él. 97, II; su victoria en Actium. 97, II; su regreso á Roma. 105, II; es nombrado emperador y príncipe del senado. 105, II; su abdicacion fingida. 109, II; toma el poder proconsular y tribunicio, el consulado de por vida, la prefectura de las costumbres y el pontificado máximo. (Véase *Augusto*). 109, II.
Octavio (destitucion de). 266, I.
Odenato. 258, II.
Orcomenes (batalla de). 316, I.
Ordenes (union de los). 152, I.
Organizacion Militar. (Véase *Ejércitos*). 155, I.
Oscios. 44, I.
Oton. 172, II.
Ovidio. 139, II.

P.

Paz profunda en tiempo de Antonino. 202, II.
Paladio. 229, II.
Panorme (victoria de).
Papiano. 253, II.
Papiniano. 229, II.
Particion del Imperio entre Valentiniano y Valente. 317, II.
Partos (expedicion de Craso contra los). 30, II; restituyen las banderas de Craso. 129, II; guerras contra los Partos en tiempo de Trajano 129, II; en tiempo de Severo. 244, II.
Patérculo (Veleyo). 227, II.

Patricios (los). 66, I.
Paulo Emilio. 214, II.
Paulo (el jurisconsulto). 229, II.
Pausanias. 229, II.
Pelasgos. 41, I.
Pergamo (sumision del reino de). 222, I.
Perusa (guerra d-). 84, II.
Pertinax. 240 II.
Persas (actitud hostil de los). 217, II.
Perseo.
Persio. 227, II.
Petronio. 227, II.
Pueblo (nulidad política del) en tiempo del imperio. 214, II.
Piratas (guerra de los) 340, II.
Plauto. 239, I.
Plebeyos. 67, I.
Plebiscitos (derecho para el pueblo de hacer). 91, I.
Plinio el Anciano. 228, II.
Plinio el Jóven. 228, II.
Plotino. 230 II.
Plutarco. 229, II.
Poesía (explendor de la historia y de la) en tiempo de Augusto. 226, II.
Pompeyo. 331, I; restablece el poder tribunicio. 338, I; su mando en Asia. 345. I; Pompeyo, consul único. 34, II; su guerra con César. 43, II, su derrota en Farsalia. 44, II; su muerte. 44, II.
Pompeyo (los hijos de) sublevaron la España. 58, II.
Ponto (conquista del) y de una parte de la Armenia. 343, I.
Poblaciones (primeras) de la Italia. 41, I.
Porfiro. 230, II.
Puerta Colina (batalla de la) 322, I.
Posesiones (estension de las) de la república en 219. 171, I; y hácia 130. 223, I.
Prefecturas. 149, I. y 294 á 297, II.
Pretura (creacion de la). 122, I.

Probo. 264, II.
Proconsulado. 133, I.
Promontorios de la Italia. 35, I.
Propercio. 139, II.
Proscripciones de Mario. 309, I; de Sila. 323, I; de los triunviros. 74, II.
Provincias: número de las provincias hácia el año 130 antes de J.-C. 223, I; prerrogativas de los gobernadores de provincias. 224, I; condicion de los provinciales. 224, I; sublevacion de una parte de los provinciales en tiempo de Mitrídates, 291, I; provincias del senado y provincias del emperador. 122, II; organizacion de las provincias en tiempo de Constantino. 294 á 297, II.
Pidna (batalla de). 214, I.
Pirro (guerra de). 141, I; marcha sobre Roma. 142, I; Pirro en Sicilia. 144, I; su muerte. 145, I.
Púnica (primera guerra). 156, I; segunda. 171, I; tercera. 218, I.

Q.

Quereas. 156, II.
Queronea (batalla de). 316, I.
Quintio Capitolino. 96, I.
Quinto Curcio. 228, II.
Quintiliano. 228, II.

R.

Reaccion aristocrática. 257, I; tentativas de conciliacion. 258, I. nueva reaccion aristocrática despues de la muerte de Cayo Graco. 276, I.
Reformas populares de Servio Tulio. 71, I.
Régulo (triunfos y reveses de) en Africa. 160, I.
Religion Pagana (Véase *Culto*); ruina de la religion. 236, I y 231, II.
Retirada del Pueblo al monte Sacro. 87, I. al monte Janículo. 140, I.
Revolucion del año 210 (carácter aristocrático de la.) 175, I.

Ródano (paso del). 175, I.

Reyes (historia y constitucion de Roma en tiempo de los). 64, I; prerogativas del rey. 66, I; guerras reales. 61, I.

Roma; su orígen probable. 49, I; su fundacion. 49, I; sus mejoras en tiempo de Tarquino el Anciano. 66, I; introduccion en Roma de las costumbres etruscas. 67, I; grandeza de Roma, en tiempo del último Tarquino. 74, I; toma de Roma. 116, I; reedificacion de Roma, despues de la invasion gala. 118, I; interior de Roma desde el año 67 hasta el 58 antes de J. C. 349, I; incendio de Roma en tiempo de Neron. 167, II.

Rómulo. 49, I.

S.

Sabelianos. 44, I.

Sacriporte (batalla de). 320, I.

Sagunto (sitio de). 173, I.

Salustio. 137, II.

Salvio. 225, I.

Samnitas: primera lucha contra los Samnitas 129, I; hostilidad secreta entre los Romanos y los Samnitas; segunda guerra samnita, conquista de la Apulia y de la Campania. 133, I; coalicion de los Samnitas con los Etruscos, los Umbrios y los Hérnicos. 135, I; sumision de los Samnitas 136, I; pasan á Etruria. 140, I.

Samnium (asolacion del). 196, I.

Saturnino. 292, I.

Seyano. 151, II; su caida. 153, II.

Seleucidas (los). 196, I.

Sempronio Graco (triunfos de). 208, I.

Senado. 66, I; su política hábil para con los plebeyos. 82, I; para con los Italianos. 149, I; le domina la faccion de los nobles. 225, I; extiende su autoridad á costa de los tribunos y de la asamblea del pueblo. 326, I; su impotencia en tiempo del Imperio. 214, II.

Séneca. 227, II; su muerte. 168, II.
Senones (destruccion de los).131, I.
Sentinum (batalla de). 137, I.
Séptimo Severo. 242, II.
Sertorio (guerra de). 333, II.
Servio Julio. 57, I.
Severo derriba á Niger y á Albino. 242, II; rigor de su gobierno. 244, II.
Sexto Empírico. 230, II.
Sexto Pompeyo (guerra contra). 88. II.
Sicilia (organizacion de la) en provincia. 164, I.
Siglo de Augusto (explendor literario del). 137, II.
Silio Itálico. 225, II.
Sila: su rivalidad con Mario. 306, I; es expulsado de Roma. 307, I; su regreso. 307, I; su vuelta á Roma despues de la guerra de Mitrídates. 320, I; su dictadura. 320, I. sus proscripciones. 323, I; legislacion de Sila.323, I; su abdicacion y su muerte.329, I.
Siracusa (toma de). 185, I.
Sirios (los emperadores). 240, II.
Social (guerra). 300, I.
Soldadesca (insolencia de la). 78, II.
Soldados Romanos (servicios de los) en el campamento. 231,I. (Véase *Ejércitos Romanos*).
Solino. 229, II.
Sublevaciones en Campania y en Sicilia. 291, I.
Sucesion al Imperio (cuestion de la). 135, II.
Sueldo (establecimiento del). 118, I.
Suetonio. 228, II.
Sulpicio (el *tribuno*). 201, I.

T.

Tácito (el emperador). 264, II.
Tácito (el historiador). 138 y 228, II.
Tarento (sumision de). 145, I; se recobra á Tarento. 187, I.

Tarentinos (los) insultan á los Romanos. 141, I; llaman á Pirro. 142, I.
Tarquino el Anciano. 55, I.
Tarquino el Soberbio. 59, I; su poder. 59, I; sus trabajos. 59, I; su despotismo. 69, I; su destierro. 61, I.
Teodosio. 326, II.
Termópilas (combate de las). 203, I.
Terencio. 139, II.
Terentilia (proposicion). 98, I.
Tesino (combate del). 177, I.
Tetrarquía (la). 271, II.
Teutones (invasion de los Cimbros y de los) en la Nórica, la Galia y la España. 286, I; son exterminados por Mario. 288, I.
Thapsus (batalla de). 52, II.
Tiberio; sus expediciones al Rhin y al Danubio. 142, II; sus servicios en tiempo de Augusto. 142, II; peligros que le rodean; sublevacion de las legiones. 142, II; habilidad de su gobierno. 145, II; sus últimos años. 152, II; su muerte. 155 II.
Tiberio Graco. 264, I; su muerte. 266, I.
Tibulo. 138, II.
Tito Livio. 137, II.
Tito. 182, II.
Tolomeo el geógrafo. 229, II.
Tolomeos (los). 196, I.
Tracia (reduccion de la) á provincia. 160, II.
Trajano. 189, II.
Trasimeno (batalla del). 178, I.
Trebia (batalla del). 177, I.
Tribunado (creacion del). 87, I.
Tribunado consular (creacion del). 110, I.
Tribunales permanentes. 255, I.
Tribunos; su derecho de acusar á los cónsules. 90, I; obtienen para el pueblo la igualdad civil. 107, I; sus usurpaciones. 112, I; obtienen para el pueblo la igualdad política. 121, I.
Tribus. (Véase *Curias*). 65, I.

Tribus (las treinta y tres) 147, I.
Triunvirato (primero). 7, I; (segundo). 74, II.
Triunviros (proscripcion de los). 74, II.
Trogo Pompeyo. 229, II.
Tulio Hostilio. 54, I.
Tiranos (los treinta). 257, II.
Tirrenos. 43, I.

U.

Ulpiano. 229 y 251, II.
Usura. 80 y 85, I.

V.

Vadimon. (batalla del lago). 140, I.
Valente. 317, I.
Valentiniano (lucha de) contra los bárbaros del Occidente. 318, II.
Valentiniana (la familia). 283, II.
Valerio Máximo. 227, II.
Valeriano. 257, II.
Valerio Flaco. 227, II.
Varron. 140, II.
Varo (desastre de). 134, II.
Veies (sitio de). 113, I.
Verceil (batalla de). 218, I.
Veseris (batalla de). 131, I.
Vespasiano (orígen de). 175, II; su administracion hábil. 179, I; su muerte. 181, II.
Vias Militares. 150, I y 211, II.
Vilio. 201, II.
Vindex (muerte de). 170, II.
Virgilio. 137 y 138, II.
Virginia (Apio y). 104, I.
Viriato. 220, I.

Vitelio. 273, II.
Vitruvio. 141, II.
Volcanes de la Italia. 37, I.
Volero (Publilio); derecho para el pueblo de nombrar sus tribunos y de hacer plebiscitos. 91, I.
Vopisco. 229, II.

Z.

Zama (batalla de). 192, I.
Zenobia (derrota de). 261, I.

FIN DEL ÍNDICE ANALÍTICO DE MATERIAS.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO XXII.

Primer triunvirato (58—49)

Pág.

Forma César el primer triunvirato. 7
Consulado de César. (59). 8
Clodio; Ciceron es desterrado (58). 11
Guerra de las Galias (58—50); los Helvecios y Ariovisto; sumision de los pueblos del Valle del Saona (58). . . 12
Conquista de la Bélgica (57), de la Armorica y de la Aquitania (56). 17
Expediciones allende el Rhin y á Bretaña (55—54); sublevaciones parciales en Galia (51—53). 19
Rebelion general, sitio de Alesia (52). 22
Ultimos movimientos (51); medidas adoptadas para pacificar la Galia (50). 26
Interior de Roma durante el proconsulado de César. Clodio y Milon. 28
Conferencia de Luca (56); expedicion de Craso contra los Partos (54). 30
Interregno (53 y 52); Pompeyo cónsul único; destierro de Milon (52). 34
Ataques contra César; Curion (59—49). 37

CAPITULO XXIII.

La guerra civil y la dictadura de César.

Tendencia de los ánimos al realismo; César pasa el Rubicon (49) y conquista la Italia. 40
Guerra de España y sitio de Marsella; César dictador. . 42
Combates en torno de Dirraquio; Farsalia (48); muerte de Pompeyo. 44
César sitiado en Alejandría (48); victoria del Nilo (47). . 49
Cleopatra; expedicion contra Farnacio; regreso de César á Roma (47). 50
Guerra de Africa (46); batalla de Thapsus; muerte de Caton. 52

Decretos del senado en favor de César; su triunfo; moderacion de su gobierno. 55
Los hijos de Pompeyo sublevan la España; batalla de Munda (45). 58
Concentracion de todos los poderes en manos de César; sus proyectos. 59
Los conjurados; muerte de César (44). 62

CAPÍTULO XXIV.

El segundo triunvirato (43—30).

Inacion de los conjurados; amnistía; funerales de César (44). 65
Omnipotencia de Antonio; Octavio. 68
Oposicion contra Antonio; Ciceron. 70
Guerra de Módena (43). 71
Formacion del segundo triunvirato; proscripciones; muerte de Ciceron (43). 74
Insolencia de la soldadesca. 78
Batalla de Filipes. 79
Exacciones de Antonio en Asia Cleopatra. 83
Guerra de Perusa. 84
Regreso de Antonio á Italia; tratados de Brindes y de Misena (39). 86
Guerra contra Sexto Pompeyo (36); destitucion de Lépido. 88
Dos hombres del imperio (36—30); habilidad de Octavio. 91
Expedicion de Antonio contra los Partos (36). 92
Contraste entre la conducta de Antonio y la de Octavio. 95
Rompimiento (32); batalla de Actium (31). 97
Muerte de Antonio y de Cleopatra (30). 101

QUINTO PERIODO.

EL IMPERIO BAJO LOS PRIMEROS CÉSARES, LOS FLÁVIOS Y LOS ANTONINOS, Ó LUCHAS SANGRIENTAS EN ROMA, PAZ Y PROSPERIDAD EN LAS PROVINCIAS.—233 *años* (30 *antes de J.-C.*, 193 *despues*).

CAPÍTULO XXV.

Augusto.

Regreso de Octavio á Roma (29 antes de J.-C.); organizacion del poder imperial; Octavio es nombrado emperador y príncipe del Senado (28). 105

Abdicacion fingida (27); Octavio se posesiona del poder proconsular (27) y tribunicio (23); el consulado vitalicio y la prefectura de las costumbres (19); el pontificado maximo (13). 109
Apariencias republicanas del gobierno, que en realidad es poder monárquico; nuevos cargos; ejércitos permanentes; nuevos impuestos. 112
Clasificacion de las personas, distribuciones, juegos, construcciones, policía, reformas religiosas y civiles. 116
Provincias del senado y provincias del emperador; dependencia de los gobernadores. 122
Organizacion de las provincias occidentales. 124
Organizacion de las provincias orientales; correos, caminos, etc. 127
Organizacion de las fronteras; expediciones á la Arabia y al Africa; los Partos devuelven las banderas de Craso (20 antes de J. C.). 129
Expediciones de Druso y de Tiberio. 131
Desastre de Varo (9 de J. C.). 134
La familia de Augusto; cuestion de la sucesion al imperio. 135
Muerte de Augusto (14 de J. C.). 136
El siglo de Augusto. 137

CAPÍTULO XXVI.

Los Emperadores de la casa de Augusto (14-68 despues de J. C.)

Tiberio (14-37 de J. C.): servicios de Tiberio en el reinado de Augusto; peligros que le rodean; sublevacion de las legiones. 142
Expediciones de Germánico; victoria de Idistaviso (16). 144
Gobierno hábil de Tiberio; triunfos políticos de Druso en el Danubio, y de Germánico en Oriente (18-19). . . . 145
Muerte de Germánico (19). 148
Seyano; muerte de Druso (23); destruccion de la familia de Germánico (23-28). 151
Caida de Seyano (33); últimos años de Tiberio. 153
Principio feliz, y luego locuras y crueldades de Calígula; Quereas (37-41). 156
Claudio (41-45); leyes útiles; concesiones á los provinciales. 158

Conquista de la Bretaña (43); reduccion de la Tracia, la Licia y la Judea en provincias. 160
Mesalina y Agripina. 161
Neron (54-68); ambicion de Agripina; envenenamiento de Británico (55). 163
Desórdenes de Neron; asesinato de Agripina (59). . . . 165
Incendio de Roma (64); persecucion contra los cristianos. 167
Muerte de Séneca y de Lucano; Corbulon; viaje de Neron á Grecia (66). 168
Rebelion de Vindex; muerte de Neron (68). 169

CAPÍTULO XXVII.

Anarquía de dos años y dinastía de los Flavios (68-97)

Galba (68). 171
Oton (69) y Vitelio (69). 172
Orígen de Vespasiano; su permanencia en Egipto (69). . 175
Rebelion de los Bátavos; Civilis. 176
Destruccion de Jerusalen (70); administracion hábil de Vespasiano. 179
Triunfos de Agricola en Bretaña; muerte de Vespasiano (79). 181
Tito (79-81). 182
Domiciano (81-96). 184

CAPÍTULO XXVIII.

Los Antoninos (96-192)

Nerva (96-98). 188
Trajano (98-117); su administracion. 189
Guerras de Trajano contra los Dacios y los Partos. . . 193
Adriano (117-138); sus viajes; reorganizacion de la administracion principal. 196
Antonino Pio (138-161) profunda paz. 202
Marco Aurelio el filósofo (161-180); ataques de los Germanos. 203
Cómodo (180-192). 207

CAPÍTULO XXIX.

Estado del imperio durante los dos primeros siglos.

Límites y provincias del imperio. 210
Vias militares, campamentos, fortificaciones de las fronteras. 211
Actitud hostil de los Germanos y de los Persas. . . . 213

Autoridad absoluta de los emperadores; impotencia del senado; nulidad del pueblo. 214
Administracion de la justicia, de la hacienda y de los ejércitos. 217
Industria y comercio; depravacion de las costumbres. . 221
Carácter de la literatura en tiempo del imperio. . . . 224
Lucano, Séneca, Tácito, los dos Plinios. 227
Religion; progresos del Cristianismo. 231

SESTO PERIODO.

EL IMPERIO DESDE PERTINAX HASTA DIOCLECIANO, Ó ÉPOCA DE LA ANARQUÍA MILITAR. 91 *años* (193-285 *despues de J.-C.*)

CAPÍTULO XXX.

Los príncipes sirios (193-235).

Pertinax y Didio Juliano (193) 240
Severo derriba á Niger y á Albino (193-197). 242
Gobierno duro de Severo; guerras contra los Partos y los Bretones (197-211). 244
Caracalla y Geta (211-217). 247
Macrino (217-218); Heliogábalo (218-222). 248
Alejandro Severo (222-235). 250

CAPÍTULO XXXI.

Dominacion de los ejércitos (235-285)

El Godo Maximino (235); Pupiano y Balbino, Gordiano III (238). 253
El árabe Filipo (244); Decio (249) y Galo (251); invasiones de los godos. 255
Valeriano (258); Galiano (260); los treinta tiranos. . . 257
Restauracion del imperio por los príncipes Ilirios (268-285); Claudio II (268); Aureliano (270); derrota de Zenobia (273). 261
Tácito (275); Probo (276); Caro (282); Carino y Numeriano (284). 264

SÉPTIMO PERIODO.

EL IMPERIO DESDE DIOCLECIANO HASTA TEODOSIO, Ó ÉPOCA DE LA ORGANIZACION MONÁRQUICA Y LA DECADENCIA. 110 *años* (285-395 *de J. C.*)

CAPÍTULO XXXII.

Organizacion monárquica del imperio Romano (285-337).

Diocleciano (285) y Maximiano (286). 269

Maximiano asociado al imperio (286). 271
La Tetrarquía (292). 271
Introduccion del ceremonial de las cortes asiáticas. . 272
Guerras afortunadas. 273
Abdicacion de Diocleciano (305). 274
Seis emperadores á la vez (306). 276
Victorias de Constantino. 277
Carácter de este príncipe y su conversion. 279
Edicto de Milan (313); el cristianismo, religion dominante en el imperio. 283
Concilio de Nicea (325). 287
Fundacion de Constantinopla y reorganizacion del imperio; prefecturas, diócesis, provincias. 291
Separacion de las funciones civiles y militares; degradacion del ejército; nobleza administrativa.. . . . 298
Hacienda; miseria de los curiales. 301
Ultimos acontecimientos del reinado de Constantino. . 305

CAPÍTULO XXXIII.

Los segundos Flavios (337-363). la familia de Valentiniano y Teodosio (363-395).

Asesinatos en la familia de Constantino; tres emperadores. 308
Muerte de Constantino II (340) y de Constante (350) usurpacion de Magnencio (353). 309
Constancio emperador único; muerte de Galo (354); elevacion (355) y rebelion de Juliano (361). 311
Juliano (361-363). 314
Joviano (363); particion del imperio entre Valentiniano y Valente (364). 317
Lucha de Valentiniano contra los bárbaros del Occidente (364-375). 318
Invasion de los Godos en Oriente (375); batalla de Andrinópolis y muerte de Valente (378). 321
Graciano (375-383) y Teodosio (379-395). 326
Índice analítico de materias. 338

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.